Gerry Adams



ANTES DEL AMANECER

autobiografía

Lectulandia

Como ocurre con tantos que persiguen sin descanso la liberación de sus pueblos, Gerry Adams es el prototipo de terrorista odiado por el poder establecido que ha pasado en poco tiempo a convertirse en líder de un proceso de paz.

Desde un profundo compromiso con una Irlanda gaélica y reunificada, Adams nos ofrece de su puño y letra, la biografía de un republicano que está llamado a ser un gran político y hombre de Estado.

Lectulandia

Gerry Adams

Antes del amanecer

Autobiografía

ePub r1.0
Skynet 17.06.2019

Título original: *Antes del amanecer*
Gerry Adams, 1996
Traducción: Gerardo Di Maso
Retoque de cubierta: Skynet

Editor digital: Skynet
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

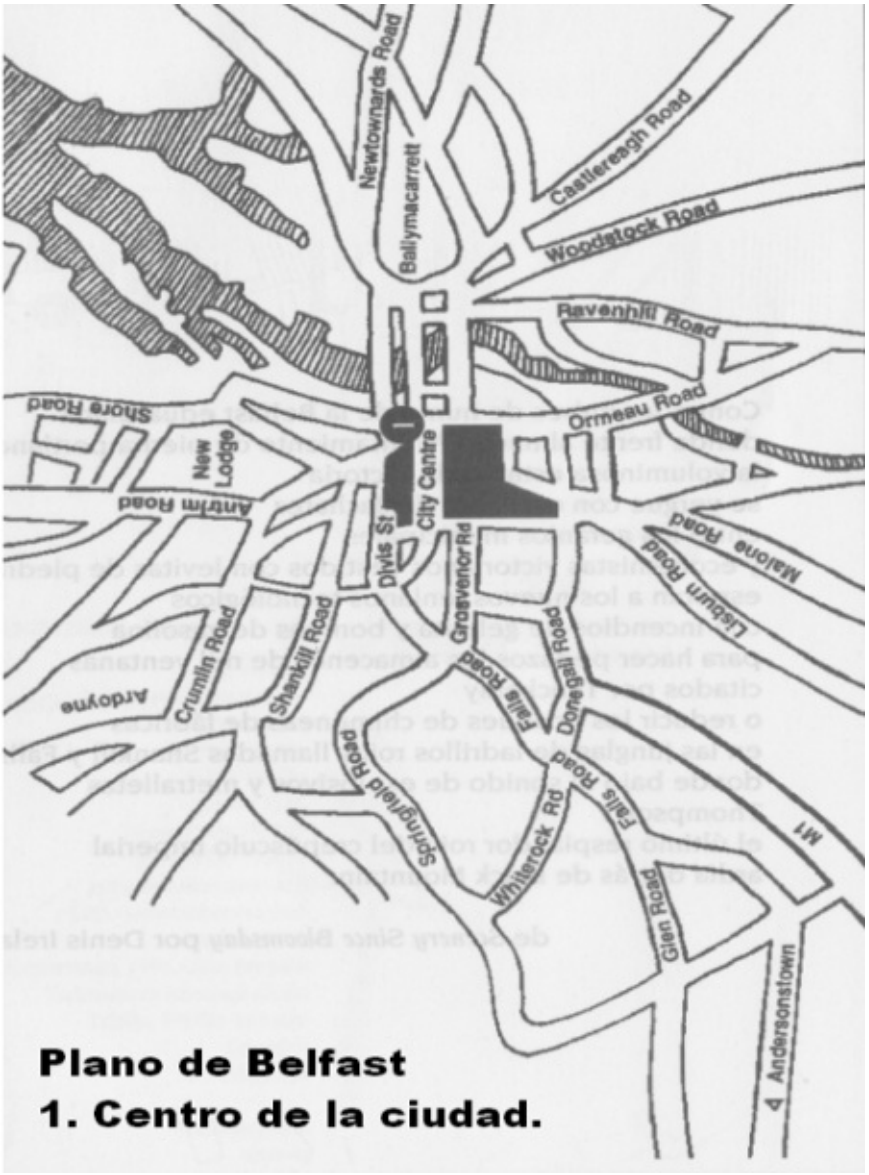
La noche es más oscura justo antes del amanecer, Irlanda renace de las disensiones.

On The One Road

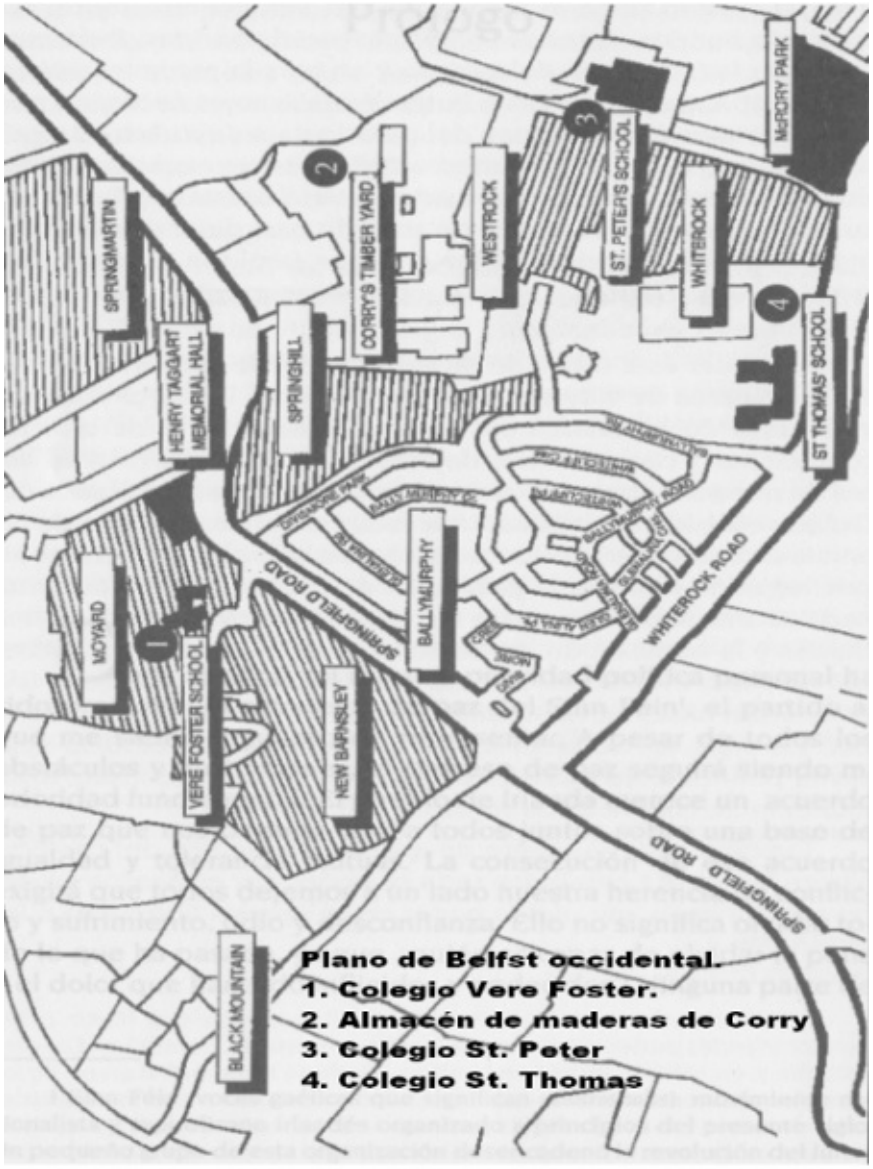
Introducción

Contra las nubes de humo de la Belfast eduardiana
donde frente al nuevo Ayuntamiento de piedra Pórtland
la voluminosa estatua de Victoria
se yergue con oscilante desfachatez
entre los geranios municipales
y economistas Victorianos vestidos con levitas de piedra
esperan a los nuevos fenianos tecnológico
con incendios de gelinita y bombas de gasolina
para hacer pedazos los almacenes de mil ventanas
citados por Thackeray
o reducir los bosques de chimeneas de fábricas
en las junglas de ladrillos rojos llamadas Shankill y Falls
donde bajo el sonido de explosivos y metralletas Thompson
el último resplandor rojo del crepúsculo imperial
ardía detrás de Black Mountain.

Scenery Since Bloomsday
Denis Ireland



Plano de Belfast
1. Centro de la ciudad.


McRORY PARK
ST. PETER'S SCHOOL
WESTROCK
CORRY'S TIMBER YARD
WHITEROCK
ST THOMAS' SCHOOL
SPRINGMARTIN
HENRY TAGGART MEMORIAL HALL
SPRINGHILL
MOYARD
VERE FOSTER SCHOOL
NEW BARNSLEY
BALLYMURPHY
SPRINGFIELD ROAD
WHITEROCK ROAD
BLACK MOUNTAIN
Plano de Belfst occidental.
1. Colegio Vere Foster.
2. Almacén de maderas de Corry
3. Colegio St. Peter
4. Colegio St. Thomas

Prólogo

Durante años, mi máxima prioridad política personal ha sido promover la estrategia de paz del Sinn Féin,[1] el partido al que me siento orgulloso de representar. A pesar de todos los obstáculos y frustraciones, el proceso de paz seguirá siendo mi prioridad fundamental. El pueblo de Irlanda merece un acuerdo de paz que nos permita vivir a todos juntos sobre una base de igualdad y tolerancia mutuas. La consecución de ese acuerdo exigirá que todos dejemos a un lado nuestra herencia de conflicto y sufrimiento, odio y desconfianza. Ello no significa olvidar todo lo que ha pasado, ya que ¿quién es capaz de olvidar la pena y el dolor que han sido infligidos y padecidos? Ninguna parte de nuestro pueblo tiene el monopolio del sufrimiento. Todos hemos sido heridos. Y todos hemos provocado heridas. Debemos aprender las lecciones del pasado y no para la recriminación ya que, como escribiera William Butler Yeats,[2] «no es necesario que experimentemos la amargura del pasado para descubrir su significado en el presente y el futuro». Debemos ser capaces de perdonarnos mutuamente como parte de un necesario proceso de curación; debemos ponernos de acuerdo para dejar a un lado las insidiosas fidelidades al dolor que nos impiden avanzar para crear los cimientos de justicia que hagan posible este movimiento.

Al ofrecer este relato de mi experiencia de aproximadamente treinta años de vida en el norte de Irlanda, la mayor parte de ellos años de profundos conflictos, soy consciente de que las condiciones y circunstancias de este conflicto fueron creadas antes de que yo llegara al mundo. El Estado creado bajo el Acta del Gobierno de Irlanda británica fue establecido por la fuerza de las armas en contra de la voluntad de todos, salvo de un pequeño y privilegiado sector de la población de Irlanda, siendo determinada su área sobre la base de un recuento sectario. Violencia, exclusión y la negación de los derechos civiles y democráticos fueron los hitos indelebles de este estado de cosas para toda una generación antes de mi entrada en escena. Nunca ha existido la paz. En todas las décadas de existencia de este Estado, la oposición

política a sus estructuras sectarias se ha encontrado invariablemente con medidas represivas.

También soy consciente de que los elementos del conflicto siguen vigentes y conservan todo su poder. Por esta razón no debo escribir nada que pueda poner en peligro las libertades o las vidas de otras personas, de modo que estoy necesariamente limitado. Tal vez constituya una regla inevitable el que los participantes en cualquier litigio no puedan explicar toda la historia hasta algún tiempo después de que la confrontación haya sido completamente resuelta. Tampoco me anima la intención de escribir nada que pudiera afectar la búsqueda de la paz; la perspectiva de un acuerdo de paz es, simplemente, una enorme recompensa.

Cualquier relato de esta naturaleza tiende a ser selectivo. Otros podrían sentirse inclinados a concentrarse en acontecimientos, incidentes, individuos u organizaciones diferentes, y puede haber otros que cuestionen mi elección. Eso sería absolutamente válido. En estas páginas solo ofrezco mi exposición, desde mi propia perspectiva, de los extraordinarios acontecimientos que me han tocado vivir.

Este libro jamás hubiese visto la luz sin la insistencia, los consejos y la energía de Steve MacDonogh. Le agradezco su paciencia y su ayuda. Quiero agradecer asimismo, la colaboración prestada por todos en Brandon, especialmente la de Peter Malone y Bríd Leahy. Quiero dar las gracias también a Colette, a nuestro Paddy, a mi padre, hermanos y hermanas, con mención especial para Liam, el tío Alfie Hannaway, Gerry Begley y el padre Alex Reid, quienes contribuyeron a estimular mis recuerdos. Debo agradecer también a Clann Mac Thomáis, Eamonn Mc-Caughley, Richard McAuley, Rita O’Hare, Micheál Mac Donnacha y el personal de An Phoblacfit, John Gray y el personal de la Linen Hall Library, y a Barra Mac Ruairí por toda la ayuda que me prestaron.

Gerry Adams

Belfast, febrero de 1996

1

Nací el 6 de octubre de 1948 en el Royal Victoria Hospital de Belfast. Mi padre, Gerry Adams, de 32 años, obrero de la construcción, y mi madre, Annie Hannaway, trabajadora de la industria textil y uno o dos años mayor que él, se habían casado a principios de ese mismo año y vivían con mi abuela Adams en el 15 de Abercorn Street Norte, en el área de Falls de Belfast Occidental. Aunque solo era una casa pequeña, con dos dormitorios en la planta superior, otras dos habitaciones en la planta baja y un fregadero en la parte de atrás, llegué al mundo para unirme a una extensa familia: además de mi abuela, mi padre y mi madre, en aquella época también vivían en la casa mis tíos Paddy, Seán y Frank. Las condiciones eran de hacinamiento y la situación empeoró cuando, un año más tarde, nació mi hermana Margaret.

Ambas ramas de mi familia poseían fuertes raíces en la política republicana y la clase trabajadora. Un año antes de que yo naciera, mi padre, un activista republicano como lo había sido su padre antes que él, había salido de la cárcel después de cumplir una condena de cinco años. Mi madre, una mujer alta y atractiva de cabellera negra, era una republicana convencida, y su padre había sido un destacado dirigente sindical.

El año de mi nacimiento fue una época de grandes cambios en la escena internacional y en Irlanda, pero para el poder dominante en Belfast era un momento de resistencia al cambio. Belfast había sido el centro de una pujante industria textil y la cuna de los constructores de buques que habían construido el Titanic. La economía de la ciudad se había visto beneficiada por la Segunda Guerra Mundial: Harland amp; Wolff había estado muy activa construyendo barcos de guerra y los 250 000 soldados estadounidenses estacionados en el norte durante la guerra contribuyeron a aumentar notablemente los ingresos de la zona. No obstante, mucha gente había perdido sus hogares durante el bombardeo de Belfast, manteniéndose una crisis permanente de la vivienda y obligando a muchas familias a vivir en alojamientos temporales.

El pequeño Estado controlado por los británicos y creado en los seis condados irlandeses del noreste tenía menos de treinta años de existencia, y la familia y la comunidad en las que yo nací se oponían a la existencia misma de Irlanda del Norte como una entidad separada bajo el dominio de la corona británica. Al sur de la frontera, Eamon de Valera[3] perdió las elecciones generales en 1948 después de dieciséis años como *taoiseach*.[4] En la India, Gandhi murió en el momento en que el dominio británico tocaba a su fin; Gran Bretaña también abandonó las tierras de Palestina cuando se proclamó el Estado de Israel. Si aquella estuvo caracterizada por un tema especial, este fue sin duda el ocaso del Imperio británico después de la guerra, un ocaso entrevisto claramente en India y Palestina, evidente en África y pálidamente reflejado en el Acta de la República de Irlanda, por la que los veintiséis condados de Irlanda abandonaban la Commonwealth.

En 1950, cuando Margaret aún era una cría, nos trasladamos de la casa de la abuela a una única habitación de una casa sombría y casi en ruinas en el 726 de Shore Road en Greencastle, en la zona de Belfast que da al mar. La casa pertenecía a una orden de monjas, quienes se la habían entregado a un agente inmobiliario para que se encargara de alquilarla, y nuestra habitación de la planta baja estaba dividida en diferentes áreas. En la planta superior había un grifo y un lavabo, que eran compartidos con muchas otras familias. En este lugar, mi madre, una mujer amable y organizada, luchó heroicamente para criar una familia prácticamente de la nada, y allí nos quedamos durante cuatro años y medio, período en el cual nacieron otros dos hijos, Paddy y Anne. Mi padre hacía todo lo que podía como obrero de la construcción para poder mantener a su joven familia, pero eran tiempos muy difíciles y, aunque era un gran trabajador, no le resultaba fácil encontrar un puesto de trabajo, especialmente al tratarse de un ex preso político. Cada vez que la agencia de empleo le enviaba a alguna parte donde podían darle trabajo, informaba a sus potenciales empleadores acerca de sus antecedentes. Durante algún tiempo, él y Jimmy Bannon, un viejo amigo a quien había conocido en la prisión, iban puerta por puerta vendiendo frutas y verduras que transportaban en un carro tirado por un caballo. Paddy Joe, el caballo, era quien más se beneficiaba de esta sociedad, ya que tanto mi padre como Jimmy eran incapaces de negarles crédito a amigos y vecinos y, al cabo de un tiempo, el negocio se hundió.

Mi madre nunca fue una mujer demasiado robusta, pero en su lucha indeclinable por criarnos y cuidarnos era el verdadero pilar de la familia, y vivía urdiendo la forma de sacarnos a todos de esa habitación lóbrega para instalarnos en una casa de verdad. Además de las condiciones en las que nos

veíamos obligados a vivir, el aislamiento social que suponía estar en Greencastle era un problema permanente, considerando el coste de los billetes de autobús para viajar a Leeson Street y Abercorn Street, donde residían nuestros familiares y amigos. Mi tío Seán y su novia Rita acostumbraban a visitarnos montando sendas bicicletas, pero como la distancia era tan grande, ellos y mi abuela Adams eran los únicos que venían a vernos.

En Belfast había una enorme demanda de viviendas: la superpoblación en la ciudad era en general muy elevada, pero las cifras se multiplicaban por dos en la zona de Falls, el principal centro de la población católica. De todas las casas de la ciudad, casi las tres cuartas partes necesitaban alguna clase de reparación; los cálculos indicaban que serían necesarias unas 200 000 nuevas viviendas para satisfacer las necesidades básicas de la gente. En esa época comenzó a construirse Ballymurphy, un barrio cuya edificación había planificado el Ayuntamiento en 1948 para paliar las urgentes necesidades de vivienda que padecía esa zona de Belfast, y mi madre dedicaba sus mejores esfuerzos para conseguirnos una casa en el nuevo barrio.

De mis años en Greencastle solo recuerdo vagamente la casa oscura y lóbrega y no recuerdo absolutamente nada de mi primera escuela, Estrella del Mar. Pero uno de mis primeros recuerdos es acompañar a mi madre a la casa de Seamus McKearney, un representante local de la Belfast Corporation a quien ella recurría para conseguir la tan ansiada casa. McKearney vivía cerca de Inkerman Street, hogar de la familia Hannaway, y yo acompañé a mi madre en numerosas ocasiones desde la casa de la abuela Hannaway hasta el domicilio del señor McKearney. Aunque yo era muy pequeño, recuerdo perfectamente el día en que finalmente nos dijeron que existía una posibilidad de conseguir una casa para la familia. Me encontraba en la acera, delante de la puerta principal de McKearney, mientras él y mi madre mantenían una prolongada conversación, él en el vestíbulo y mi madre en la entrada.

Algún tiempo después, mi madre, mi abuela Adams, mi hermana Margaret y yo hicimos un viaje por Springfield Road tan lejos como llegaba el autobús, justo hasta las laderas de las montañas Black y Divis. Una vez allí encontramos una enorme obra en construcción en una zona de campos verdes. Nos abrimos paso trabajosamente a través del barro, entre vehículos pesados, mezcladoras de cemento y camiones que pasaban hacia uno y otro lado.

Mi madre llevaba en la mano una carta que le enseñó a uno de los obreros.

—Eso es Divismore Park —dijo el hombre y yo vi que los ojos de mi madre se encendían de alegría, aunque lo que aquel obrero señalaba no era más que una hilera de cimientos.

Mi abuela y mi madre procedieron entonces a contar los cimientos hasta llegar al número 11, que era solo una montaña de arena; pero podíamos ver el lugar que ocuparían las cañerías y ya habían colocado la base.

—Esta es nuestra casa —nos dijo mi madre, con voz segura—. Aquí es donde vamos a vivir.

Aquel verano, mi madre viajó periódicamente a Ballymurphy para ver cómo se levantaba lentamente el número 11 desde sus cimientos, hasta que finalmente llegó el día en que abandonamos Greencastle, dejando detrás de nosotros aquella casa de vecindad húmeda y oscura. Aproximadamente veinte años más tarde, como consecuencia de la política de internamiento aplicada en 1971, mi familia fue desalojada por el Ejército británico de nuestra casa en «el Murph», como le llamábamos. Aunque después de aquella circunstancia siempre vivió en buenas casas —algunas de ellas incluso en mejores condiciones— hasta su muerte, en 1992, mi madre nunca logró acostumbrarse a ellas. El número 11 de Divismore Park siempre fue su verdadero hogar.

La nuestra era una casa típica con techo a dos aguas, provista de lo que en mis sueños infantiles parecía un enorme jardín. Fue la última casa en construirse y su terminación se demoró porque la pared medianera se derrumbó tres veces. Tenía tres habitaciones: mi madre y mi padre ocupaban la más pequeña, Paddy y yo nos instalamos en la parte de atrás y Margaret y Anne ocuparon la habitación del frente. Teníamos una sábana y una manta en cada colchón y, en invierno, nos cubríamos con abrigos. Habíamos conseguido escapar de Shore Road y ahora disfrutábamos del lujo indescriptible de un cuarto de baño, pero la vida en Divismore Park era muy dura con la llegada de nuevas bocas que alimentar: Francés, Liam, Maura, Seán, Deirdre, Dominic. Muy pronto Paddy, Liam, Seán y yo nos encontramos durmiendo en la misma cama.

Ballymurphy era otro mundo, un lugar único donde crecer. Al tratarse de una especie de urbanización completamente nueva carecía de las raíces que caracterizaban a los Falls, donde la gente había vivido en las mismas calles toda la vida y todos se conocían, donde había verdaderas redes familiares, con primos que vivían en la misma calle o en las calles adyacentes. Tampoco disponía de la seguridad de contar con escuela, iglesia, biblioteca o tiendas propias. Estaba mal construido, mal planificado y carecía de instalaciones y facilidades, pero, sin embargo, situado como estaba el nuevo barrio en las laderas de la montaña, la sensación de amplitud era maravillosa.

Éramos pobres, pero no tenía importancia, al menos no para los niños. No conocíamos otra cosa y estábamos demasiado ocupados para notar la

diferencia. Además, toda la gente que conocíamos también era pobre. Las calles y los campos circundantes, el río, el almacén de ladrillos y la montaña —especialmente la montaña— eran nuestros campos de juegos. Todas las familias que vivían en Divismore Park tenían un montón de hijos y rápidamente nos hicimos amigos, chicas y chicos en grupos separados, y durante los meses de verano nuestra vida se desarrollaba al aire libre. Todos los niños jugábamos a las canicas, a la pata coja y saltábamos a la comba en las calles. Paddy y yo éramos especialmente buenos jugando a las canicas junto a la caja verde, que era como llamábamos al generador de electricidad que había al final de la calle; decíamos que era nuestra caja verde y tratábamos de impedir que los otros niños se acercaran a ella.

Aproximadamente en la misma época en que nos instalamos en Ballymurphy, también lo hicieron los Magee, que llegaban del campo, de Glenavy. Su casa estaba a dos puertas de la nuestra y Joe Magee y yo nos hicimos grandes amigos. Joe y yo, nuestro Paddy, Jimmy Gillen, Frank y Harry Curran, los McManus, los Ireland, los McKee, Dominic Grogan y Desi Carabine formábamos una gran pandilla. Mi vida comenzó realmente en las laderas de las montañas Divis, el territorio de la pandilla. Pero primero teníamos que escabullimos de nuestras madres…

—Que no se te ocurra salir a la calle con eso en la mano.

Mi madre nos miraba severamente desde el otro lado de la mesa de la cocina. Paddy ya se encontraba a medio camino de la puerta, pero se detuvo, dio media vuelta y me miró. Yo aún llevaba en la mano la envoltura de la pasta.

—¡Acabad vuestro té aquí! —nos ordenó.

—¡Ah, Ma! —protestamos al unísono.

—Nada de «¡Ah, Ma!». Se come en la casa no en la calle.

Liam se movió con torpeza detrás de nosotros, se limpió la boca con el dorso de la mano y me miró con sus grandes ojos.

—Quiero la corteza —dijo.

—Paddy tiene la corteza —le dije. Paddy no dijo nada pero se metió el trozo de pan con margarina en la boca.

—Dejad de discutir —gritó nuestra madre.

En la otra habitación, Margaret y Anne acabaron el té. Margaret le dijo algo a mi madre y cuando ella se volvió para responderle, nosotros tres nos escabullimos por la puerta trasera, salvamos la valla y echamos a correr hacia Glenalina Road.

Paddy le dio a Liam un trozo del pan que llevaba en la mano.

—Quiero la parte de la miga —protestó Liam.

—No tendrás nada —dijo Paddy, arrojándole un trozo de pan a Rory, quien corría detrás de nosotros—. Vamos a visitar a Joe Magee.

—Aquí viene —dije yo, al ver que Joe se acercaba con una gran rebanada de pan con jamón en la mano.

—Vayamos al río.

Cortamos a través de Divismore Park, pasando por una entrada que había entre las casas, y bajamos hacia el río por los jardines traseros. No era un río muy grande. Era una corriente de agua que nacía en la montaña, describía un curso meandroso por la parte posterior de Ballymurphy, atravesaba Whiterock Road, el cementerio de la ciudad y, tal como descubrimos mucho tiempo después, pasaba a través de Falls Park y llegaba a las marismas. Pero era nuestro río. Podíamos saltarlo. Podíamos instalar un columpio, una cuerda y, como si fuésemos Tarzán, lanzarnos de una orilla a la otra. Podíamos ir hasta uno de los puentes, allí donde el río pasaba por debajo de Springfield Road, y chapotear en la oscuridad, dando voces que reverberaban debajo de la calle. En una ocasión remontamos el curso del río hasta la presa de piedra que había en la ladera de la montaña. Había dos presas, reliquias de la industria textil, siendo presumiblemente la más pequeña el lugar donde la fibra de lino era enriada. Algunos decían que la presa más grande no tenía fondo, pero una vez fuimos a nadar en ella. Las presas y la casa amarilla habían sido construidas por un industrial textil de Barnsley, en Yorkshire, quien llamó a su propiedad New Barnsley y, cuando el Ayuntamiento construyó viviendas en esa zona de la ciudad, heredaron el nombre.

Hoy pensábamos ir a cazar ratas en el puente, o al menos eso era lo que Frank Curran nos había dicho. A mí la idea no me gustaba demasiado.

Frank y su hermano Harry nos estaban esperando. También estaba Packy McKee, que tenía una pequeña hacha con la que había cortado varias ramas verdes de aproximadamente un metro de largo. Nos dio una rama a cada uno. Luego, fijando las lanzas en la orilla del río, nos dio instrucciones a Paddy y a mí de que le siguiésemos debajo del puente hasta donde había una gran tubería de desagüe.

—Lanzaremos piedras contra la tubería —dijo Packy—. Luego nos apartaremos y, cuando las ratas comiencen a salir, les clavaremos nuestras lanzas.

—Yo no pienso meterme debajo del puente para arrojar piedras —protesté —. Las ratas pueden matarte.

—¿Que las ratas pueden matarte? —se mofó Packy—. ¿Cómo podría matarte una rata?

—Porque es venenosa —le dije—. Las ratas tienen veneno en la cola.

—Entonces no le toques la cola —dijo Packy.

—Yo no voy —insistí.

—Pues alguien tiene que hacerlo —dijo Packy.

—Iré yo —dijo Paddy.

—Tú no puedes ir —dije.

—Bueno, no lo sé —dijo Packy—. Vosotros queríais cazar ratas y ahora que tenemos la posibilidad de hacerlo, no queréis ir. Sois unas viejas.

—¿Qué es una vieja Jenny-Anne? —preguntó Paddy.

—Vosotros lo sois.

—Yo no dije que no iría —dijo Paddy.

—¿Quién no dijo que no irías?

Yo estaba un poco confuso.

—Todo esto me pone enfermo —dijo Joe, balanceando su lanza en el aire.

—¿Por qué no vas tú? —dije—. Yo cogeré la lanza.

—Tú no podrías acertarle a una rata —dijo Joe.

—¿Que no podría acertarle a una rata? ¡Podría acertarte a ti!

—¡Ah, venga ya, chicos! —gritó Harry Curran—. ¿Lo haremos o no?

—Bien, yo lo haré —dijo Packy McKee.

Packy iba calzado con sandalias de plástico. El resto de nosotros también, excepto Paddy, quien llevaba zapatos de béisbol. Todos llevábamos pantalones cortos y camisetas. Todos estábamos sudados, quemados por el sol, teníamos la cara llena de pecas y las rodillas llenas de barro.

Packy McKee se metió en el río. Solo tenía unos centímetros de profundidad y el agua nos salpicó. Paddy le siguió. El resto se abrió en abanico con las lanzas preparadas, esperando la salida de las ratas, excepto Liam y yo, que teníamos las manos vacías.

En realidad el puente no era muy profundo y podíamos oír perfectamente el chapoteo de los dos guerreros mientras se dirigían hacia el desagüe de las ratas, y sus voces rebotando contra el cemento del puente.

—¡Oooooiiii! —gritó Packy. Oímos cómo golpeaban las piedras contra la cañería y luego caían al agua. Unos segundos más tarde, Packy y Paddy aparecieron corriendo a toda velocidad y levantando surtidores de agua a ambos lados.

—¡Cogedlas! ¡Cogedlas! ¡Cogedlas! —gritaban los dos. Todos comenzamos a gritar y dar golpes y saltos, pero no había rastros de las ratas.

—¿A qué jugáis, tíos? —dijo Frank Curran—. No os habéis acercado al desagüe.

—¿Con que no, eh? Nos hemos acercado mucho más que tú —dijo Paddy. Estaba empapado de la cabeza a los pies, tenía un arañazo en la rodilla izquierda y un corte en el dorso de la mano.

—Vi una rata que me perseguía.

—Tú no has visto nada —dijo Liam.

—No había ninguna rata —dijo Frank Curran.

—Ni una —dijeron Joe y Harry Curran—. Ni una sola rata.

Packy McKee se dejó caer en la orilla.

—Yo vi una rata. Salió del desagüe y escapó por la ladera.

—¡No había ninguna rata! Ni siquiera os habéis acercado al desagüe. Arrojasteis las piedras, hicisteis un poco de ruido y salisteis a toda pastilla. No sois más que unos cagados. Unos cobardes.

—¿Quién es un cobarde?

—¡Los dos!

Justo en ese instante, cuando nuestra expedición estaba a punto de desintegrarse, Liam pegó un grito.

—¿Qué es eso? —exclamó. Todos nos volvimos hacia donde se encontraba, en una zona donde la hierba era un poco más alta.

—Mirad —dijo, señalando hacia algo en el suelo.

Era una rana. Una rana grande y verde. La cogí, sintiéndola fría y húmeda entre las manos, su corazón latía contra mis dedos. Extendió las patas tratando de escapar.

—Dámela —dijo Frank Curran.

—¿Para qué la quieres? —pregunté.

—Puedes inflarla.

—¿Qué quieres decir con inflarla? —pregunté.

—Puedes meterle una pajita por el culo y luego soplar —dijo Frank.

—No harás nada de eso —dije—. ¡No es tu rana, es mía!

—La rana no es tuya —interrumpió Liam—. Yo la vi primero.

—¡Pero la tengo yo!

—Quiero inflarla —dijo Frank—. ¿No quisiste meterte debajo del puente y ahora quieres la rana? No es justo. ¡Deja la rana!

—La rana es de Gerry —dijo Joe Magee—. El que la encontró debe quedársela.

—No me importaría ver cómo se infla —dijo Paddy.

—Puedes hacer que crezca tanto como la cámara de un balón de fútbol. Tienes que soplar y soplar y soplar. ¡Y entonces la rana estalla!

Todos nos miraban a la rana y a mí. Los lanceros estaban especialmente interesados en el experimento.

—¡Mirad! —grité—. ¡Allí hay una rata!

Todos se volvieron hacia donde yo señalaba y entonces aproveché ese momento de distracción para huir de mis antiguos camaradas.

Un apacible día de verano nos encontrábamos acurrucados contra la ladera de la montaña Black.

Nuestro Paddy estaba detrás de nosotros, oculto en una grieta, colocado contra el viento y prácticamente invisible en medio de la hierba verde y densa. Éramos cinco, incluyendo a Rory. Estaba acostado entre mis piernas con la cabeza vuelta hacia un costado, atento a una engorrosa nube de moscas que revoloteaba alrededor de su cabeza. Ocasionalmente lanzaba mordiscos al aire antes de volver a instalarse con resignación entre mis piernas, rozándome los muslos con la cola.

Debajo de nosotros, Belfast se extendía en una dirección hacia el estuario y en otra hacia unas colinas más distantes frente a nosotros. La ciudad bullía de actividad. Las chimeneas de las fábricas escupían densas columnas de humo y embarcaciones de todos los tamaños faenaban en las aguas del estuario. Directamente debajo de nosotros, en las laderas de la montaña, calles llenas de casas cobraban forma dentro de un enorme hormiguero de actividad. Los sonidos de la construcción, los ruidos y las voces de los obreros llegaban claramente hasta nuestro puesto de observación y podíamos ver perfectamente dónde la obra en construcción avanzaba sobre los campos verdes.

Todo el paisaje estaba bañado por la cálida luz del sol. Nosotros estábamos protegidos por una sombra fresca, disfrutando de la leve humedad del suelo de turba. Estábamos esperando a Paddy. Finalmente emergió de su escondite. Su voz se alzó alegremente y la canción llegó con nitidez a nuestros oídos.

En tiempos pasados
cuando los caballeros eran valientes
y no se habían inventado los retretes
hicieron una gran cagada
en medio del camino

y se alejaron muy felices

Tenía los pantalones enrollados alrededor de los tobillos y se estaba limpiando el culo con un puñado de hierba.

—¡Paddy, eres un asqueroso cabrón! —gritamos al unísono—. ¡Apestas, tío!

Paddy se volvió e intentó huir mientras corríamos hacia él, gritando y riendo. Sus pantalones bajados le impedían correr y, mientras descendíamos por la ladera para cogerle, tropezó y cayó a tierra. Todos rodamos colina abajo en una maraña de piernas huesudas manchadas de verde y cuerpos pequeños y delgados, aplastando los fríos tallos de los helechos que amortiguaban los golpes.

—¡Ahhh! —gritó Paddy—. ¡Me estáis matando! —exclamó, mientras lanzaba golpes a ciegas.

Liam recibió un puñetazo en la cara.

—¡Ahhh! —gritó. Liam era el más pequeño de nosotros.

Paddy continuaba lanzando golpes con manos y pies. Sus pantalones volaron por encima de su cabeza cuando nuestra *melé* se disolvió ante su furioso ataque. Paddy nos miraba con aire desafiante, sin pantalones y con las mejillas cubiertas de lágrimas. Liam estaba encogido a nuestros pies, quejándose y sollozando por el golpe que había recibido. Rory daba saltos alrededor de nosotros, ladrando como un loco.

—¡Eres un bestia! —gritó Liam.

—Y tú eres como una muñeca vieja. Nunca debimos haberte traído con nosotros.

Alguien le arrojó a Paddy sus pantalones. Los cogió y se los puso con gran dignidad. Mientras tanto, Liam se puso de pie. Paddy le ignoró y se dirigió al resto de nosotros.

—No debisteis haber saltado sobre mí de ese modo.

Joe le arrojó un puñado de tierra.

—Tienes los pantalones rotos —dijo, y entonces todos comenzamos a cantar mientras Paddy bajaba la vista con gesto de preocupación.

Hice que miraras
hice que lo vieras
hice que el barbero
cortara tu pelo;
lo dejó largo,

lo dejó corto,
te ha cortado el pelo
con cuchillo y tenedor.

Paddy se aseguró los pantalones.

—Andando —dijo.

—Adelante mis valientes —gritó Joe.

Ascendimos la montaña montados en corceles imaginarios y luego, formando una fila, galopamos por la ladera mientras Rory corría feliz delante de nosotros en dirección a la cascada, al pie de la montaña y a casa.

Una vez en casa encontramos a mi padre quitando el estiércol de sus botas.

—Papá —le dije—, ¿puedo ir a la panadería de Kennedy por la mañana a buscar pastas y dulces recién hechos?

Mi padre estaba concentrado en sus botas, que estaban cubiertas con una capa de barro espeso y rojizo. Había incluso pequeñas piedras incrustadas entre la suela y el tacón. Las estaba raspando con un viejo cuchillo que luego limpiaba en una hoja de papel de diario que había extendido delante de la chimenea.

—¿Qué? —dijo finalmente.

—Joe Magee y yo iremos por la mañana a la panadería de Kennedy. Por tres peniques puedes comprar un buen puñado de pastas surtidas.

—¿Qué quieres decir con pastas surtidas?

—Bollos, madalenas, rollos de jamón, todas las cosas que fabrican a primera hora de la mañana.

—¿Y qué pasa con el pan?

—También puedes comprar pan, pero es más caro. Puedes conseguir pastelillos de dulce y panecillos de maíz y también pastas de cabello de ángel. Hay pan cortado y pan normal.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó mi padre.

—Porque Packy McKee y los chicos van todos los días, y también Jimmy Gillen.

—No lo sé, hijo. ¿A qué hora es?

—A las seis de la mañana.

—Habla con tu madre —dijo.

—¡Pero papá!

—¿Acaso estoy hablando con la pared? —dijo mi padre—. Ve a hablar con tu madre.

—Bajo ninguna circunstancia irás a la panadería de Kennedy —dijo mi madre—. Toda la calle hablará de nosotros.

—Ah, mamá —dije—. Pero si todos van a la panadería. Todos. Yo también debería poder ir. Packy McKee solo tiene siete años.

—Tú no eres Packy McKee. No irás y no se hable más del tema.

—De todos modos nunca te levantas tan temprano —intervino Margaret.

—¡Cierra la boca! —le dije—. Nadie está hablando contigo, tonta —y salí corriendo de casa.

Joe Magee me esperaba en la acera. Tenía una expresión triste.

—¿Ha habido suerte? —preguntó.

—No —dije—. Pero estoy en ello.

—Mi madre dice que no puedo ir.

—La mía también —dije.

—¿Qué me dices si vamos de todos modos? Nos levantamos muy temprano y, cuando hayamos regresado, todos estarán sorprendidos.

—¿De dónde sacarás el dinero? —le pregunté.

—Podríamos preparar ramas para leña.

—¿Qué?

—Podríamos cortar ramas y luego venderlas para sacar algún dinero.

—¿Qué?

—¿Qué te ocurre, estás sordo o algo por el estilo? —dijo Joe—. Podríamos cortar unas cuantas ramas para que la gente encendiera la chimenea con ellas y venderlas puerta por puerta. Podríamos sacar algunos peniques.

—No creo que me dieran permiso para vender leña por las casas.

—¿Y quién se enteraría? —dijo Joe—. Podríamos ir a vender la leña por otras calles.

Y así fue como pasamos el tiempo junto al río y cerca del vertedero de basura, recogiendo pequeños troncos, trozos de madera, puertas viejas y cajas de madera. Luego dedicamos varias horas a cortar, quitar clavos y formar haces de leña de bordes serrados. Una semana más tarde teníamos una enorme pila.

—¿Para qué es toda esa madera? —me preguntó una noche mi padre. Tenía el pie apoyado en la cerca mientras se desataba el cordón de la bota.

—Bueno, pensábamos venderla.

—Buena idea. —Se quitó la bota—. Aquí tienes, límpiala mientras ordenas la madera. Usa una de esas varillas finas y cuando hayas terminado, si le pones un poco de grasa, te daré tu paga.

Al día siguiente, Joe y yo vendimos todo nuestro bosque de leña. Fue muy sencillo. Nos dirigimos a la zona que hay detrás de Ballymurphy Road y comenzamos a recorrer todas las calles laterales. Los haces de leña estaban amontonados en un carrito de cuatro ruedas de fabricación casera y, después de un par de horas y cuatro o cinco viajes, éramos tres chelines más ricos.

—Solo necesitaremos seis peniques, o incluso tres peniques, para comprar en la panadería —dijo Joe—. Deberíamos ir muy temprano.

A la mañana siguiente me escabullí de la cama, fuera del montón de cuerpos calientes que ocupaban la cama doble en nuestra habitación trasera. Liam nunca se movía. Paddy murmuró algo y Seán, que era el más pequeño, abrió los ojos un instante antes de volver a quedarse profundamente dormido. Hacía mucho frío y yo temblaba mientras recorría el suelo desnudo y bajaba la escalera en calcetines. Con dos fundas de almohada debajo del brazo, salí por la puerta del frente y me reuní con Joe en la esquina de Ballymurphy Drive detrás de su casa. El amanecer disipaba lentamente la oscuridad de la noche mientras caminábamos a paso vivo, hablando ruidosamente, cruzando el río, rodeando Westrock Bungalows, pasando junto al vertedero y a la fábrica de ladrillos hasta llegar a la avenida Beechmount. Cuando llegamos a la panadería de Kennedy, me sorprendió ver la larga cola de gente que se apiñaba en la acera. Una puerta lateral estaba abierta y detrás del mostrador había un montón de bandejas llenas de pan fresco, aún caliente, panecillos, bollos, madalenas, pan blanco y pan de cereales y toneladas de pastelillos, pastas de frutas y pasteles de manzana. La multitud desfilaba lentamente delante de un animoso empleado que iba llenando las bolsas con los productos recién hechos. Muy pronto llegó nuestro turno. Joe y yo llevábamos fundas de almohada cada uno, una para el pan y otra para las pastas. Por cuatro peniques salimos de la panadería con una bolsa en cada mano, cogiendo con fuerza los extremos de las fundas de almohada para que no se abrieran y perdieran su preciado cargamento. Orgullosos y felices, regresamos a casa caminando lentamente por Beechmount. Ya había amanecido.

—¿Te gustaría un bollo de nata? —pregunté.

—Tal vez una madalena —dijo Joe.

Hicimos un alto en el camino para probar nuestra mercancía. Los bollos de nata aún estaban calientes. Nos comimos dos cada uno. Y luego una madalena y después una pasta de chocolate.

—Será mejor que nos demos prisa —dijo Joe.

Y eso fue lo que hicimos. Atravesamos el río, Joe se escabulló en su casa y yo en la nuestra. Dejé dos o tres bollos en un escondite para Paddy, Liam y

Seán. El resto lo dispuse ordenadamente sobre la mesa del comedor. Una barra de pan, cinco bollos de nata, seis pastelillos y algunas madalenas. Y luego la pila de pastas. Sacudí la funda de las almohadas, dejando caer las migas, los trozos de corteza de pan y las hojuelas de coco para Rory, le acaricié la cabeza y regresé sigilosamente a nuestra habitación.

Todo el mundo estaba encantado al levantarse, aunque mi madre me lanzó una mirada de reprobación.

—Te dije que no debías ir a ese lugar —se quejó. Pero eso fue todo.

Aquella noche, cuando mi padre regresó de trabajar, dijo que todos sus compañeros de la obra en construcción estaban celosos de él. Era el único que había llevado bollos para desayunar. Incluso Margaret estaba impresionada. No dijo nada, pero yo lo sabía. Después de aquello, Joe y yo visitamos la panadería de Kennedy con frecuencia. Pero ahora era mi madre quien me daba el dinero.

2

Nuestros vecinos en Divismore Park eran todos muy buena gente. A finales de la década de los cincuenta y principios de los sesenta, el *Murph* se había ganado una reputación de zona dura y conflictiva, pero era una reputación injustificada. Ballymurphy no era mejor ni peor que cualquier otro barrio pobre de clase obrera de cualquier lugar del mundo, aunque en la década de los setenta demostraría ser una comunidad valiente, hábil y adaptable. Pero en los años cincuenta no había aún ninguna evidencia de ello. En aquella época Ballymurphy no era más que otro barrio construido mal y deprisa, destinado a todas aquellas familias jóvenes que estaban encantadas de abandonar viviendas miserables o las atestadas casas de sus padres para alojarse en una vivienda propia. En los viajes que he realizado durante todos estos años he visto Ballymurphys en todas partes. En Gran Bretaña, en Europa, en muchas ciudades a lo largo y ancho de Irlanda, en Estados Unidos y en Sudáfrica. Todos tienen algo en común. Padres que trabajan duramente, incluso cuando están en el paro, y que dedican sus mayores esfuerzos para que sus hijos tengan las mejores oportunidades. Nuestra casa era una de ellas.

En términos logísticos, no sé cómo se las ingeniaba mi madre para alimentar a tantas personas, para preparar tres comidas diarias y para vestir a diez hijos. La presión solía ser muy grande porque no siempre había ropa para todos o comida suficiente para llevar a la mesa y, sin embargo, mi madre era quien probablemente tuviese menos que cualquiera de nosotros. En aquella época no era raro que las mujeres se derrumbasen a causa de la malnutrición mientras alimentaban a sus numerosas familias. Cuando conseguía algún empleo, mi padre trabajaba duramente, pero era mi madre quien se las arreglaba y hacía frente a las adversidades, mi madre quien, al igual que muchas otras mujeres, luchaba con uñas y dientes para criarnos, ayudada por la abuela Adams y la abuela Hannaway, y con la inestimable colaboración de la tienda de empeños de Lavery.

La casa de empeños de Paddy Lavery se encontraba en la esquina de Panton Street y Falls Road. En el escaparate parecía haber prácticamente de

todo, desde botas hasta relojes e incluso cañas de pescar, y cuando entrabas en la tienda te dabas de bruces con un mostrador alto completamente rodeado de chucherías y filas de trajes, empeñados entre misa y misa para alimentar a la familia o pagar el alquiler. Acudir a la casa de empeños no suponía un baldón para nadie; era solamente una de las realidades cotidianas de la vida. Y era una realidad arbitrada y administrada por las mujeres, por mi madre, por mi hermana Margaret, mi abuela Hannaway, incluso de un modo furtivo en lo que concernía a sus esposos. En ocasiones se producían situaciones curiosas y de cierta gravedad: mi abuela Hannaway empeñando el traje de mi abuelo y tratando de recuperarlo desesperadamente un jueves o un viernes antes de que él lo descubriera y pudiera acudir a un funeral. Mientras intentaban hacer juegos malabares con el escaso presupuesto familiar, las mujeres se veían obligadas con frecuencia a empeñar los zapatos u otras prendas de sus esposos para poder conseguir algún dinero.

En una ocasión, durante unos días en los que el tiempo no parecía decidirse, escuché este diálogo entre dos mujeres.

—El tiempo no acaba de decidirse. En un momento llueve torrencialmente y, al minuto siguiente, sale el sol.

—Es cierto. Y no sabes qué llevar a la casa de empeños, ¿verdad?

Mi madre nunca fue una mujer muy fuerte y durante años sufrió de bocio. También era una persona muy dulce, que nunca bebía ni fumaba, aunque debió ser muy dura a su manera. Seguramente sufrió una gran presión mientras criaba a su familia ya que no hacía más que tener un hijo tras otro. No obstante, de alguna manera siempre se las arreglaba para que todos tuviésemos comida en el plato; siempre tenía ropa para todos e incluso se las ingeniaba para conseguirnos juguetes. Pero cuando había terminado de pagar los juguetes, volvía a ser Navidad y había que volver a comprarlos. Los clubes de Navidad y toda clase de cobradores eran visitantes regulares a Divismore Park. A medida que la familia aumentaba el número de sus miembros, las niñas se hacían cargo del trabajo doméstico y del cuidado de los hermanos más pequeños desde temprana edad. Hombres y niños, comparativamente, estaban bastante consentidos. Mi madre acostumbraba a cantar por toda la casa, canciones como *The Kerry Dances, The Spinning Wheel, After The Ball Was Over, The Bold Fenian Men, The Lonely Woods of Upton y The Boys from the County Armagh*. Esa era la música de mi infancia.

En una ocasión mi madre tuvo que ser ingresada en el hospital y mi padre intentó preparar la comida, vertiendo sopa de tomate en un cazo, añadiendo salchichas y cubriéndolo todo con patatas. Los intentos de Margaret no fueron

mucho mejores y, aunque yo descubrí que podía preparar avena cocida con leche, por alguna razón nadie quiso probarla. Entonces llegó una mujer para echarnos una mano y estuvimos salvados. Era una mujer grande y alegre, con el pelo blanco, y podía cocinar cualquier cosa.

Mi padre no tenía trabajo y visitaba a mi madre todos los días en el hospital. Cuatro días más tarde regresó a casa con la noticia de que teníamos una nueva hermana y nos fuimos todos al hospital. No nos permitieron entrar en el pabellón de maternidad, de modo que mi padre nos llevó al parque que rodeaba el edificio y luego volvió a entrar, dejándonos a Margaret y a mí a cargo de nuestros hermanos. Luego volvió a salir, nos hizo formar y señaló hacia una de las ventanas superiores. Allá arriba pudimos ver a nuestra madre que sostenía en brazos a una pequeña criatura. No alcanzábamos a ver qué era en realidad, pero todos la saludamos agitando las manos. Nos sentíamos muy tristes. Luego mi padre nos llevó de regreso a casa.

En 1956 entré en el colegio St Finian De La Salle. Era una tradición familiar asistir a St Finian, que había sido construido, junto con el colegio St Vincent para niñas, para los trabajadores a media jornada de las fábricas de hilados, quienes trabajaban medio día y acudían al colegio el resto de la jornada. Cuando yo ingresé en St Finian esta práctica ya había terminado, afortunadamente, ya que resultaba muy difícil arrancarme de la cama cada mañana. St Finian era un buen colegio. La disciplina era muy rígida, pero la única ocasión que recuerdo que un maestro fuera especialmente cruel conmigo fue cuando me abofetearon en mi primer día de clase, a mi juicio de manera completamente injusta.

El colegio disponía de una pequeña cuenca colectora, pero debido al incesante incremento de población había otros colegios alrededor, y la proximidad de todo contribuía a darnos una sensación de identidad, como si se tratase de un pequeño pueblo. Los Hermanos Cristianos enseñaban historia irlandesa, incluyendo historia política, y utilizaban los mismos libros que usaban en sus colegios al sur de la frontera, en Cork y Tipperary y en todos los demás lugares de Irlanda. También utilizaban muchos libros de lengua irlandesa, y muy importante para el carácter distintivo del colegio eran los deportes gaélicos como el *hurling*[5] el fútbol y el balonmano. Los Adams siempre se consideraron grandes jugadores de *hurling* y fútbol. Yo practicaba ambos deportes con el equipo del colegio y, como todos los alumnos interesados en el deporte, consideraba que el tiempo que pasaba con el uniforme de deporte era la parte más divertida de mis horas escolares.

Cuando comencé a asistir a St Finian me fui a vivir a casa de mi abuela Adams en Abercorn Street, cerca del colegio, si bien continuaba pasando los fines de semana y las vacaciones de verano en el *Murph*. La razón de que fuese a vivir a casa de mi abuela no tenía nada que ver con falta de afecto o de capacidad por parte de mi madre; al contrario, ella me mimaba y yo le devolvía su amor de la mejor manera posible. Todas las Navidades, desde la primera vez que tuve un poco de dinero, siempre ahorraba unas monedas para comprarle una gran lata de chocolatinas Roses.

La casa de la abuela Adams tenía la cocina con azulejos y una «moderna chimenea Devon» con una pequeña repisa. Había regresado a la casa donde había pasado los dos primeros años de mi vida. «Abercorn Street Norte, Leeson Street, Falls Road, Belfast, Irlanda, el Mundo, el Universo», escribía en mis cuadernos escolares. La casa tenía dos dormitorios. Yo dormía en la habitación trasera con mi tío Seán y mi tío Frank, hasta que mi tío Frank se marchó a Inglaterra y más tarde a Canadá, y mi tío Davy regresó de Inglaterra. Como era el más joven de la casa, me convertí en el centro de atención. El primo hermano de mi padre, Gerry Begley, que vivía en la misma calle y tenía solo seis o siete años más que yo, me llevaba al colegio y pronto se convirtió en mi amigo y el ejemplo a imitar. Y no pasó demasiado tiempo antes de que entablara amistad con otros chicos de la misma calle, como Joe MacAtamney, los O'Neill y Barbara Scott. Y también estaba Darkie, el perro.

Pero el centro de mi vida en Abercorn Street era mi abuela Adams, o Margaret (*Maggie*) Begley, como se la conocía por su nombre de soltera. Era una mujer tranquila y religiosa, que no permitía que se dijeran palabras malsonantes; también era muy estricta pero muy cálida. Era una mujer menuda, de complexión fuerte y muy moderna en su forma de vestir, que había trabajado en las fábricas de hilados a media jornada. La abuela Adams ejercía sobre mí una gran influencia y parecía tener un notable sentido del equilibrio y la moderación. Recuerdo que decía que no se puede confiar en un hombre que no fuese capaz de beber una botella de cerveza de malta, si bien, al mismo tiempo, detestaba la embriaguez. Era una persona muy tolerante que, obviamente, había vivido tiempos muy difíciles y que me echó a perder como sucede siempre con los niños que viven entre adultos. Como dicen en Belfast, yo era el niño de sus ojos.

Mi abuela poseía un alto concepto de la educación, un sentido innato de la dignidad y el respeto por el prójimo, y me enseñó a no faltarle a la gente, a no mostrar rencor y a disponer siempre de tiempo para los demás. Porque entre los ocho y los doce años yo tenía muy poca confianza en mí mismo y padecía

un leve tartamudeo que mi hermana Margaret aprovechaba para burlarse de mí cuando nos peleábamos. Yo disfrutaba de la atención total que mi abuela me dedicaba y de la tranquilidad de la casa, donde no había chicas. No recuerdo que tratara nunca de influirme políticamente; es posible que la abuela estuviese influida en su actitud hacia mí y hacia la política debido a lo que había tenido que sufrir con mis tíos, Dominic y Paddy Adams, y con mi padre, quienes habían sido republicanos muy activos. De hecho, es posible que hiciera todo lo posible para que yo no me interesara en la política.

Mi abuela había sido testigo de dos generaciones de oposición política y conocía perfectamente las penurias de la lucha. Su esposo había sido un activista de la Hermandad Republicana Irlandesa (IRB) y había muerto joven, dejándola a cargo de una familia compuesta por seis hijos: Paddy, Dominic, Seán, Frank, Davy y Gerry, algunos de los cuales llegaron a ser miembros activos del IRA**[6]**. También había tenido dos hijas, Margaret y Elizabeth, y otro hijo, Peter, todos los cuales habían muerto cuando eran niños. Mi padre, Gerry, había resultado herido por los disparos del RUC**[7]**, a los 16 años, durante un encuentro con las fuerzas del orden después de la ejecución en la horca de Tom Williams, un republicano que había sido herido en un enfrentamiento a comienzos de aquel año y en el que un oficial del RUC había resultado muerto. Mi padre, el viejo Gerry, como llegó a ser conocido, fue condenado a ocho años de prisión por intento de asesinato, recibiendo la libertad incondicional cinco años más tarde.

Mi abuela Adams era una gran lectora y acudía con frecuencia a la Librería Falls, que estaba a tiro de piedra de nuestra casa, y a la librería del Monasterio Clonard, y yo siempre la acompañaba cuando iba a buscar libros. Ella leía a Maurice Walsh y yo leía su ejemplar de *Knocknagow*, de Charles Kickham, a una edad en la que seguramente entendía muy poco de lo que estaba leyendo. En aquella época yo no usaba gafas pero más tarde, en Ballymurphy, me hice el firme propósito de leer durante varias horas en la cama por la noche, bajo la débil luz de la farola de la calle que entraba a través de la ventana, y al poco tiempo fui el único miembro de mi familia que llevaba gafas. Yo disfrutaba leyendo una amplia selección de obras muy populares en aquellos días: *Enid Blyton*, *Just William*, *Jennings y Derbyshire*, *Biggles*, *Billy Bunter*, así como también los cómics ingleses, el *Beano*, el *Dandy* y el *Topper*, y devoraba las aventuras de *Dennis la Amenaza* y D*an el Desesperado*. Esta dieta de historias inglesas se vio aumentada con *Our Boys*, una revista irlandesa que editaban los Hermanos Cristianos.

Abercorn Street Norte era una calle estrecha y, a su alrededor, se extendía una red de callejuelas bulliciosas, con una red secundaria de entradas traseras, o callejones. En Getty Street, escaleras flanqueadas por pasamanos o barandillas de hierro llevaban desde la calle hasta el portal. Las aceras eran altas y estaban adornadas con grandes bordillos marrones. Toda el área de Falls, especialmente la zona que rodeaba Leeson Street, estaba llena de patios, entradas traseras y cuadras.

Las farolas de gas que iluminaban las calles no eran demasiado altas, de modo que resultaba bastante sencillo trepar por ellas. En el travesaño que había justo debajo de la lámpara, colgábamos cuerdas para columpiarnos. Jugábamos al balonmano en el enorme frontón que había en la esquina de Harbison y toda suerte de juegos al final de Abercorn Street, que desembocaba en Sorella Street y Dunville Street, un área pequeña en la curva adyacente a Dunville Park, donde no molestábamos a nadie. Había una tienda de ropa usada y un patio de un pequeño constructor y utilizábamos los portones del patio como porterías. Aparte de organizar carreras y partidos de fútbol, practicábamos *hurling*, criquet o un juego parecido al béisbol usando como bates los palos de *hurling*.

Entre el escaso tráfico destacaban los carros del vendedor de carbón y de los traperos. Solíamos subirnos a los caballos y a los carros y, en una ocasión, me caí y me hice una brecha en la cabeza. Otro frecuente visitante de la calle juntaba sobras de comida para los cerdos. Al caer la tarde aparecía un hombre cuyo trabajo consistía en encender las lámparas de gas. En casa de mi abuela Hannaway, en Inkerman Street, había una lámpara de gas unida a la pared y recuerdo a mi madre diciéndome que esa luz le había permitido leer por las noches en su casa.

Las casas de Abercorn Street y su vecindario eran viejos y nadie disponía de cuartos de baño o retretes interiores. Aún hoy la gente pregunta, «¿vas al patio?», lo que significa en realidad, «¿vas al retrete?». Grandes recipientes de estaño que permanecían colgados en el patio y que se colocaban delante del fuego y se llenaban con cubos de agua cuando llegaba la hora del baño. Los pequeños patios estaban invariablemente pintados de blanco y, en ocasiones, presentaban una base de varios centímetros de alquitrán. Algunas personas tenían maceteros, en los que eran muy populares los geranios, y algunos también criaban aves de corral. Todo el mundo guardaba el carbón en el patio, junto con una gran máquina a rodillos para escurrir ropa y el clásico recipiente para bañarse. Mi abuela solía tener un pollo y, una Navidad, lo mataron. Pero cuando llegó el momento de trincharlo, todo el interior del

animal estaba negro porque había vivido picoteando el carbón, o al menos eso fue lo que me explicaron.

En muchos patios había una especie de refrigerador, una caja de tejido de malla para guardar la mantequilla y otros productos perecederos. La carne era un lujo bastante poco frecuente, excepto algún hueso para la sopa, y tanto el beicon como algunos cortes baratos hacían alguna aparición ocasional. Mi abuela era una excelente repostera y creaba tortas de hojuelas, pan de hojuelas, pan de soda, panes de trigo, pan horneado y luego preparaba budín de pan con lo que le sobraba. La vida en las calles era muy abierta y, a menudo, me enviaban a casa de algún vecino con un recipiente lleno de sopa y viceversa.

Siempre tuvimos perros y yo heredé el primero cuando mis tíos Frank y Seán se marcharon al Canadá, aunque supongo que en realidad el perro pertenecía a mi abuela. *Darkie* era un perro grande, negro y marrón, y muy sensible. Si ibas por la calle y veía un camión de la perrera, se colocaba detrás de mí; eso era porque no teníamos licencia para perros. En una ocasión en que me dirigía a *Murph*, mi abuela me acompañó en el autobús y Darkie corría junto al vehículo, llegando a Divismore Park completamente agotado. Creo que, después de aquel viaje, nunca volvió a Ballymurphy.

Y luego estaba *Rory*. Era un perro pequeño, un terrier cruzado, y un auténtico perro de Ballymurphy, nacido y criado allí. Todo el tiempo libre lo pasábamos en la montaña: nuestro Paddy y Joe Magee, algunos otros de nuestros amigos, *Rory* y yo. Llegamos a conocer cada palmo de terreno en la ladera de la montaña, desde el Gully hasta Hatchet Field y Riddley Rock. Cazábamos conejos y liebres, recogíamos zarzamoras y berros, cortábamos prímulas y campánulas para trasplantarlos en nuestros jardines y escuchábamos el canto de los pájaros. En una ocasión, unos tipos prendieron fuego a la montaña y nos quedamos atrapados en medio de las llamas. Intentamos rodear el incendio pero el humo nos ahogaba y echamos a correr presa del pánico a través de las llamas más bajas. Por todas partes volaban chispas y cenizas. *Rory* se llevó todo el mérito de nuestra salvación ya que fue él quien nos guio hasta casa. Recuerdo a mi padre diciendo que un perro jamás olvida el camino a casa. Desde entonces no recuerdo haber estado un día sin la compañía de un perro, y el placer de sacar a pasear a los perros, especialmente a campo abierto o por las colinas, no me ha abandonado en toda mi vida.

Durante la mayor parte de mi infancia, mi vida osciló entre Ballymurphy y Abercorn Street. Acontecimientos como mi Primera Comunión o la

Confirmación tuvieron lugar alrededor del eje de Abercorn Street, que era de donde procedían mis patrocinadores. Cuando cumplí los ocho años, mi abuela viajó a Canadá a visitar a mis tíos y yo regresé a Divismore Park, pero cuando se reanudaron las clases continué yendo a Abercorn Street para el almuerzo; mi tío Davy y mi tía Sheila se habían casado hacía poco, instalándose en la casa después de haber vivido un tiempo en Inglaterra.

Yo tenía la ventaja de disponer de dos hogares y también podía ir a las casas de varias ramas de la familia, entre las que ocupaba un lugar prominente el número 14 de Inkerman Street, la casa de la familia de mi madre, los Hannaway. Los Hannaway, no solo por los antecedentes de mi abuelo, y porque él tenía un empleo en el que debía llevar camisa y corbata, se encontraban quizás un poco más alto en la escala social, si bien los funcionarios de los sindicatos no estaban tan bien pagados como lo están hoy. Toda la familia había sido criada en esa pequeña casa, con una cocina/sala de estar, un fregadero en la planta baja y dos habitaciones en la planta superior. Parecía la versión en miniatura de una típica casa rural, con un hogar de leña enorme y antiguo y un suelo desparejo.

Mi bisabuelo, Michael Hannaway, había sido un feniano[8], y había llegado a Belfast desde Sligo, estableciéndose en Dunmore Street en Clonard y trabajando como supervisor/cajista en el *Irish News*.

William Hannaway, mi abuelo, un hombre alto de quien se decía que yo guardaba un gran parecido, era fundamentalmente un republicano socialista y trabajó con Jim Larkin y James Connolly. Larkin había llegado a Belfast en 1907 como organizador del Sindicato Nacional de Trabajadores Portuarios y había desempeñado un notable papel en el cierre patronal y la huelga que habían protagonizado alrededor de 2500 trabajadores de los muelles y otros trabajadores, extendiéndose incluso a algunos miembros del Royal Irish Constabulary.[9] James Connolly había sido designado organizador del Ulster y secretario del recientemente formado Sindicato de Trabajadores Generales y del Transporte Irlandés en 1911, y desde entonces hasta 1916 él y su familia habían vivido en Belfast en una casa situada en Glenalina Terrace, en Falls Road, frente a Whiterock Road. Como secretario de la rama de los camareros, mi abuelo había tenido un destacado papel en la organización del sindicato, y había realizado numerosos viajes, especialmente a Inglaterra. Billy, como era conocido, no era un religioso practicante de misa diaria, pero era un hombre de modales tranquilos y jamás se le oyó maldecir, ni siquiera cuando llevaba algunas copas entre pecho y espalda. Había sido uno de los agentes de Valera durante las elecciones de 1918, si bien luego llegó a detestarle.

Billy había contraído matrimonio con Alice Mulholland, de Castlewellan, y tuvieron cuatro hijos antes de que Alice muriera siendo aún muy joven. Su hermana, Georgina, también vivía en Inkerman Street y se había hecho cargo de la familia, convirtiéndose en una verdadera madre para los niños. Georgina se convirtió también en la segunda esposa del abuelo William y tuvieron una primera hija a la que llamaron Annie (mi madre), luego a Ena y finalmente a Seamus. Georgina, mi abuela Hannaway, era una mujer muy pequeña y delgada y extremadamente callada; tenía el pelo largo y ceniciento recogido en una larga coleta, llevaba siempre puesto un delantal y en mis primeros recuerdos de ella la veo usando un chal, aunque más tarde lo cambió por un abrigo.

También recuerdo a la abuela Hannaway ayudando a mi tío Seamus a prepararse para salir. Seamus era un hombre muy alto, mientras que ella era muy baja. Después de haber planchado toda su ropa y lustrado sus zapatos, la abuela Hannaway no paraba de dar vueltas a su alrededor mientras acababa de vestirse y, entonces, cuando Seamus se ponía la chaqueta, ella le quitaba unas pelusas invisibles poniéndose de puntillas para pasar el cepillo por los hombros.

Los Hannaway siempre fueron republicanos y los miembros de cada generación se encontraron recorriendo las huellas de la generación anterior a medida que la lucha contra la injusticia continuaba sin respiro. Mi tía abuela Mary era una miembro activa del Cumann na mBan, el IRA femenino. Años más tarde, cuando Alfie Hannaway —su sobrino y mi tío— comenzó a impartir clases de irlandés en Twinam’s Hall en Cromac Street, Mary le hizo notar que en ese mismo local se habían celebrado las reuniones del Cumann na mBan en su época. Liam, el hermano de Alfie, estaba en la compañía D del IRA, como también varios miembros de la familia Adams, y siguió siendo un republicano muy activo hasta su muerte en 1981. Mi abuelo Hannaway, su padre, murió en diciembre de 1962.

Mis cuatro abuelos vivían relativamente cerca unos de otros, ya que Inkerman Street se encuentra entre Falls Road y Ross Street. Nosotros, los niños, pasábamos mucho tiempo con nuestras numerosas familias, y mi hermana Margaret desarrolló con nuestra abuela Hannaway una relación similar a la que yo disfrutaba con la abuela Adams. Ambas abuelas ayudaban continuamente a nuestros padres a criarnos, y estoy seguro de que hicieron lo mismo con todos mis primos.

Las conexiones íntimas que existían entre las diversas casas familiares se reflejaban también en las pautas de la vida general en Belfast Occidental, que

tenía el carácter de una serie de aldeas. La zona de Falls, con sus propios *pub*, la biblioteca y las escuelas, generaba una sensación específica de comunidad, y nosotros raramente nos aventurábamos al centro de la ciudad excepto en Navidad. A cada lado de Falls había edificios de dos o tres plantas, entre los cuales pasaban lentamente los trolebuses, casi en absoluto silencio conectados a los cables eléctricos aéreos. En la zona se respiraba un ambiente autónomo, cerrado, mientras que prácticamente desde todas las calles se podían ver las montañas, que siempre ejercían sobre mí una especial fascinación. Incluso en mitad de una comunidad compacta y cerrada se podían ver destellos del verde del lugar. Además de las montañas estaba Falls Park, un paseo que medía exactamente una milla desde la puerta de St Finian y al que acudíamos con el colegio una o dos veces por semana.

En una ocasión llegó a Ballymurphy un grupo de estudiantes de la Universidad de Queen y se llevó a unos cuantos de nosotros a una fiesta que se celebraba en Queen. Nos dijeron que nos invitaban porque éramos carenciados. Mientras devorábamos literalmente fuentes de comida y platos llenos de bollos en un enorme salón con paredes de madera, nos felicitábamos por nuestra condición. Ser carenciados era una nueva experiencia.

Un día tuvimos que acudir a la clínica de Durham Street para que nos administraran la vacuna BCG (antituberculosa), de modo que en Whiterock Road nos subimos al trolebús 11, que atravesaba lentamente Whiterock Hill y bajaba por Falls Road hasta llegar a Divis Street. Nos bajamos justo al pasar Townsend Street y echamos a andar en una renuente fila de siete: Margaret, Anne, Paddy, Liam, Seán, Francés y yo, con mis padres éramos nueve. La aguja me provocó un intenso dolor pero conseguí controlarme y después de que todos hubimos sido vacunados, nos fuimos a visitar a la tía Ena, donde mi primo Sammy nos prestó su triciclo a Paddy y a mí. Estuvimos largo rato recorriendo Durham Street en el pequeño vehículo, olvidando muy pronto el mal trago de las vacunas.

Un par de semanas más tarde nos enteramos de que Paddy tenía tuberculosis y debía ingresar en el hospital, Joe Magee, Harry y Frank Curran y yo discutimos lo que le pasaba a Paddy y no podíamos entenderlo, ya que mi hermano tenía muy buen aspecto y era capaz de correr tan velozmente como cualquiera de nosotros. El hospital se encontraba en Crawfordsburn, en la ribera del estuario, muy lejos de nuestra casa, y mi madre estaba ausente todo el día acompañando a Paddy. Margaret nos cuidaba o, al menos, ella pensaba que nos cuidaba. Yo echaba de menos a Paddy, si bien ahora disponíamos de más espacio en la cama. Paddy permaneció una larga

temporada en el hospital, durante la cual tocó a su fin el trabajo que había conseguido mi padre.

—¿Te gustaría ir a visitar a Paddy? —me preguntó un día.

—Sí, papá.

—¿Puedo ir yo también? —preguntó Liam.

—Iremos andando —dijo mi padre.

—No puedes caminar un trecho tan largo, Gerry —dijo mi madre—, son casi quince kilómetros.

No sé cómo lo conseguimos pero, cuando finalmente llegamos al hospital, vi que se trataba de un enorme edificio con un gran jardín y varios pabellones. Paddy llevaba una bata larga y grande y estaba muy pálido. Estaba muy contento de verme y le expliqué lo que estábamos haciendo con la pandilla, pero no quise contarle demasiadas cosas porque hubiera pensado que no le necesitábamos. Un hombre que estaba visitando a su hijo me regaló media corona, y mi padre y yo regresamos a casa en autobús.

Paddy volvió a casa un par de semanas más tarde y desde entonces, tuvo que comer mantequilla —mientras el resto de nosotros comíamos margarina —, aceite de hígado de bacalao, zumo de naranjas y levadura. De hecho, todos los hermanos bebíamos el aceite de hígado de bacalao, que yo solía ir a buscar a una clínica en Huskey, la gran casa que se alzaba al otro lado del río justo delante de nuestra casa.

La siguiente vez que visité el hospital fue para conocer a mi nueva hermana. Joe Magee fue quien me dio la noticia.

—Tu madre va a tener otro niño.

—No, no puede ser. No tenemos espacio —dije.

—Pero va a tener otro niño.

—No te creo —dije.

—Bien, ya lo veremos. Acabo de oír cómo mi madre le decía a Kathleen que la señora Adams pronto tendrá otra boca que alimentar.

Se lo conté a Paddy. Él tampoco podía creerlo.

—¿Dónde se consiguen los niños? —preguntó.

—Oh, eres muy pequeño para saber esas cosas —le dije—. Ya lo aprenderás más adelante.

—¿A qué edad lo supiste tú?

—Oh, no lo sé, pero no era tan pequeño como tú. Papá me lo explicó la semana pasada. ¿Recuerdas el sábado por la noche cuando nos estábamos bañando? Papá me estaba secando y me dijo que debía explicarme los hechos

de la vida. ¿Sabes lo que me dijo? Que debía mantener mi cosita siempre limpia y alejarme de las malas mujeres.

—¿Qué son las malas mujeres? —preguntó Paddy.

—No lo sé. ¿Cómo quieres que lo sepa?

—¿Y mantienes tu cosita limpia?

—Por supuesto que mantengo mi cosita limpia.

Nos bañábamos todos los sábados por la noche. Cuando el último de nosotros se metía en el gran recipiente de estaño, había una marca de suciedad en el borde, el agua estaba oscura y el baño lleno de vapor, pero me gustaba ser el último porque podías quedarte más tiempo en el agua. La suciedad que se alojaba entre los dedos de los pies si habías estado jugando al fútbol durante todo el día solía desaparecer si frotabas un pie contra el otro, y luego los dedos quedaban todos moteados con el agua. Yo odiaba tener que lavarme el pelo porque el jabón se me metía en los ojos. Luego entraba mi padre, me envolvía en una gran toalla y me sacaba del agua. Fue entonces cuando me explicó los hechos de la vida. Me dijo, «te estás haciendo demasiado mayor para esto. Muy pronto serás muy grande y no podré alzarte de la tina de baño».

A veces, Paddy y yo nos bañábamos juntos. Paddy pensaba que podía nadar, algo que en realidad no podía hacer, y yo podía aguantar la respiración bajo el agua más tiempo que él. Paddy y yo chapoteábamos en el agua y lo poníamos todo perdido, de modo que mi padre decidió que debíamos bañarnos de uno en uno. Es curioso eso de los hechos de la vida, Joe Magee decía que su madre le había dicho que no deberíamos saber nada acerca de los hechos de la vida. A veces resultaba muy difícil entender a los mayores.

En cualquier caso, para mí era una época muy extraña. El verano casi había terminado. Mis pies casi tocaban el extremo de la cama. Estábamos en la habitación trasera y cambiaríamos la cama por literas. El suelo de la habitación estaba cubierto por un hule. Las niñas pequeñas tuvieron el hule primero. A mí no me gustaba demasiado ya que era muy frío para los pies. Los suelos de madera tenían grietas entre las tablas. En ocasiones, si tenías un penique podías meterlo en una de las grietas. La suciedad también se amontonaba en ellas. A veces, cuando no podía conciliar el sueño, pasaba el dedo por una de las grietas y pensaba en los hechos de la vida.

Mis padres dormían en la habitación pequeña, había muy poco espacio y solo tenían la cama y un armario empotrado. Un día llegó la enfermera con la mujer que ayudaba en las tareas domésticas, y apareció también otra mujer a la que llamaban la comadrona. Todas las mujeres acompañaron a mi madre a

la habitación grande del frente, la que ocupaban mis hermanas. Se oyeron unos gritos y hubo mucho ruido, y luego oí llorar a un niño. Maura y Anne estaban un poco asustadas y yo me acerqué para averiguar qué estaba pasando. Me obligaron a bajar la escalera, pero no antes de haber visto que las sábanas estaban llenas de sangre. Eso me asustó. Más tarde nos permitieron entrar en la habitación. Mi madre yacía acostada en la cama, parecía estar muy cansada, pero tenía una sonrisa muy dulce en los labios. Junto a ella estaba nuestro nuevo hermano.

—Ma —le pregunté, ¿qué era toda esa sangre?— y ella se sonrojó intensamente.

—Venga, niños —dijo la comadrona—, ya lo averiguaréis cuando sepáis lo que son los hechos de la vida.

—Es gracioso, ¿verdad? Mi padre nunca me habló de eso.

El resto de nosotros nació en el Royal Hospital. Seán era un gemelo y, aunque era el más débil de la pareja, consiguió sobrevivir y fue Brendan quien murió poco después. Otros dos hermanos, Seamus y David, también murieron y están enterrados en tumbas sin nombre en el cementerio de Milltown.

Mientras que la carga familiar más pesada era soportada por mi madre, mi padre era un hombre muy activo a su manera. Pertenecía a una generación de hombres irlandeses que había sido echada a perder por sus familias, pero él, no obstante, tenía una actitud muy responsable hacia su familia, y un día descubrí cómo la presión de criar a una familia numerosa también podía hacer mella en él. Estaba trabajando en los edificios de la Universidad de Queen y me enviaron a llevarle el almuerzo. Cuando llegué a la obra en construcción, le vi mientras descendía por la pasarela de madera; dos hombres vestidos con traje y corbata caminaban hacia él y mi padre se hizo a un lado, pisando el barro, para dejarles paso. Cuando le pregunté por qué se había apartado de ese modo, me contestó: «Si tienes seis o siete hijos que alimentar, debes meter los pies en el barro, hijo».

En términos del IRA, mi padre había cumplido una condena, pero sin embargo seguía interesado por los acontecimientos políticos en una época en la que las nuevas medidas represivas en el norte de Irlanda no habían conseguido silenciar a la oposición republicana. En 1954 una incursión del IRA a unos barracones del ejército le reportó armas y municiones. En 1955, la participación republicana en las elecciones al Parlamento aseguró el mayor voto antipartición desde 1921. Al retirarse de un modo absolutamente ignominioso de Suez en 1956, los británicos debieron enfrentarse a una nueva

campaña en el norte de Irlanda, cuando el IRA atacó diversos objetivos en los Seis Condados.[10] La respuesta del Gobierno de Irlanda del Norte consistió en introducir nuevamente el internamiento y llenar de alambre de espino las carreteras que atravesaban la frontera. Aunque el IRA no estaba activo en Belfast durante la campaña en la frontera, un importante número de republicanos de la ciudad sufrieron la política de internación y mi padre los conocía prácticamente a todos ellos. Nuestra casa fue allanada y registrada pero a mi padre no le recluyeron. Cuando llegaban las noticias, mis padres escuchaban con gran interés los informes acerca de las acciones desarrolladas por el IRA, y a nosotros nos ordenaban que estuviésemos callados; recuerdo informes periódicos acerca de la voladura de puestos de aduanas. También recuerdo a un grupo de jóvenes que había descubierto un gran número de municiones, y tal vez granadas, enterradas en la orilla del río un poco más arriba del puente.

Pero nada de todo esto significaba demasiado para mis amigos y para mí. En 1960 fui a Dublín para asistir a la gran final del fútbol gaélico, que fue ganada por el condado de Down. Desde entonces había estado enamorado de Croke Park y en Dublín me sentía como en casa. Aquel primer viaje al sur fue una gran aventura, tanto para los adultos como para mí. Fuimos en coche con mi tío Paddy y otros hombres, lo que constituyó un acontecimiento memorable. Tengo recuerdos muy cálidos de mi tío Paddy, que era un hombre inteligente, modesto y muy bien informado, con una mente curiosa y aguda. Privado, como muchos miembros de la clase trabajadora, de la oportunidad de explotar todo su potencial, fue un autodidacta, convirtiéndose en un competente mecanógrafo en una vieja máquina de escribir de segunda mano y dedicándose posteriormente a la taquigrafía. He oído decir que en su juventud había sido un hombre muy duro, prácticamente imbatible en el combate con los puños desnudos. En 1943, siendo preso político, consiguió escapar de la prisión de Derry.[11] Al haber sido un gran deportista en su juventud, mi tío Paddy siempre mostró un gran interés por todo lo que se relacionaba con los jóvenes. Era un hombre afable y extremadamente tolerante al que, como a mí, le gustaban los perros y dar largos paseos.

Solo recuerdo vagamente el partido de fútbol, ya que la presión de la multitud y el incomparable ambiente de Croke Park han reemplazado los recuerdos de un encuentro notable. Una vez acabado el partido los adultos llenaron los *pubs*, donde me sirvieron toneladas de limonada marrón y comí un montón de cosas. Dublín estaba lleno de gente del norte y, durante todo el camino de regreso a casa, las hogueras ardían al borde de la carretera. La

Copa iba al otro lado de la frontera, y aunque yo apenas si comprendía lo que significaba la frontera, cantaba «la copa viaja al otro lado de la frontera» junto con los demás. Habíamos ganado la Copa y, aunque mi equipo era el del condado de Antrim, tenía la sensación de que toda la gente del norte compartía la victoria del condado de Down. Naturalmente, no era así ni mucho menos. Los unionistas ignoraban los juegos gaélicos, pero yo no era consciente de su existencia o de las fuerzas más sectarias dentro de la sociedad irlandesa. Mi aspiración principal era ganar la Copa de fútbol o de *hurling* representando al condado de Antrim.

Una noche por semana solíamos asistir a nuestra clase de instrucción religiosa en la confraternidad del Monasterio de Clonard y, si salíamos temprano, podíamos gastarnos el dinero del billete de autobús en dulces. Atravesábamos Springfield Road y nos reuníamos con cientos de otros niños en la capilla. Para mí, Clonard era un lugar maravilloso con techos muy altos y un altar enorme y elevado. Los monaguillos llevaban sotanas largas y rojas y togas blancas. El incienso del sacerdote ascendía en espiral a través de los rayos de luz que se filtraban por los altos vitrales.

No era un servicio religioso muy largo. El padre McLaughlin, que estaba a cargo de la confraternidad, se levantaba, hacía una broma u ofrecía un sermón y entonábamos dos o tres himnos. A mí no me importaba, de hecho, me lo pasaba francamente bien. Mientras el padre McLaughlin dirigía toda la capilla llena de chicos, cantábamos «Tanto Mergo, haz que me crezca el pelo». Cada sección tenía un prefecto y debíamos tener cuidado de que no nos sorprendieran.

Cuando abandonábamos la capilla ya había atardecido y la tarde tenía una atmósfera diferente, con la llegada de las sombras y el enfriamiento del día. Podíamos sentir el cambio y las cosas parecían haberse aquietado mientras regresábamos a casa a través de un territorio al que considerábamos como nuestro inmenso campo de juegos.

Subíamos por el camino, deteniéndonos a menudo en el río Flush. Allí, junto a la hilandería de algodón había un profundo barranco y solíamos deslizamos por sus altas laderas hasta caer en el río. Aunque no nos permitían bañarnos en el río, siempre íbamos a ese lugar. Sin embargo, a uno de nosotros le descubrieron una vez cuando, después de haberse secado, regresó a casa.

—¿Has estado en el río, verdad? —le dijo su madre tan pronto como le vio.

—No —mintió él—. No he estado en el río.

—Sí que has estado —insistió su madre, señalando su cabeza y la parte de atrás de su ropa, que estaban decoradas con grandes manchas blancas. Aquel día en el río había restos de un producto químico que utilizaban para decolorar el algodón y nuestro amigo no pudo negar la evidencia.

En una ocasión, unos chicos nos arrojaron piedras cuando estábamos en el río y todos salimos corriendo; alguien dijo después que eran protestantes, pero yo no sabía por qué razón nos habían arrojado piedras. Subiendo el curso del río había un colegio detrás de un muro muy alto y, frente a él, había dos terraplenes con casas, una pequeña calle y una tienda; la gente que vivía allí eran todos protestantes, excepto un chico de nuestra edad al que solíamos llamar cuando su padre no estaba.

El camino a casa era campo abierto y, cuando pasábamos junto a la presa de Springfield, nos deteníamos para observar a los cisnes, las garzas y, en diferentes momentos del año, a los patos.

Al otro lado de la lavandería Monarch, a la derecha, estaba el barrio de Highfield y la Ronda Occidental, una zona habitada mayoritariamente por protestantes. Más arriba había más zonas verdes: Huskey, a la izquierda de la carretera, y las granjas de Brown y Beechie a la derecha. En las casas amarillas de ese lugar había placas indicando que habían sido construidas hacía más de un siglo.

Luego llegábamos a nuestro terreno: el *Murph*. Colina abajo, luego las escaleras, Divismore Park y nuestra casa. Y si regresábamos sin demasiada prisa, después de haber estado jugando en el Flush, cuando llegábamos a Divismore Park podíamos oír los gritos de nuestra hermana Margaret llamándonos a Paddy y a mí. También se oían los gritos de otras casas que llamaban a Joe, a Harry o a Frank. Luego se encendían las farolas de las calles cuando el perfil de las montañas comenzaba a desvanecerse y aparecían las primeras estrellas en el cielo.

A veces hacíamos un alto en el camino, alzábamos la vista y permanecíamos en silencio, contemplando los millones de estrellas que había encima de nuestras cabezas. Una noche, el padre de Joe Magee nos llevó a un par de kilómetros del *Murph* para que escucháramos a los rascones.[12] Fue un momento muy especial y, desde esa altura, podíamos contemplar toda la ciudad de Belfast; luego echamos las cabezas hacia atrás y miramos el cielo, escuchando todo el tiempo el sonido de los rascones.

El cura le había dicho a nuestra clase que debíamos decir todos nuestros pecados en confesión. Yo estaba un tanto confuso. ¿Cómo era posible confesar todos los pecados? Yo comencé a tomar notas cuando cometía un

pecado, lo cual era bastante razonable ya que aún faltaba una semana para mi primera confesión, ¿pero todos los pecados, de toda mi vida? Seán Murphy, que se sentaba junto a mí, me dijo que solo debía confesar los pecados mortales, ya que los veniales no tenían importancia. Seán me dijo también que los protestantes lo tenían mucho más fácil: ellos no tenían que confesarse; no tenían que decir sus pecados. Aunque de ese modo los protestantes jamás irían al cielo, añadió.

Toda la clase acudió a St Peter. Entramos en la iglesia en parejas y ocupamos nuestros lugares en los largos bancos de madera, brillantes y fríos. Después de habernos persignado en la nave lateral, fuimos a sentarnos en los bancos que había junto al confesionario y, a medida que la fila iba menguando, nos llevaron hasta el confesionario.

El chico que salía me hizo una mueca mientras mantenía la puerta abierta. Me arrodillé en la penumbra de ese cubículo y oí que la puerta se cerraba a mis espaldas; encima de mí había un pequeño reborde y desde más allá del tabique de madera me llegaba el murmullo de un hombre. Un momento más tarde un pequeño ventanuco se abrió encima de mi cabeza y una voz viril y amistosa llegó claramente a mis oídos.

—Buenos días, hijo mío.

—Perdóneme, Padre, porque he pecado. Esta es mi primera confesión.

—Continúa, hijo mío —me alentó la voz.

—He desobedecido a mi madre cinco veces, Padre. Y le he faltado el respeto a mi abuela dos veces, Padre. Y he querido matar a mi hermana Margaret cuatro veces, Padre.

—¿Has querido matar a tu hermana Margaret? —preguntó la voz.

—Sí, Padre.

—¿Y cuándo fue eso?

—Bueno, una vez el año pasado, Padre, en verano, y luego otra vez el día de Navidad, cuando ella abrió mi regalo, y otra vez en Pascua cuando rompió mi huevo, y también ayer, Padre.

—¿Y tu hermana Margaret te fastidia?

—Sí, Padre.

—Bueno, ya sabes que debes ser más paciente con ella.

—Sí, Padre. Oh, y también dije una mala palabra quince veces, Padre.

—¿Qué fue lo que dijiste?

—Dije «follar», Padre. Padre, en una ocasión robé en un huerto. Y mis amigos y yo atamos una cuerda a la puerta de Ma Doran y jugamos a «golpear la puerta» toda la noche…

—¿Eso es todo, hijo?

—No, Padre. Le aticé a Terence McManus. Él le estaba pegando a mi hermano Paddy, Padre. Paddy siempre me está metiendo en problemas. Me dijo que Terence McManus le había pegado y mi padre me envió a atizarle a Terence y Terence es más grande que yo pero le hice sangre en la nariz. Yo no quería hacerlo, Padre…

—Está bien, hijo mío —dijo la voz con paciencia—. Continúa.

—Y también tuve una pelea con Billy Dunne. Billy le quitó a Paddy su pequeño gato y mi padre me dijo que debía ir a buscarlo.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Billy me golpeó con un ladrillo en la cabeza y me rompí un diente al caer al suelo. Luego yo le di con un palo de hockey.

—¿Es eso todo?

—El gatito de Paddy metió la cabeza dentro de una lata de carne y murió. Ese día maldije a Paddy. Me rompieron un diente por su culpa, Padre. Por nada.

—¿Hay algo más que quieras decirme?

—Bueno, Padre… He hecho trampas jugando a las canicas sesenta y siete veces.

—¿Y cómo hiciste semejante cosa?

—Todo el mundo lo hace, Padre. Muevo mi canica antes de tirar y…

—¿Sesenta y siete veces?

—Al menos sesenta y siete veces, Padre.

—¿Podrían ser más?

—Podrían ser, Padre.

—Continúa, hijo mío.

—Eso es todo, Padre.

—Muy bien, ahora quiero que hagas un buen acto de contrición y como penitencia quiero que seas más paciente con tu hermana y digas un padrenuestro y tres avemarias.

—Gracias, Padre.

Su voz musitó palabras de consuelo en la oscuridad mientras yo me entregaba a un buen acto de contrición. Cuando hube terminado se hizo un momento de silencio. Luego:

—Que Dios te bendiga, hijo mío.

—Que Dios le bendiga a usted, Padre.

La mirilla se cerró encima de mí con un ruido sordo. Oí cómo se abría un ventanuco en el otro confesionario, al otro lado del cura. Me puse lentamente

de pie y busqué la puerta que había detrás de mí. Me encontré cara a cara con la imagen de Cristo crucificado que colgaba de una cruz a un lado del panel que me separaba del cura. Por un momento me sentí realmente apenado por los pecados que había cometido. Por todos y cada uno de ellos. Apoyé los labios contra el crucifijo y luego, abriendo la puerta del confesionario, salí piadosamente al pasillo.

3

Joe Magee, Paddy y yo continuamos vagando por la montaña. Ahora, cuando entrábamos en la adolescencia, pasamos de caminar a montar en bicicleta. Joe y yo solíamos ir con frecuencia a Glenavy y recorríamos toda la campiña a lo largo de esa zona del lago Neagh. Habíamos fabricado nuestras propias bicicletas con monturas encontradas en el vertedero, ruedas de segunda mano, y tal vez con neumáticos nuevos. Las suelas de nuestros zapatos estaban profundamente ranuradas como consecuencia de apoyar los pies contra las llantas delanteras para poder frenar.

De acampar en nuestro jardín trasero o en el de Joe Magee con la tienda del hermano mayor de Joe, pasamos a hacerlo más lejos. Nos unimos a *An Óige*, la Asociación de Albergues juveniles, y nos aventuramos hasta la península de Ards, viajando en autostop hasta Portaferry. John Surtees era uno de nuestros héroes y nuestra pandilla viajaba a Dundrod a presenciar las carreras de motos. También descubrimos una actividad muy lucrativa recogiendo las botellas vacías y retornables de limonada, que cubrían el circuito de carreras cuando la competición había terminado. En una ocasión decidimos participar en la recogida de patatas, pero era un trabajo muy duro.

Cuando llegó la televisión a Ballymurphy, solo una casa en toda la calle pudo permitirse la compra de un aparato y, algunos días, nos permitían ver *Crackerjak* y otros programas. Al llegar la noche había una verdadera multitud de críos mirando a través de la ventana para ver *Bronco Laine, Sunday Night at the Palladium o Rawhide*. La televisión también nos abrió una ventana hacia un mundo mucho más grande. Cuando John F. Kennedy fue elegido el primer presidente católico de los Estados Unidos, los católicos irlandeses se sintieron orgullosos de él, y más tarde lloraron su muerte cuando cayó asesinado en Dallas en 1963. Muchos nacionalistas y republicanos también se identificaron con las luchas por los derechos civiles de los negros en Estados Unidos, donde cientos de miles de manifestantes marcharon por los derechos civiles en Washington y Martín Lutero King declaró: «Tengo un sueño».

En 1963, cuando mi niñez tocaba a su fin, el mundo estaba convulsionado: hacia finales de aquel año Kenya se convirtió en el 34 país africano que obtenía la independencia; el imperio se había debilitado; el catolicismo romano estaba dando pasos nuevos y reformistas; la acción solitaria de un monje budista, que se prendió fuego en Saigón, representó un ejemplo sombrío, mientras que el movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos encontró un débil eco en Irlanda con la creación, en enero de 1964, de la Campaña por la Justicia Social.

Entretanto, en St Mary yo estaba menos interesado en las cuestiones nacionales o internacionales que en los asuntos del colegio. Francés y Latín, Inglés e Irlandés, Matemáticas, Ciencias, Historia y Religión constituían mi dieta diaria. Aprendí todas esas asignaturas de memoria y ahora, décadas más tarde, apenas si recuerdo nada. En casa mis hermanos y hermanas también estudiaban. Ahora la mayoría de nosotros estábamos en el colegio, excepto Margaret, que estaba trabajando.

En aquella época, mi padre nunca tenía un trabajo fijo. En casa era muy estricto, mientras que mi madre era más tolerante. Durante los prolongados períodos sin trabajo, mi padre se dedicaba a mejorar nuestra casa y Paddy y yo nos veíamos obligados a ayudarle en su empeño. En ocasiones nuestra ayuda se limitaba a acudir a la obra en construcción más cercana en busca de un cubo de arena o cemento.

—Pedídselo a cualquiera de los hombres —nos decía—. Decidles que es para vuestro padre. No les importará.

Al principio nos rebelábamos contra esas misiones. La posibilidad de que nos negaran lo que les pedíamos, o incluso el simple hecho de pedirles algo a unos completos desconocidos, nos intimidaba, pero toda rebelión era inútil. Con una sensación de humillación echábamos a andar Divismore Park arriba con un cubo vacío colgando entre los dos, para subir las escaleras y atravesar Springfield Road hacia el solar donde estaban construyendo el Henry Taggart Memorial Hall. Unos minutos más tarde regresábamos triunfantes con el cubo lleno.

Algunas de las mejoras en la casa eran trabajos de reparación, pero mi padre también abordaba proyectos más ambiciosos. La construcción de un tabique divisorio y una puerta entre la sala de estar y el resto de la casa para crear un comedor separado fue una obra muy importante y de la que él se sentía justificadamente orgulloso, y la erección de una valla de madera alrededor del frente y un costado del jardín, también supuso un extraordinario esfuerzo de su parte. Las estacas de la empalizada fueron el resultado de

docenas de plataformas de carga que Paddy y yo pasamos horas desmontando. Durante aquellos esfuerzos nada se desperdiciaba. Los clavos torcidos eran enderezados, las piezas de alambre eran cuidadosamente guardadas y los tornillos eran un verdadero tesoro. Todas estas piezas eran almacenadas en latas y las herramientas de mi padre descansaban en una gran caja de metal junto a otros objetos. El objeto más preciado de su colección era una horma de zapatero que había traído con él cuando salió en libertad de la prisión de Belfast. Y el trabajo más grande que hicimos fue la construcción de un cobertizo, una carbonera y una pequeña escalera en la parte trasera de la casa.

La lavandería Franklin, en Springfield Road, estaba justo encima de Highfield, pero en el lado opuesto y junto al almacén de maderas de Corry. Desde allí salía diariamente una flota de camiones que entregaba ropa limpia en todo Belfast. Un día la pared posterior de la lavandería, que lindaba con el terreno baldío que se continuaba hasta el vertedero, se vino abajo y quedó reducida a un montón de ladrillos.

Mi padre llegó a casa y le dijo a mi madre:

—Es justo lo que necesitábamos para la parte trasera de la casa, los chicos pueden acarrear los ladrillos mientras yo estoy trabajando.

Paddy y yo protestamos. ¿Cómo íbamos a traer ladrillos desde tan lejos? ¡La lavandería estaba a varios kilómetros de distancia!

Pero lo hicimos. Mi padre nos construyó una carretilla de mano, con ruedas delanteras de un carrito de niños, una caja de madera de tamaño considerable, dos patas fuertes y resistentes y un par de asas largas. Ante nuestras protestas, se avino a acompañamos en nuestro primer viaje a la lavandería para presentarnos a quienquiera que le hubiese autorizado a llevarse los ladrillos. Luego, durante semanas, un día sí y otro también, recorrimos Springfield Road arriba y abajo arrastrando de nuestra carretilla.

Llegamos a aprender muchas cosas acerca de los ladrillos sobre cómo apilarlos y fijarlos, sobre cómo seleccionar solo los que estuviesen enteros, aun cuando estuviesen revocados con yeso, y a descartar otros ejemplares menos perfectos. Luego debíamos lavarlos. La parte interior de la pared había estado pintada y Paddy y yo nos pasamos el verano quitándoles la pintura. Finalmente logramos reunir unos mil quinientos de esos cabrones.

Mi padre, mientras tanto, había cavado la pendiente que llevaba del jardín posterior de la casa casi hasta la puerta trasera. Ahora disponíamos de un jardín de un tamaño razonable, flanqueado por un cobertizo y la carbonera a un lado, y con un parterre de flores elevado al otro. Unos amplios escalones

ascendían hasta el siguiente nivel, que estaba rematado por varias cuerdas para colgar la ropa, y más arriba se continuaba el jardín. Liam y Joe Magee también ayudaron en esta tarea. Y Paddy fanfarroneaba todo el tiempo. Cuando hubimos terminado, mi padre dijo que era un buen trabajo, una obra bien hecha.

Aquella noche, Joe Magee, Paddy y el resto de nosotros nos reunimos en el cobertizo recién construido y mi padre trajo velas para todos.

—Es maravilloso tener un cobertizo para nuestra pandilla —dijo. Y lo era.

Pero, desgraciadamente, la Belfast Corporation no estaba de acuerdo. Llegó una carta en la que se decía que nuestras ampliaciones eran permanentes debido a su estructura de ladrillos. Las estructuras de madera, tales como los palomares, estaban autorizadas, pero el ladrillo estaba prohibido. Cualquier estructura permanente debía estar a una determinada distancia de la calle.

—De ninguna manera —dijo mi padre—. Yo me encargaré de esto.

Y comenzó una verdadera batalla legal. Un hombre del Ayuntamiento se presentó en casa para inspeccionar la parte trasera.

Mi padre habló con un amigo para que hiciera los planos y dijo que conseguiría un permiso de obra.

El resultado fue que, por unos escasos centímetros, las autoridades decidieron que nuestro cobertizo se encontraba a la distancia reglamentaria de la calle. Fue una gran victoria y todos estábamos muy felices, sobre todo Paddy y yo, que habíamos comenzado a imaginar la pesadilla que supondría tener que llevar todos los ladrillos de nuevo a la lavandería de Franklin.

Al igual que la mayoría de los hombres, mi padre iba todos los sábados a tomar unas copas con los amigos. Mientras tanto, mi madre preparaba la sopa para la comida del domingo y, no pocas veces, el sábado por la tarde, mi padre se bebía un gran tazón de la sopa del domingo. Si le acompañaban algunos de sus amigos, mi madre también les servía tazones de sopa. Algunos de ellos eran antiguos compañeros de prisión y, de aquellas reuniones ocasionales, nació la idea de que deberían formar una asociación de ex presos republicanos. De este modo nació la Asociación de Presos Republicanos Irlandeses, siendo mi padre su primer presidente.

Este acontecimiento tuvo escaso impacto en mí, si bien mis primeros signos de conciencia nacional me habían hecho ver que no todo estaba bien en mi parte de Irlanda. Yo no mostraba ningún interés especial por las cuestiones de actualidad, pero sabía que nuestro país estaba dividido y tenía cierta noción de que yo vivía en la parte «no libre». De hecho, a partir del lenguaje cifrado

de mis mayores, yo era consciente de que había aspectos de la vida en el norte que se percibían como amenazadores. Las señales que yo recibía de esta situación, ya fuese de mis padres, mis abuelos o mis profesores, eran siempre silenciosas, en ocasiones simples fragmentos de conversaciones oídas al pasar o impresiones formadas a raíz de algún episodio político. Yo sabía que muchos de mis tíos se habían visto obligados a emigrar a Inglaterra y posteriormente al Canadá en busca de trabajo. En una ocasión, mi padre también viajó a Inglaterra a trabajar, pero un par de semanas más tarde regresó a casa y nos dijo que echaba de menos su tierra. Alguna vez mis padres habían considerado la posibilidad de emigrar a Australia y consultaron diversas formas de conseguir billetes subvencionados, pero finalmente descubrieron que los antecedentes penales de mi padre eran un obstáculo infranqueable. Yo visitaba con frecuencia la casa de mi tío Dominic en Dublín. Él y mi tía Maggie vivían en Whitehall y, mientras mis primos y yo visitábamos Phoenix Park, los jardines del Zoo, la Columna de Nelson, O'Connell Street y otras partes de *Baile Átha Cliath*[13] comprendí que en la capital había un orden diferente y vi ondear la bandera tricolor sobre la Dirección General de Correos.

En St Finian recibí una buena educación primaria y descubrí que una de las asignaturas que más me gustaban era Inglés. No pude superar el octavo curso, pero tenía la sensación de que, si me daban otra oportunidad, lo conseguiría, de modo que mis padres buscaron una escuela intermedia. Mi madre me llevó a *Barr na Goithe*, conocida también como St Pat. Pero no tuvimos suerte, bien porque no disponían de plazas o porque mi promedio no era lo bastante bueno. Sin embargo, conseguí una plaza en St Gabriel, un poco más arriba de Ardoyne, en Crumblin Road, y asistí a clases durante un año. En la misma calle estaba Everton, un colegio protestante, y de camino a nuestro colegio católico debíamos pasar forzosamente por delante del Everton. Entre ambos grupos de alumnos no había ninguna clase de provocaciones, pero caminábamos por lados opuestos de la calle. Mi mundo social se expandió aún más mientras asistía a St Gabriel porque iba a Ardoyne a comer a casa de mi tía Kathleen, la hermana de mi madre, y allí conocí a otros primos míos, incluyendo a Kevin Hannaway, cuya familia vivía en Ardoyne en aquella época.

Yo me sentía lo bastante satisfecho de mi educación como para expresarle a mi padre la ambición de convertirme en un Hermano Cristiano.

—¿De qué sirve ser un Hermano Cristiano —me contestó—, y perderse en el olvido?

Mi padre era un hombre muy religioso, pero un radical en lo que se refería a la Iglesia católica. No me permitió formar parte de los Niños Exploradores debido a su vinculación con la Iglesia y, en una ocasión, le oí discutir en favor de una Iglesia católica irlandesa y no romana. No obstante, era un hombre devoto en sus obligaciones religiosas.

De St Gabriel pasé a St Mary después de haber conseguido aprobar mi octavo curso. En mi familia se consideró todo un logro que yo pudiera asistir a una escuela de segunda enseñanza, y fue un gran acontecimiento que mi madre y mi abuela Adams —que regresó de Canadá en 1960— me acompañasen a comprar el uniforme escolar. Ahora estaba solo un año por detrás de mis compañeros del St Finian, ya que el limitado número de ellos que había conseguido una beca de estudios me había adelantado, mientras que otros habían comenzado a trabajar como aprendices en la construcción u otros oficios, o se marchaban a Inglaterra.

Cuando mi abuela Adams regresó a Irlanda, tuvo suerte de conseguir una pequeña casa de pensionista en un estrecho callejón sin salida en Andersonstown. Mi padre se encargó de pintarla y decorarla y yo fui a vivir con mi abuela del mismo modo que lo había hecho cuando ella vivía en Abercorn Street Norte. Mi tío Paddy creó unos jardines muy bonitos delante y detrás de la casa y yo dedicaba muchas horas a cuidarlos.

En St Mary conocí a un grupo de chicos completamente diferentes a lo que habían sido mis compañeros. Algunos, como yo, procedían de zonas habitadas por la clase obrera; otros eran hijos de taberneros, médicos y otros profesionales. Algunos vivían fuera de Belfast, en Bangor o Carrickfergus. El de esos chicos era un mundo misterioso y fascinante, ya que viajaban todos los días en tren a Belfast. Muchos de ellos se marchaban de la ciudad al llegar las vacaciones, y algunos incluso pasaban el verano en Francia o Italia, algo que nosotros ni siquiera podíamos imaginar. En ocasiones, mi familia pasaba el día junto al mar en Greencastle o bien visitaba el zoológico en Bellevue. Y, sin embargo, yo nunca sentí envidia ni rencor hacia esos compañeros de clase más ricos. Aunque yo no era consciente de ello en aquellos días, existía una especie de pensamiento católico colectivo que percibía que, no importaba el nivel económico que una persona pudiera alcanzar, los católicos que vivían en el norte de Irlanda estaban recluidos en guetos, marginados, y eran tratados como seres inferiores. Aquellos católicos lo suficientemente afortunados como para conseguir un salto cualitativo en su condición social sabían que solo estaban un escalón por encima de nosotros y se exponían a ser tratados

exactamente igual que nosotros, a pesar de sus cualificaciones y logros sociales.

En St Mary nos trataban a todos más o menos de la misma manera, y nuestra preocupación colectiva por las tareas escolares y los exámenes oscurecía y dejaba en un segundo plano nuestras diferencias sociales. En cualquier caso, había un montón de otros alumnos en mi misma posición, cuyo acceso a la educación superior era el resultado de la generosidad y los sacrificios de nuestros padres tanto como de, cuando no más, nuestros esfuerzos académicos.

En St Mary, al igual que en St Gabriel y St Finian, se podían desarrollar numerosas actividades deportivas y yo me integré rápidamente en los equipos de *hurling* y fútbol. Jugábamos al balonmano contra las paredes del patio o en las calles que había detrás del colegio y, ocasionalmente, algunos de nosotros cruzábamos Antrim Road para entrar en el colegio St Malachy, que disponía de su propio callejón para practicar balonmano. St Mary era un colegio viejo y superpoblado, aunque era un buen centro educativo cuyo objetivo era preparar a nuestra generación de católicos para convertirlos en ciudadanos que pudieran acceder a las diferentes profesiones, y los alumnos de clase media tenían expectativas realmente elevadas. Todo el currículo estaba orientado hacia la consecución de ese objetivo, de modo que era un curso muy exigente en el que existían pocas posibilidades de divertirse.

El idioma irlandés nos dejaba cierto espacio para maniobrar, y el hermano Beausang nos proporcionaba una ruta de escape hacia Donegal mediante semanas de gran diversión en Gweedore. Al igual que sus compañeros diseminados por toda Irlanda, cientos de escolares de Belfast acudían a Gweedore cada verano. En mi primera visita, mientras nuestro autocar se dirigía hacia Donegal desde Derry, todos asomamos las cabezas por las ventanillas para ver cómo era la frontera. Ante nuestra sorpresa y decepción, la frontera era invisible.

Aquel verano en la casa de Eoin Ellen Boyle, en Derrybeg, una docena de nosotros disfrutamos inmensamente de las vacaciones. Al caer la tarde nos reuníamos en el puente, inclinándonos para contemplar las aguas profundas y tranquilas del río Clady mientras fluían hacia los saltos del salmón. El Clady era un río maravilloso, por momentos plácido, cristalino y sereno en profundas pozas o amplios tramos de su cauce, por momentos despeñándose por pequeñas cascadas y formando surtidores de espuma blanca en los saltos del salmón. Nosotros acostumbrábamos a saltar de banco en banco, a veces río arriba, brincando entre las piedras, vadeando la corriente, cayendo al agua,

salpicándonos y pasándolo en grande. Una tarde, mientras el sol se ocultaba lentamente en el horizonte, nos dedicábamos a lanzar pequeños trozos de hiedra al agua, observando cómo flotaban río abajo. Esperábamos ver un salmón.

—*Ansin* —dijo Ciaran. (Allí).

—No.

—*Tá ceann amhaín ann* —dijo Colum. (Allí hay uno).

Se suponía que debíamos hablar irlandés todo el tiempo y así lo hacíamos en las clases que ocupaban la mayor parte de nuestra rutina diaria. Pero, una vez terminadas las clases, hablábamos una especie de irlandés corrompido con palabras inglesas. Siempre corrían rumores acerca de chicos que habían sido enviados a casa por hablar en inglés, de modo que si nos encontrábamos con algún adulto en nuestro camino desde una tienda al café o desde el río hasta la playa, nos dedicábamos a recitar oraciones o canciones en gaélico.

—*Sé do bheatha a Mhuire, a Phaddy* (Avemaría, Paddy).

—*Ata lán do ghrásta, Mickey* (Llena de gracia, Mickey).

—*Tá an Tiarna leal* (El Señor es contigo).

Si alguien nos oía, se limitaba a sonreír.

El 12 de julio[14], la gran celebración del unionismo[15], nosotros organizábamos nuestra propia versión de la marcha de Orange[16], aunque no sabíamos muy bien qué significaba exactamente.

Oh, era vieja pero era hermosa
y los colores estaban bien.
Se llevaba en Derry, Aughrim,
enniskillen y los Boyne.
Oh, mi padre la llevaba cuando era joven
en aquellos lejanos días de antaño,
y es el Doce cuando me gusta llevarla
la banda que usaba mi padre.

Una docena de nosotros cantábamos a voz en cuello mientras desfilábamos a lo largo del estrecho camino hacia la hoguera que habíamos apilado en la marisma a un costado de la playa de Magheragallen. Más tarde, cuando el fuego arrojaba chispas y puñados de llamas hacia el cielo oscuro, nos apiñábamos contra una suave colina para protegernos del viento.

—Es curioso, pero es la primera vez que he disfrutado cantando La banda[17]. Y no sé si está bien o mal.

El que hablaba era John McAleavy. Estaba en nuestra clase y era un chico tranquilo y estudioso, con el pelo rubio y facciones redondeadas y unos ojos marrones y vivaces que siempre atisbaban desde detrás de unas gafas con montura metálica.

—Venga, McAleavy, es solo un poco de *craic*[18].

—Aquí no hay fanáticos —intervino Seánie Drain

—Mi abuelo era un hombre de Orange —continuó John—. Luego se casó con una católica y le expulsaron.

—¡Oh, de modo que tú podrías ser un jodido protestante y eso es lo que te fastidia!

—Eso es lo que mi abuelo solía decir —dijo John echándose a reír—. Siempre le estaba gastando bromas a la abuela diciéndole que era una papista. Mi abuelo también se hizo católico. Entonces vinieron los hombres de Orange y les quemaron la casa. Eso fue la noche después de que le cogieran en el astillero. Según lo que cuenta mi padre estuvieron a punto de matarle. Tuvo que escapar a nado para salvar la vida. Por eso se marcharon de Belfast.

El resto de nosotros escuchaba atentamente la historia de John.

—Durante algunos años nadie les molestó. Luego volvieron a producirse problemas y alguien disparó contra la casa de mi abuelo. La noche de un día once de julio. Mi padre dice que julio es un mes loco.

—¿Y qué pasa en el lugar donde vives ahora? —le preguntó Seán.

—Oh, es terrible. Cuando veo los desfiles de Orange me acuerdo de los ataques que sufrieron mis abuelos. Los de Orange desfilan por nuestra calle: todos los 12 de julio se pasan la noche ensayando el desfile arriba y abajo de la calle. En nuestra calle solo vivimos tres familias católicas. En ocasiones ensayan justo delante de nuestra puerta.

John estaba fumando.

—En realidad, no me importa —continuó—, pero mi madre se pone muy nerviosa y mi padre no sale a la calle ese día.

El resto de nosotros escuchaba sus palabras sin interrumpirle. John vivía en Carrickfergus y, a diferencia de él, nosotros apenas si teníamos alguna experiencia en lo tocante a los desfiles de la gente de Orange. De alguna manera, a pesar de nuestras bravuconadas, la historia de John había calmado nuestro ánimo festivo.

No obstante, yo seguí conservando una gran ingenuidad con respecto al sectarismo, en parte porque no lo vivía de forma cotidiana, en parte porque no siempre lo reconocía cuando lo tenía delante de mis narices. Los católicos que vivían en la zona occidental de Belfast buscaban ofertas y precios más baratos

en las tiendas protestantes de Shankill Road y cuando un día, finalmente, hube ahorrado dinero suficiente y mi padre me dio permiso para que me comprara una bicicleta nueva, una de carreras, fui a una tienda de Shankill Road y no pareció importarles cuál era tu religión siempre que llevaras el dinero en metálico. Al mismo tiempo, yo sabía lo suficiente como para no decir que era católico en una zona lealista. Si alguien me detenía, yo decía que me llamaba John en lugar de Gerry Adams, como cualquiera de mis amigos hubiese evitado dar nombres que sonaran católicos.

Mientras aún estaba en el colegio acudí a un par de *pubs*, solo para tratar de conseguir trabajo como lavacopas, o para ver si necesitaban personal a media jornada. No era ningún problema acercarse hasta Shankill Road, donde había una buena cantidad de *pubs*, o al menos yo no era consciente de que pudiera representar un problema, de modo que me metí en un *pub* y el tío me preguntó cómo me llamaba y luego me preguntó a qué escuela iba. Yo le contesté que a St Mary y el tío me dijo que no tenía trabajo para mí. También lo intenté en otros *pubs* de la misma calle y la respuesta fue la misma. Regresé a casa confundido y decepcionado, pensando que debía pasar algo malo con St Mary como colegio. Más tarde, sin embargo, cuando expliqué en casa lo que me había pasado, alguien me dijo despectivamente:

—No seas estúpido. Jamás conseguirás un trabajo en esa zona.

De modo que pasé mis años en St Mary disfrutando del *craic* y de las escapadas con mis compañeros de clase, haciendo cientos de tareas escolares y pasando los exámenes hasta conseguir las calificaciones necesarias para iniciar mi período como estudiante de los últimos años.

Ya estábamos en 1964. Joe Magee y yo continuamos realizando nuestras excursiones por las colinas de Belfast y, aparte de los días en el Gaeltach,[19] yo pasaba las vacaciones de verano en Ballymurphy. En aquella época había aparecido un nuevo elemento en nuestras vidas. El sexo. O, al menos, la perspectiva del sexo. Las chicas, durante largo tiempo un verdadero incordio en forma de hermanas, comenzaban a surgir como una atracción deseable cuando se trataba de las hermanas de otro. Ellas, también parecían mostrar cierta curiosidad por nosotros cuando nos encontrábamos, al principio de un modo accidental y después deliberadamente, en los cines Broadway o Clonard. Ocasionalmente acudíamos al Diamond en Falls Road, un tanto geriátrico para nuestras necesidades adolescentes, o si pasaban una película realmente buena nos aventurábamos hasta el Windsor, en Donegal Road. En esta sala reuníamos todo nuestro coraje para salir antes de que tocaran el himno británico al término de la función. Si nos desafiaban, abandonábamos

la sala a oscuras con la cabeza bien alta y salíamos a la calle principal. Donegal Road era una zona tradicionalmente unionista —por eso todo el rollo del himno británico— y después de semejante sacrilegio regresábamos por Falls Road imaginando que seríamos perseguidos por una turba de cinéfilos lealistas.

En St Mary, nuestro instructor de religión, el hermano Heffernan, nos había saturado con tomos de teología e historia de la Iglesia. Yo admiraba realmente a Martín Lutero y su postura protestante y no establecía ninguna distinción entre este protestantismo y el que practicaban los habitantes de Donegal Road. Nuestra actitud desafiante ante el himno británico era puramente instintiva, nuestra salida en tromba hacia la seguridad de la calle no era muy diferente de las veces que robábamos en los huertos o jugábamos a «golpea la puerta» en las casas de nuestros vecinos o en la casilla del empleado del parque, en Falls o en Dunville Park. De hecho, nuestra búsqueda de compañía femenina y nuestra tentativa exploración de los misterios del sexo opuesto nos llevó a Joe, a mí y al resto de la pandilla a Moyard, atravesando Springfield Road, que era una mescolanza de pisos y casas pequeñas recién construidos. Aquí, en entradas traseras y esquinas, la mayoría de los jóvenes de Divismore Park experimentamos nuestras primeras y torpes experiencia sexuales. Las mujeres jóvenes con quienes uníamos nuestros labios y miembros eran, invariablemente, protestantes. A nosotros no nos importaba. Y a ellas tampoco. Y, en cualquier caso, sus madres se habían encargado de prevenirlas contra chicos de cualquier clase o creencia.

Más tarde, cuando nos reuníamos en nuestra esquina para exagerar nuestras proezas, la religión y la política eran las últimas cosas de las que se nos ocurría hablar. Y, no obstante, mientras esos días y noches inocentes pasaban velozmente, otros intereses también comenzaban a moverse lentamente hacia el centro del escenario.

Un día de finales de septiembre, cuando tenía dieciséis años, me dirigía hacia el colegio en mi habitual estado de somnolencia cuando mi atención se vio captada por la visión de una bandera en la ventana de un negocio en Divis Street, justo enfrente del colegio St Comgall. Lo que captó mi atención, y lo que hizo que más tarde lo discutiésemos con los compañeros de clase en el colegio con esa clase de entusiasmo sofocado que solíamos reservar para supuestos avistamientos de Sputniks, era que se trataba de la bandera irlandesa, cuyo despliegue era ilegal.

Aquella tarde del 27 de septiembre, durante una reunión celebrada en el Ayuntamiento, un demagogo sectario y anticatólico llamado Ian Paisley[20]

amenazó con encabezar personalmente una marcha para quitar la bandera tricolor de Divis Street si no era retirada en el plazo de dos días. Durante la mayor parte de mi infancia, aunque en su momento no fui consciente de ello, el norte había vivido una campaña, a pequeña escala aunque persistente, tendente a fomentar el prejuicio anticatólico, encabezada por Paisley, quien en 1951 había fundado la Iglesia Presbiteriana Libre. En 1956 se le asoció con el secuestro e intento de proselitismo de una chica católica de solo 15 años llamada Maura Lyons; Paisley colocó en una posición delicada al reverendo Donald Soper y a otros curas protestantes liberales, y en las reuniones políticas lanzaba mensajes que contenían un virulento odio religioso, como ocurrió en una reunión celebrada en junio de 1959, después de la cual una multitud protestante atacó un puesto de patatas fritas y pescado en Shankill Road cuyo propietario era un católico. Respaldada por este clima de agitación demagógica, la Asociación Protestante del Ulster (UPA) de Paisley se hizo con el control de la Asociación Unionista de Shankill y consiguió que Desmond Boal fuese el candidato unionista en las elecciones de 1961. El objetivo declarado de la UPA era «mantener a los trabajadores protestantes y lealistas en sus puestos de trabajo durante las épocas de depresión económica, prefiriéndolos a sus compañeros de trabajo católicos».

Entretanto, nuestros profesores insistían en que bajo ninguna circunstancia debíamos demorarnos en Divis Street y esto, naturalmente, despertó nuestra curiosidad hasta el extremo de que docenas de nosotros corrimos lo más velozmente que pudimos para atisbar a través de la ventana lo que más tarde descubriríamos que era una oficina electoral del Sinn Féin.

Al día siguiente, el inspector de Distrito Frank Lagan, del RUC, llegó acompañado de cincuenta hombres provistos de grandes mazos para derribar la puerta del local del Sinn Féin y quitar la bandera que tanto había ofendido al señor Paisley. Los habitantes de Falls Road se mostraron vivamente impresionados por esta demostración de violencia política dirigida contra un partido que se presentaba pacíficamente a unas elecciones, y una multitud de centenares de personas se congregó para expresar su protesta. Al acabar el día unos cuantos autobuses humeaban en la calle, quemados por la multitud enfurecida.

Al día siguiente, 1 de octubre, las protestas se convirtieron en violentos disturbios callejeros y toda la zona bullía con un resentimiento que ya no era silencioso. Cuatro días después de las amenazas lanzadas por Paisley, el Sinn Féin volvió a colocar la bandera en un claro desafío a las medidas adoptadas por la policía estatal, y el RUC volvió a enviar sus fuerzas, irrumpiendo en la

oficina electoral con picos y hachas para quitar la bandera. En los disturbios que siguieron a la intervención de la policía, el RUC empleó carros blindados y cañones de agua, mientras que los manifestantes improvisaban bombas incendiarias contra ellos. Al día siguiente, 350 miembros del RUC, provistos de cascos militares y carros blindados, realizaron una maniobra coordinada en la zona de Falls para aplastar la resistencia del Sinn Féin como consecuencia de esa intervención, 50 civiles y 21 miembros del RUC tuvieron que ser hospitalizados.

Yo no tomé parte en ninguna de estas actividades, pero en mi casa y en el camino de ida y vuelta al colegio se podía sentir la tensión, la atmósfera densa y cargada. ¿Por qué, me preguntaba, era ilegal exhibir una bandera? Parte de la respuesta residía en el hecho de que la amenaza de Paisley se produjo durante unas elecciones en las que el gobierno no deseaba enemistarse con los votantes lealistas, considerando la situación marginal de Belfast Occidental y, en consecuencia, aprovecharon la provocación de la extrema derecha del predicador independiente. Pero la respuesta más profunda residía en el hecho de que, con o sin Paisley, el Estado del norte de Irlanda era un Estado basado en la supresión violenta de la oposición política. Por eso prohibieron que se desplegara la bandera y por eso emplearon su violencia contra la gente de la zona de Falls.

El impacto que estos acontecimientos provocaron en mí tuvo el efecto de despertar mi curiosidad política y, por tanto, me encontré doblando folletos electorales después de clase en el Club de los Presos, con un estímulo inicial por parte de mi padre, por el candidato republicano, Liam McMillen. Aunque todos los candidatos republicanos perdieron las elecciones, aquellos hechos habían abierto mi apetito político. Todas las pequeñas cosas comenzaban a encajar en su sitio.

En el colegio, por ejemplo, me parecía muy extraño que para los exámenes solo nos enseñaran historia inglesa. No era que yo tuviese ningún problema con la historia inglesa como asignatura, pero me resultaba difícil entender por qué debíamos saberlo todo acerca de la Guerra de las Dos Rosas y nada acerca de nuestra propia historia. No obstante, mi imaginación se encendió cuando un hombre llamado Dick Dynam, que era profesor de declamación, llegó a nuestra clase como suplente del profesor de Historia y comenzó a hablarnos acerca de la historia de Belfast, una historia que se encontraba a nuestro alrededor. Nuestro colegio estaba construido a orillas del río Farset, pero nosotros lo ignorábamos, y tampoco sabíamos que Belfast había tomado su nombre precisamente del río: *Béal Feirste*, la boca del

Farset. Yo me sentí tan fascinado por esta revelación que, inmediatamente después de clase, fui al puente y me quedé mirando largamente las aguas del río.

Cuando el profesor titular se reintegró a sus clases, yo le pregunté por qué razón se ignoraba toda la historia que nos rodeaba en la ciudad. Y también comencé a cuestionarme muchas otras cosas. Incluso en términos de lecciones de declamación, yo tenía la sensación de que el dialecto local, y con él el sentido de las palabras de Belfast, las palabras irlandesas, o coloquialismos, era suprimido y descubrí que esa circunstancia me provocaba un gran resentimiento.

Mi interés en la historia local se desarrolló hasta convertirse en una clara conciencia de la historia nacional cuando comencé a asistir a las reuniones del Sinn Féin, que se celebraban en una habitación sucia y de paredes desconchadas del club GAA de Cyprus Street. En esas reuniones no solo aprendí cosas de Irlanda que no aparecían en los textos escolares, como si fuese un motivo de irritación circunstancial en el curso de la historia británica, sino la historia propia de Irlanda. Ahora leía ávidamente libros que no constaban en el plan de estudios del colegio. Pocas semanas después de los disturbios de Divis Street, me uní al Sinn Féin.

Antes de unirme al Sinn Féin yo no había demostrado ningún interés especial por los hechos cotidianos. Ahora era cada vez más consciente de las causas de la discriminación que impregnaba y limitaba nuestras vidas; consciente de la pobreza, sectarismo y exclusión política consiguientes, de la falta de acceso a una vivienda digna y, por sobre todas las cosas, del paro endémico y estructural que afectaba a la población católica. Pero, a pesar de los antecedentes claramente republicanos de toda mi familia, yo no había desarrollado ninguna concepción política definida. La mayoría de mis amigos y contemporáneos habían abandonado el colegio y muchos de ellos, desesperados ante la perspectiva de conseguir solo trabajos temporales o vivir del subsidio de desempleo, se habían marchado de Irlanda o lo estaban haciendo.

Yo me sentía inquieto y desasosegado, pero continúe mis estudios en St Mary. Un día estaba cumplimentando un formulario; mi madre me lo había dado, de modo que probablemente estuviese relacionado con alguna beca de estudios o algo parecido. Estábamos en la sala de estar de la casa de Divismore Park y mi madre estaba planchando la ropa de toda la familia. Yo estaba sentado junto al fuego, con el formulario sobre las rodillas y la pluma

en la mano; era probablemente el primer formulario que rellenaba y lo hacía meticulosamente, contrastando todos los datos con ella.

Rellenamos las casillas correspondientes a nombre, apellidos, padres, tutores y cosas por el estilo. Hasta que llegué a la casilla de Nacionalidad.

—Ma, ¿qué significa nacionalidad?

Ella se sonrojó ligeramente.

—¿Por qué me preguntan qué nacionalidad tengo? Es algo evidente. Soy irlandés, ¿verdad?

—Bueno —dijo ella—. Algunas personas pondrían británica.

—¿Por qué habrían de poner británica? Esto es Irlanda.

—Porque así son las cosas, Gerry. Tú limítate a rellenar el formulario —dijo, un tanto enfadada.

—De acuerdo, Ma, solo preguntaba.

—Bien, yo solo te contesto.

Volví a concentrarme en el cuestionario.

—¿Acaso esperan que ponga que mi nacionalidad es la británica? —pregunté al cabo de un momento.

—¿Quién podía esperar que lo hicieras?

—Quienquiera que haya ideado este formulario —contesté con indisimulado malhumor.

—¿Cómo puedo saberlo? Pon lo que quieras.

—¡Lo que quiero saber es qué tiene que ver mi nacionalidad con este estúpido formulario!

—Lo que quieres y lo que consigues son dos cosas completamente diferentes. —En su voz había una nota concluyente. Comenzó a doblar la ropa que acababa de planchar—. ¿Crees que puedes completar el resto del formulario sin mi ayuda? Voy a preparar la cena.

—Está bien —dije.

En aquellos días comenzaba a percibir la forma política de mi mundo. Los unionistas tenían el control y el Gobierno británico parecía muy feliz con la situación. Era un Estado de un único partido, «un parlamento protestante para un pueblo protestante». Los intentos de cambiar esa situación por la fuerza física, mediante la difusión de las injusticias cometidas o a través del desarrollo de un partido político alternativo habían fracasado rotundamente. La campaña del IRA en la frontera, que se había iniciado en 1956, había demostrado ser pólvora mojada.

Las perspectivas de futuro para cualquiera que se comprometiera políticamente en el lado republicano no eran buenas. Aunque el imperio

británico estaba en un claro declive en sus antiguas posesiones coloniales, en el norte de Irlanda los líderes unionistas seguían más decididos que nunca a rechazar las demandas de cualquier nueva campaña para acabar con la división de Irlanda. Cuando yo solo contaba con unos pocos meses, el primer ministro unionista Brooke había declarado: «Nuestro país esta en peligro, hoy luchamos para defender nuestra propia existencia y el legado de nuestros hijos en el Ulster… No nos rendiremos, somos hombres del Rey». En Londres, el Parlamento de Westminster había adoptado el mensaje unionista de «Ningún cambio» aprobando el Acta de Irlanda, excluyendo la autodeterminación del pueblo de Irlanda y estableciendo, de este modo el «veto lealista» en la legislación.

La expresión política del pueblo nacionalista, que nunca había aceptado la división de Irlanda y la autoridad de la presencia imperial británica, fue suprimida sin contemplaciones, como había ocurrido desde la fundación del Estado títere del norte. La Ley de Poderes Especiales, en vigor desde aquellos tempranos días, confería al ministro del Interior poderes extraordinarios para arrestar sin necesidad de contar con una orden de detención, aplicar la pena de muerte para algunos delitos con arma de fuego, prisión y pena de azotes; podía recluir a los sospechosos sin acusación ni juicio, proscribir organizaciones, prohibir pesquisas indagatorias, evacuar y destruir viviendas. Estos poderes, que representaban una negación de la democracia en sí mismos, también obtuvieron un efecto y una forma específicos del hecho de estar en manos de un grupo de la comunidad, los unionistas, para ser usados contra el otro grupo principal de la comunidad, los nacionalistas. Lord Craigavon, primer ministro del Estado títere, había establecido claramente que «primero soy un hombre de Orange y después un político y un miembro de este parlamento… De lo único que me ufano es de tener un parlamento protestante y un Estado protestante». Más tarde, cuando Vorster, el primer ministro de otro Estado que practicaba el apartheid, presento un nuevo proyecto de Ley de Coerción ante el Parlamento sudafricano, señaló que él «cambiaría con mucho gusto toda la legislación de esa naturaleza por una sola cláusula de la Ley de Poderes Especiales de Irlanda del Norte».

Los desfiles del Día de San Patricio estaban prohibidos o eran disueltos violentamente por la policía. Los republicanos habían sufrido internación durante una visita real británica en 1951 y aquel mismo año, la política de supresión había obtenido una fuerza adicional al ser aprobada la Ley de Orden Público, que otorgaba al RUC el poder de prohibir o bien cambiar el itinerario de los desfiles a su albedrío.

En otras partes del imperio británico, Nkrumah[21] se había convertido en el primero de una generación de anticolonialistas africanos en ser elegido primer ministro de un Estado que estrenaba su flamante independencia, mientras que en Kenya las fuerzas británicas ejercieron una terrible venganza en su campaña de terrorismo contrainsurgente. La coronación de Isabel II en 1953 había exaltado temporalmente los corazones de los lealistas del imperio británico. En 1954, el Gobierno de Irlanda del Norte en Stormont había endurecido su política represiva aprobando la Ley de Banderas y Emblemas, que declaraba ilegal cualquier interferencia con el símbolo del unionismo, la Union Jack, al tiempo que otorgaba poderes a la policía para que quitara cualquier otra bandera, o sea, la tricolor irlandesa.

Enfrentado con la falta de democracia, con la Ley de Poderes Especiales, la ausencia de derecho de sufragio adulto, la demarcación arbitraria e injusta de los distritos electorales por parte del gobierno local y la proscripción de los partidos republicanos, yo estaba convencido de que la injusticia del sistema debía ser desafiada. Mientras yo desarrollaba mis inexpertas convicciones, la prolongada congelación entre los unionistas en el norte y el Gobierno de Dublín estaba comenzando a derretirse bajo el calor de la modernización económica. La lógica de la cooperación económica a través de la frontera había sido reconocida durante algún tiempo y, entre bastidores, los negocios y los intereses políticos habían presionado con la mira puesta en la acción práctica. Cuando el *taoiseach* Seán Lemass recorrió los 160 kilómetros que separan Dublín de Belfast para reunirse con el capitán Terence O'Neill, primer ministro del Estado títere del norte era la primera vez en cuarenta y cinco años que los dos gobiernos de la isla entablaban conversaciones al máximo nivel. Para muchos era un claro indicio de que estaba naciendo una nueva era de entendimiento y que esta situación se vería reflejada en reformas que al menos, atenuarían la discriminación sectaria practicada en el Estado del norte, pero en nuestros televisores en blanco y negro veíamos a Ian Paisley y a un puñado de sus socios protestando en Stormont. Paisley arrojaba bolas de nieve y a mí me resultaba divertido.

—Ese hombre es un provocador —decían los mayores.

En el colegio, el hermano Heffernan probablemente tenía una ligera idea de que mis pensamientos comenzaban a orientarse hacia intereses claramente políticos y se alejaban de los objetivos académicos. Durante una clase de Teología comenzamos a discutir acerca de darle al César lo que es del César y a Dios las cosas que son de Dios. Yo pregunté cómo era que la Iglesia

católica excomulgaba a la gente del IRA. ¿Cómo es que, pregunte, la iglesia hacía este juicio y cuál era la base teológica para ello?

En esa época fueron arrestadas varias personas en Cloonagh House, que entonces era la residencia de un alto oficial del Ejército británico. Los detenidos se negaron a abrir la boca, incluso rehusaron hablar con el sacerdote durante la confesión y en los mulares de los periódicos se les llamaba «Los cinco hombres silenciosos». Joe McCann, un aprendiz de albañil, era un amigo muy especial, Seán Murphy era compañero nuestro en St Mary los conocía a todos.

Yo entonces tenía diecisiete años y en el colegio estaba permanentemente intranquilo. La mayor parte de la gente con la que me relacionaba estaba trabajando y ahora yo estaba comprometido políticamente, o al menos interesado. Mi padre estaba nuevamente en el paro y, como hijo mayor, yo era consciente del hecho de que no aportaba ningún dinero a casa. Un día leí un anuncio en el *Irish News* en el que buscaban un aprendiz para trabajar en el Ark Bar y, siguiendo un impulso, decidí presentarme y pedir el empleo. El bar quedaba a medio kilómetro de St Mary, de modo que solo debía caminar unos minutos para llegar allí. Me presenté en el bar y el hombre que estaba detrás del mostrador me dijo: «Sí, aquí hay trabajo para un aprendiz». El sueldo era de unas diez libras, lo que entonces era bastante dinero; los tíos que conocía y que trabajaban como aprendices de albañil ganaban solo entre cuatro y seis libras. Fui a ver al hermano Heffernan para decirle que dejaba el colegio y nada de lo que me dijo pudo hacer que cambiara de idea.

Para mi familia era una fuente de considerable placer y orgullo que yo hubiese conseguido entrar en un colegio de segunda enseñanza y, por tanto, fue una verdadera conmoción para ellos cuando llegué a casa y les dije que dejaba el colegio para ponerme a trabajar. Pero, al menos, ahora podía ofrecer la paga a mi madre.

No había ninguna duda de que era un error en cuanto a la elección de una carrera porque acabé en el peor de los mundos posibles. Si hubiese decidido no asistir a St Mary o si me hubiere marchado después de haber aprobado los primeros cursos, podría haber conseguido un trabajo. Aunque yo tenía una vaga idea de continuar mi educación después de haber aprobado los cursos superiores y la ambición de ir a la universidad, esas ambiciones quedaron muy pronto relegadas por la política. Si yo me hubiese aplicado en mis estudios, seguramente habría tenido unas perspectivas académicas bastante razonables. Pero para la mayoría de las personas las posibilidades de seguir una carrera eran muy limitadas y para los hombres las posibilidades de

conseguir un trabajo estable eran prácticamente nulas. Había más trabajo para las mujeres, en las fábricas de ropa y de tejidos y en lo que aún quedaba de las viejas hilanderías, mientras que muchas trabajaban como servicio doméstico. Los hombres que pertenecían a la clase obrera podían entrar a trabajar como aprendices de algún oficio, si tenían suerte, o bien se convertían en jornaleros y este último trabajo podía quebrar incluso a los más fuertes.

El Ark era uno de los muchos *pubs* propiedad de católicos en áreas protestantes y mixtas de la ciudad, pero ello no suponía ningún problema en lo que atañía a la clientela protestante del Ark. Situado en la esquina de Broadbent Street en Old Lodge Road, el Ark conseguía sus clientes de las calles adyacentes, limitadas por Crumlin Road a un lado y Old Lodge Road y Shankill Road al otro. Al poco tiempo de haber comenzado a trabajar en el *pub*, el dueño me dejó solo para que lo atendiera. Yo iba cada día a trabajar desde Divis Street, subía por Townsend Street y atravesaba Shankill Road hasta llegar al Ark, abría el bar y fregaba el piso. Cuando la mañana era templada y apacible, solía dar un paseo por la zona antes de abrir y saludaba a la gente en las calles: ancianos y mujeres de todas las edades que iban a la compra, hombres que paseaban a sus perros. Era agradable trabajar, yo disfrutaba de la sensación de responsabilidad y el sueldo era muy bueno; en aquella época no lamentaba en absoluto haber dejado los estudios. A menudo iba a nadar a los baños de Peter Hill durante el descanso del almuerzo. Cuando hacía buen tiempo iba y volvía del trabajo en bicicleta a lo largo de Shankill Road y a través de la Ronda Occidental.

El Ark era un *pub* muy pequeño y antiguo con suelo de baldosas, ventanas grandes y altas, una sola barra, un cuarto trastero y un lavabo. En la planta alta se celebraban partidas de dardos y el único momento en que el *pub* se llenaba de gente, aparte de los días festivos, era cuando había competición de dardos o tal vez una reunión de alguna clase. La cerveza Porter era la bebida principal y cada semana traían pequeños toneles de la casa Guinness de Grosvenor Road, y las ventas de bebidas alcohólicas fuertes eran mínimas.

Me gustaba la gente que acudía a beber al Ark Bar y creo que yo también les caía bien. Entre los parroquianos habituales había un viejo muy divertido que había participado en la batalla del Somme.[22] Yo era solo un crío y él rondaba los setenta años pero ambos éramos de la misma ciudad y yo tenía una absoluta afinidad con el. En una ocasión comencé a cantar unas estrofas de *La banda*, el himno lealista, en irlandés y él me acompañó cantando la canción republicana, *Kevin Barry*. Al finalizar la noche mientras los camareros recogíamos las jarras y las botellas vacías los clientes se pusieron

de pie y cantaron *Dios salve a la Reina*. No seria correcto dar la impresión de que todo estaba bien; la polarización sectaria se volvió helada al acercarse el desfile de julio cuando los hombres de Orange expresaban su júbilo sin ningún problema. Pero yo no representaba ninguna amenaza para nadie; solo era un adolescente alto y desgarbado.

Mientras estaba trabajando en el Ark Bar, participaba en las clases educativas del Sinn Féin y en los debates y discusiones que se celebraban en la Sociedad Wolfe Tone;[23] me estaba convirtiendo en un activista. Cuando los técnicos del Ayuntamiento decidieron la destrucción del área de Pound Loney —un distrito de casas diminutas y densamente apiñadas en un extremo de Falls— como paso inicial para la construcción de un grupo de edificios de varias plantas llamados Divis Flats, un grupo de republicanos y yo nos unimos a las protestas de los habitantes de esa zona. En diciembre de 1962 se había anunciado un programa de eliminación de barriadas pobres; ahora, en 1966, la zona de Pound Loney había sido declarada formalmente como área de nuevo desarrollo y se aprestaban a iniciar las tareas de demolición. Aunque todos estábamos a favor de la sustitución de las viviendas viejas y de pésima calidad, nos oponíamos a los planes del Gobierno de Londres, que veía en el sistema de construcción en unidades de varias plantas la respuesta a la crisis de la vivienda y que concedía subvenciones a las autoridades locales para que favorecieran los nuevos métodos.

Las antiguas viviendas eran desesperadamente pobres, pero Loney era una buena zona con su propio sentido de la comunidad y en cuyas calles habían vivido las mismas familias durante generaciones. Estábamos convencidos de que los edificios de varias plantas no eran la mejor solución para la crisis de la vivienda. ¿Cómo se podía vivir allí arriba? ¿Cómo harían las madres para bajar los carritos de los niños? ¿Dónde jugarían los niños? ¿En un balcón colgado a veinte metros del suelo?

Organizamos manifestaciones y reuniones de protesta, tratando de influir sobre la forma en que esa zona debía ser reconstruida, apoyando la construcción de viviendas tradicionales en lugar de bloques de varios pisos y describiendo los planes propuestos como «una cochera de varias plantas disfrazada de bloque de pisos». Jóvenes, enérgicos e irreverentes, lanzábamos panfletos en toda la zona y nos movilizábamos para apoyar nuestra protesta; intentábamos democratizar nuestra acción formando un comité. En una de nuestras protestas incluso hicimos participar al *dachshund* de la abuela de Joe McCann, colocándole una pancarta en la que se leía «No a los edificios altos». Fuimos atacados por Canon Padraig Murphy y nos denunciaron como

«comunistas» y «hombres de intenciones malignas» por el obispo Philbin pero nuestra campaña fue muy popular y recibió un gran apoyo local.

Cuando la misma demolición de las calles viejas comenzó en la zona protestante de Old Lodge Road, nadie protestó. Yo permanecí junto a los vecinos en la puerta del Ark observando la entrada de las topadoras. Todo el mundo estaba triste y algunas de las mujeres expresaban su ira, pero ninguno de los hombres les prestaba atención: después de todo solo eran mujeres. Y nadie me hacia caso tampoco a mí; yo no era más que un camarero católico.

En 1966, al conmemorarse el quincuagésimo aniversario del Levantamiento de Pascua de 1916, se produjo en toda Irlanda un resurgimiento del sentimiento nacionalista y republicano y, en Belfast, el multitudinario desfile resplandecía con banderas estandartes y bandas de música. El Gobierno de Stormont presidido por Terence O'Neill, que había dedicado sus mejores esfuerzos a quitar una humilde bandera hacía dieciocho meses reacciono de manera histérica ante los festejos. Durante tres días la linea férrea entre Belfast y Dublín quedó cerrada por orden gubernamental y las fuerzas especiales B del RUC fueron puestas en estado de alerta. Un titular del *Belfast Telegraph* anunciaba «Alerta total» y «Amenaza del IRA». Sin embargo, el IRA no tenía poder suficiente para representar una amenaza para nadie y a pesar de la atmósfera de miedo creada por las autoridades, el desfile, en el que Kevin Hannaway y yo actuamos como ayudantes, se desarrolló sin incidentes. La celebración fue recogida en los telediarios y los clientes del Ark Bar dijeron que me habían visto en la cola del desfile junto a los otros asistentes, pero sus comentarios eran festivos.

Uno de los mitos que circulaban en aquella época se refería a que el Gobierno de Dublín apoyaba decididamente la posición republicana en el norte. De hecho, de Valera, que había participado en el Levantamiento de Pascua, aún era presidente, pero el gobierno unionista era absolutamente refractario a las tesis republicanas. El *taoiseach*, Seán Lemass, era un individuo pragmático cuyo interés se centraba en desarrollar el Estado de los veintiséis estados como una economía capitalista moderna, y aunque el quincuagésimo aniversario del Levantamiento de Pascua de 1916 conllevó una amplia difusión de los escritos de los líderes de 1916 y un incremento del sentimiento nacionalista, en círculos intelectuales comenzaba a afirmarse un revisionismo histórico antinacionalista.

En los días de la celebración del desfile de Pascua, el gobierno unionista inició una campaña de extraordinario alarmismo. Medio siglo antes, ellos habían sido parte de una situación que afectaba a toda Irlanda bajo el dominio

británico y habían asegurado por los pelos un Estado formado por seis condados que podían controlar. En el sangriento nacimiento de ese nuevo Estado minúsculo se habían producido situaciones terribles: en Belfast más de 10 000 católicos habían sido expulsados de sus trabajos, 23 000 habían sido echados de sus hogares y más de 500 negocios propiedad de católicos habían quedado destruidos. Al frente de estas atrocidades se encontraban las fuerzas especiales del nuevo Estado. Como apareciera en las primeras páginas del *Manchester Guardian* en aquellas fechas: «Esta gente no ha cometido ningún delito, a menos que se considere como delito el ser católico… Bajo la simple acusación de ser católicas, cientos de familias son expulsadas continuamente de sus hogares… En estas operaciones, los Especiales proporcionan el combustible, las armas de fuego y la inmunidad ante un posible enjuiciamiento».

El norte permanecía bajo un permanente estado de emergencia. Los republicanos eran encarcelados cada década. El instinto unionista les hacía reaccionar ante cualquier atisbo de amenaza y prohibir los desfiles organizados por los católicos. Los unionistas también experimentaban una inseguridad geográfica y constitucional, temiendo ser engullidos por la Irlanda nacionalista.

Para los católicos de Belfast la sensación de exclusión era inmediata. Todos vivíamos en enclaves relativamente pequeños. En Belfast Oriental, la fábrica de Sirrocco era la principal fuente de trabajo dentro de ese enclave, pero ningún católico trabajaba en ella. La grúa gigante de Harland amp; Wolff arrojaba una sombra ominosa sobre los hogares católicos, pero ningún católico trabajaba allí. En Belfast Occidental, la fundición de Mackies era el principal empleador de la zona, aunque eran pocos los católicos que habían conseguido allí un puesto de trabajo. Y lo mismo sucedía en toda la ciudad. Durante la temporada de conmemoraciones y desfiles de los partidarios de Orange, que se extendía de junio a septiembre, los nacionalistas vivían con el miedo en el cuerpo, mientras áreas enteras eran sometidas al toque de queda para permitir que los sectarios expresaran el triunfo histórico de los protestantes sobre los católicos en el siglo XVII.

Cuando los católicos comenzaron a luchar por sus derechos civiles, la Campaña por la justicia Social recibió el apoyo no solo del Partido Nacionalista Conservador Católico sino también del Partido Laborista de Irlanda del Norte que, en 1965, votó por la abolición de la Ley de Poderes Especiales y se movilizó en apoyo de la exigencia de «un hombre, un voto». Pero entre las filas lealistas se estaba organizando una reacción dinámica a

estas demandas de democratización, una reacción que aunque no estuviese encabezada por Ian Paisley, no había ninguna duda de que estaba incitada por él.

En febrero de 1966, Paisley lanzó el *Protestant Telegraph*, un semanario dedicado a publicar diatribas anticatólicas. En febrero, marzo y abril, la Fuerza de Voluntarios del Ulster (UVF), formada por un pequeño grupo de partidarios de Paisley dirigidos por Gusty Spence, un antiguo activista de Acción Protestante del Ulster, llevó a cabo una serie de ataques con bombas incendiarias contra hogares, escuelas y tiendas católicas. En abril Paisley constituyó el Comité de Defensa de la Constitución del Ulster y su vanguardia militante, los Voluntarios Protestantes del Ulster (UPV). El 7 de mayo de 1966 una anciana protestante resultó muerta como consecuencia de un ataque de la UVF contra un *pub* católico. El 22 de mayo, la UVF declaró la guerra al IRA y el 27 del mismo mes hirieron gravemente a John Scullion, un católico que no tenía ninguna relación con el IRA y que murió el 11 de junio. En el terreno ideológico existían pocas diferencias entre un activista del IRA y un católico común y no comprometido en la lucha política. El 6 de junio, Paisley encabezó una manifestación, que atravesó Cromac Square, contra la Asamblea General Presbiteriana. Paisley llevó el piquete a través de la zona de Markets y los habitantes de esa zona protestaron por esa incursión. El RUC respondió brutalmente ante estas protestas, abriéndose paso a porrazos por esta zona claramente nacionalista. Al actuar de ese modo consiguieron, de una parte, provocar el miedo y, de otra, alentar una actitud triunfalista y provocadora.

El 27 de junio, mientras salía de misa en el Monasterio Clonará, me encontré con Liam McMillen, quien me dijo que un camarero llamado Peter Ward había sido asesinado en el Marvern Arms, un *pub* de Shankill Road, la noche anterior. Cuatro católicos habían estado bebiendo en el *pub* y la UVF abrió fuego contra tres de ellos cuando abandonaban el bar, matando a Ward. En el contexto del evangelio de odio predicado por Paisley, todos los católicos eran considerados como «desleales» y como el enemigo. El 23 de julio una enorme multitud de partidarios de Paisley invadió el centro de Belfast, apedreando el Hotel Internacional, de propiedad católica, donde Peter Ward había trabajado, destrozando escaparates y dirigiéndose luego a Sandy Row, donde intentaron incendiar una agencia de apuestas que empleaba a católicos.

Yo no era consciente de que las personas que frecuentaban el Ark Bar apoyasen o tuviesen afinidad con lo que había pasado. Sin embargo, la

pacífica polarización de lealistas y nacionalistas comenzaba a resquebrajarse. Al aproximarse el 12 de julio, le pregunté a mi jefe por el salario que establecía el sindicato por trabajar un día festivo; su respuesta fue despedirme. De modo que fue mi jefe católico quien me expulsó, no los clientes protestantes, de quienes me despedí con tristeza.

De un modo casi inmediato conseguí otro trabajo en un *pub* del centro de la ciudad, el Duke of York, donde no solo disfruté de mi trabajo sino que también recibí una educación. Aquí los sucesos diarios eran discutidos de forma interminable e informativa por la variopinta clientela, que incluía a miembros del Partido Laborista de Irlanda del Norte, cuya oficina central se encontraba a la vuelta de la esquina. En las inmediaciones del *pub* también se encontraban varias oficinas del sindicato de obreros. Miembros destacados y decididos del Partido Comunista, como Betty Sinclair, frecuentaban el Duke y también miembros de la dirección republicana como Liam McMillen y Proisias MacAirt. Era un lugar donde se podía leer el *The Irish Times*, un periódico que en aquellos días no resultaba fácil de conseguir para la clase obrera, y donde acudían a beber muchos periodistas. Muchos de los clientes apoyaban al equipo de rugby irlandés y solían viajar con frecuencia a Dublín, una ciudad que los clientes del Ark jamás hubiesen soñado con visitar. Aquí había gente que, durante las vacaciones, viajaba a Donegal, gente que había estado en Moscú y el mar Negro. La primera vez que escuché tocar el busuqui fue cuando uno de los clientes del Duke of York se marchó de viaje a alguna parte y trajo el instrumento consigo.

Era un *pub* pintoresco, pequeño, con los techos bajos y sin ninguna ventilación; tenía una barra larga, barandillas de cobre, puertas giratorias, una fina madera de roble y buenas caricaturas en las paredes. En una zona contigua al bar público había un salón que servíamos a través de una media puerta. Jimmy Keaveney, el dueño, era un hombre agradable y el perfecto cantinero. Pequeño, rechoncho, con gafas y una incipiente calvicie, vestía habitualmente con una chaqueta de lana tejida, chaleco, camisa y corbata. Era un negocio familiar y vendía las mejores pintas de cerveza de la ciudad, usando los antiguos y grandes toneles. También vendían vino de cebada directamente del tonel y del que solo servía una cantidad pequeña porque era muy fuerte. La madre y la hermana de Jimmy vivían encima del bar y guardo muy buenos recuerdos de su hospitalidad. Cuando quise pasar de la bicicleta a la moto, Jimmy me dio un adelanto de mi sueldo para la entrada y me compré una Honda 50 a plazos.

Durante la hora del almuerzo el *pub* se llenaba de gente que trabajaba en los negocios y oficinas cercanos; era una mezcla de jueces, periodistas, empleados de banca, secretarias y dueños de fábricas de camisas, fábricas de hilados y agencias de viajes. Los fines de semana la gente se reunía para entonar canciones de Percy French,[24] incluyendo en su repertorio otras canciones humorísticas y mayoritariamente irlandesas, y añadiendo algunas de Bing Crosby para variar. *Joe Hill* era una de las canciones preferidas de un grupo diferente que se quedaba junto a la barra y cuyas inclinaciones se orientaban claramente hacia un material políticamente progresista. Entre ellos se encontraban Jimmy y Edwina Stewart del Partido Comunista y algunos de los principales dirigentes de los sindicatos que representaban a los trabajadores de los muelles de Belfast. Era una época de renovado interés por la música tradicional, que estaba muy bien representada en sesiones improvisadas en el salón del *pub*. Aquí las baladas eran la atracción principal y entre aquellos músicos que tocaban en el pub estaba Ted Furey, padre de los Fureys, y miembro de los Dublineses. Algunas personas entonaban canciones republicanas, como *Henry Joy* pero, en general, los baladistas evitaban ese tipo de canciones de un claro contenido político, decantándose en cambio por buenas canciones del norte como *Slieve Gullion Brae*. Algunos, como Proisias MacAirt, cantaban en irlandés, exigiendo un silencio absoluto y la máxima atención al público.

Un columnista del *Newsletter*, brillante e inmensamente popular, acudía a beberse unas copas al Duke of York. Ralph (Bud) Bossence, una figura de claras reminiscencias pickwickianas, había pasado su infancia en Detroit y tenía la costumbre de hacer referencias a Damon Runyon.[25] Era un personaje notable, muy pequeño pero extraordinariamente grueso, con manos pequeñas y un vientre prominente, como si fuese un huevo de Pascua. Sus sonoras risotadas atronaban el bar y él y su grupo de amigos se lo pasaban en grande. Podían planear un paseo por Hollywood Mills o un viaje de un día a Donaghadee; en el aniversario de Wolfe Tone dijeron que subirían a Cave Hill, pero no pasaron de la taberna de Bellevue Arms. Nosotros disfrutábamos con el relato de sus hilarantes experiencias. En su columna, Bossence celebraba la vida, la buena comida, la bebida y su entusiasmo por el cine, el *jazz* y el club de fútbol de Glentoran y siempre manifestaba su interés por la llamada gente «corriente». En una de sus columnas escribió: «El día en que los nobles superen en número al proletariado, yo recogeré mis cartas». Ese era Bud Bossence y el momento más importante de nuestra semana se producía cuando algo que hubiese sucedido en el Duke of York quedaba reflejado,

aunque solo fuese en una línea, en su columna. Una característica divertida y privada de su columna era que, en ocasiones, escribía: «Como el Cura me decía la otra mañana». Y «el Cura» era uno de los camareros, tal vez yo mismo o cualquiera de los otros. Interesado de manera instintiva en la escritura, aprendí de Bud cómo el comentario más insignificante podía ser convertido en algo que resultara realmente entretenido para sus lectores.

El Duke of York era, políticamente, un establecimiento muy liberal en el que se discutían todos los asuntos del día y, en aquellos días, recibí influencias muy importantes para mi formación. La primera edición de los escritos de James Connolly que cayó en mis manos me la dio un cliente habitual llamado William Mullan, un sindicalista que había estado involucrado en los disturbios acaecidos en 1932, relacionados con el sistema de beneficencia de comidas servidas al aire libre a los indigentes. Algunas personas llevaban distintivos de la CND,[26] había pequeñas manifestaciones para protestar contra la guerra de Vietnam y yo participé en una de ellas. La invasión de Checoslovaquia en 1968 por las tropas soviéticas fue una verdadera catástrofe que nos afectó a todos. La situación imperante en Sudáfrica también era un asunto recurrente en nuestras conversaciones.

En la mañana del 12 de julio, Jimmy Keaveney cerró las puertas del Duke y solo se permitía la entrada a los clientes habituales. Aquella mañana podíamos oír las bandas de música de Orange acercándose por Donegal Street, o dondequiera que hubieran decidido reunirse. Ocasionalmente, algunos de los ruidosos miembros de la banda pretendían entrar en el Duke y al ser ignorados, golpeaban la puerta con violencia. En numerosas ocasiones presencié los desfiles de los partidarios de Orange a lo largo de Royal Avenue, sin sentirme amenazado, y una vez atravesé uno de ellos, lo que era realmente suicida, porque llegaba tarde. Una noche, el destacado dirigente unionista Robert Porter (ministro del Interior en Stormont,[27] (1969-1970) visitó el Duke Mientras el y sus acompañantes se relajaban en el interior del salón, me deslicé fuera del *pub* y, con ayuda de la boquilla de una aspiradora, introduje a presión una patata dentro del tubo de escape de su limusina. Imaginando que mi acción provocaría serios desperfectos en el coche, me sentí exultante ante mi proeza. Más tarde me sentí miserable pensando en lo que podría haberme sucedido si me cogían. ¿Qué les hubiese explicado? ¿Arrestado por posesión de una patata?

Mi padre me insistía para que consiguiera que Paddy trabajara un par de horas en el Duke. Yo me mostraba muy reacio a hablar con Jimmy, pero una noche extremadamente ajetreada le sugerí a Jimmy que Paddy podría

echarnos una mano lavando los vasos. Y así fue. Paddy viajaba conmigo al trabajo en el asiento trasero de la Honda todas las tardes.

Los días de trabajo en un comercio autorizado permitía un descanso de tres horas al personal de los bares. Algunos días regresaba a casa a comer, pero cuando me aumentaron el sueldo me acostumbré a vagar por el centro de la ciudad, disfrutando de la sensación de independencia y madurez. Muy pronto llegué a familiarizarme con un espacio propio en la rutina diaria de las pequeñas cosas, como comprar una revista en el quiosco que había en la oficina de correos de Royal Avenue o curiosear entre los libros en el mercado de Smithfield antes de comer un plato de beicon, huevos y patatas fritas en un pequeño café o una jarra de cerveza y un bocadillo en el Kelly's Cellars o en el Crow's Nest. Estos eran unos momentos muy tranquilos del día, con poca gente en las calles, al menos en las callejuelas empedradas o en los pequeños hostales. Ellos y yo nos habíamos convertido en parte de la rutina del otro.

Yo continuaba saliendo en compañía de Paddy, Frank Curran, su hermano Harry, Joe Magee y uno o dos amigos más. En la ciudad había numerosos salones de baile, incluyendo lugares grandes, e importantes donde se podían presenciar las actuaciones Joe Dolan o Dicky Rock, y Joe Magee y yo solíamos ir a bailar a los *céilí*[28] la noche del viernes o el sábado después de acabar el trabajo.

Joe y yo también continuábamos con nuestras acampadas y, en una ocasión, disfrutamos de unos días de vacaciones especialmente memorables. Justo a la vuelta de la esquina del Duke estaba Easons, los mayoristas de periódicos, y uno de los conductores me dijo que si nos presentábamos a las 5 de la mañana nos llevaría a Derry. De modo que, una mañana, nos encontramos dentro del camión, atravesando una densa niebla y Joe y yo teníamos la sensación de estar viviendo una gran aventura cuando nos apeamos en Derry. Eran las 7 de la mañana, no había trenes y estaba todo cerrado.

Mientras recorríamos la carretera que llevaba a Donegal conseguimos que nos recogiera una camioneta abierta y nos acostamos en la parte trasera, contemplando las montañas y el cielo azul mientras nos acercábamos a Donegal. Después de tres días y tres noches de acampada junto al cementerio de Gweedore, continuamos viaje hacia Sligo y luego a Galway, donde conspiramos en vano para hacer el amor apasionadamente a dos mujeres con biquinis negros a quienes conocimos en la playa. Permanecimos unas horas en la ciudad de las tribus, que estaba tan bulliciosa como siempre, llena de gente joven, música tradicional y su versión particular de *craic* turbulento, y

una vez allí nos encontramos en la calle principal a tres republicanos de Belfast, Proinsias MacAirt, Liam McMillen y Jim Hargey, que acababan de llegar de las islas Aran.

Liam McMillen y sus compañeros tenían entonces treinta y pocos años. Conocido como Billdoe o el hombre pequeño, Billy (Liam) era de baja estatura, de complexión gruesa y mejillas sonrosadas con una gran cabeza cubierta de pelo negro. Era un *Gaeilgoir*,[29] hablaba un irlandés fluido y le encantaba la música irlandesa. En la década de los cincuenta había estado comprometido con Saor Éire, un grupo republicano pequeño pero sumamente activo y en aquella época había sufrido un período de internación. Posteriormente se comprometió en actividades republicanas más importantes. Liam estaba soltero y vivía con su madre en Ton Street, en la zona de Falls. Él, MacAirt y Jim Hargey al igual que Joe Magee y yo, se encontraban de vacaciones en el oeste de Irlanda.

Joe y yo continuamos nuestro camino hacia Kerry, acampando en la playa de Banna antes de viajar a Killarney, donde cogimos una embarcación para recorrer los lagos y alquilamos bicicletas para visitar la Garganta de Dunloe. Una tarde neblinosa tuvimos un desagradable encuentro con un toro después de haber interpretado mal las instrucciones de un granjero y meternos en un campo equivocado. La noche siguiente nos sorprendió en la frontera entre Cork y Kerry en terreno montañoso, pero finalmente conseguimos que nos llevaran hasta Macroon y, desde allí, a Cork. Llegamos cuando ya era noche cerrada, montamos nuestras tiendas en plena oscuridad y nos fuimos a dormir entre los sonidos de los coches en lo que parecía ser un paraje reservado para los encuentros amorosos. A la mañana siguiente nos levantamos y encontramos a todos los habitantes de Cork que pasaban en coche junto al sitio donde habíamos acampado, al borde de una transitada carretera.

Nos quedamos en Cork unos cuantos días, visitamos Blarney y besamos la piedra.[30] Desde allí nos hicimos el firme propósito de llegar hasta Tipperary, pero un par de conductores nos llevaron a Dublín y a la casa de mi tío Dominic en Whitehall. Habíamos estado diez días en la carretera, explorando el país a lo largo y a lo ancho, y ahora dedicamos otros dos días a vagar por Dublín, visitando el O'Donohue y otros *pubs* que ofrecían actuaciones musicales, antes de emprender el regreso a Belfast. Habíamos salido con 20 libras en nuestros bolsillos y regresamos con menos de cuatro, encantados con nosotros mismos y con la aventura vivida.

En otra de nuestras excursiones acampamos en Bray Head al sur de Dublín. Aquí podíamos disfrutar de la ciudad junto al mar con todas sus

diversiones, el promontorio y las montañas detrás y recorrimos el camino que llevaba a la cima del risco y a Greystones.

Cuando pasé de la bicicleta a la Honda, Joe y yo solíamos hacer frecuentes viajes cortos, especialmente a la casa de la señora Kearney, cerca de Glenavy.

En una de nuestras visitas aparcamos la moto en su patio y nos sentamos en la calle delante de la casa de campo, larga, baja y con techo de pizarra donde vivía sola. La señora Kearney era pariente de Joe y, durante años, él y yo habíamos visitado su casa. En una ocasión incluso habíamos ido caminando, pero en la mayoría de los viajes habíamos hecho autostop hasta tener nuestras primeras bicicletas, y habíamos pasado muchas tardes pedaleando desde Ballymurphy por Glen Road. Ahora la Honda nos llevaba en un abrir y cerrar de ojos. A veces, mientras subíamos y bajábamos las suaves colinas de las carreteras rurales cubiertas de alquitrán caliente, que discurrían entre blancos setos de espino, Joe y yo cantábamos a voz en cuello disfrutando de la exuberancia del paisaje.

La señora Kearney nos preparaba bollos, pasteles y té fuerte. Vivía en dos habitaciones de la casa, y la parte que no utilizaba constaba de otras dos habitaciones llenas de chucherías, mantequeras y moldes para mantequilla, viejas prensas, arneses, riendas… todas reliquias de los viejos tiempos.

Las primeras veces que visitamos a la señora Kearney llegábamos agotados y con los pies doloridos después de haber pasado varias horas pedaleando o caminando, de modo que no nos alejábamos de la casa, dispuestos a aceptar su cálida hospitalidad con enorme gratitud y felices por el té y las pastas que nos ofrecía. Ahora, con la Honda, llegábamos frescos y descansados, preparados para dar largos paseos y, aquel día, preparados para salir de caza.

La escopeta era de Joe o de su hermano, pero Joe tenía autorización para usarla. Habíamos conseguido el permiso escrito de dos granjeros cuyos terrenos se extendían junto a la casa de la señora Kearney, de modo que podíamos atravesarlos sin problemas hasta llegar a la orilla del lago. En el lago, un lugar que habíamos visitado en numerosas ocasiones, un pequeño río desembocaba en una minúscula bahía y allí, en la bahía, había amarrada una barca. El lago Neagh es una inmensa extensión de agua y la superficie se ondula con pequeñas olas que llegan hasta las orillas cubiertas de hierba. A menudo nos sentábamos en la barca y comíamos bocadillos, pan blanco o de centeno con mantequilla y bebíamos botellas de leche mientras los jejenes nos comían a nosotros.

Aquel día bordeamos la bahía. Nuestra intención era llegar a otro lugar, una zona ligeramente elevada de terreno, flanqueada de setos vivos y plagado de conejeras. La señora Kearney nos había sugerido que, por una vez, alterásemos nuestra ruta.

—No atraveséis las tierras de Trimble —nos dijo—. Es mi vecino y un hombre un poco desagradable. No quiero darle motivos para que proteste.

Trimble, por supuesto, era un unionista local, de modo que seguimos el consejo de la señora Kearney. Joe caminaba delante llevando la escopeta y yo le seguía en dirección a las conejeras.

—Es importante mantenerse a favor del viento —dijo Joe—. Debemos permanecer a este lado de las conejeras. Brian suele cazar mas palomas torcaces que conejos, pero siempre repite lo mismo: «Debes permanecerá favor del viento o nunca conseguirás hacer un disparo decente».

Finalmente, después de una delicada maniobra de aproximación, llegamos a un lugar que Joe consideró que era una posición ventajosa.

—Mira —dijo—, desde aquí dominamos todo el terreno.

Y era verdad, pero tal vez los conejos también nos habían descubierto, porque nos tiramos una hora y media esperando y esperando y esperando.

—Disparemos unos tiros de todos modos, Joe —dije.

—No —contestó.

Yo se lo había pedido tan pronto como habíamos llegado a casa de la señora Kearney. De hecho, se lo había pedido la primera vez que le habían dado permiso para que cogiera la escopeta. Y cuando estuvimos en campo abierto, yo había repetido mi petición.

—¿Podemos hacer unos disparos?

—No —dijo Joe y luego añadió—, ya veremos.

Pero cuando llegamos a la casa de la señora Kearney se mostró inflexible.

—Los conejos no son estúpidos. Si oyen disparos, no encontraremos un conejo en varios kilómetros a la redonda.

No debía haberse preocupado. A pesar de todas sus precauciones, los conejos parecían haber desaparecido.

Las sombras se alargaban cada vez más y la tarde comenzaba a caer cuando Joe se levantó de mala gana en nuestro escondite y me hizo una seña.

—Muy bien; regresemos a casa.

—¿Pero no podríamos hacer un disparo antes? —dije.

—Esperemos —dijo Joe— hasta que nos encontremos cerca de la casa.

—De acuerdo, ¿puedo llevar la escopeta? —pregunté—. Tú la has llevado todo el tiempo.

—Es muy peligroso —dijo Joe.

—No soy ningún estúpido —repliqué.

—¿No lo eres? Bien, espera un segundo —dijo.

Abrió la escopeta y la colocó entre mis manos.

—Debes mantenerla abierta y si ves un conejo, ciérrala pero quédate siempre delante de mí; no me apuntes en ningún momento. Y no pongas el dedo cerca del gatillo.

—Está bien —dije, sorprendido por la seriedad de su tono.

La escopeta no era pesada; de hecho era bastante ligera, pero dificultaba la marcha cuando había que atravesar setos y superar vallas. A esa hora la hierba estaba mojada por el rocío y nos encontrábamos rodeando uno de los campos. Delante de mí se veían las luces de la casa de la señora Kearney.

—¡Mira —dijo Joe—, allí hay conejos!

De un modo casi instintivo cerré los cañones de la escopeta, apoyé la culata en el hombro, rozando la suave madera contra la mejilla.

—¿Adonde?

—Allí —dijo.

A unos diez o quince metros delante de nosotros vi dos formas, dos siluetas oscuras destacándose contra la hierba. Apreté el gatillo.

Joe comenzó a dar gritos de alegría.

—¡Le has alcanzado!

Y luego oí que el conejo lanzaba chillidos de dolor.

—¡Jesús, María y José! —exclamé.

Los chillidos se convirtieron pronto en un gemido agudo y lastimero.

Joe corría delante de mí. Llegó hasta donde se encontraba el conejo herido, que daba pequeños brincos en círculo, sin dejar de lanzar chillidos histéricos. Joe lo cogió de una de las patas traseras y luego le dio un golpe detrás de la cabeza. El conejo permaneció inerte durante un momento, luego comenzó a agitarse espasmódicamente una y otra vez. Joe lo dejó caer al suelo.

—Bien —dijo—, esta es nuestra cena.

—¿Has oído como chillaba? —le pregunté.

—Sí —dijo—. No fue un buen disparo. Pero ahora todo ha pasado. Le he librado de su miseria.

4

Una agradable mañana de sábado fui a Burtons a que me tomaran las medidas para hacerme un traje. Después de haber pasado varias veces por delante de la tienda, mirando furtivamente los maniquíes vestidos con trajes y chaquetas deportivas, me decidí a entrar. Allí los términos de la compra a plazos fueron desgranados con gran amabilidad por un vendedor extremadamente cortés. Entregué el dinero de la entrada y me derivó a un hombre mayor que procedió a tomarme las medidas. Luego regresó el empleado que me había atendido primero, con un muestrario de telas tan variado y extenso, en colores, dibujos y tejidos, que me sonrojé intensamente y escogí el negro porque me parecía la elección más segura. Más tarde, mientras regresaba de camino al Duke, lamenté no haberme tomado mi tiempo para elegir con mayor acierto. Tal vez un color más claro hubiera sido mejor; quizás un estilo diferente, ¿algo parecido a un joven iracundo? ¿O estilo Beatle?

Una semana más tarde pasé a recoger el traje, haciendo efectivo el primer plazo. Luego me dirigí a North Street a comprar una camisa y una corbata. Me sentía como un terrateniente.

—Parece que sales de cacería —me dijo mi padre al ver que me preparaba para salir aquella noche.

—No te burles —le dije mientras me ajustaba el nudo de la corbata por enésima vez.

—Date la vuelta —continuó—. Veamos cómo te sienta el nuevo traje por detrás.

—Déjale en paz —intervino mi madre—. ¿Volverás tarde? —me preguntó.

—Tal vez no vuelva —dije— si él no deja de tomarme el pelo.

Miré a mi padre con el ceño fruncido. Él también me miró con disgusto.

—¿Qué has dicho? ¡Ya lo ves, Annie: no sé qué clase de hijos estamos criando! No muestran ningún respeto. Realmente no sé por qué nos preocupamos.

Mi madre me hizo salir de la habitación.

—No deberías hablarle a tu padre de ese modo —me reconvino.

—¡Ma! —protesté.

—Nada de «Ma» ni tonterías. Ahora vete y pásalo bien. Tu nuevo traje es muy bonito. Ahora despídete de tu padre.

—Ma…

Estábamos en el pasillo. Podía oír a mi padre moviéndose en la sala de estar. Yo estaba engalanado con mi nuevo traje y el autobús aparecería en cualquier momento por Springfield Road. Mi madre me miró con expresión suplicante.

—Buenas noches, papá —grité, inclinándome para besar a mi madre en la mejilla antes de salir disparado por la puerta. No le di a mi padre la oportunidad de contestarme.

Más tarde, mientras examinaba el reflejo de mi cara en la ventanilla del autobús, buscando granos o espinillas, pensé en el baile de esa noche una vez que hubiese acabado mi jornada en el Duke. El resentimiento por la negativa de mi padre a tratarme como un adulto se disipó a medida que el autobús se acercaba al centro de la ciudad y yo contemplaba la posibilidad de ligar con alguna chica. Especialmente con la que me había permitido invitarla a una Coca-Cola la semana anterior. Esta noche volvería al Marquee. Era uno de mis lugares favoritos, especialmente desde que se había trasladado de la Sala de Baile Astor a un antiguo almacén en Skipper Market, muy cerca del pub Rory Gallagher y Taste, Sam Mahood y la Soul Foundation The Group, High Wall y The Tigers eran solo algunos de los grupos que actuaban allí.

Otras noches las pasaba muy lejos de la música y el baile del Marquee, mientras estudiaba, absorbía y discutía la historia política que acababa de despertar en mí un extraordinario interés. En cierto sentido yo había absorbido el carácter republicano a medida que crecía, si bien no había demostrado mayor interés por las cuestiones políticas, pero ahora estaba preparado para comprender y abordar sus fundamentos y principios.

El republicanismo como una ideología basada en el derecho de autodeterminación, algo que le había sido negado al pueblo irlandés durante siglos de dominación británica. Notablemente influido por la Revolución Francesa, el republicanismo había sido formulado a finales del siglo XVIII por Wolfe Tone y la sociedad de los Irlandeses Unidos, quien había tratado de romper la conexión con Inglaterra; sustituir el nombre común de persona irlandesa por el de protestante, católico o disidente; y crear una sociedad civil. Posteriormente, Fintan Lalor, del movimiento Joven Irlanda, despertó un

nuevo sentimiento de identidad y conciencia nacionales, aportando al republicanismo un mayor significado y definición. Lalor escribió:

> *«La propiedad total de Irlanda, moral y material, hasta el sol y hasta el centro de la tierra, está establecida en el derecho del pueblo de Irlanda. Ellos y solamente ellos son los dueños de la tierra y los que hacen las leyes de esta isla, y todas las leyes son nulas y vacías si no están hechas por ellos y todos los títulos de propiedad de la tierra no son válidos si no están conferidos por ellos».*

El movimiento feniano, o Hermandad Republicana Irlandesa (IRB), de finales del siglo XIX y principios del presente siglo, había fomentado un progresivo nacionalismo que expresaba una creencia en la cultura y la identidad, así como también en la independencia política. Su influencia estaba asociada a un importante renacimiento nacional y a la fundación de organizaciones deportivas y culturales como la Asociación Atlética Gaélica y la Liga Gaélica/*Conradh na Gaeilge*.

El republicanismo había sido siempre una ideología viva y dinámica y, en los primeros años de este siglo, los escritos revolucionarios radicales de James Connolly tuvieron un profundo efecto sobre el movimiento. Todos los elementos e influencias que habían intervenido en la formación del republicanismo cristalizaron en la época del Levantamiento de Pascua de 1916 en la más exacta declaración de sus elementos principales, la Proclamación de la República, que establecía en uno de sus apartados:

> *«Declaramos el derecho del pueblo de Irlanda a la propiedad de Irlanda y al incuestionable control de los destinos irlandeses, a ser soberano e inquebrantable. La prolongada usurpación de ese derecho por parte de un pueblo y un gobierno extranjeros no ha extinguido tal derecho, y tampoco puede ser extinguible excepto mediante la destrucción del pueblo irlandés. En todas las generaciones, el pueblo irlandés ha afirmado su derecho a la libertad y soberanía nacionales: en seis ocasiones en los últimos trescientos años han hecho valer ese derecho con las armas. Apoyándonos en ese derecho fundamental y afirmando nuevamente ese derecho con las armas ante los ojos del mundo, proclamamos por este acto a la República de Irlanda como un Estado Independiente Soberano,*

y ofrecemos nuestras vidas y las vidas de nuestros compañeros en armas a la causa de su libertad, de su bienestar y de su exaltación entre las naciones.

La República de Irlanda está autorizada para reclamar y reclama la lealtad de todos los irlandeses. La República garantiza la libertad civil y religiosa, igualdad de derechos y de oportunidades para todos los ciudadanos, y declara su decisión de buscar la felicidad y la prosperidad de toda la nación y de todas sus partes, protegiendo por igual a todos los hijos de la nación, y olvidando las diferencias, cuidadosamente alentadas por un gobierno foráneo, que han dividido a una minoría de la mayoría en el pasado».

En las elecciones generales celebradas en 1918, el Sinn Féin había defendido una república independiente, prometiendo abstenerse de ocupar sus escaños en el Parlamento británico en Westminster y establecer, en cambio, un parlamento independiente en Irlanda. De los 105 escaños irlandeses en Westminster, el Sinn Féin obtuvo 73, lo que significó un respaldo abrumador a su política. En enero de 1919 se celebró la primera reunión del Dáil Eireann, un parlamento independiente, en Mansión House en Dublín, adoptándose una Declaración de Independencia. Las afirmaciones contenidas en la Proclamación fueron desarrolladas en mayor profundidad en el Programa Democrático del primer Dáil en 1919, y el Sinn Féin se convirtió en el vehículo principal del republicanismo, apoyando la campaña armada del IRA y manteniendo una política de abstencionismo con respecto al Parlamento británico en Westminster.

Los filósofos y pensadores del Levantamiento de Pascua de 1916, sin embargo, no habían sobrevivido al mismo y ello propició el escenario para la contrarrevolución y la guerra civil. Derrotados en esa lucha traumática, muchos republicanos abandonaron la política en el contexto de un monopolio político controlado por el gobierno unionista, y cuando el Estado separatista creció en los Veintiséis Condados, la confianza en repetir la Proclamación se volvió cada vez menos adecuada como representación del republicanismo. Justo en la época en que yo intentaba abordar toda esta parte de la historia, los líderes republicanos estaban tratando de establecer una nueva dirección y conseguir una nueva oportunidad para el Sinn Féin.

A medida que aumentaba mi compromiso con la política republicana, me relacionaba cada vez más con personas que pertenecían al movimiento. Muy pronto Joe Magee, al igual que muchos jóvenes de mi generación, abandonó

Belfast. Primero un amigo de ambos se había unido a Marconi y Joe sugirió que presentásemos una solicitud. Yo no tenía ningún interés, pero Joe envió de todos modos un formulario. Al mismo tiempo ambos decidimos que queríamos marcharnos a cavar zanjas y construir carreteras en los países subdesarrollados, de modo que nos apuntamos al Servicio de Voluntarios en el Extranjero. Pero Marconi fue el primero en responder y Joe se marchó a hacer unos cursos; al poco tiempo era operador de radio. Acostumbraba a ausentarse durante varios meses y regresaba cargado de cigarrillos Sénior Service, que fumábamos mientras recorríamos las carreteras. Luego desapareció por completo y viajó por todo el mundo; regresó durante un breve período para casarse —conmigo como padrino de boda—, y acabó estableciéndose en Australia.

La vida social que disfrutábamos en Belfast a finales de la década de los sesenta no era muy diferente de la que disfrutaban los jóvenes de nuestra misma edad en Dublín, Limerick o Cork, con dos excepciones. Una era el fanatismo latente y soterrado, que ahora era cada vez más evidente, y otra era el nivel de paro. La vida social de los republicanos estaba muy politizada a medida que los actos de recolección de fondos eran cada vez más frecuentes en el escenario local, y a medida que se intensificaba la actividad política. A menudo me encontraba asistiendo a sesiones de baladas que habían sido organizadas para recaudar fondos. También comencé a salir con algunas chicas y entablé una sólida amistad con Joe McCann y con la que sería su esposa, Anne. Joe era apenas unos años mayor que yo. Era un tío alto y atractivo, muy fuerte y saludable; trabajaba como albañil y era un radical natural. Anne, perteneciente a la familia McKnight, de profundas convicciones republicanas, vivía en la casa familiar en la zona de Markets. Más tarde, cuando Joe fue encarcelado, un grupo de nosotros solíamos llamar a Anne en un intento de asegurarnos de que no se sintiera tan sola como «mujer separada».

Cuando Anne y Joe se casaron y tuvieron un hijo, me pidieron que fuese el padrino. En la iglesia se produjo una situación violenta cuando el sacerdote se negó a bautizar a la niña con la versión irlandesa del nombre, y fue este hecho el que estimuló el interés de Joe en las perspectivas críticas sobre la Iglesia. Se mostró especialmente interesado en una organización llamada Grill, un grupo religioso de izquierdas que representaba una rama colateral de un periódico inglés de izquierdas llamado *Slant*, editado por estudiantes universitarios aún no licenciados, y que intentaba conseguir que el evangelio cristiano fuese un mensaje radical. Entre las personas asociadas a Grill

estaban John Feeney un estudiante radical de la University College de Dublín, el padre Austin Flannery y el reverendo Terence McCaughey, un presbiteriano. Yo me había criado en un ambiente católico, pero no ortodoxo y tanto Joe como yo nos mostramos muy interesados en Grill. Al pensar retrospectivamente he llegado a la conclusión de que mi combinación de interés y escepticismo se debía en gran parte a la influencia de mi padre.

Desde los diecisiete años yo estaba desempeñando un papel importante en el activismo republicano, junto a otros veinte muchachos de mi edad. En lo que al movimiento republicano concernía había muy pocos elementos en términos de estructura. Además de los activistas y la dirección, existía una amplia familia republicana. Un grupo de activistas importantes a escala nacional estaba tratando de reagrupar la lucha republicana, pero en Belfast el republicanismo era una actividad clandestina, muy dividida en facciones, y básicamente una ocupación que se desarrollaba a tiempo parcial.

El Sinn Féin era una organización muy endogámica, unida en torno a unas pocas familias republicanas vertebrales. Algunas de estas familias, como ocurría con ambas ramas de mi propia familia, podían rastrear su compromiso nacionalista hasta la época de los fenianos y de la Hermandad Republicana Irlandesa en el siglo pasado. En Belfast, como sucedía en el resto de los seis condados nororientales, los republicanos habían sido aislados por la partición del territorio y traumatizados por las mudanzas que habían anunciado el nuevo «parlamento protestante para un pueblo protestante». A pesar de la indudable debilidad del Sinn Féin y del IRA en las décadas de 1930, 1940 y 1950, los republicanos sufrieron períodos de internación por el gobierno unionista en cada una de esas décadas.

En la década de 1950, después del fracaso de la campaña del IRA en la frontera, el movimiento republicano se hallaba en un estado de desmoralización considerable y, en 1961, la fuerza total del IRA en Belfast era de 24 militantes y todo su arsenal se reducía a dos armas cortas. No era que el republicanismo hubiese muerto, pero había sufrido una dura derrota. Entre los pocos que aún permanecían activos se había iniciado un proceso de evaluación de la situación.

De hecho, la década de los sesenta estuvo caracterizada por la agitación del debate, cuyo impulso deliberado procedía de la dirección nacional establecida en Dublín. El énfasis ya se había desplazado de forma concluyente de la prioridad de la lucha armada, como un medio de oponerse al imperialismo británico, hacia la búsqueda de reformas a través de la acción política. Al mismo tiempo se desarrollaba un debate más amplio que la

discusión interna del partido, estableciéndose en 1963 un punto de coincidencia para republicanos y socialistas, para partidarios del idioma irlandés, comunistas y otros en la forma de las sociedades Wolfe Tone, que organizaban seminarios en Dublín, Cork y Belfast.

En las décadas precedentes, los republicanos habían supeditado el terreno de la representación política en favor de la actividad militar y conspirativa. La opinión nacionalista en el norte estaba representada por el Partido Nacionalista, conservador e ineficaz, que fracasó en su intento de satisfacer las necesidades de una emergente clase media católica mejor educada, un importante segmento de la cual intentaba conseguir reformas sociales y económicas dentro del Estado de los Seis Condados. Entonces se constituyó un partido rival de carácter más reformista, el Partido Democrático Nacional, y el Partido Nacionalista abandonó su política abstencionista y entró en el Parlamento de Stormont para convertirse en la oposición oficial.

Aquellos que buscaban la reforma dentro de los Seis Condados recibieron la ayuda de la aparente voluntad del primer ministro O'Neill de aplicar al Estado un barniz democrático y reunirse con el *taoiseach* de Dublín, Seán Lemass. Pero un amplio sector de antiunionistas, que estaban comenzando a comprometerse en actividades de agitación política en su lucha por los derechos civiles, defendía un enfoque mucho más radical.

En las sociedades Wolfe Tone, la cuestión de los derechos civiles se había convertido en un tema recurrente, y en el primer lugar de una larga lista de preocupaciones se encontraba la privación de los derechos civiles y franquicias a los nacionalistas por medio de los requisitos de voto y la injusta división de la ciudad en distritos electorales para que los católicos siempre estuviesen en minoría, asegurando el dominio de un partido único unionista. La restricción de los derechos electorales en el ámbito del gobierno local a los que pagaban los impuestos y sus esposas, y la asignación de hasta seis votos a los directores de compañías de responsabilidad limitada, confería a los unionistas el control de todo el sistema político. En Derry, por ejemplo, se necesitaron 20 000 votos nacionalistas para elegir a ocho consejeros del Ayuntamiento, mientras que solo fueron necesarios 10 000 votos unionistas para elegir a doce consejeros. Como parte del control de votos, a los católicos se les negaba un acceso igualitario a la vivienda, y como parte del control de la población —y, por tanto, de los votos— a los católicos se les negaba el acceso igualitario al trabajo. Cuando, en 1945, el Parlamento británico de Westminster introdujo el sufragio universal, aboliendo el privilegio restrictivo de los gobiernos locales, el gobierno de Stormont se había asegurado de que

el Estado títere de los Seis Condados quedara excluido de las previsiones establecidas en la nueva legislación. E incluso fueron más allá, introduciendo en 1946 su propia Ley de Representación del Pueblo, que restringía el privilegio aún más al retirar el voto a los inquilinos que no pagaran impuestos. El sustrato ideológico de esta legislación fue elocuentemente expresado por el alcalde L. E. Curran, el caudillo del gobierno:

> *«La mejor manera de impedir el derrocamiento del gobierno por personas que no tenían intereses económicos en el país y que no tenían en cuenta el bienestar del pueblo del Ulster, era privarlas de sus derechos civiles y franquicias».*

En 1965, los republicanos intentaron establecer comités de «un hombre, un voto» (en aquellos días nuestras demandas no tenían en cuenta el sexo de los votantes); en Belfast se fundó también el primer Club Republicano, en un intento de acabar con la proscripción del Sinn Féin y permitir que participara plenamente en la actividad política legal. Durante un exitoso mitin público, el veterano republicano Liam Mulholland fue elegido presidente del recientemente creado Club Republicano. El Estado respondió declarando el mitin retrospectivamente ilegal y, uno o dos días más tarde, prohibiendo el Club Republicano.

También existía una prohibición que afectaba al periódico del partido, el *United Irishmen*. Yo me vi implicado en un hilarante incidente en Keystone Kops cuando se decidió que debíamos vender el periódico para que nos arrestaran y, de este modo, convertirlo en un caso político en el tribunal. Un grupo de personas vendía el diario en las calles; cuando una de ellas era arrestada, otra ocupaba su lugar. Nadie debía resistirse al arresto. Yo fui uno de los elegidos para vender el periódico; los que debían reemplazarnos cuando fuésemos arrestados esperaban en la misma calle y en un *pub* cercano. No hacía mucho que estábamos dedicados a nuestra tarea cuando una mujer se quejó de nuestras actividades. Llegaron las fuerzas del RUC y nos hicieron pasar por la rutina legal, citando la legislación vigente. Cuando me arrestaron, me limité a sentarme y los policías me llevaron hasta la parte posterior del *jeep*, una acción aplaudida por los asistentes. Pero, entretanto, Malachy, uno de los que se suponía que debía reemplazarnos cuando el RUC se hubiera marchado, salió del *pub* y, preso de una gran indignación, se olvidó por completo del plan previsto, corrió hasta el civilizado escenario de nuestro arresto y le arreó un golpe a uno de los policías. Obviamente, todo el mundo se le echó encima. Malachy acabó magullado y perdió la chaqueta y la camisa

en la refriega. El RUC le atizó con ganas, sentándose encima de él e incluso saltando sobre su cuerpo. ¡Hasta yo me sentí tentado de golpearle para asegurarme!

Nos llevaron al cuartel del RUC en Queen Street. Algunos de nuestros compañeros que esperaban en las inmediaciones reanudaron la venta del periódico, mientras que los otros se congregaron delante del cuartel y exhibieron «espontáneamente» sus pancartas ya confeccionadas al tiempo que comenzaban a organizar piquetes. Después de un rato, como el RUC parecía haber perdido todo interés en mí, simplemente abandoné el cuartel y me uní a los piquetes. Malachy fue acusado de asalto y agresión y, en los meses siguientes, organizamos numerosas acciones a fin de recaudar fondos para pagar sus multas. Pero nuestro objetivo fracasó estrepitosamente, ya que nadie fue procesado por vender el periódico.

El Sinn Féin no era realmente una organización, al menos no en Belfast. Malachy McGurran era el único activista republicano a tiempo completo que actuaba en los Seis Condados, y quizá en todo el Ulster. Todos los demás solo teníamos una dedicación parcial al activismo político. Muchos republicanos que habían estado enrolados en el IRA en calidad de voluntarios habían pasado largos períodos en prisión y les resultaba muy difícil ganarse la vida. Habían actuado como soldados y por esa razón, aunque seguían siendo republicanos, normalmente se retiraban del compromiso activo con la organización.

En lo que era una época marcada por el resurgimiento de la música irlandesa, existía una estrecha combinación de la política y la actividad social. En Belfast, la música tradicional constituía un fenómeno creciente tanto entre la juventud como entre la gente mayor; además de las pequeñas sesiones informales, se organizaban también *céilís* ocasionales en lugares como el International Hotel. El Ulster Hall se convirtió en un escenario regular para los Clancy Brothers y los Dublineses. Cuando Luke Kelly, de los Dublineses, estaba en Belfast, siempre aparecía en todos los acontecimientos sociales y actuaba desinteresadamente en favor de los republicanos de Belfast. Billy McBurney dirigía una compañía discográfica pionera en Smithfield Market, grabando discos de los McPeakes, Eugene Mclldowney, Seán Maguire y otros, así como también de algunas bandas de Orange y algunas interesantes piezas de coleccionista de canciones tradicionales.

En Belfast Occidental, el Club de los Presos afirmó el último piso de un viejo edificio de tres plantas, con las paredes encaladas, delante de Falls Park, que se alzaba junto a un pequeño río y quedaba oculto a la calle por un denso

cinturón de árboles y arbustos. El local resultó ser un lugar ideal para las sesiones de música tradicional y las reuniones sociales. Mi padre desempeñaba un papel muy importante en el club, mientras que mi madre contribuyó decisivamente a su implantación y, de este modo, el club pasó a ocupar un lugar especial en la vida familiar. Además de los sospechosos habituales, el club también atraía a los jóvenes, y yo comencé a frecuentarlo en compañía de una chica de Turf Lodge, Theresa Smith, a quien había conocido precisamente en el club. También participé en un proyecto de realización de una película cuando, en compañía de algunos amigos, escribí el guión y rodé un cortometraje que se desarrollaba en el club y en el cercano cementerio de Milltown. Era una película acerca de un profesor chiflado/monstruo y obtuvo la aclamación del público cuando fue proyectada en una sesión organizada en el club.

Ocasionalmente hacíamos viajes en autobús a Tyrella Beach en el condado de Down: jóvenes republicanos aturdidos, bebidos y llenos de carne asada medio perdidos en excursiones nocturnas. Una noche varios de nosotros estábamos en Belfast esperando el autobús a Bodenstown a primera hora de la mañana, hablando y bostezando, anticipándonos al viaje que nos esperaba. En aquellos días solían aparecer con frecuencia en los diarios noticias sobre espontáneos que se desnudaban súbitamente en lugares públicos. Como no teníamos nada que hacer nos dirigimos a Falls Road a las siete de la mañana. Después de dejar toda nuestra ropa amontonada en la acera, echamos a correr hasta la parada del autobús, la rodeamos y regresamos al punto de partida. A mitad de camino nos encontramos con una enfermera que se dirigía a su trabajo. Ella se limitó a sonreír y continuó su camino.

Los actos conmemorativos anuales celebrados en Bodenstown y Edentubber eran excursiones políticas con un profundo contenido social; Edentubber solía alcanzar su máxima expresión con un concierto organizado en el Ayuntamiento de Dundalk. Estos acontecimientos también reflejaban la actitud republicana hacia el Estado de los Veintiséis Condados y, particularmente, hacia el Gobierno de Dublín. Ello no se manifestaba solamente a través de los discursos de apertura —el discurso ceremonial anual en Bodenstown tenía una importancia especial en el calendario republicano— sino que también se reflejaba claramente en las canciones que entonábamos después.

Arriadla del mástil, traidores irlandeses,
es la bandera que reclamamos los republicanos;

Nunca puede pertenecer a los unionistas
porque ellos solo han traído vergüenza.

Este antagonismo no se limitaba a los del norte; de hecho, era mucho más evidente entre muchos republicanos del sur. Nosotros, los que vivíamos en el norte, tal vez habíamos sido abandonados después de la división del territorio, pero conservábamos una visión romántica de Dublín; los otros no.

Esta situación quedó demostrada durante una memorable manifestación celebrada en Dublín en 1966 que comenzó en St Stephen's Green y se dirigió hasta el cementerio de Glasnevin. La manifestación fue atacada por la policía, que aparentemente objetaba que se usara una bandera que se decía que pertenecía a la Brigada de Dublín del IRA. Durante todo el recorrido del desfile se produjo una lucha de todos contra todos, con los manifestantes formando una guardia avanzada alrededor del estandarte del partido, que se relevaba con contingentes salidos de la multitud. Tanto la policía como el grupo más avanzado llegaron al cementerio ensangrentados pero enteros. Aquella misma noche, durante una protesta frente a la Dirección General de Correos, fuimos duramente insultados y la policía cargó con sus porras preparadas; varios coches de la policía fueron volcados durante el tumulto. Aquel mismo año los republicanos, en un gesto aparatoso y simbólico, volaron el hito central de Dublín, la Columna de Nelson, poniendo fin de este modo a la prolongada lectura ciega de la capital por parte del máximo héroe naval británico.

Sin embargo, estaba comenzando a desarrollarse una relación completamente nueva entre los aspectos militar y político del republicanismo. Cuando, en junio de 1971, Cathal Goulding, jefe del Estado mayor del IRA, pronunció un discurso memorable en Bodenstown atacando la tradición de la fuerza física y favoreciendo las políticas socialistas, yo experimenté sentimientos confusos y encontrados. Joe McCann y yo discutimos lo que Goulding había dicho, y Joe se sentía impresionado por sus palabras. Yo era consciente de que Goulding estaba tratando de dar un paso hacia adelante y reconocía que esta era precisamente la responsabilidad de un líder. Goulding se había presentado abiertamente como el jefe del Estado mayor y, si bien no era nuestro héroe, era alguien a quien considerábamos como el líder de la lucha republicana.

En marzo de 1967, un grupo de estudiantes de la Universidad de Queen organizaron una marcha al Ayuntamiento de Belfast para protestar por la prohibición de los clubes republicanos. Yo estaba disfrutando de la pausa del

almuerzo en compañía de Jimmy McFaul, que trabajaba conmigo en el Duke of York y que también era un activista republicano, y estábamos buscando un silbato de metal cuando nos encontramos con la manifestación. Se trataba de una sentada, de modo que nos unimos a ella. Desgraciadamente la Rama Especial descubrió a los activistas republicanos y arrestó a Jimmy. Los estudiantes que protestaban no eran probablemente las personas favoritas del RUC, pero a los republicanos les reservaban una profunda y marcada hostilidad. Mientras se llevaban a Jimmy en volandas, yo conseguí alejarme lo más rápidamente que pude.

Los miembros del Sinn Féin se mostraban muy activos de diferentes maneras. A un nivel estaban los clubes republicanos y yo me convertí en el oficial de prensa del Club Republicano de Andersonstown, que abarcaba un área muy extensa que incluía a Ballymurphy. Me reunía con frecuencia con la dirección del partido en Belfast y discutía lo que ellos me pedían que hiciera. Me encargaba de publicar unos cuantos comunicados de prensa sobre las cuestiones políticas de actualidad y organizaba campañas de envío de cartas, habitualmente en las columnas del *Irish News*, en las que utilizaba cinco o seis seudónimos. En ocasiones incluso enviaba cartas en las que criticaba el contenido de otras que yo mismo había escrito, con el propósito de mantener vivo el interés en relación a cuestiones puntuales.

Un núcleo de activistas del Sinn Féin. —Joe McCann, Seán y Francie McGuigan, Jimmy McFaul, Anthony Doran, unos cuantos más y yo— formamos un Grupo de Acción de Desempleo en Belfast Occidental y un Comité de Acción de la Vivienda. Estas dos campañas fueron organizadas de forma espontánea y tenían vida propia. Nuestro activismo estaba alimentando una sensación general de movimiento político debajo de la superficie; éramos pocos en número pero, en cierta medida, sintonizábamos con las necesidades y demandas de la época. Nuestro Club Republicano operaba al margen de estas campañas y era mucho más formal en la manera de trabajar dentro de su área de influencia, reuniéndose en la casa de uno u otro miembro una vez por semana o cada quince días.

La gente se movilizaba alrededor de nuestras campañas y actividades por dos razones fundamentales: en primer lugar por su propio interés y, en segundo lugar, cuando se identificaban con una idea. Los republicanos representaban un pequeño grupo de gente que había sido ganado por una idea, pero esa idea no era transmitida a otra mucha gente, al menos no de un modo que se relacionara con ellos. Pero cuando los republicanos se comprometían en actividades de ámbito local, organizando campañas para conseguir mejores

viviendas o para conseguir algún tipo de estructura dentro del seno de la comunidad, era la gente la que asumía de forma natural posiciones de vanguardia. Mientras que este activismo moderado era desarrollado por individuos, la batalla por las ideas se libraba en las pantallas de los televisores, y entonces era la idea la que movilizaba a las personas. Los viejos representantes del *establishment* unionista eran enfrentados por ágiles y documentados portavoces de la Democracia del Pueblo y de la Asociación de Derechos Civiles.

Cuando se puso en contacto conmigo la familia Sherlock, que estaba viviendo en Mary Street, una pequeña calle con casas de dos habitaciones en pésimas condiciones de habitabilidad, fuimos al Consorcio de la Vivienda para intentar que les facilitaran otro lugar donde vivir. Las palabras no consiguieron ningún resultado positivo, de modo que decidimos pasar a una acción más directa. Ocupamos un piso en el complejo de Divis Flats, que comenzaba a inaugurarse. En Derry y Caledon se habían producido ocupaciones similares de pisos a estrenar, pero el caso Sherlock era el primero en Belfast. Llamamos a los fotógrafos de prensa y les mostramos que la gente estaba viviendo en auténticas chabolas. Ninguna de las viviendas contaba con agua caliente, ninguna tenía retretes interiores, muchas ni siquiera tenían cocinas, solamente grifos en el patio o en un pequeño pasillo que conducía al patio. Las casas eran húmedas, estaban infestadas de ratas y había graves problemas con las aguas residuales. Habíamos planteado todos los argumentos posibles para demostrar que estas personas necesitaban ser realojadas en casas decentes y cuando esa acción fracaso, decidimos ocupar pisos, una táctica empleada con éxito por Bridget Bond, una extraordinaria mujer que encabezó las protestas por mejores viviendas en Derry. El segundo día de la ocupación Sherlock formamos el Comité de Acción de la Vivienda, que suscitó un gran apoyo y nuevos tumultos. Nuestra experiencia, y nuestro éxito al conseguir que la familia fuese realojada después de la ocupación del piso, significaron un gran estímulo para nosotros; había quedado demostrado que la acción directa podía funcionar y que con ella también podía obtenerse el apoyo local. Entonces nos embarcamos en una campaña de piquetes y ocupaciones y, muy pronto, otras personas con problemas en sus viviendas acudieron a nosotros en busca de ayuda. De modo que decidimos organizamos de un modo más coherente con mucho más apoyo, y los residentes del distrito de Loney organizaron marchas contra las torres de apartamentos y en favor de la reconstrucción de nuestras casas tradicionales.

En Springfield Road un chico de New Barnsley, un vecindario protestante cercano, fue atropellado en la esquina con Whiterock Road. Fui a ver a Frank Cahill, de la Asociación de Inquilinos de Ballymurphy, quien me miró con cierta suspicacia porque él había estado trabajando durante años en esta clase de asuntos, y allí estaba yo, un activista político imberbe, pensando que podía solucionarlo, aunque nos llevábamos muy bien. Llamé a los padres del chico en el New Barnsley y el resultado fue que nosotros, en el Club Republicano, nos reunimos con los habitantes de New Barnsley para organizar una serie de acciones de protesta, exigiendo y consiguiendo protecciones de seguridad en la esquina y en el paso de peatones. Estábamos encantados. No solo había sido una victoria en toda regla, aunque pequeña, sino que fue un ejemplo de que católicos y protestantes podían actuar juntos, Pero cuando las noticias de esta campaña llegaron a los oídos de las autoridades unionistas, uno de los hombres de Paisley se presento en el lugar de los hechos. Por primera vez en mi vida oí hablar seriamente acerca de «papistas» y «fenianos» y «taigs».[31] En aquel momento los protestantes de New Barnsley dieron por finalizado su acuerdo con nosotros.

En enero de 1967 tomé parte en una reunión que decidió fundar la Asociación de Derechos Civiles de Irlanda del Norte (NICRA). Un mes más tarde, en el transcurso de una reunión celebrada en el International Hotel, fue elegido el primer ejecutivo de la NICRA. Mis amigos republicanos jóvenes y yo nos aburrimos soberanamente con los tediosos procedimientos, pero al menos se eligió finalmente una equilibrada dirección para la organización de derechos civiles. Después de años de trabajo paciente y sistemático realizado por unos pocos individuos comprometidos, como los McCloskey de la Campaña por la Justicia Social, nacía una nueva era, pero creo que ninguno de nosotros tenía la más remota idea acerca de la trascendencia de lo que habíamos creado aquella noche.

Hacía poco tiempo que me había comprometido con el activismo político cuando tuve mi primer roce con la Rama Especial del RUC. A finales de 1966, un grupo de voluntarios del IRA había irrumpido en el colegio St Gabriel, portando palos de *hurling*, y había reventado una clase de reclutamiento del Ejército británico. Unos meses más tarde alguien escribió «Únete al IRA» sobre un póster de reclutamiento del Ejército británico y también se produjeron algunas acciones contra las oficinas de reclutamiento británicas, provocando algunos daños. La Rama Especial se presentó en el Duke of York después de uno de esos ataques y me preguntó dónde había

estado la noche anterior; yo protesté enérgicamente por el hecho de que viniesen a molestarme en mis horas de trabajo.

Después de esa visita de la Rama Especial, yo caminaba por Royal Avenue en compañía de Jimmy McFaul, llevando dos bolsas de papel llenas de carne fresca, cuando fuimos interceptados por Harry Taylor, el policía de la Rama Especial más famoso de aquella época. Taylor cogió uno de los paquetes sospechosos y metió la mano en el interior. La carne tenía una capa exterior de grasa que aún no se había endurecido, pero el interior de la carne estaba blando y viscoso. Jimmy y yo continuamos nuestro camino, dejando a un aturdido Taylor que se sacudía la carne húmeda de las manos.

En 1967 yo estaba dedicado a la organización de un campamento de verano al sur de la frontera en Drumshanbo, en el condado de Leitrim, para unos veinte jóvenes colegas republicanos. Se trataba de un campamento abierto en la mejor tradición de los Niños Exploradores, y fue un éxito rotundo, un gran acontecimiento social en el condado, que recibió con simpatía y calor la presencia de todos esos jóvenes llegados del norte. Nuestro lugar de acampada en las orillas del lago Alien se jactaba de incluir una gran tienda cónica de campaña y dos tiendas de campaña pequeñas. Afortunadamente pudimos disfrutar de un tiempo excelente y todos los días, después de haber finalizado las tareas propias del campamento, salíamos a dar largos paseos, desarrollando nuestras habilidades de campaña. En la feria de Tostal nuestros chicos cumplieron su parte: uno de ellos era un bailarín irlandés de primera categoría, de modo que se levantó y demostró sus habilidades, y luego otros dos se levantaron y cantaron. El domingo, el cura nos invitó a la capilla para que sirviéramos como guardia de honor y nos sentimos profundamente honrados de que nos pidieran que actuásemos en una ceremonia religiosa. En nuestra última noche en Drumshanbo alrededor de sesenta o setenta personas del pueblo acudieron a nuestro campamento a una noche de fiesta, con carreras y canciones junto al fuego, donde asamos grandes cantidades de patatas. Me sentí desilusionado cuando no pude repetir la experiencia al año siguiente.

Aquellos días pasados en Leitrim tienen para mí un significado especial. De los chicos que tomaron parte en aquella inolvidable acampada, Jimmy Quigley fue abatido de un disparo a los 18 años por un francotirador del Ejército británico en la zona de Falls. Jimmy se encontraba armado en el techo de una casa cuando fue abatido. Dee Delaney murió a los 26 años a causa de la explosión prematura de una bomba que también segó la vida de dos civiles en enero de 1980. Geraldo McAuley, que formó parte del grupo

que asistió al campamento al año siguiente, fue asesinado en Belfast en agosto de 1969, cuando solo contaba 15 años, al tratar de defender a la gente de los ataques unionistas.

Después de aquel campamento de verano regresé un par de veces a Leitrim, donde había establecido una sólida amistad con John Joe McGirl, un concejal del condado que me doblaba la edad y que vivía en Ballinamore. Yo cogía el autobús que me llevaba hasta Newry o Enniskillen y entonces me sentía libre y lejos del mundanal ruido. En esos viajes usaba un sobretoldo que alguien se había dejado olvidado en el Duke of York. Colocaba mi saco de dormir dentro del sobretoldo, formando una especie de mochila ligera, y si tenía que dormir al raso usaba el sobretoldo como sábana y manta a la vez.

En una de esas visitas a Leitrim, John Joe me llevó a una reunión de huelguistas en las minas de Arigna. Para mí esto era la esencia del romanticismo político: ser testigo directo de una huelga acompañado de John Joe, rodeado de todos esos mineros del carbón en una habitación llena de humo, discutiendo acerca de los pasos a seguir.

John Joe también me llevó a Slieve Anierin, una montaña próxima a Drumshanbo, en la orilla del lago Alien. Llegamos tan lejos como nos llevó el coche y luego echamos a andar hasta encontrar a un hombre que vivía en una montaña de su propiedad. Lo que realmente me impresionó fue el hecho de que ese hombre hubiera pasado treinta años de su vida viviendo en Nueva York. No podía entenderlo, el contraste parecía tan enorme que le pregunté por qué había regresado.

—En realidad nunca quise marcharme de aquí —dijo—, durante todo el tiempo que estuve lejos.

Llegué a conocer muy bien Leitrim, recorriendo a pie toda la zona próxima a Ballinamore, y descubrí que era un lugar de Irlanda con bellos paisajes. Comencé a apreciar lo que el hombre de la montaña me había dicho. John Joe amaba el lugar donde había nacido y, deseando ver todo su potencial desarrollado, abogaba ya entonces por el desarrollo del canal Ballinamore-Ballyconnel (un canal navegable norte-sur que finalmente volvió a abrirse en 1995). Tanto en esta, como en otras cuestiones, John Joe era un verdadero adelantado a su tiempo.

También comencé a hacer viajes a Dublín, donde la música estaba viva en *pubs* como el Donoghue y el Slattery, y al fleadh che-oil, los festivales anuales nacionales y regionales de música tradicional. En 1968, en el festival celebrado en Clones, volví a encontrarme con Ted Furey y acabó en nuestra tienda con nosotros a las ocho de la mañana. Seán Maguire ocupaba el

número uno de la lista de éxitos con el tema *The Mason's Apron* y aquí estaba Ted, sentado con una botella de cerveza en la mano y diciendo: «¡Es fácil tocar las más rápidas, son las piezas lentas las que exigen habilidad!». Apareció por Belfast un par de veces y su abrigo de tres cuartos con capucha permaneció colgado en nuestra carbonera de Ballymurphy durante siglos después de que un día se lo olvidara.

En ocasiones tocaba un instrumento negro de madera parecido a un violín, solo que donde un violín tiene partes redondeadas, este las tenía cuadradas. Estaba incrustado de pequeños trozos de un material blanco similar a las perlas y tenía una instalación fija que permitía colocar una trompeta. Ted tocaba normalmente el violín pero, durante algún tiempo, se dedicó a tocar este extraño instrumento. En una ocasión alguien le preguntó dónde lo había conseguido.

—Este instrumento —dijo— perteneció a un amigo mío. El tío vivía con su madre y era feliz trabajando en la granja hasta que se enamoró de la música y comenzó a tocar el violín. Cuanto más tocaba el violín, menos tiempo dedicaba a la granja. Luego se aficionó a las mujeres. Luego se dio a la bebida. Su madre se puso enferma y envió a buscar a su hijo, quien se estaba corriendo una juerga. La mujer se estaba muriendo y le hizo prometer que nunca más volvería a tocar el violín, y mi amigo lo juró ante el lecho de muerte de su madre. De modo que cuando la pobre mujer murió, mi amigo regresó a la granja y volvió a trabajar como lo había hecho antes de dedicarse a la música, las mujeres y la bebida. Pero se sentía desasosegado y no podía concentrarse en lo que hacía. Se enteraba de que alguien había organizado una sesión de música y se moría de ganas de participar. De modo que un día fue al bosque y, sabiendo que no podría tocar nunca más el violín porque así se lo había prometido a su madre moribunda, fabricó este instrumento. Y fue él quien me lo dio.

En Belfast, gran parte de la campaña en la que yo estaba comprometido se centraba en Divis Flats, que se inauguraron oficialmente en mayo de 1968. En una declaración leída durante la misa en St Peter, el obispo Philbin declaró que los católicos debían reconocer los nuevos pisos como si representaran un «trasplante de corazón». «Otras personas nos juzgarán a nosotros y nuestro valor como pueblo —y ciertamente el valor de nuestra religión— por la forma en que tratemos estos nuevos lugares».

Sin embargo, el obispo Philbin no tendría que vivir en los nuevos pisos. Y tampoco los arquitectos y aparejadores que habían saludado la construcción de esos altos edificios que, según ellos, ofrecían una oportunidad para que una

nueva comunidad se desarrollara alrededor de «un lugar de encuentro natural para niños y adultos»; las nuevas estructuras ofrecían «variedad y pragmatismo, una organización más libre y ordenamiento»; facilitarían un reordenamiento de la sociedad al proporcionar a la gente una «visión a vuelo de pájaro» de la vida, patrocinando de ese modo «una relación social nueva y más rica entre las comunidades».

Pero la realidad era algo muy diferente. La desilusión y la frustración no tardaron demasiado en afectar a los que se trasladaron a vivir a aquellas torres de apartamentos. Además de los problemas físicos inherentes a los propios pisos estaba el hecho de que lejos de representar, como había dicho el obispo Philbin, un «trasplante de corazón», la eliminación de las viejas casas y el programa de nuevo desarrollo de la zona habían destrozado el corazón de la comunidad, ya que el nuevo desarrollo, intrínsecamente alienante, se había producido en un momento de masivo declive económico de la zona. Las personas que habían habitado las deterioradas y abandonadas viviendas del siglo XIX habían trabajado en las fábricas e hilanderías cercanas. Ahora esas fabricas e hilanderías habían cerrado o lo harían en los próximos años, dejando un terreno industrial baldío y prácticamente ninguna posibilidad de un trabajo alternativo. Los pequeños negocios y talleres que dependían de las grandes fábricas también se habían visto obligados a cerrar sus puertas.

La situación era deprimente. Más que eso, nadie había consultado a la gente que habitaba esa zona. Nuestra campaña provocó un movimiento de solidaridad y vimos que a las manifestaciones acudían varios centenares de personas, a pesar de que se celebraban regularmente, en ocasiones todos los días. Yo estaba tan involucrado en las manifestaciones y las ocupaciones de pisos que desarrollaba una actividad frenética y, muchas noches, no regresaba a dormir a casa. Había que solucionar muchas cosas y tanto mis compañeros como yo nos encontramos comprometidos con los pequeños detalles fundamentales propios del activismo comunitario: turnos y listas para cocinar, para hacer carteles, para editar un boletín de noticias, para conseguir una multicopista…

Mientras nosotros respondíamos a las circunstancias específicas que encontrábamos en Belfast, movimientos de agitación similares al nuestro comenzaban a nacer en Derry y en Dublín, y también en Londres y aun más lejos. Los gobiernos y las autoridades locales trataban de imponer las viviendas, y los planes de desarrollo llegaban a las diferentes zonas sin una consulta democrática a los interesados y con el propósito fundamental de crear la mayor cantidad posible de viviendas al menor coste. Las personas que

tendrían que vivir en esos edificios eran tratadas por el gobierno como sus sujetos, en cuyo nombre se tomarían las decisiones, en lugar de como personas que tenían el derecho de participar en aquellas decisiones que afectaban de un modo tan crucial la calidad de sus vidas.

La ocupación de pisos y otras formas de protesta relacionadas con la crisis de la vivienda eran muy comunes en Gran Bretaña, Irlanda y en muchos países de Europa, pero la respuesta del Estado tenía características particulares en los Seis Condados, donde el sectarismo estaba institucionalizado y dotado de poderes especiales. Si el Estado era un Estado protestante para un pueblo protestante, el RUC también era una fuerza protestante para un Estado protestante, y la policía reaccionaba de forma absolutamente histérica ante nuestras protestas. Los escasos activistas principales implicados en esta agitación recibieron alrededor de sesenta citaciones; en aquel momento la situación nos pareció divertida, pero yo comencé a preguntarme por las razones que podía haber detrás de una reacción tan desproporcionada. Los Land Rover del RUC comenzaron a patrullar la zona de Loney, donde se alzaban los edificios de Divis Flats.

El movimiento de los derechos civiles continuaba creciendo y, cuando yo asistía a los debates, escuchaba que la gente presentaba casos de discriminación perfectamente documentados y comencé a desarrollar y clarificar mi concepción de la situación política existente. A los católicos se les negaba el acceso a una vivienda digna como un medio de negarnos el voto; en Derry la demarcación arbitraria de los distritos electorales se ejercía de un modo escandaloso para mantener el control de un partido único. Comencé a darme cuenta de que el sectarismo no era tanto una cuestión de odio ciego hacia los católicos sino un elemento tácticamente esencial para el dominio que ejercían los unionistas.

La Asociación de Derechos Civiles de Irlanda del Norte había iniciado sus actividades en 1967 de una manera moderada, ofreciendo consejos a los ciudadanos. La primera vez que hablé ante un público numeroso fue en una reunión celebrada en St Mary para formar una Asociación de Derechos Civiles de Belfast Occidental. Estaba tan nervioso que me temblaban las rodillas y conseguí pronunciar un discurso muy bueno. A pesar de mi juventud fui elegido para formar parte del ejecutivo, pero mis esfuerzos no se vieron recompensados y las propuestas para organizar una marcha por los derechos civiles en Belfast fueron rechazadas por el ejecutivo de la NICRA.

Las exigencias de mi trabajo político competían cada vez mas con las demandas de mi empleo en el *pub*. Mientras que los largos descansos del

mediodía y el día libre que tenía a mitad de semana eran una gran ayuda, la necesidad de trabajar en el Duke por la noche y los sábados era frustrante. Yo aprovechaba al máximo el tiempo libre y jamás trabajé horas extraordinarias mientras estuve en el Duke. Cuando el ritmo de la actividad política se incrementó, solo acudía al trabajo para volver a salir. En aquella época buscaba una ocupación más independiente, pero era lo suficientemente prudente como para no despedirme del Duke hasta no haber conseguido algo seguro. De modo que me uní a un trío de revolucionarios afines para emprender un trabajo de limpiaventanas y, con cubo y gamuza en la mano, recorría la zona de Falls con una escalera en el hombro. Sin embargo, pronto descubrimos que los limpiaventanas habituales ya lo tenían todo controlado y contaban con clientes regulares y fieles. Nuestra incipiente empresa fracasó cuando, enfrentados a la alternativa de limpiar ventanas para vivir o cambiar el mundo, tomamos el camino más fácil.

Nuestras campañas políticas en Belfast Occidental formaban parte de un cuadro más importante y, en la primavera de 1968, la NICRA organizó marchas de protesta en Newry y Armagh, como consecuencia de la prohibición de un desfile para conmemorar el Levantamiento de Pascua de 1916. La primera marcha de la NICRA tuvo lugar en agosto de 1968 y realizó el recorrido entre Coalisland y Dungannon. La lucha por los derechos civiles había comenzado y una alianza de amplia base, aunque precaria y esporádica, se había forjado entre todos los elementos antiunionistas en los Seis Condados.

Los organizadores de una marcha programada en Derry el 5 de octubre buscaron el patrocinio de la NICRA, que rehusó su apoyo hasta que, de mala gana y con retraso, decidió respaldarla. Cuando el gobierno de Stormont prohibió la manifestación, el escenario para la confrontación estaba preparado.

Los republicanos, comprendiendo que el problema era inminente, decidieron en el curso de una reunión celebrada en Derry, a la que asistí, que cualesquiera dirigentes políticos nacionalistas, miembros del parlamento u otros dignatarios debían ser colocados en la cabeza del desfile, de modo que si la policía cargaba contra nosotros, sus porras impactarían en cráneos de interés periodístico. La primera cabeza apaleada pertenecía a un miembro del parlamento, pero en los disturbios posteriores las porras del RUC no hicieron distinción alguna entre los participantes de la marcha.

Yo no pude conseguir otro día libre en el Duke para asistir a la manifestación y hube de conformarme con ver la cobertura que hizo la

televisión de las fuerzas del RUC cargando contra los manifestantes. Las imágenes mostraban la naturaleza fascista del gobierno unionista y atrajo la atención internacional a su negativa de los derechos democráticos más elementales. Si bien la marcha inicial solo había contado con unos cientos de participantes, una posterior marcha de protesta por la brutalidad del RUC y celebrada la semana siguiente congregó a cerca de 15 000 personas. La NICRA presentó entonces sus demandas de manera clara y contundente: derecho de voto universal en las elecciones locales, supresión de los arbitrarios distritos electorales, abolición de la Ley de Poderes Especiales, fin de la discriminación en las viviendas, disolución de los Especiales B y retirada de la Ley de Orden Público que los unionistas pretendían asegurar en Stormont para declarar ilegales las manifestaciones en defensa de los derechos civiles.

La dirección de la NICRA se mostraba muy prudente, pero la iniciativa ya no les correspondía a ellos sino a la calle. En Derry Tyrone y Belfast eran fundamentalmente los comités de defensa de los derechos civiles, locales y autónomos, los que señalaban el camino, ayudados por la reacción de los matones unionistas incluyendo a las fuerzas del RUC. Después del 5 de octubre de 1968 comenzó a surgir una tendencia que abogaba por un desarrollo gradual de la lucha, representada por una extraña alianza entre algunos de los nacionalistas de clase media, algunos miembros de la vieja dirección de la NICRA y el ejecutivo republicano, pero otros —republicanos de base, el activo partido de la Democracia del Pueblo, que contaba con una amplia base estudiantil, y la inmensa mayoría de los que defendían los derechos civiles— formaron una tendencia más combativa que tenía como objetivo poner al descubierto las contradicciones del Estado.

En noviembre, Terence O’Neill anunció un programa de reformas de cinco puntos, pero ya era demasiado tarde. A principios de diciembre pronunció un discurso por televisión en el que declaró que «el Ulster se encuentra en una encrucijada» e hizo un llamamiento para que acabara la agitación civil y se apoyara su paquete de reformas. La respuesta de la NICRA fue solicitar un período de «tregua», sin marchas ni manifestaciones pero la Democracia del Pueblo anunció que continuaría con la campana de derechos civiles y marcharían desde Belfast hasta Derry el día de Año Nuevo de 1969. Yo me uní a la cabeza de la marcha en el Ayuntamiento de Belfast y recorrí unas cuantas manzanas antes de abandonar la manifestación para regresar a mi trabajo en el Duke. El 4 de enero, después de haber recorrido el norte cambiando el itinerario varias veces por la presencia del RUC la marcha

llegó al puente de Burntollet, situado a unos doce kilómetros de Derry. El RUC había llevado a los manifestantes a una emboscada y fueron atacados con porras, bastones y botas por las fuerzas Especiales B.

El movimiento de derechos civiles solo pretendía conseguir unos derechos elementales que en Gran Bretaña y Europa occidental eran obvios. El movimiento no había exigido la abolición del Estado, y tampoco una Irlanda unida, pero la reacción del unionismo, apoyado por la intervención británica, trajo a un primer plano la cuestión constitucional y puso en entredicho la existencia del Estado de los Seis Condados. El Estado podría haber aplacado en cualquier momento la agitación por los derechos civiles concediendo estas demandas normales y democráticas; pero el movimiento del gobierno llegó demasiado tarde. Cualquiera de las reformas de los derechos civiles que fuesen concedidas, lo fueron después de que la situación estallara en mil pedazos.

Cuando se inició nuestra campaña por una vivienda digna, llevamos nuestras demandas directamente al Consorcio de la Vivienda; así lo hicimos prácticamente siempre que alguna familia se había visto perjudicada directamente por la política del Consorcio. Esto solo había tenido un efecto limitado, unas pocas personas se habían ofrecido voluntarias para repartir panfletos en la zona afectada, buscando la ayuda de aquellas personas que se encontraban en una situación similar, y muy pronto esta fue la práctica habitual. Comenzamos a reunimos en piquetes delante del Consorcio de la Vivienda o a repartir panfletos en los alrededores. En ocasiones, cuando teníamos suerte y conseguíamos alquilar un coche para recorrer las calles de Falls, uno de nosotros se desgañitaba gritando por los altavoces. El trabajo publicitario estaba restringido a las páginas del *Irish News*; solo ocasionalmente los diarios locales se ocupaban de nuestra campaña, mientras que las cadenas de televisión nos ignoraban. Las acciones directas provocadas por la ocupación de pisos sirvieron para cambiar radicalmente esta situación.

En la primavera y el verano de 1969, a medida que nuestra campaña continuaba a buen ritmo, los acontecimientos comenzaban a asumir un nuevo carácter, y yo sentía que estábamos adentrándonos en un territorio extraordinariamente peligroso. Nuestras primeras manifestaciones en Divis Flats y otras cuestiones relacionadas con la crisis de la vivienda habían tenido un carácter pacífico, tranquilo y hasta humorístico, pero cuando las manifestaciones comenzaron a congregar a verdaderas multitudes, el RUC se volvió más violento. Ahora estaban en las calles delante de nosotros; las fuerzas del RUC sabían que veníamos y nos estaban esperando. A medida que

se desarrollaban las confrontaciones callejeras, experimentábamos una gran excitación, como si le estuviésemos pisando la cola al león. Pero las escaramuzas con el RUC, cuya crueldad era toda una revelación, eran cada vez más frecuentes y los pocos activistas republicanos que participábamos en ellas habíamos sido identificados como los agitadores locales. Mientras corríamos como locos huyendo de las porras, mirábamos por encima del hombro y veíamos que el RUC ignoraba a los otros manifestantes y se lanzaba tras de nosotros.

En los meses de verano, las protestas de Divis Street se convirtieron en disturbios nocturnos cuando el RUC cargaba contra nosotros enarbolando sus temibles bastones. Yo estaba convencido de que nos aproximábamos cada vez más a la catástrofe y me sentía absolutamente frustrado por el hecho de que la dirección del movimiento republicano no hiciera acto de presencia en estos disturbios para comprender lo que estaba pasando. Yo discutía a menudo y acaloradamente con Liam McMillen. Situaciones similares, con disturbios y cargas policiales, se estaban produciendo en Ardoyne y Unity Flats, pero los líderes republicanos de Belfast y Dublín no eran capaces de comprender lo que estaba sucediendo, no ya de proporcionar una dirección adecuada. La tensión aumentaba en los Seis Condados. El RUC, los Especiales B y los contramanifestantes lealistas chocaban con frecuencia con los civiles católicos. Cuando los lealistas se movilizaron para atacar las marchas por los derechos civiles, y cuando comenzaron a quemar las casas de los católicos para expulsarlos florecieron las historias y las canciones sectarias, tanto antiguas como de nuevo cuño. Canciones con letras como:

Si las armas fueron hechas para disparar,
entonces los cráneos fueron hechos para romperse.
Nunca verás mejor taig
que aquel que tiene una bala en la espalda.

A comienzos de aquel año, los candidatos de Democracia del Pueblo y de los derechos civiles habían recibido una cantidad impresionante de votos en las elecciones de Stormont y, en el curso de unas elecciones complementarias para elegir diputados celebradas en abril, Bernadette Devlin[32] causó sensación al ser elegida para el Parlamento británico en Westminster. Ese mismo mes, el RUC lanzó un asalto contra el barrio católico del Kogside en Derry, apaleando a un hombre en su propia casa y provocándole la muerte a causa de un infarto, y una serie de ataques con bombas realizados por la UVF

fue atribuida al IRA, consiguiendo su objetivo de provocar la dimisión del primer ministro Terence O'Neill. En mayo, los lealistas fundaron la Asociación de Defensa de Shankill.

Ruairí Ó Bradaigh, del Sinn Féin, advirtió que era «el colmo de la irresponsabilidad y del sin sentido continuar con la presión del movimiento de los derechos civiles, sabiendo adonde conduciría y siendo incapaces de hacer frente a las consecuencias lógicas derivadas de esa acción». Cathal Goulding le respondió que correspondía al RUC y al Ejército británico defender al pueblo, mientras que Liam McMillen informó que el IRA solo contaba con armas suficientes para una sola operación, lo que hacía imposible que pudiera organizar cualquier clase de defensa en las áreas nacionalistas. Algunos miembros prominentes del IRA de Belfast viajaron a Dublín para pedir armas al consejo militar del IRA, pero su petición fue rechazada. Cuando en Ardoyne se formó un comité de defensa, otros activistas y yo nos desplazábamos regularmente hasta allí para solidarizarnos con los activistas locales. En junio, Frank Gogarty, presidente de la NICRA, le preguntó a Goulding si el IRA podía prestarle protección, pero la preocupación general y dominante en los círculos dirigentes republicanos en Dublín se centraba en los documentos programáticos, no en la defensa, aunque Goulding y otro líder republicano, Seán Mac Stiofáin se reunieron con miembros del Fianna Fáil en Dublín para discutir la situación en el norte.

En julio, un desfile de Orange chocó contra los nacionalistas en Derry, y durante tres días de ataques constantes en el Bogside por parte del RUC, dos civiles resultaron heridos por los disparos. Después de dos días de disturbios en Dungioven, un católico resultó muerto como consecuencia de una carga del RUC, la sede de Orange fue quemada y los Especiales B abrieron fuego por encima de las cabezas de un grupo de católicos que salía de una sala de baile. El 26 de julio, una marcha de la Democracia del Pueblo en Fermanagh fue prohibida y se arrestó a treinta siete de sus partidarios.

Yo me sentía atrapado por sentimientos contradictorios, incluyendo una sensación de libertad, por la convicción equivocada y adolescente de que la revolución se estaba desarrollando a nuestro alrededor y que el mundo comenzaba a responder. En el ambiente se respiraba una sensación casi de inocencia, de que las demandas que hacíamos eran tan razonables que solo teníamos que protestar enérgicamente y el enemigo cedería ante nuestras peticiones. Esta expectativa, y la consiguiente sensación de afrenta, estaba limitada casi por entero, al menos al principio, a las personas de mi generación; las expectativas entre la gente mayor eran mucho más modestas

y, al echar la vista atrás, comprendo la razón. El Estado títere británico no podía conceder «un hombre, un voto», o cualquier otro principio de igualdad; la situación solo podía sustentarse sobre la base de una profunda desigualdad. Y era eso precisamente lo que mantenía a los unionistas en sus posiciones de poder; ellos sabían que si se producía el cambio y la desigualdad desaparecía ya no tendrían ninguna razón para ser unionistas. Los eslóganes del régimen, «Ni una pulgada» y «No nos rendiremos» debían prevalecer a toda costa.

La gente mayor de las zonas nacionalistas ya había pasado antes por todo esto, y sabían perfectamente lo que nos esperaba a nosotros y a ellos. Cuando la situación comenzó a deteriorarse nuevamente, muchos de ellos debieron pensar que estábamos abocados a un partido de revancha en una lucha mortal en la que ellos siempre habían salido derrotados. Aunque cualquiera de ellos hubiese expresado algunas de estas consideraciones, probablemente no hubiera cambiado mi actitud. Pero nadie lo hizo, si bien un viejo camarero me dijo:

—Olvídate de preguntarles por los derechos civiles. En lugar de eso, quédate con su dinero.

Y aproximadamente un año más tarde, con un fatalismo que me dejó perplejo, otra persona me dijo:

—Olvídate de intentar cambiar las cosas: todo seguirá igual durante mil años.

De muchas maneras, nuestra ignorancia, nuestras elevadas expectativas y nuestra falta de experiencia, combinadas con la exuberancia de la juventud, hacían que todo pareciera posible, y con la arrogancia de la juventud yo sentía que llegaría una marea que arrastraría las viejas condiciones que habían constreñido nuestras vidas. No era solo algo que estaba sucediendo en Belfast, o siquiera en el norte, o incluso en Irlanda. Las canciones que me estimulaban a la acción eran himnos de libertad, toques de clarín de una nueva generación. Cuando Dylan cantaba que *Los tiempos están cambiando*, no era solamente una canción, sino la confirmación de una realidad sentida vivamente, un sentimiento compartido a través de países, continentes y religiones.

El Duke of York estaba muy cerca de Unity Flats, y yo solía visitar con frecuencia la zona durante la hora del almuerzo para ayudar al pequeño grupo de activistas locales. Cada día pasaba menos tiempo en el *pub* y más tiempo en Divis o en otros centros de actividad. El núcleo de activistas con el que yo me relacionaba trabajaba día y noche. Cuando el verano agonizaba estábamos cada vez más preocupados y, al mismo tiempo, exultantes por el desarrollo de la situación. Había una cosa que estaba clara: si los nacionalistas se ponían de

pie, la necesidad de defenderles de los violentos ataques de los lealistas y del RUC era cuestión de tiempo. Hacia el mes de julio estábamos activamente comprometidos en una campaña para conseguir que la gente de Ardoyne y Unity Flats se organizaran para defenderse durante la celebración de los desfiles de Orange. Alguien tenía que hacerlo. La dirección republicana no estaba en absoluto preparada para ninguna clase de defensa militar, por no hablar de una ofensiva. En cambio estaba comprometida en la semántica política.

Era una época confusa y violenta. En una ocasión me encontraba hablando durante una reunión política en Divis Street cuando un compañero activista llegado de Derry, con mucha más experiencia que yo, insistía en que si yo no rebajaba el tono de mi discurso acabaría arrestado por incitación a la violencia. Por contraste, algún tiempo después conseguimos reunir a una enorme multitud en una manifestación y un miembro de Democracia del Pueblo intentaba persuadirme de que debíamos llevar a la multitud al centro de la ciudad y destruir todos los negocios. Nos subimos a una pared para arengar a los presentes y, cuando este compañero comenzaba a lanzar sus consignas, vi que se acercaban las fuerzas del RUC y le hice bajar de la pared. Algunos de nuestros compañeros se sentaron encima de él hasta que la manifestación terminó y la gente se dispersó de forma pacífica.

Aproximadamente en la misma época, cuando fuimos a entregar personalmente una carta de protesta al cuartel de Hastings Street, el RUC no nos permitió la entrada. Pero cuando un grupo arrancó un poste de teléfonos y arremetió con él contra la puerta del cuartel, accedieron a recibir a nuestra delegación. En cierto modo fue una pequeña victoria, pero para nosotros había sido una gran victoria. En aquellos días, las fuerzas del RUC nos molían a palos regularmente, aunque esos hechos jamás eran publicados.

A principios de agosto se produjeron graves disturbios en Ardoyne y en Unity Flats. El 2 de agosto la Asociación de Defensa de Shankill, ayudada e instigada por el RUC, lanzó ataques en Unity Flats inmediatamente después de la celebración de un desfile de Orange. Patrick Corry, un católico, murió a causa de las palizas recibidas en un cuartel del RUC. Las familias católicas eran intimidadas por bandas lealistas para que abandonaran la zona de Crumlin Road. Los lealistas estuvieron provocando disturbios durante varias noches en Shankill Road y las fuentes del Gobierno en Stormont declararon que la introducción de la ley marcial en Belfast era una «posibilidad concreta». En tres días sucesivos de la primera semana de agosto, las familias católicas fueron expulsadas de sus casas cuando los lealistas amenazaron con

quemarlas. Nuestro Comité de Acción de la Vivienda estaba muy atareado instalando por la fuerza a los refugiados en propiedades del Consorcio de la Vivienda.

La olla a presión estaba a punto de estallar. En Derry, los republicanos habían formado una Asociación de Defensa del Ciudadano a finales de julio, preparándose para los previsibles ataques del RUC y los lealistas durante el desfile anual del 12 de agosto. Las noticias acerca de los violentos ataques producidos en Unity Flats hicieron que redoblaran sus preparativos mientras almacenaban materiales para la construcción de barricadas. El 8 de agosto, el primer ministro Chichester-Clark, su ministro del Interior y James Callaghan, el primer ministro británico, se reunieron en Londres para analizar la situación. Las tropas británicas fueron puestas en estado de alerta en Derry y Belfast apoyando al régimen unionista. La marcha lealista, claramente provocadora, se celebraría en Derry y la confrontación era inevitable.

En vísperas de la marcha fui entrevistado por primera vez para la televisión y me preguntaron por las acciones de ocupación de pisos en Divis Flats; luego me dirigí a mi trabajo en el Duke. Yo ignoraba lo que sucedería en los días siguientes, pero estaba convencido de que nos encaminábamos hacia un desastre, y de que ninguno de los que tenían el poder de evitarlo estaba dispuesto a mover un dedo para hacerlo.

5

El 12 de agosto se celebró en Derry el desfile de Orange. En el extremo del Bogside los jóvenes nacionalistas se enfrentaron a los lealistas y el RUC cargó contra ellos. Pero los habitantes del Bogside estaban muy bien preparados, protegidos por barricadas y con una buena provisión de cócteles molotov. Las fuerzas del RUC, que luchaban codo a codo con los lealistas, aparecieron con coches blindados y, por primera vez en Irlanda, gas CS. Durante cuarenta y ocho horas los defensores del Bogside, fundamentalmente adolescentes, usaron piedras, botellas y bombas incendiarias contra los constantes ataques de centenares de lealistas y fuerzas del RUC. Explotando con notables resultados la altura de los edificios, lanzaban las bombas de gasolina contra los atacantes y conseguían mantenerlos a raya. Los residentes colocaban recipientes con agua y vinagre en las escaleras como un remedio improvisado y casero para paliar los efectos del gas CS. Médicos y enfermeras locales y los Caballeros de Malta establecieron puestos de primeros auxilios; algunas personas se encargaban de preparar té y bocadillos, mientras otros preparaban bombas de gasolina. Bernadette Devlin, inmune aparentemente a los efectos nocivos del gas, estaba en primera línea de batalla y era una inspiración y un ejemplo para los jóvenes de la zona.

Durante el segundo día de disturbios, 700 hombres del RUC apoyados por la turba lealista intentaron abrirse paso hacia el Bogside, mientras continuaban arrojando gas CS en las calles nacionalistas, con sus apiñadas filas de casas victorianas con terraza. El sitio continuo durante todo el día y toda la noche. Una delegación de la NICRA se reunió con John Taylor, recién nombrado ministro de Interior para pedirle que levantara el sitio pero el gobierno se negó a hacerlo.

En el punto culminante de la batalla del Bogside asistía una reunión urgente de la NICRA en el Wellington Park Hotel en Belfast, en la cual Frank Gogarty, presidente de la NICRA, nos hizo escuchar un apasionado llamamiento grabado por Seán Keenan de la Asociación de Defensa de los Ciudadanos de Derry, para que las manifestaciones en los Seis Condados

contribuyeran a dispersar a las fuerzas del RUC, aliviando de este modo la presión que ejercían sobre Derry. Antes, la dirección de la NICRA y Democracia del Pueblo también habían pedido estas manifestaciones y ya se habían realizado numerosas protestas en ciudades del norte, incluyendo Strabane, Coalisland y Newry. En la reunión celebrada en el Wellington Park Hotel se debatieron propuestas para desarrollar más acciones de este tipo en todo el norte. Después de breves y apresuradas consultas entre los activistas de Belfast presentes, yo propuse que el Comité de Acción de la Vivienda de Belfast Occidental organizara una manifestación en Belfast, sosteniendo que la razón de la existencia de nuestro comité era intentar conseguir viviendas para la gente de esta ciudad y para ayudar a aquellos que no tenían hogar, y veíamos una vinculación directa entre nuestra propia área de acción y la de aquellos que se quedaban sin hogar en Derry a causa de la actuación de los Especiales B y el RUC. La atmósfera de la reunión estaba muy cargada y la abandonamos decididos a proporcionar a los nacionalistas de Derry la ayuda que necesitaban. Un grupo se dirigió directamente del hotel a la zona de Flats para movilizar a la gente y organizar nuestra manifestación. En toda la zona se palpaba la tensión mientras nos preparábamos para la reunión de esa noche. Éramos conscientes de que si nos organizábamos eficazmente en Belfast, seríamos capaces de crear una situación que obligaría a dispersar los recursos de RUC y hacerles abandonar el sitio del Bogside.

El Gobierno de Dublín estuvo reunido todo el día, tratando de buscar una solución a la situación creada, especialmente en Derry, justo en la frontera. En el sur se había producido un apoyo masivo al movimiento de los derechos civiles, y la decisión de permitir el desfile de los Aprendices había provocado ira y consternación. Ahora, con el Bogside bajo el ataque de las fuerzas del Estado del norte, la gente comenzaba a preguntarse qué pensaba hacer el gobierno del sur para defender a la gente del Bogside. Tres ministros del gabinete propusieron que el Ejército irlandés cruzara la frontera y tomara Derry, Newry y otras zonas de mayoría católica.

Aquella noche, el *taoiseach* Jack Lynch compareció ante las cámaras de televisión para anunciar que «el Gobierno irlandés no puede seguir siendo espectador y ver cómo personas inocentes resultan heridas o algo peor». El Ejército irlandés se trasladó hasta la frontera para establecer hospitales de campaña, y Lynch solicitó la presencia de una fuerza de paz de las Naciones Unidas y la apertura de negociaciones, «reconociendo que solo la reunificación del territorio nacional proporcionará la única solución permanente al problema».

Resulta difícil resumir qué esperábamos exactamente del Gobierno de Dublín. Los republicanos se mostraban muy escépticos y, sin embargo, se percibía la sensación de que la burbuja estaba estallando y de que todo estaba a punto de cambiar. Lo cierto es que el 5 de octubre se produjo un punto de inflexión. En los meses que siguieron, la sensación de resistencia se había profundizado entre los católicos que vivían en el norte. Ahora estábamos exigiendo nuestros derechos, y nuestras demandas también se dirigían a Dublín.

Aproximadamente en la misma época del discurso televisivo de Lynch, yo dirigía una reunión de protesta en Divis Flats. Ahora estas protestas tenían un cierto impulso, resultado de un año de campaña ininterrumpida; los hechos más importantes de la campaña general de derechos civiles habían concienciado a la gente, al tiempo que nuestra organización había alcanzado tal grado de eficacia que éramos capaces de movilizar rápidamente una considerable manifestación en apoyo de la gente del Bogside.

Cuando nos congregamos delante de Divis Flats nuestro ánimo era claramente beligerante; existía la sensación generalizada de que la gota había colmado el vaso. El núcleo de los manifestantes estaba formado por gente muy joven que generalmente se enfrentaba a las fuerzas del RUC durante los disturbios, pero en la manifestación había personas de todas las edades. El eslogan era «SS/RUC» y las canciones eran *We're on Our Way to Freedom* (Caminamos hacia la libertad) y *We Shall Overcome* (Venceremos). Algunas personas habían portado sus propias pancartas con eslóganes escritos a mano: «Fuera el RUC» y «La gente de Falls apoya a la gente de Derry».

La manifestación inició su marcha en dirección a los cuarteles del RUC en Springfield Road y Hastings Street. Las fuerzas del RUC atacaron a los manifestantes y se produjeron violentos disturbios en la zona de Divis Street. Después de varias cargas con porras y bastones, el RUC se retiró hacia el cuartel de Hastings Street y los manifestantes se distribuyeron por la zona de Falls, levantando barricadas en su camino. En un radio de dos kilómetros cuadrados del cuartel de Hastings Street, los manifestantes se habían hecho con el control del distrito.

En todo el norte se producían choques similares. En Dungiven una multitud compuesta por varios centenares de personas atacó el cuartel del RUC con bombas incendiarias y piedras, y los efectivos del RUC abrieron fuego contra la gente. Durante los disturbios que afectaron a Coalisland, se intentó incendiar el Palacio de Justicia, el cuartel del RUC sufrió duros

ataques y un hombre fue herido de un disparo. En Belfast, en Crumlin Road y en Unity Flats, los católicos fueron atacados por el RUC y las masas lealistas.

Los manifestantes intentaron atraer a las fuerzas del RUC del cuartel de Hastings Street hacia las estrechas callejuelas de la zona, pero no lo consiguieron. Los jóvenes incendiaron las barricadas levantadas en Falls Road y en Divis Street. Pilas y cajas de madera, cartón, basura y muebles viejos habían sido recogidos para las tradicionales hogueras del 15 de agosto y ahora estos materiales se empleaban para mantener las barricadas ardiendo, elevando hacia el cielo altas llamaradas y densas nubes de humo. Una gran multitud, compuesta fundamentalmente por gente joven, vagaba por las calles, pero el RUC permaneció en el cuartel. Era evidente que estaban sometidos a una enorme presión.

De modo que organizamos una segunda protesta a primeras horas de la mañana delante del cuartel de Springfield Road, que se alzaba en una calle lateral y al que podíamos acercarnos desde distintas direcciones. Si el RUC no venía a nosotros, nosotros iríamos al RUC. Todas las luchas callejeras estaban encabezadas por jóvenes armados solo con piedras, botellas y bombas incendiarias. La tarde anterior, cuando había comenzado nuestra manifestación, el IRA había sacado a la calle a unos cuantos voluntarios armados, tal vez solo cuatro o cinco. Yo pensaba que era una verdadera locura y así se lo hice saber al que estaba al mando del grupo.

—Si alguien ataca a los manifestantes —dijo—, debemos detenerles.

—Solo conseguiréis que maten a la gente —dije—. Porque, ¿como haréis para saberlo? Quiero decir, ¿dónde estáis? ¿Cómo sabréis entre vosotros quién es el que dispara?

—Tendrás que ir a hablar con alguien del batallón —dijo—. No puedo retirarme sin autorización.

—¿Puedes hacerme un favor? —le pedí—. Yo iré a ver si puedo arreglar esta situación y tú encárgate de que tu gente no intervenga.

Estuvo de acuerdo y fui a hablar con Jimmy Sullivan y le dije airadamente que haber traído gente armada era una locura. ¿Tenían experiencia esos voluntarios? Era imposible. Nadie contaba con experiencia, y menos en esta clase de circunstancias.

En cualquier caso fueron las fuerzas del RUC quienes abrieron fuego primero, cuando al menos uno de ellos disparó contra los manifestantes desde el terrado del cuartel de Springfield Road. Al comenzar los disparos, la muchedumbre se dispersó en todas direcciones. Mi hermano Paddy fue uno de los que buscó protección en los terrenos del Royal Hospital. Entretanto, un

numeroso grupo de jóvenes abrió un garaje de Panton Street, cogió algunas latas de gasolina, volvió a cerrar el garaje y preparó otro ataque contra el cuartel de Springfield Road.

En las primeras horas de la mañana las barricadas aún ardían, al igual que algunos edificios de Falls Road. Densas columnas de humo saturaban el ambiente. Todos estábamos agotados. Comenzaban a llegar noticias acerca de violentos disturbios en otras zonas de la ciudad y de que en el Bogside la batalla continuaba sin cuartel. Finalmente las fuerzas del RUC abandonaron el cuartel en sus vehículos blindados; nosotros ya no contábamos con la protección de la oscuridad y el RUC disfrutaba de la seguridad de la luz del día. Cuando los vehículos blindados cargaron contra los manifestantes, decidimos replegarnos y yo me fui a dormir un poco.

La mañana del 14 fui a trabajar al Duke, pero a las 11:30 alguien vino a buscarme al *pub*.

—Te necesitan. Deberías coger algunas cosas. El hombre pequeño te está buscando.

El «hombre pequeño» era Billy McMillen. Metí en unas bolsas de papel marrón todas las botellas vacías de Guinness que pude y fui a ver a Jimmy Keaveney para decirle que debía marcharme.

—Cuando hayas terminado lo que tienes que hacer, aquí hay un trabajo para ti —me dijo. Y así fue como me despedí de él y de mi trabajo en el Duke of York.

Fui directamente del trabajo a Leeson Street, donde Billy McMillen y Jimmy Sullivan estaban dedicados a movilizar a todos los republicanos de Belfast y a establecer algunas medidas defensivas en las zonas nacionalistas. Gente del Sinn Féin, voluntarios del IRA, republicanos viejos y «jubilados», ex presos y activistas de la comunidad local se presentaron para ofrecer sus servicios y sus consejos acerca de lo que debería hacerse en esa situación. La batalla del Bogside continuaba librándose con la misma intensidad. En todas partes se discutía la intervención directa de miembros del IRA; después de todo, en décadas precedentes le había correspondido al IRA el papel de montar la defensa armada de aquellas zonas nacionalistas atacadas por el RUC y los lealistas. Yo estaba en completo desacuerdo ya que pensaba que cualquier intento de militarizar la situación, de hacer participar al IRA en ella y de comprometer al RUC en estos términos convertiría la situación en un infierno, cuya victoria final correspondería sin duda alguna a las fuerzas del RUC. En cualquier caso, la discusión no dejaba de ser bastante académica, ya que el IRA de Belfast apenas si contaba con armamento. En aquellos

momentos supe que, en los días previos, se habían hecho intentos desesperados de reunir todas las armas que tenían y algunas personas incluso habían tratado de fabricar una vieja mezcla explosiva llamada Paxo, un recuerdo de la campaña de los años cincuenta.

Según los telediarios y los periódicos locales, las fuerzas del RUC estaban llegando al límite. La situación que se vivía en la zona de Falls era realmente muy tensa. Los llamamientos por radio y televisión hechos por Jack Lynch habían recibido una enorme publicidad. En el condado de Donegal, cerca de Derry se habían establecido hospitales de campaña, y el primer ministro unionista, Chichester-Clark, había reaccionado airadamente ante el discurso de Lynch. El Gobierno de Dublín también había dado instrucciones a su embajador ante las Naciones Unidas para que informara al secretario general, U Thant, que era necesario levar una fuerza internacional al norte de Irlanda para mantener la paz y el orden en la zona. El gobierno, sin embargo, había decidido no pedir al Consejo de Seguridad que considerara la propuesta. Toda esta situación, y los informes permanentes sobre la lucha en Derry, contribuyeron a crear una crisis muy grave que era percibida por todos.

Durante el curso de aquel día se informó de una creciente tensión en zonas fronterizas con los barrios protestantes, especialmente en Ardoyne. Por la radio se informaba regularmente de los combates producidos en el Bogside y, cuando la tarde caía de forma desasosegada sobre la zona de Falls, llegaron noticias de que el RUC iba a ser retirado del Bogside. Los rumores también apuntaban a que la zona de Falls sería invadida por los efectivos del RUC. A última hora de la tarde, la movilización general de los republicanos de Belfast era total. Ahora ya se hablaba de que el Ejército irlandés había atravesado la frontera hacia las zonas de Derry y Newry, y también llegaban noticias de que una multitud hostil y violenta comenzaba a congregarse en la zona de Shankill y en Crumlin Road.

Las pobres fuerzas de los activistas republicanos fueron enviadas a diversas zonas de la ciudad con la esperanza de que, a pesar de la falta de armas, serían capaces de organizar alguna clase de defensa. Algunos fueron enviados a Hooker Street y Ardoyne, otros a Unity Flats, otros a Springhill, que estaba cerca de la zona de Ballymurphy, y a la extensa zona lealista formada por Highfield, Springmartin y la Ronda Occidental. Yo fui uno de los enviados a esa zona. Paddy, yo y unos cuantos más nos unimos a un grupo local y más tarde también se integró un sacerdote de la zona, el padre Des Wilson. En realidad la jornada fue bastante tranquila. Solo se produjo un

incidente. El cielo negro que cubría Divismore Park se vio súbitamente iluminado por la explosión de una bomba incendiaria en Springfield Road.

—Es el Henry Taggart —exclamó alguien.

Desde Springhill pudimos ver claramente las llamas que brotaban del techo del Taggart. Yo eché a correr junto a él hacia el lugar de los hechos. Mientras atravesaba el pequeño puente, un joven de aproximadamente mi edad fue a chocar conmigo. Giramos abrazados durante un instante en medio del puente antes de separarnos.

—¿Dónde estabas? —le pregunté con tono desafiante.

—¡Vete de aquí o te arrojaré esto! —Llevaba una botella llena de gasolina. El olor a combustible se extendía por todas partes.

—Deja eso —le ordené.

—Sí —dijo, lanzándome la botella antes de largarse a toda velocidad.

Nunca supe quién era. Ahora el sonido de los disparos se oía claramente calle abajo. Cuando volví a reunirme con mis compañeros y comenzamos a patrullar nerviosamente Springhill Avenue, oíamos el ruido que procedía de la zona en conflicto y veíamos las llamas que iluminaban la zona de Falls. Finalmente, la situación se hizo insostenible. Dejé Springhill en manos de la gente que había venido a ayudarnos y me dirigí a la zona de Falls.

Aquí la situación era caótica. Una muchedumbre lealista, incluyendo a numerosos miembros de los Especiales B, armados con fusiles, revólveres y metralletas, se había congregado en Shankill Road y comenzaba a desplazarse por las calles que conducían a la zona de Falls. Lanzaban bombas incendiarias contra las casas católicas que encontraban a su paso, golpeando a sus ocupantes y abriendo fuego contra los residentes que intentaban huir. Esta masa lealista invadió la zona de Falls y, cuando llegó a la propia Falls Road, inició un ataque contra el colegio St Comgall. Un único voluntario del IRA abrió fuego y uno de los pistoleros lealistas cayó herido de muerte.

Ahora el RUC, que venía detrás de los civiles lealistas y los Especiales B, abrió fuego desde sus vehículos blindados Shorland con ametralladoras Browning de grueso calibre. Los disparos iban dirigidos a la zona nacionalista, a las estrechas callejuelas y a Divis Flats, donde mataron a un niño de nueve años y a un hombre joven que vivía en la zona y que estaba de permiso del Ejército británico. Entretanto, los francotiradores barrían la zona apostados en lo alto de las fábricas de hilados.

En un tiempo notablemente corto, las calles que rodeaban Falls Road, y la propia zona de Falls, se habían convertido en zona de guerra. Y, en esta guerra, los residente católicos carecían de medios de autodefensa. Durante la

noche, las fuerzas del RUC patrullaron toda la zona en sus Shorland blindados. El RUC también había abierto fuego en Conway Street, donde al principio utilizaron pistolas y luego las ametralladoras Browning. Los rumores decían que también había disturbios en Hooker Street y en Ardoyne, donde se nos dijo que las familias católicas estaban siendo desalojadas de sus casas por la muchedumbre lealista.

La intervención armada del IRA en Belfast fue extremadamente limitada. La verdadera defensa de la zona fue encabezada y dirigida por jóvenes provistos de bombas incendiarias, piedras y palos, si bien las acciones del IRA en la zona de Falls fueron de capital importancia para detener a los lealistas en momentos decisivos. Una parte de esta defensa armada, aunque limitada, fue muy valiente, y la más amplia defensa a cargo de los jóvenes también fue indudablemente valerosa, y entre ambas formas de defensa se impidió que la zona de Falls fuese invadida por los lealistas. Sin embargo, Dover Street fue quemada, y también Percy Street sufrió importantes incendios, y la lucha se prolongó durante toda la noche en Conway Street.

El amanecer del 15 de agosto iluminó un escenario de absoluta devastación. Seis personas habían muerto, cinco católicos y un protestante; 150 personas habían sido heridas por los disparos y 150 hogares católicos habían sido destruidos por el fuego. Una nube de humo se elevaba sobre la zona de Falls. El viejo y conocido paisaje callejero había saltado en pedazos. El ambiente donde yo había crecido había desaparecido para siempre. La atmosfera protegida, autónoma y pueblerina de esa zona y su pacifica sensación de seguridad habían sido destrozadas brutalmente, dejando conmocionada a nuestra unida comunidad y sangrando en mente, cuerpo y espíritu. El mundo cotidiano en el que habíamos pasado toda nuestra infancia había sido transformado, destruido, y una sensación de devastación invadió nuestros corazones. Las llamas seguían ardiendo en los edificios calcinados; las barricadas provisionales bloqueaban las entradas de las calles; no había tráfico. Grupos numerosos de personas estaban reunidos en las esquinas o detrás de sus barricadas o en otros sitios protegidos. Algunos disparos aislados y un tiroteo ocasional rompían la precaria atmósfera de tregua.

Las primeras noticias difundidas por radio por los servicios informativos confirmaban los rumores de la noche anterior de que el Ejercito británico estaba en las calles de Derry. Dos personas habían sido heridas por el RUC. El gas CS llenaba el aire de Derry como si fuese una capa de neblina. El día anterior, cuando se vio que los Especiales B se dirigían a Waterloo Place, todo el mundo supuso que atacarían con armas de fuego, y la Derry

nacionalista se había mantenido firme ante lo que se temía que fuese una catástrofe, ya que nadie tenía ninguna duda acerca de la naturaleza de los Especiales B.

Y luego el Ejército británico también había llegado al lugar los de los hechos, siendo recibido de forma ambivalente por la gente del Bogside que era consciente de que, si bien las tropas británicas llegaban a relevar a las cansadas, golpeadas y desacreditas fuerzas de RUC, también estaban ocupando una brecha entre los nacionalistas y los Especiales B armados.

La política de internación había entrado en vigor y 24 hombres habían sido detenidos en los Seis Condados. Entre ellos se encontraban Billy McMillen y casi toda la dirección de Belfast. Aparte de los intensos tiroteos producidos en Belfast, un hombre también había muerto en Armagh a causa de los disparos. Asimismo, se habían producido disturbios en Newry, Dungannon y en muchas partes del norte. La situación en Ardoyne había sido especialmente grave. Los vehículos blindados del RUC habían atravesado las barricadas defensivas en Hooker Street, penetrando en la zona hasta llegar a Butler Street. Detrás iba una muchedumbre lealista que lanzaba piedras y bombas incendiarias contra las casas. En los tiroteos que se sucedieron aquella tarde murieron dos vecinos de la zona bajo las balas disparadas por el RUC. La defensa montada por elementos del IRA en la zona fue absolutamente inadecuada. Un grupo de personas había sido enviado para apoyar a los residentes republicanos, quienes lucharon con enorme bravura, pero solo contaban con armas cortas y un puñado de municiones.

En la zona de Falls, a medida que el amanecer dejaba paso a la luz de la mañana, muchos de los católicos que habían sido expulsados de las calles que iban desde Falls Road hasta el barrio de Shankill regresaban a sus casas a comprobar los daños. Muchos estaban acompañados de amigos o parientes, y aquellos que estaban en condiciones comenzaron a rescatar sus pertenencias, usando carretillas, coches y camiones para llevarse los muebles y los artículos domésticos. Al aumentar el número de personas que regresaba a las calles, los camiones y otros vehículos comenzaron a ser asaltados y se alzaban barricadas en todas partes.

Durante la calma pasajera de las primeras horas de la mañana, como una confirmación de los arrestos que se habían producido entre las filas republicanas, Jimmy Sullivan dio la orden de que abandonáramos la zona. Algunos fuimos enviados a Grosvenor Road. Desde allí nos alejamos de las calles que habían sido escenario de la batalla, y en compañía de varios compañeros me dirigí desde la zona de Falls hasta Andersonstown y a una

casa situada en Finaghy Road North. Allí se nos unieron otros republicanos. Todos estábamos exhaustos, pero mientras permanecíamos sentados en aquella mañana del viernes, reprimimos los bostezos y volvimos a relatar los acontecimientos de la noche anterior. Finalmente, cuando hubimos agotado las diferentes versiones de nuestras historias y oído todos los boletines de noticias de la radio, nos dormimos.

A última hora de la tarde, cuando nos despertamos, nuestra situación estaba envuelta en un halo de irrealidad. Teníamos órdenes estrictas de no abandonar la casa bajo ninguna circunstancia, pero necesitábamos saber qué estaba pasando en las calles. Estábamos limitados a los boletines de la radio y comenzamos a discutir entre todos cuál era la mejor alternativa. Aquella tarde nos enteramos de que las tropas británicas habían ocupado posiciones en Falls Road. Estábamos furiosos y nos sentíamos impotentes en nuestro aislamiento. Yo quería ir a ver lo que estaba pasando.

—¡No puedes salir a la calle! ¡Los jodidos soldados británicos están por todas partes!

—¿Por qué hay tropas británicas? ¿Por qué?

—¿Has oído las declaraciones de Callaghan?

—¿Has oído las últimas noticias?

—¿Puedes llamar a alguien por teléfono?

—¡No uséis el teléfono!

Los boletines de noticias decían que se habían reanudado los tiroteos en la zona de Clonard. Y durante todo ese tiempo nosotros estábamos sentados en aquella casa, lejos de la acción. Para qué servíamos? Finalmente tomé la decisión de que iría a la zona Falls a ver con mis propios ojos lo que estaba pasando.

Ocupé el asiento del acompañante de un coche prestado mientras atravesábamos un paisaje verdaderamente irreal. En la calle había muy pocos vehículos. Ahora había barricadas en cada esquina y a ambos lados de la calle. Las miradas vigilantes no se apartaron de nosotros durante toda nuestra lenta y prudente travesía, sintiéndonos súbitamente extraños y vulnerables en lo que alguna vez había sido nuestro entorno familiar. En Grosvenor Road, al final de Leeson Street, vi a mis primeros soldados británicos. Apenas eran sombras en la niebla, pero esa visión me enfureció de un modo que no podía comprender del todo. Cuando me encontré con Jimmy Sullivan estaba fuera de mí.

—¿Qué es lo que vamos a hacer con esos soldados?

—No vamos a hacer nada —me dijo. Luego me pidió que diese una vuelta por los alrededores para comprobar la situación sobre el terreno. Primero me dirigí a Ardoyne y, aparte de la gente que vivía allí, yo era probablemente la primera persona que llegaba de fuera para averiguar lo que estaba sucediendo. De algunos de los republicanos más viejos escuché críticas, incluso comentarios airados por el fracaso de los republicanos en organizar medidas de defensa. Pero los habitantes de la zona, a quienes encontré en las escuelas y en las calles mientras batían la zona en busca de refugiados y se ocupaban de sus propias defensas, estaban preocupados por saber qué estaba sucediendo en Falls Road. Del mismo modo que nosotros habíamos estado ávidos de información, ellos también necesitaban información fidedigna acerca de la situación. Fui a varias casas republicanas en Ardoyne y en el Bone para hablar con la gente y conseguir información detallada. En ese momento era bastante seguro moverse por la zona, si bien horas antes el barrio había estado sometido a un constante acoso por parte de los francotiradores.

Fui a Clonard a buscar a Kevin Hannaway. Alguien me dijo dónde podía encontrarle y me dirigí hacia una casa situada a unas manzanas de Kashmir Road y llamé a la puerta. Una mano me arrastró hacia el interior de la casa y apoyaron una pistola en mi cabeza. En la sala estaban reunidos algunos de los que habían defendido valientemente la zona de Clonard. Mientras me explicaban los acontecimientos de las últimas horas no podían reprimir su ira. Toda la zona, especialmente la iglesia de Clonard y el colegio católico de St Gall, que se alzaba en la parte posterior del monasterio, habían sufrido un ataque combinado. Geraldo McAuley, un miembro de solo quince años del Fianna, la organización juvenil republicana, había muerto de un disparo cuando defendía Bombay Street, y toda la calle estaba ardiendo. En esta zona los combates habían sido prácticamente cuerpo a cuerpo y los habitantes de la zona, pobremente armados, habían conseguido repeler a un grupo de atacantes más numeroso y mejor armado. Lo que más nos enfurecía era el hecho de que Bombay Street había sido arrasada y quemada a pesar de la presencia de tropas británicas, que habían sido desplegadas en la zona antes de que comenzaran los ataques. Los británicos no hicieron ningún esfuerzo para impedir o detener la masacre.

La presencia de las tropas británicas nos produjo una indignación indescriptible. Estábamos convencidos de que el Gobierno británico había estado utilizando a los unionistas y al RUC para mantener y disfrazar la naturaleza de su dominio en esta parte de nuestro país. No obstante, experimentábamos una sensación de victoria al haber conseguido agotar y

derrotar a su primera línea de defensa, el RUC. Aunque los unionistas aún estaban al mando, eran ahora los soldados británicos quienes ejercían el control en nombre del Gobierno británico, y por tanto el gobierno ya no podía lavarse las manos tan fácilmente de la responsabilidad de lo que estaba sucediendo en los Seis Condados. A pesar de esta sensación de haber conseguido una pequeña victoria, nos sentíamos muy sensibilizados ante la presencia real de tropas británicas en nuestras calles. En una situación concreta, al menos, en la zona de Clonard, cuando las tropas británicas habían sido avistadas después de concluida la batalla de Bombay Street, uno de los defensores había abierto fuego sobre los británicos, alcanzando a uno de ellos.

Dejé a Kevin Hannaway y la zona de Clonard, visité uno o dos lugares más, y luego regresé a informar a Jimmy Sullivan. Durante los días siguientes me dediqué a ayudar a resolver algunos de los muchos problemas que surgían por todas partes. Mi papel era el de funcionario; me ordenaban ir a una zona determinada, organizarla, publicar boletines, movilizar comités de coordinación o relevar comités.

En aquellos lejanos días de agosto la gente respondía con gran entereza y flexibilidad, exhibiendo una notable capacidad para organizarse de forma colectiva. De modo que el ánimo era bueno a pesar de la situación. Jóvenes que nunca habían sido responsables de nada se encontraban ahora protegiendo las propiedades de familias que habían sido desalojadas de sus hogares, organizando y ocupando barricadas, asegurando los suministros y muchas cosas más. Eran momentos peligrosos y cruciales, pero también fueron inolvidablemente únicos y gratificantes. Personas que durante mucho tiempo habían sido tratadas como escoria, ahora se demostraban a sí mismas que eran capaces, resolutivas y fuertes. El mayor movimiento popular forzoso en Europa desde la Segunda Guerra Mundial había sido consecuencia de las matanzas lealistas, y la gente había respondido a estos ataques abriendo sus casas a los refugiados detrás de las barricadas. Gente trabajadora que había asumido el control de algunos aspectos de su vida, organizando sus distritos de un modo que, más tarde, traumatizó a la clase media católica, especialmente a la jerarquía de la Iglesia católica. Fue una experiencia de unidad e identidad comunitarias, de enorme generosidad por parte de todos.

Durante todos aquellos días no vi a mis padres, pero me enteré de que a mi padre lo habían elegido para presidir un comité durante una reunión convocada para debatir la defensa de la zona. Habían organizado patrullas en todas las calles de Ballymurphy, y mi padre y otros compañeros habían protegido un camión lleno de pan en la panadería de Barney Hugues.

Al carecer virtualmente de armas en el Belfast nacionalista y sin que hubiera ninguna señal de que llegarían armas procedentes de la dirección del IRA en Dublín, zonas enteras de la ciudad estaban indefensas ante futuros ataques de las fuerzas lealistas. Mientras tanto, las familias católicas continuaban huyendo de Grosvenor Road, Donegal Road, Tiger's Bay, York Street, Sandy Row, Highfield y Greencastle. Algunos huían hacia el sur, pero la mayoría se dirigía hacia zonas más seguras y protegidas de Belfast Occidental, sobre todo Andersonstown y Ballymurphy. En todas estas zonas se formaron comités de ayuda. En ocasiones, estos comités funcionaban de forma autónoma, aunque vinculados a los comités de defensa, algunos de los cuales habían sido organizados inicialmente en verano en zonas como Ardoyne y Unity Flats, que estaban amenazadas por los lealistas.

En la zona de Andersonstown, donde pasé un corto tiempo después de los acontecimientos de agosto, la gente abría sus casas a las familias que se habían visto obligadas a abandonar otros distritos de la ciudad; y en la zona alta de Andersonstown alrededor de Rosnareen y Tullymore, la gente vaciaba sus casas de mantas y ropa y cedía sus camas a las familias que habían huido. A comienzos de agosto habíamos alojado a algunos refugiados en un edificio en construcción casi terminado y, con la ayuda de obreros locales, se había instalado electricidad, agua corriente y otras necesidades temporales. El colegio St Teresa era el centro principal para coordinar la ayuda en la zona, y otros colegios se utilizaban como lugares provisionales y temporales para alojar refugiados o como puntos de distribución de suministros. Había muchas dificultades en cuanto al suministro de alimentos para los niños, a causa de la suspensión del transporte normal en las veintisiete zonas del Belfast nacionalista bloqueadas por barricadas. En Belfast Occidental, donde yo pasaría todo el tiempo, hubo de ser organizada la provisión de emergencia de leche en polvo y otros artículos de primera necesidad, en primer lugar para distribuirlos en las áreas afectadas y luego dentro de esas áreas, y ese procedimiento debía guiarse por la necesidad. En circunstancias difíciles es necesario contar con una gran organización, pero los habitantes de todas las zonas que recibieron refugiados respondieron maravillosamente a ese reto.

Durante este tiempo, cinco o seis de nosotros vivíamos en un apartamento subterráneo cedido por su propietario, y nos alimentaba una mujer republicana que vivía al otro lado de la calle. Nuestra vida era una auténtica locura, sucios y sin dormir, corriendo de un lugar a otro, siempre en movimiento.

Los activistas republicanos constituían un estrato separado de los comités de defensa y los comités de ayuda, aunque los republicanos estaban comprometidos en todos los niveles de esta actividad. Ocupaban de una forma absolutamente natural puestos de dirección en la zona porque tenían peso dentro de la comunidad o debido a su experiencia previa en acciones relacionadas con la vivienda, el desempleo y las campañas por los derechos civiles. También existía una organización de antiguos activistas republicanos, que se habían reunido a comienzos de 1969 y, con la autorización expresa del mando republicano en Belfast, formaron una organización conocida como los Auxiliares. Estos hombres mayores proporcionaban apoyo al IRA local y se ofrecían como voluntarios para organizar la defensa. En algunas zonas donde la presencia del IRA era inexistente o donde solo contaba con un reducido número de activistas, estos viejos republicanos se convirtieron en una fuerza semiautónoma. Ellos representaban la columna vertebral de los comités de defensa, que inicialmente estaban formados por personas del vecindario, fundamentalmente hombres, quienes se presentaban voluntarios para ocupar las barricadas.

Todas las zonas de Belfast Occidental tenían sus propias barricadas. A cada lado de Falls Road, cada calle tenía sus barricadas. En las zonas donde las viviendas estaban dispuestas en forma de urbanización, y donde el trazado de las calles no respondía al mismo esquema, con extensas zonas verdes, amplias entradas en las que las barricadas eran impracticables, se levantaron en las entradas principales, en los puntos vulnerables y en las posiciones ventajosas, disponiendo en ocasiones de un cobertizo desde donde se podía vigilar la zona.

La organización de los comités de defensa se desarrolló de un modo natural. La gente que vivía en una zona o en un barrio determinado de ese lugar iba a vigilar a otra zona, simplemente porque se consideraba que era demasiado vulnerable. Aparte de las respuestas naturales y espontáneas de la gente, también surgió una especie de estructura, cuya sofisticación dependía de la capacidad o del número de personas implicadas en ella. Los comités de defensa estaban armados con bombas incendiarias y piedras. La gente que vivía en la zona y que tenía experiencia militar por haber servido en el Ejército británico, aportaba esa experiencia, y se constituyó una organización conocida como Asociación Católica de ex Militares.

En Andersonstown, por ejemplo, que era una de las mayores áreas de dispersión de refugiados y donde no existía ningún grave riesgo de ataque por parte de los lealistas, el trabajo se concentró en la coordinación de la

operación de ayuda. También se hicieron frenéticos esfuerzos para conseguir armas y, muy pronto, un sorprendente arsenal compuesto de antiguos fusiles deportivos, escopetas de caza, rifles del calibre 22 y una mezcla curiosa de armas procedentes de viejos depósitos del IRA comenzó a circular por la ciudad de Belfast.

También había experimentos defensivos de toda clase, junto a las barricadas se apilaban bombas incendiarias y piedras extraídas de las aceras destrozadas, las calles eran sembradas de clavos que se introducían a golpe de martillo en el pavimento y se cavaban trincheras. En una ocasión, durante una guardia, encontré a un grupo de jóvenes que estaba llenando una trinchera con gasolina. No solamente era una táctica sumamente peligrosa sino que, al cabo de unas horas, se sorprendieron al descubrir que la trinchera estaba vacía, ya que la gasolina se había evaporado por completo.

Se producían estados de alerta con regularidad, algunos de ellos realmente serios y otros del resultado de rumores que eran frecuentes y se extendían como la pólvora. Cuando se organizaron los comités de defensa, algunos de ellos dispusieron de elementos permanentes en algunas barricadas, habitualmente bajo la tutela de un republicano local. En esta tarea ayudaban ex soldados británicos y las principales armas eran las bombas incendiarias y las piedras. El ingenio popular acuñó un grafito en Derry que decía «Lanza bien, lanza Shell», aplicado también en Belfast.

Las bombas incendiarias venían en todos los tamaños y formas y se realizaban ingentes esfuerzos para mejorar el producto. Una tarde un par de hombres trajo a las barricadas lo que describieron como un artefacto con autoencendido, un cóctel molotov. Cuando anunciaron que iban a lanzarlo para ver si funcionaba, los tíos que estaban en las barricadas se burlaron de ellos.

—Yo ya he experimentado con el sodio.

El que había hablado era el mayor de los dos hombres. En la mano tenía un sobre de grandes dimensiones, que abrió para revelar unas cintas de papel secante rosa.

—Hay que mojar el papel secante en sodio. Es el mejor papel. El papel de prensa es muy fino y cuando se moja se desintegra. Yo he secado estas tiras en el horno. No debéis preocuparos, no lo tenía encendido. Tuve el horno encendido un rato, luego lo apagué y metí las tiras de papel secante. De otro modo hubiese tardado años en secarlas.

Su compañero tenía un libro de bolsillo. Era un texto sobre la guerrilla en Cuba y se abrió fácilmente por una página muy arrugada. Nos explicó cómo

lo había encontrado hacía algunas semanas en una librería de Smithfield. El libro contenía los escritos del *Che Guevara* y describía cómo se fabricaban los cócteles molotov. También había diagramas para fabricar diferentes tapones. Con ayuda de esos diagramas se aprendía la forma en que esas bombas incendiarias, que guardaban un gran parecido con los cohetes utilizados en los fuegos artificiales de las fiestas de Halloween, podían ser lanzadas mediante una escopeta. Nuestros dos científicos aficionados habían ignorado este aspecto del experimento ya que carecían de escopeta. El único problema era que el libro decía que se necesitaba ácido, aunque no especificaba de qué ácido se trataba.

—De modo que conseguimos un poco de ácido sulfúrico y queremos ver si funciona. Solo queríamos que vosotros lo supieseis. Si funciona, es vuestro. Podríamos fabricar suficientes bombas incendiarias para todo el distrito.

Finalmente se decidió que probaríamos el artefacto incendiario lanzándolo contra una pared que se alzaba en el límite de un terreno baldío. Unas cuarenta personas, en su mayoría hombres, algunos niños y dos perros vagabundos, les seguíamos a prudente distancia.

—La familia del Che era de Cork[33] —dijo alguien.

—Bien, muy pronto sabremos si ese tío estaba tomándonos el pelo.

El más joven de los dos arrojó la botella con fuerza contra la pared. La botella giró en el aire antes de desaparecer en la oscuridad de la noche. Luego se oyó un ruido apagado.

—Le has errado a la maldita pared —dijo alguien.

—No, no lo he hecho.

—Sí, has fallado el tiro.

Los dos hombres avanzaron con cuidado hacia el lugar donde había caído la botella, en una zona de hierbas y ortigas a un palmo de la pared.

—Dead-eye Dick[34] —se mofó su compañero, mientras examinaba su misil. Se trataba de una botella de Lucozade con tapa de rosca y envuelta en papel secante asegurado con bandas elásticas. Estaba intacta.

—¿Quieres volver a intentarlo? —preguntó.

—Sí —dijo su amigo.

—Ni hablar. Observa esto.

Lanzó la botella sin necesidad de levantar las manos más arriba del hombro.

—Lo ves…

Las palabras quedaron ahogadas por el estrépito del cristal al romperse y el silbido de la ignición que lo acompañó. Durante unos segundos toda la

escena quedó iluminada por la brillante bola de fuego y las pequeñas llamas que caían en cascada por la pared. Luego solo hubo una pequeña columna de humo y un trozo de hierba chamuscado.

Los niños comenzaron a dar gritos de júbilo. Los dos perros se alejaron corriendo.

—Sí —exclamó alguien—. ¡El viejo *Che Guevara* tenía razón!

Durante los días que siguieron al 15 de agosto, de hecho durante casi una semana, los disparos de los francotiradores continuaron en las zonas católicas, pero cuando la situación se fue tranquilizando gradualmente y los nacionalistas se retiraron detrás de sus barricadas, el primer plano de la actualidad fue ocupado por frenéticas maniobras políticas entre el Gobierno británico y el régimen de Stormont, y el papel desempeñado por los Especiales B y las fuerzas del RUC durante los disturbios y los asesinatos fue sometido a una severa investigación. Las demandas de la lucha por los derechos civiles fueron reiteradas una y otra vez por sus portavoces y también por los miembros nacionalistas del Parlamento ante el Gobierno de Stormont, y el primer ministro James Chichester-Clark y miembros de su gabinete fueron llamados a Londres para mantener conversaciones urgentes con Harold Wilson, el primer ministro británico, James Callaghan, el ministro del Interior y otros miembros del gabinete británico.

Una vez terminadas estas conversaciones, Harold Wilson compareció ante los medios de comunicación para anunciar una serie de cambios importantes en el papel del Gobierno de Stormont. Entre estos cambios se incluía el nombramiento de dos funcionarios públicos británicos de alto rango, que habrían de representar directamente al Gobierno británico en los Seis Condados. El otro cambio se refería a que el Ejército británico asumiría el control efectivo de todas las cuestiones de seguridad y supervisaría la desmovilización gradual de los Especiales B. También se publicó una declaración de derechos y se anunció para el mes siguiente la visita de James Callaghan, el ministro de Interior británico.

Los unionistas, naturalmente, estaban indignados. Harry West y el ex ministro del Interior, William Craig, declararon que el Gobierno de Stormont no tenía autoridad para acceder a términos de esta índole.

—Yo por lo menos, y estoy seguro de que muchos más, pedirán su renuncia inmediata. En cuanto a la acción del Gobierno británico, parece tratarse de una interferencia injustificada en el gobierno de Irlanda del Norte, y representa un paso atrás en el acuerdo celebrado cuando se fundó este Estado.

Del lado nacionalista, aunque existía una satisfacción generalizada por la inminente desmovilización de los Especiales B, había un considerable escepticismo, una sensación nítida de que las reformas prometidas no llegaban muy lejos, que lo que llegaba de Londres era demasiado poco y demasiado tarde. Detrás de las barricadas había nacido Radio Belfast Libre. Una prensa de serigrafía producía posters. Los Comités de Defensa de los Ciudadanos locales comenzaban a formar una red y pronto se estableció un Comité Central de Defensa de los Ciudadanos (el CCDC) en Leeson Street, representando a todas las zonas que se encontraban detrás de las barricadas en el Belfast nacionalista. Este CCDC reunió a una amplia representación de la población católica de Belfast, incluyendo republicanos, miembros locales del IRA, miembros del Parlamento de Stormont como Paddy Devlin y Paddy Kennedy, representantes de la clase media católica, líderes de la Iglesia local y gente corriente preocupada porque no hubiese una vuelta a los viejos tiempos. Mientras James Callaghan volaba al norte en una visita de investigación y los internados eran puestos en libertad, en Leeson Street una banda *céilí* que ocupaba la parte trasera de un camión de transporte de carbón tocaba para miles de hombres, mujeres y niños. Existía una clara noción de que se estaba produciendo un levantamiento popular.

En las semanas posteriores al 15 de agosto, detrás de las barricadas, aprendí a conducir en un viejo Volkswagen y comencé a producir un boletín de noticias de una página llamado *The Barricade*. En la zona de Andersonstown teníamos una base de apoyo muy desarrollada, especialmente en las urbanizaciones de la parte alta, donde muchos de nosotros desarrollábamos nuestras actividades. Cuando el último de los internados quedó en libertad y la dirección republicana de Belfast volvió a agruparse en torno a Liam McMillen, operando desde detrás de las barricadas instaladas en la zona de Leeson Street, fui enviado a Ballymurphy para actuar como organizador.

Ahora, el papel republicano en la defensa de los vecindarios nacionalistas había sido asumido por los comités de defensa y mientras el IRA debía proporcionarles apoyo, a la vez que entrenamiento y asesoramiento general, en Ballymurphy, como en otras zonas, la vida detrás de las barricadas se convirtió en algo parecido a una rutina. La gente que estaba a cargo de las barricadas se organizaba en turnos. Las tiendas locales contribuían con cigarrillos para los vigilantes y se estableció un sistema rotatorio de preparación del té casa por casa, calle por calle. También había algunas casas que todo el mundo utilizaba como lugares de reunión y puntos de

información, y muchos habitantes del barrio simplemente abrieron las puertas de sus casas suministrando alimentos, carne estofada y sopa, a cualquier hora del día o de la noche.

A finales de septiembre, los lealistas atacaron Unity Flats y fueron rechazados por un miembro del IRA armado. Entonces centraron su atención sobre Coates Street, una diminuta calle habitada por familias católicas situada entre Falls y Shankill y la quemaron. La realidad presente y la permanente amenaza de nuevas matanzas lealistas, los rumores de cambios políticos, la postura asumida por el gobierno unionista, el establecimiento de comisiones de investigación y los informes de la Comisión Cameron, enfurecieron a la gente. En Ballymurphy se veían armas en las ventanas y en las barricadas que atravesaban Springfield Road en la zona de New Barnsley. Muchas personas comprometidas en los comités de defensa pasaron a engrosar las filas del IRA, que rápidamente vio acrecentado su número de un modo que hubiese sido impensable unos meses antes.

Detrás de las barricadas, la vida limaba todas las diferencias. Como sucede en todas partes durante los tiempos de adversidad, la gente llegaba a conocerse y comenzaba a darse cuenta de que colectivamente formaban un grupo de personas muy talentosas. Naturalmente, personas como mi padre o Frank Cahill —que había sido un líder de la comunidad durante algún tiempo —, elegidas para presidir el comité de Ballymurphy, y otras que tenían cierta experiencia política, proporcionaron en las etapas iniciales el catalizador necesario para que se pudieran hacer determinadas cosas. No obstante, una vez que la gente comprendió que era lo que se necesitaba, se desarrolló un impulso absolutamente propio.

En el curso de aquellas pocas semanas del verano de 1969, la situación en Ballymurphy, como en la mayor parte del Belfast nacionalista, y en muchas otras áreas nacionalistas de los Seis Condados, había cambiado para siempre. Incluso allí donde el cambio aún debía manifestarse en términos de organización, o incluso en alguna forma visible, se había producido un cambio definido en la disposición de la gente.

Ballymurphy había sido invadido por refugiados que estaban afectados por una suerte de neurosis de guerra y, en algunos casos, histéricos después de haber estado a punto de morir quemados al incendiarse sus casas. Un grupo de mujeres locales se organizó para proporcionarles alimentos y ropa, camas, medicinas, comunicaciones y transporte. Los alimentos fueron recogidos puerta por puerta entre los residentes. Las mujeres locales habían iniciado la organización de la ayuda y asegurado también a las familias protestantes que

habitaban en la zona que estarían protegidas. En aquellos momentos ya había un comité de coordinación perfectamente organizado y una asociación de defensa, Ballymurphy era el centro de la gran zona de Springfield, que comprendía Dermot Hill, New Barnsley, Moyard, Springhill, Westrock y el Whiterock. También había un número considerable de refugiados que vivían en alojamientos temporales o chalés en la parte alta de Whiterock Road. New Barnsley dominaba Ballymurphy, al igual que Springmartin, y dentro del área nacionalista, cada una de sus partes separadas estaba muy bien organizada, si bien existía una escasa coordinación o comunicación formales entre ellas.

El Ejército británico había ocupado el colegio Vere Foster y el Henry Taggart Memorial Hall, justo encima de Divismore Park. Las tropas permanecían fuera de las áreas protegidas por barricadas, patrullando Springfield Road. El oficial al mando se comunicaba con frecuencia y negociaba con la dirección de los comités de defensa y ayuda locales, pero tal como sucedía en otras zonas del Belfast nacionalista, nos negábamos a destruir las barricadas. Aparte de su uso defensivo —y la gente de Ballymurphy sabía muy bien que los pisos de la zona lealista de Springmartin representaban una posición ventajosa ideal para que los francotiradores les hostigaran permanentemente—, el hecho de conservar las barricadas en las zonas nacionalistas proporcionaba cierta sensación de poder político. En Falls Road ya se habían producido algunos movimientos tendentes a desmantelar las barricadas, después de una intervención del obispo Philbin, y yo me encontraba entre los que protestamos ante el obispo y ayudamos a levantar nuevamente las barricadas. Otras barricadas fueron destruidas después de una reunión mantenida por el CCDC y Jim Callaghan en Londres. Jimmy Sullivan, que formaba parte de aquella delegación, informó luego a los activistas republicanos que habría una amnistía para todos aquellos que habían participado en las acciones de defensa durante los disturbios de agosto.

Junto con el inesperado crecimiento del IRA, se produjo también una rápida reconstrucción de la organización del Sinn Féin, si bien en algunas áreas esta era una preocupación absolutamente secundaria. En Ballymurphy el crecimiento del Sinn Féin fue considerable, y desarrollamos *cummain*, o ramas, del Sinn Féin en cada una de las comunidades reconocibles dentro del área del gran Ballymurphy, mientras Liam Hannaway formaba un *cumman* del Sinn Féin en su área, y los habitantes de Ardoyne hacían lo mismo. En Ballymurphy se estableció un comité de coordinación que yo solía presidir. El comité comenzó a asumir el carácter de un consejo popular, reuniendo hasta cincuenta personas que representaban a cada calle para hablar de lo que

estaba sucediendo y decidir sobre las cuestiones a medida que iban surgiendo. También organizábamos reuniones abiertas. En lugar de estar estructuradas en torno a agendas y dominadas por oradores que hablaban desde estrados, estas reuniones, a las que asistían entre sesenta y cien personas, se celebraban de manera tal que cualquiera en el distrito era libre de exponer cualquier problema que les afectara. También publicábamos un boletín local, *The Tatler*, y comenzamos a construir enérgicamente una sólida base republicana en el área. Yo me entregué decididamente a este trabajo de organización y establecimos rápidamente buenos contactos en toda la zona del gran Ballymurphy. Se trataba de una zona que no corría un grave riesgo, excepto en el flanco de Springfield Road, donde desde el almacén de maderas de Corry hasta Springhill o a lo largo de Divismore Park hasta la propia Springfield Road, era dominado por New Barnsley. Springfield Park, al otro lado de Springfield Road era, sin embargo, una zona especialmente vulnerable y allí se estableció un grupo de defensa apoyado por otros vecinos de Ballymurphy. Con esta intensa actividad yo raramente permanecía en mi casa durante largos períodos. De hecho, después de aquel verano prácticamente no volví a dormir en Divismore Park. Llamaba regularmente a casa y estaba en contacto con mis padres, pero solo durante un par de minutos.

Mientras nosotros nos afanábamos detrás de las barricadas, otros también estaban muy ocupados. En octubre se publicó el Informe Hunt. Las recomendaciones que contenía —abolición de los Especiales B y desarme del RUC— provocaron graves disturbios lealistas en Shankill Road, que dejaron un saldo de tres muertos, incluyendo un miembro del RUC. Como consecuencia de estos disturbios, el Ejército británico inició registros a gran escala en Shankill Road y confiscó armas y municiones. Una semana más tarde, un miembro de la Iglesia Presbiteriana Libre de Paisley murió mientras colocaba una bomba en una planta eléctrica en Ballyshannon, en el condado de Donegal.

Dentro de las filas republicanas, las repercusiones políticas de los acontecimientos insurreccionales de agosto comenzaban a sedimentar entre sus dirigentes. La situación se había desarrollado rápidamente. El movimiento de derechos civiles había exigido derechos que eran moneda corriente en Europa occidental, derechos que existían en el llamado Reino Unido. Se trataba de derechos simples, moderados y nada extraordinarios; sin embargo, habían suscitado por parte del Estado y sus partidarios una respuesta feroz y desmedida. Si las consecuencias de dicha respuesta habían dejado la autoridad

y la estabilidad del Estado hechas añicos, también habían conmocionado la autoridad y estabilidad del liderazgo republicano. El grupo Goulding/MacGiolla de Dublín había interpretado mal la situación. Su fracaso en proporcionar una defensa adecuada, combinado con una pésima lectura de una oportunidad sin precedentes para dar un paso de gigante en la situación, era un dato muy grave. Pero cuando las circunstancias exigieron una dirección capaz de unificar o alentar la máxima unidad de las fuerzas progresistas, antiimperialistas, socialistas, republicanas y nacionalistas, los dirigentes republicanos se echaron a temblar.

El movimiento republicano de la década de los sesenta se había mostrado incapaz de responder adecuadamente a los acontecimientos que se desarrollaron en los Seis Condados. El levantamiento popular espontáneo producido en agosto de 1969, sin ninguna coordinación, organizado localmente y carente de un plan general, y los efectos subsiguientes en los Veintiséis Condados, encontraron a los republicanos mal preparados y sin posibilidades de hacer frente a las necesidades y al potencial de aquel período. El fracaso y la incapacidad no estaban relacionados solo con la cuestión de la defensa de las áreas nacionalistas sitiadas. Ciertamente, la falta de armas no constituía un problema prioritario: una vez que terminaron las matanzas y los incendios, esta carencia se solventó rápidamente. El problema fundamental residía en la falta de conciencia y agudeza políticas, una deficiencia que yo compartía y que habría de mantenerse incluso después de que el armamento dejó de ser un problema. La debilidad política de todas las tendencias en las, entonces desunidas filas republicanas, surgía de la incapacidad de comprender lo que estaba sucediendo sobre el terreno, sus causas, efectos y posibles consecuencias. Muchos de aquellos que advirtieron acertadamente acerca de la necesidad de contar con una defensa armada, muchos de aquellos que expresaban duramente su condena al fracaso de la dirección republicana en satisfacer esas necesidades, no comprendían los requerimientos políticos de aquel momento. La dirección republicana también carecía claramente de comprensión política y ello llevó a su fracaso en prepararse adecuadamente en todos los frentes.

Cuando la crisis se profundizó en el Estado del norte, las diferencias dentro de las filas republicanas se vieron exacerbadas por los acontecimientos y por el regreso de algunos miembros caídos en desgracia y que habían mostrado sus discrepancias con la dirección general del movimiento en años recientes. Bajo estas presiones, las tendencias tenuemente unidas que formaban el movimiento republicano entraron rápidamente en conflicto. Es

probable que esta situación se hubiese producido de todas maneras, debido a las soterradas tensiones en materia estratégica e ideológica, pero la lucha por los derechos civiles y la reacción violenta provocada por los acontecimientos de agosto de 1969 en Belfast dictaron la oportunidad y, en gran medida, la acritud de las divisiones internas del movimiento. Los conflictos de personalidad latentes recibieron un nuevo impulso a raíz de los emotivos acontecimientos de aquella época.

Muchas de estas cosas sucedían sin que nadie contara conmigo. Mi mundo político era, en gran medida, Ballymurphy. Yo estaba lo bastante ocupado allí como para preocuparme por el resto de la lucha. En cualquier caso, dentro del activismo republicano de Belfast convivían tres grandes tendencias: en primer lugar, el liderazgo; en segundo lugar, la gente mayor que había regresado para responder a la situación crítica, y los nuevos miembros; y en tercer lugar, la gente joven, como yo, sobre el terreno. Mi opinión era que ni la dirección ni la gente mayor habían entendido lo que estaba pasando.

La dirección republicana de Dublín cometió un error crucial, fatal, cuando procedió a constituir la comisión que había recibido el mandato de establecer en una Ard Fheis previa, la conferencia nacional del Sinn Féin. Esta comisión debía consultar una serie de cuestiones con activistas de las zonas rurales, incluyendo el establecimiento de un Frente de Liberación Nacional, el fin del abstencionismo y el desarrollo de una política electoral.

Yo había asistido a una serie de audiencias organizadas por la comisión en Belfast, incluyendo una en el Club de Presos que fue dirigida por Seamus Costello y en la que también participó Kevin Hannaway. Roy Johnson era otro de los visitantes de Dublín que había dirigido varias reuniones en Belfast. Estos eran temas vitales para los republicanos, ya que hacían referencia a cuestiones de principio recogidas en la constitución del Sinn Féin. La negativa abstencionista a reconocer el derecho del Parlamento británico a gobernar en los seis condados del noreste y la negativa también a reconocer la legitimidad del Parlamento de Leinster House en Dublín eran piedras fundamentales del credo republicano. Yo era partidario del desarrollo de un Frente de Liberación Nacional, en el que los republicanos se unirían en una causa común con todos los individuos y organizaciones que se oponían a la intervención imperial británica en nuestro país. Aunque yo me oponía a abandonar la política abstencionista tradicional, en principio no tenía ninguna objeción a desarrollar un debate sobre estrategia electoral o abstencionismo, si

bien esta alternativa incluía un enorme potencial para la división de aquellas personas que sustentaban convicciones profundas y opuestas.

Sin embargo, toda esta discusión y las comisiones se habían iniciado antes de las matanzas de agosto. Las matanzas de católicos a manos de las fuerzas lealistas, el RUC y los Especiales B lo cambiaron todo, exigiendo unidad de propósito, claridad y decisión en la acción. La dirección republicana debiera haber reconocido, al menos, la necesidad de prioridades nuevas y urgentes, suspendiendo hasta un momento más estable la búsqueda de un nuevo rumbo en la estrategia republicana. Presentarse ante los miembros de la dirección, como sucedió en el otoño de 1969, con informes que recomendaban el fin del abstencionismo y el desarrollo de un movimiento más amplio y desmilitarizado, fundamentalmente antiimperialista, no era solo un anatema para algunos de aquellos que habían regresado a ocupar sus puestos, o acababan de comprometerse en la política republicana, sino que además, y más importante aún, mostraba una clara fijación con estas ideas y una ceguera total ante las necesidades reales del momento. Ya existía una considerable oposición nacional al abandono del abstencionismo y resultaba evidente que algunas personas a nivel de la dirección nacional del movimiento republicano, incluyendo a Seán MacStiofáin, Ruairí Ó Bradaigh y Dáithi Ó Conaill, se oponían de un modo perfectamente organizado a esta proposición.

Yo no conocía a ninguna de estas figuras de la dirección republicana, pero mantenía desde hacía años una estrecha relación personal con el prominente republicano de Belfast Jimmy Steele. Jimmy, un hombre pequeño, de rostro agradable, rasgos pronunciados y carácter alegre, había pasado largas temporadas en prisión y había tomado parte en una famosa fuga en 1943. Durante una de sus numerosas comparecencias ante un tribunal, un juez le había descrito con palabras memorables como «moralmente honesto, políticamente sospechoso». Católico devoto y practicante, Steele era también un escritor prolífico cuya poesía fue aplaudida por los republicanos de su generación; trabajaba como recadero de panadería pero estaba a punto de jubilarse. Jimmy se oponía a la dirección republicana de Dublín y se había manifestado duramente contra ella durante la celebración de una reunión en Mullingar el año anterior. Antes de los acontecimientos de agosto de 1969, Jimmy se encontraba en una posición minoritaria entre los activistas. Ahora, sin embargo, eran los partidarios de Goulding quienes constituían una pequeña minoría en Belfast, quedando confinados a las filas de la dirección en Belfast y a partes de la organización local en Leeson Street y la zona de Markets. En cuestión de pocas semanas, una comunidad activa y recién

comprometida en Belfast se había movilizado alrededor de la posición republicana. Muchos de aquellos que ahora ocupaban puestos de dirección más centrales y locales se oponían a la dirección de Dublín, y algunos se manifestaban en absoluto desacuerdo con la dirección de Belfast, encabezada por Billy McMillen y compañía.

Yo me encontraba en una posición extraña, una posición de pequeño cuadro con contactos en ambas facciones. Aparte de mi trabajo local en Ballymurphy, mantenía el contacto social con Kevin Hannaway, Francie McGuigan, Joe McCann, Anthony Doran y otros. La relación con Kevin Hannaway era especialmente estrecha y ambos frecuentábamos habitualmente la casa de Proinsias MacAirt. Kevin, pequeño, fornido y moreno, era un gran aficionado a los coches y la mecánica. Ya en 1966 Kevin tenía un coche y mientras yo seguía pedaleando en la bicicleta, él estaba absorbido por los coches y tenía una habilidad especial para resucitar un motor, no importa lo decrépito que pudiese estar. Formado como ebanista, Kevin era un buen conductor, una fuente de conocimientos en diversas materias mecánica o práctica, y podía encargarse de cualquier cosa. Aunque era una persona obstinada si se enfadaba, era muy cortés y, generalmente, fácil de tratar. También tenía entre nosotros una gran reputación por su capacidad para dormir en cualquier circunstancia y por la profundidad de su sueño. Billy McKee, que había reaparecido en escena después de haber desempeñado un papel crucial en la defensa de la zona de Clonard, también acudía con frecuencia a la casa de MacAirt. Bajo la presión que ejercían los acontecimientos, era casi como si hubiese dos direcciones: la dirección formal de McMillen y el liderazgo informal encarnado por McKee, Joe Cahill y otros.

Yo no había conocido a Billy McKee antes de 1969, pero había visto a Joe Cahill en céilís y otras reuniones. Los dos hombres, como sucedía con muchos activistas de la vieja guardia, eran amigos de mis padres y ellos y mi padre habían purgado penas en prisión en la misma época. Joe era un conocido republicano de Belfast porque había sido uno de los numerosos jóvenes arrestados en 1942 junto con Tom Williams después de un tiroteo en una casa de Clonard y en el que había resultado muerto un hombre del RUC. Condenados a morir en la horca, a todos ellos salvo a Tom Williams, el líder del grupo del IRA, se les conmutó la pena después de una amplia campaña de protesta. La ejecución de Tom Williams, que solo contaba 18 años, tuvo un profundo efecto en el Belfast republicano, donde las banderas negras habían adornado las calles en señal de duelo, y desde entonces no había cesado la

campaña reclamando la repatriación de los restos de Tom Williams del cementerio de la prisión en Crumlin Road a suelo republicano en el cementerio de Milltown.

Joe Cahill, calvo y con un excelente sentido del humor, estaba casado, tenía hijos pequeños, y trabajaba como capataz en una floreciente compañía constructora local. Aliado de Jimmy Steele durante muchos años, Joe había pasado años en prisión, pero a mediados de los sesenta había renunciado a su activismo en protesta contra las tendencias republicanas de aquellos años; más tarde me explicó que consideraba que su renuncia había sido un error. Joe disfrutó plenamente del resurgimiento republicano que siguió a 1969 y en él veía reflejada la actitud de todos los republicanos de su generación, que habían pasado la mayor parte de sus vidas librando una lucha aislada y solitaria. Ahora ellos veían que la situación se había convertido en una insurrección popular.

Billy McKee tenía la reputación de ser un hombre profundamente religioso, y no había duda de que también era muy meticuloso, aunque yo nunca le encontré en ningún modo santurrón. Estaba soltero y era un hombre de su generación, conservador en su concepción política pero aficionado a disfrutar de un poco de *craic* y de unas copas con los amigos íntimos. Y todos estos hombres mayores se relacionaron fácilmente con nosotros, los más jóvenes.

Los Auxiliares, entonces bajo la dirección de Seamus Twomey quien más tarde habría de desempeñar un papel decisivo en el republicanismo, también trabajaban de un modo más relajado con la facción de McMillen, de modo que en Belfast la división tenía dos filos. Existía un resentimiento muy extendido hacia una dirección que había fracasado al no defender las zonas nacionalistas. El otro filo se dirigía contra la dirección política del mando republicano en Dublín. Aunque este último no habría de definirse hasta finales de aquel año, el primero ya estaba creando graves fricciones. Esto se convirtió en un problema crítico cuando la dirección de Belfast dio instrucciones de que todas las armas de la ciudad debían ser llevadas a un punto central para ser marcadas y autorizadas. Entre las filas republicanas esta orden no solo provocó un recelo y una suspicacia comprensibles sino que también estaba la cuestión de los Auxiliares, perfectamente establecidos con su propia red en todas las zonas nacionalistas de Belfast.

Yo me sentía molesto al comprobar que esas duras críticas dirigidas a la dirección de Belfast procedían, en su mayor parte de republicanos a quienes yo no conocía o había conocido hacía muy poco tiempo. Para mí, y para otros

como yo que habíamos estado activos antes de agosto de 1969, el hecho de criticar no era censurable pero me preguntaba dónde había estado toda esa gente. Una multitudinaria reunión de republicanos de Belfast aprobó un voto de censura contra McMillen y la dirección de Dublín. Yo tenía sentimientos encontrados con respecto al desarrollo de los acontecimientos: aunque no tenía mucha confianza en el liderazgo de McMillen, sentía no obstante cierta lealtad hacia él; era absolutamente imprescindible que en Belfast hubiese cambios, pero yo no había tenido la oportunidad y tampoco la predisposición para desarrollar estos cambios.

Ahora, sin embargo, una delegación comunicó a McMillen el voto de censura. En el transcurso de una tensa reunión McMillen acepto las noticias con tranquilidad y se encargó de transmitirla al resto del ejecutivo de Dublín. McMillen estaba puntualmente informado de que los republicanos de Belfast no querían tener ningún trato con la dirección de Dublín. El conflicto derivado de esta situación se prolongó durante algún tiempo, mientras los diferentes puntos de vista relacionados con numerosas cuestiones fueron puestos sobre la mesa: la dirección nacional y su tratamiento de la situación general; el papel de la dirección de Belfast en este punto; la cuestión relativa al abstencionismo y a una convención del IRA que habría de celebrarse poco tiempo después. Otras cuestiones, de carácter local pero igualmente importantes, fueron analizadas y discutidas en relación al tratamiento de la situación producida el 15 de agosto y a los acontecimientos derivados de aquella, algunos de los cuales se centraban en el hecho de que los que eran considerados como disidentes habían sido apartados de los procesos democráticos normales, siendo consultados en contadas ocasiones por McMillen.

En la reunión se debatieron todas estas cuestiones a fondo hasta que, finalmente, se llegó a una solución de compromiso aceptada por todas las partes. Belfast suspendería sus contactos con Dublín hasta nuevo aviso; la dirección de Belfast no asistiría a la próxima convención militar; habría una representación y consultas más amplias, y algunos de los veteranos que se oponían a la dirección ahora intervendrían en la toma de decisiones, lo que incluiría en lo sucesivo un consejo integrado por los líderes locales.

En los círculos republicanos se suscitó asimismo una amplia discusión acerca de la cuestión fundamental del contacto que se había establecido con el Gobierno de Dublín, que durante algún tiempo había estado ofreciendo equipamiento y entrenamiento para la defensa de las zonas nacionalistas sitiadas, sin resultados concretos. Yo y muchos más pensábamos que esto era

solo un recurso destinado a crear una situación que el Gobierno de Dublín pudiera controlar, y nosotros sosteníamos que no debían aprobarse acuerdos en los cuales hubiese condicionamientos. El contacto con Dublín se había desarrollado nacionalmente por la facción liderada por Goulding y, en Belfast, directamente bajo las órdenes de McMillen; el dinero para la ayuda era depositado en una cuenta bancaria controlada por el encargado de finanzas de McMillen; las discusiones acerca de la provisión de dinero y armas se desarrollaban entre los contactos del Gobierno de Dublín y elementos del norte integrados en la facción liderada por Goulding dentro del IRA. Más tarde, al evolucionar la situación, este contacto se extendió a grupos más numerosos de gente del Comité de Defensa de los Ciudadanos procedentes del norte, y fue en este punto donde comenzó a actuar John Kelly (que más tarde tendría una actuación destacada en el juicio por contrabando de armas en Dublín.[35] Luego se comprobaría que el entrenamiento proporcionado en un campamento de la FCA fue bastante limitado.

Esta cuestión del contacto del Gobierno de Dublín con los republicanos —y especialmente con los republicanos del norte— fue utilizada, después de producida la división en el movimiento republicano, por elementos de la facción de Goulding en un intento de justificar su propia posición; ciertamente, parte de su propaganda culpaba al gobierno por haber sido responsable de la aparición de los «Provisionales». Esas alegaciones propagandísticas carecían de todo fundamento: el contacto inicial se había establecido antes de que la división fuese efectiva y con la facción liderada con Goulding, no con los disidentes que posteriormente fueron conocidos como los Provisionales.

Mientras las tormentosas nubes de la división se cernían nacionalmente sobre la Irlanda republicana, en Ballymurphy continuábamos con nuestros trabajos de organización, reagrupamiento y expansión. Y, luego, llegó el desastre. En noviembre, cuando regresaba del condado de Leitrim en compañía de Liam McParland, Mickey O’Neill y otro amigo, tuvimos un grave accidente de circulación en la autopista M1; Liam moriría más tarde a causa de las heridas. Yo estaba profundamente conmocionado y lo estuve aun más cuando, a consecuencia del accidente, fui suspendido de mis funciones como dirigente local del Sinn Féin por los miembros de la dirección de Belfast, quienes estaban ansiosos por imponer su autoridad en Ballymurphy. Los activistas locales rechazaron enérgicamente esta maniobra y se sucedió un período caracterizado por la irritación y las provocaciones, durante el cual

yo me encontraba en una especie de limbo: aunque seguía en activo, no tenía ninguna jerarquía.

En esos días encontré un trabajo temporal en la Cervecería Ulster y pasé dos semanas antes de Navidad repartiendo vinos y licores en los bares y tabernas de las zonas rurales. Durante esa época yo presionaba a Jimmy Sullivan para que un tribunal tratara la cuestión de mi suspensión y, una tarde, Jimmy me citó en una taberna de Leeson Street para decirme que mi suspensión había sido levantada. Ahora el importante debate acerca del rumbo que debía tomar la lucha republicana había cobrado una gran intensidad, y le pregunté a Jimmy Steele cuál era su opinión respecto de una cuestión tan crucial para nosotros. Jimmy me respondió que él pensaba que las cosas se solucionarían muy pronto. No obstante, se negó a desarrollar su argumentación, lo que me sirvió de escaso consuelo y me desconcertó bastante. Poco tiempo después, el misterio se resolvió cuando llegaron noticias sobre la celebración de una convención del IRA y sobre sus resultados.

Entretanto, Seán Mac Stiofáin llegó a Belfast y se reunió con los activistas, a quienes solicitó su apoyo. Al llegar las cosas a este punto fui a ver a Jimmy Sullivan y le sugerí que acudiese a una reunión que se celebraría en Ballymurphy para exponernos su opinión y la de la facción liderada por Goulding. Así lo hizo, y celebramos una reunión de activistas en la zona de chalés de Whiterock, cuyo resultado final fue que nosotros no apoyaríamos el liderazgo de Goulding. Al día siguiente fui a ver a Billy McMillen. Mientras me dirigía hacia su casa encontré a Billy McKee y le dije que en Ballymurphy habíamos decidido permanecer separados hasta ver qué rumbo tomaban los acontecimientos; que no nos interesaba la política interna de la situación, sino que nos preocupaba llevar hacia adelante toda la lucha. Luego fui a la casa de McMillen, donde mantuve una prolongada discusión con él y algunas personas muy próximas a él y durante la cual expuse detalladamente mis opiniones. No obstante, no fue una reunión desagradable y nos despedimos en buenos términos.

Mientras que para algunas personas —los viejos militantes que habían regresado y los que eran nuevos en el movimiento— las razones de la escisión estaban claras, para el núcleo de activistas que habían estado conectados con el movimiento desde antes de 1969 y comprometidos en su construcción en aquel período, esta escisión tenía un perfil mucho menos definido. Muchos activistas de mi edad compartíamos un sentimiento de enorme frustración ante la presencia de las tropas británicas en nuestras calles. Ahora el número

de los efectivos británicos se elevaba a 7500 hombres, la mayoría de ellos desplegados en Belfast. Que yo supiera, la única zona donde se discutía formalmente y se decidía democráticamente el rumbo que debían tomar los acontecimientos era Ballymurphy; la mayoría de las otras zonas seguían las directrices de sus líderes locales.

En diciembre, durante la convención militar, se produjo la escisión formal del IRA cuando la facción liderada por Goulding insistió en su propuesta de renunciar a la política abstencionista y los disidentes, superados en número, abandonaron la convención. Para muchos de estos disidentes, la cuestión no era el abstencionismo en si, sino lo que había llegado a representar: una dirección con un grupo de prioridades erróneas que había conducido al IRA a una situación ignominiosa durante los sucesos de agosto. Con la escisión ya claramente expresada, se estableció un consejo militar provisional del IRA, con Seán Mac Stiofáin como su jefe de Estado Mayor, y en el ejército se sucedió un intenso periodo de reagrupamiento.

Pero no todavía en el Sinn Féin. Estábamos preparándonos para el Ard Fheis que debía celebrarse en enero. Yo era consciente de que la mayoría de los miembros del Sinn Féin en Belfast se oponían al liderazgo de Goulding, y yo le propuse a Proinsias MacAirt que movilizáramos a esta mayoría para asistir a la reunión previa del Ard Fheis del *Chomhairle Ceanntair* (Comité Central) de Belfast del Sinn Féin, donde se decidiría cómo votarían los delegados de Belfast. Yo me sentía decepcionado de que no se considerara importante la necesidad de determinar la forma de la votación, que se derivaba en parte del hecho de que el Sinn Féin era considerado por muchos como el hermano pobre de la facción armada. Al fracasar en mis intentos de reunir a un grupo considerable de personas que respaldara mi punto de vista, me presenté en la reunión que se celebraba en Cyprus Street, ante la sorpresa de algunos de los asistentes. La reunión estaba presidida por Malachy McGurran, el organizador del Sinn Féin en el norte, y no ninguna de las zonas de Belfast que habían optado por apoyar al consejo militar provisional. Yo me opuse a la moción de la dirección sobre la forma en que debíamos votar en el Ard Fheis y me sorprendió el gran apoyo que recibí de muchos de los asistentes, entre los que se encontraban mis amigos y camaradas de las campañas por viviendas dignas y contra el paro. Además de Joe McCann, muchos de ellos me escucharon con respeto y mostrándose solidarios con mis ideas. La moción fue aprobada gracias al voto decisivo de Malachy McGurran y yo pensé que se había perdido una magnifica oportunidad debido a que algunos de mis otros camaradas del Sinn Féin no habían asistido a la reunión.

Cuando intenté entrar en el Ard Fheis que se celebraba en el Intercontinental Hotel (hoy el Jury) en Dublín, Malachy McGurran me lo impidió alegando que no tenía la acreditación adecuada. Mientras me dirigía a Dublín mi intención era asistir al Ard Fheis y también a una marcha contra el apartheid que se celebraba aquel mismo día para protestar por la presencia de los Springboks sudafricano de rugby, que disputaba un partido en Lansdowne Road. De modo que abandoné el hotel y me uní a la protesta.

En el Ard Fheis, las propuestas presentadas por el grupo de Goulding fueron derrotadas al no haber conseguido los dos tercios de la mayoría necesarios para eliminar una disposición de la constitución del Sinn Féin, pero entonces, estúpidamente, Goulding presentó una moción para que se demostrara la confianza en el liderazgo de la facción militar. Pero la dirección militar estaba rota.

Seán Mac Stiofáin se acercó al micrófono y prometió su lealtad al consejo militar provisional recientemente electo, del que dijo que era la única dirección autorizada a llamarse IRA. Al finalizar su alocución, dijo:

—Ahora ha llegado el momento de irnos.

La ruptura se había consumado.

6

Los delegados que abandonaron el Ard Fheis se reunieron más tarde. Esa misma noche anunciaron la formación de un ejecutivo interino en el que Ruairí Ó Bradaigh actuaría como presidente. Una vez de regreso en *Murph* decidimos formar un renovado *cumann* para toda la zona de Ballymurphy y le llamamos Liam McPartland como homenaje a nuestro compañero. Ahora existía una presión menor sobre los republicanos para que se hicieran cargo de todos los aspectos relacionados con la defensa. En general, estaban abastecidos por los Auxiliares o bien por los comités de defensa, que ya habían logrado una buena implantación en la zona. Si bien ahora resultaba más difícil alcanzar el patrullaje permanente que había caracterizado el período de agosto y septiembre, también había una necesidad menos perentoria de esta clase de maniobras. No obstante, se había dispuesto que personas de absoluta confianza se desplegaran en aquellas zonas donde éramos más vulnerables. Este era especialmente el caso en Springfield Park, esa calle larga y estrecha habitada mayoritariamente por católicos en el lado opuesto de Springfield Road de Ballymurphy.

La división producida en el seno del IRA había provocado fricciones y una inocultable tensión en mi familia. Mi hermana Margaret se había unido a los Oficiales ya que su novio, Michael McCorry, era uno de sus activistas más importantes. Yo dedicaba la mayor parte del tiempo a organizar el área de Ballymurphy, si bien aún mantenía el contacto con Kevin Hannaway y otras personas que vivían fuera de esa zona. La casa de Proinsias MacAirt era un lugar de encuentro social muy especial para todos nosotros. MacAirt era soltero, un *gailgóir*, un cantante *seán nóis*[36] y un socialista republicano muy sociable, y su pequeña casa de dos habitaciones siempre tenía las puertas abiertas, convirtiéndose en el centro de producción del *Republican News*, el boletín de noticias de Belfast. El pequeño núcleo de activistas en servicio permanente solía encontrarse en la casa de MacAirt, tanto para mantener el contacto social y el *craic* como para cualquier otra cosa. Yo disfrutaba especialmente acudiendo a la casa de MacAirt por la mañana; si Kevin

Hannaway y yo estábamos juntos, comprábamos bollos para el desayuno y preparábamos el té mientras MacAirt nos explicaba las aventuras de la noche anterior. MacAirt había mantenido una estrecha amistad con Liam McMillen. Y ahora ambos se habían distanciado con, a mi juicio, una gran tristeza por ambas partes.

En el curso de mi trabajo de organización en Ballymurphy conocí a Tom Cahill, hermano menor de Joe, y nos hicimos buenos amigos. Tom dirigía su pequeño negocio de reparto de productos lácteos y me consiguió un trabajo temporal cubriendo turnos en la lechería Kennedy de la avenida Tates. Ninguno de nosotros estaba subvencionado por nuestra completa dedicación a la causa republicana; tampoco esperábamos ninguna clase de subvención, y ello significaba que dependíamos completamente de nuestra familia y nuestros amigos. Puesto que yo carecía de ingresos, la buena acción de Tom supuso para mí una oportuna bendición.

La mayor parte del trabajo en la lechería de Kennedy se realizaba en una enorme habitación, fría y húmeda, llena de correas transportadoras, botellas tintineantes y tuberías sibilantes. La calidez, proximidad o jovialidad características del Duke brillaban aquí por su ausencia. Para mí era una experiencia absolutamente nueva y también terriblemente aburrida. Mi primer trabajo consistió en montar guardia en una de las correas transportadoras que acarreaba apretadas filas de botellas de leche sucias a través de las primeras etapas de un proceso de higiene y esterilización, y detectar aquellas botellas que estuviesen rotas, rajadas o que no hubiesen sido debidamente lavadas. En ocasione, la correa transportadora se doblaba por la mitad y enviaba trozos de cristal volando hacia todas partes. El ruido y las condiciones laborales limitaban notablemente la camaradería entre los trabajadores y existía una terrible competencia para conseguir horas extraordinarias, lo que me hacía recordar lo que había dicho mi padre cuando me sermoneaba por mi disgusto al ver que él tenía que trabajar en medio del barro.

Ahora Belfast había recuperado una suerte de normalidad, al menos en la superficie. El RUC era mantenido fuera de las áreas nacionalistas, pero el Ejército británico comenzaba a lanzar sus primeras y tentativas incursiones, moviéndose con cautela en dirección a los distritos más fuertes y conflictivos. Aún existía un ambiente de gran nerviosismo y, si bien ahora era posible acceder nuevamente al centro de la ciudad y los jóvenes habían reanudado sus visitas a salas de cine, bares y salas de baile, la mayoría regresaba rápidamente a sus propias zonas después del anochecer. Todos escuchaban subrepticiamente los mensajes del Ejército británico y las transmisiones del

RUC, que podían captarse en la mayoría de las radios, incluso en las que funcionaban a transistores, y había quienes disponían de escáneres para estas escuchas clandestinas. A menudo, toda la zona se veía invadida por innumerables rumores.

El número 11 de Divismore Park se alzaba directamente delante del puesto que el Ejército británico tenía en Henry Taggart, pero como se trataba de una casa adosada y con dos entradas, podíamos entrar y salir a nuestro antojo por Glenalina Road, fuera de la vista del Ejército británico. Los británicos habían organizado una discoteca en la guarnición e invitaban a las chicas del vecindario. Nosotros organizamos un piquete de vigilancia, formado principalmente por mujeres pertenecientes a nuestro *cumann* del Sinn Féin y, mientras organizábamos estos piquetes, conocí y me hice amigo de un grupo de mujeres activistas que tenían aproximadamente mi misma edad, entre las que se encontraban Colette McArdle, Dorothy Maguire y Marie Vallely. Nuestro propósito evidente era impedir a toda costa la colaboración con las fuerzas británicas y el éxito obtenido superó todas nuestras expectativas. Lo que había comenzado siendo un pacífico piquete femenino, se deterioró rápidamente hasta convertirse en duras batallas verbales entre los soldados británicos, que estaban exasperados por la protesta, y las mujeres locales, que estaban furiosas por la actitud de los soldados británicos. La idea de la discoteca fue abandonada rápidamente por los británicos, pero para nosotros había supuesto la primera oportunidad de manifestarnos públicamente contra las tropas británicas. Esta agitación de baja intensidad se prolongó durante la primavera de 1970.

En marzo, el comandante local del regimiento de Escoceses Reales del Ejército británico informó a un incrédulo Frank Cahill de que, a finales de ese mes, se realizaría un desfile de los partidarios de Orange que recorrería Springfield Road partiendo del barrio de New Barnsley.[37] Ningún desfile había recorrido esa ruta en los años precedentes y ahora, después de dieciocho meses de asesinatos y tensión, no era precisamente el mejor momento para promover un nuevo ejercicio de triunfalismo sectario. Como secretario de la Asociación de Arrendatarios de Ballymurphy y coordinador del centro de asistencia, Frank Cahill había trabajado duramente para impedir que los jóvenes católicos que habían sido testigos de los sucesivos desmanes y asesinatos se enfrentaran a sus contemporáneos de Orange en New Bransley. Y ahora Cahill asistía al fracaso de todos sus esfuerzos.

El desfile marcharía a tiro de piedra de Divismore Park y las negociaciones entabladas entre los residentes de Ballymurphy y los

partidarios de Orange acabaron en el acuerdo expreso de que no se interpretaría música alguna cuando el desfile atravesara Ballymurphy. El desfile se inició puntualmente y sin incidentes, pero cuando llegó a Springfield Road, la banda de música ignoró el acuerdo y comenzó a tocar una melodía claramente sectaria. Durante las protestas que siguieron a esta flagrante violación del acuerdo suscrito entre ambas partes, los soldados británicos de servicio atacaron a los habitantes de Ballymurphy y escoltaron a los manifestantes de Orange durante todo el recorrido del desfile. Entonces se desató un verdadero infierno. En Divismore Park la gente se liaba a golpes de puño con los soldados británicos, quienes respondían haciendo uso de sus porras y luego lanzando gas CS. El Ejército británico había asumido el papel del RUC como protector de las marchas triunfalistas, viéndole implicado en el primer gran enfrentamiento con los nacionalistas. Muchos de los que se habían mostrado ambivalentes en las actitudes hacia las tropas británicas, se manifestaban ahora de una manera definidamente hostil hacia ellas. Los duros enfrentamientos provocados por el desfile se prolongaron durante cuatro días, período en el cual el Ejército británico saturó el área con gas CS y empleó una violencia brutal en su esfuerzo por establecer una ocupación militar a gran escala del barrio.

La conducta del Ejército británico era realmente estúpida y actuaba como una fuerza de ocupación opresiva, entrenado como estaba, en el arte de la guerra más que en el de la vigilancia del orden público. El primer gran error que cometieron fue que inundaron toda la zona con el gas CS, afectando a todo el mundo y uniendo contra ellos a personas que ya se encontraban totalmente coordinadas para defender sus áreas y encargarse de los refugiados. Era un barrio que carecía de una base común, excepto por el hecho de que sus habitantes pertenecían, en líneas generales, al proletariado católico, tenían familias numerosas y algunos de ellos habían servido en el ejército.

Cuando las tropas británicas salían de su base en el Henry Taggart, despreciaban a la gente de Divismore Park, que se encontraba a un nivel inferior. Un soldado en particular se convirtió en objeto de un odio especial, porque formaba parte de una patrulla que había apresado a un alborotador. Este soldado acostumbraba a colocarse en medio de la calle y sostenía a su prisionero como si fuese un premio, mientras que los otros soldados se limitaban a moler a palos a los alborotadores para luego meterlos en los barracones. Pero cuando los soldados salían en patrullas para cazar a los alborotadores y se los llevaban, podían ser conducidos fácilmente a callejones

sin salida. Después de todo, no conocían la zona, pero nosotros habíamos crecido allí, moviéndonos diariamente y con facilidad por lugares ocultos y de difícil acceso.

Mi padre y Frank Cahill colocaron alambre de espino detrás de los soldados británicos cuando les atrajimos hacia Glenalina Road, de modo que quedaron atrapados. A menudo, los soldados británicos se encontraban en callejones sin salida en medio de un área determinada, tratando de encontrar alguna forma de escapar, y era entonces cuando debían hacer frente a sus mayores dificultades. Los residentes en esa zona, armados con palos, se enfrentaban a los soldados en encarnizados combates cuerpo a cuerpo, o bien una lluvia de piedras y botellas caía sobre ellos desde los terrados. En ocasiones, los soldados británicos abrían a patadas las puertas de las casas y la emprendían a golpes contra sus ocupantes, aunque no podían derrotar a toda la comunidad local.

Con esta política, el Ejército británico había generado en los residentes de Ballymurphy una voluntad y un anhelo de enfrentarse a la violencia de los soldados que ahora se pavoneaban por sus calles con escudos antidisturbios, porras, cascos y armas. Nadie era capaz de aceptar pasivamente que le echaran abajo la puerta de su casa a patadas y molieran a palos a su familia. Cuando la intervención militar en el vecindario se incrementó en frecuencia e intensidad, del mismo modo sus habitantes, por una elemental cuestión de dignidad personal, indignación y resistencia, organizaron cada vez más su propia respuesta a la presencia militar en sus barrios. La actitud y presencia de las tropas británicas constituían también un claro recordatorio de que éramos irlandeses, y se produjo un resurgimiento instantáneo de la conciencia nacional y una politización casi inmediata de la población local.

Las personas nacidas y criadas en Belfast Occidental se sentían profundamente agraviadas por el hecho de ver, en sus propias calles y en los lugares de recreo de sus hijos, a jóvenes armados y uniformados que se burlaban de ellos y les provocaban con los acentos de Londres, Glasgow y Birmingham. El empleo de regimientos escoceses, entre los que se detectaba un fuerte apoyo al fanatismo de Orange, garantizaba que las provocaciones y los abusos se dirigieran contra los residentes locales. Los nacionalistas de Belfast Occidental no eran más santos ni pacifistas que los habitantes de otros lugares, y durante la primavera de 1970 incluso algunos de sus elementos más moderados decidieron coger palos, piedras, botellas y cócteles molotov cuando los soldados británicos ocuparon sus calles.

Fue precisamente durante esta época, en abril de 1970, cuando el general Freeland, el oficial británico al mando en los Seis Condados, hizo una beligerante declaración en televisión en el sentido de que la luna de miel había terminado y de que, en el futuro, se dispararía a matar contra las personas que lanzaran cócteles molotov a las fuerzas británicas.

La estructura organizativa relativamente sofisticada que caracterizaba a Ballymurphy unió a la población del barrio en un formidable cuerpo de insurrectos. La red de la organización incluía comités callejeros, comités de mujeres, un Sinn Féin renovado, grupos de jóvenes, el comité de coordinación de ayuda, la asociación de arrendatarios y el comité de coordinación. De hecho, estábamos operando un sistema completo y orgánico de democracia local. Publicábamos un boletín de noticias y desarrollábamos «patrullas de gallinas», escuadrones de mujeres que se dedicaban a seguir a las patrullas británicas cuando entraban en la zona. También organizamos brigadas de «tapas de cacerolas» que advertían de la presencia de las tropas británicas haciendo un ruido considerable.

El mío era un papel que se mantenía en segundo plano, pero los británicos ya tenían apuntado mi nombre como subversivo local y concentraron una gran atención en nuestra casa de Divismore Park, aunque yo no vivía allí. Cuando bajaban la colina desde Henry Taggart, los soldados británicos gritaban mi nombre, y a la hora de comer, como una rutina regular, se acercaban a la puerta de nuestra casa y, en ocasiones, atravesaban el jardín delantero con sus vehículos Saracen hasta llegar a la puerta del recibidor.

La casa estaba sometida a constantes ataques. Lanzaban granadas de gas CS a su interior y los vecinos debían acudir a rescatar a los niños, envolviéndolos en mantas. La situación traumática de aquella época provocó en mi hermano menor, Dominic, trastornos en el habla. Después de los ataques con gas, nadie podía entrar en la casa durante varios días debido a la intensidad de las emanaciones, y cada vez que alguien levantaba una manta o un cojín, producía una pequeña nube de gas ácido y asfixiante.

Un día, agentes de Scotland Yard de paisano, con sus abrigos y sus sombreros de fieltro, vinieron a buscarme. Yo no estaba, pero les propinaron una buena paliza a los hombres que se encontraban en la casa. Mi hermana Anne estaba a punto de casarse y, al ver los regalos alineados contra una pared, los agentes de Scotland Yard insistieron en que habían sido robados. Uno de los detectives acabó aceptando la obvia evidencia de que se trataba de regalos de boda.

En otra ocasión, alguien arrojó una bomba incendiaria contra la casa desde uno de los Saracen y fue a impactar contra uno de los pilares del porche. Si la bomba hubiese penetrado a través de una de las ventanas, todos habrían muerto calcinados. Una vez mi hermana pequeña, Deirdre, regresaba del colmado con una caja de huevos y descubrió que no podía entrar en la casa porque todos estaban bajo arresto.

El obispo Philbin hizo una inusual visita a Ballymurphy para censurar a la gente por su participación en los tumultos. Yo fui a ver a Tess Cahill y le pregunté si era factible que un autobús lleno de mujeres fuese hasta la casa del obispo para hacerle saber lo que ellas sentían. Tal como se desarrollaron los acontecimientos, podríamos haber enviado toda una flota de autobuses a la casa del obispo Philbin. Y no se trataba de mujeres anticlericales y tampoco eran todas republicanas, pero en muy poco tiempo se organizó un numeroso piquete delante del palacio del obispo para protestar por lo que había dicho.

El 27 de junio se produjo una situación similar a los disturbios de Pascua: los protestantes volvieron a insistir en organizar un desfile por Springfield Road y, en esta ocasión, el conflicto alcanzó la intensidad de una batalla campal. Durante los disturbios, los habitantes locales obligaron al RUC a que abandonara de forma permanente sus barracones en Springfield Road y consiguieron expulsar temporalmente al Ejército británico de su base en el Henry Taggart Memorial Hall. Los *jeeps* capturados en la fortaleza eran enviados sin conductor contra las líneas británicas. Los tumultos continuaron de forma incesante día y noche.

Soldados profesionales, entrenados para matar, se encontraron enfrentados a hombres y mujeres que se parecían a sus propios padres, madres, hermanos y hermanas, y las mujeres les estaban derrotando con sus lenguas, gritándoles e insultándoles y, en ocasiones, golpeándoles. Después de un período particularmente intenso de luchas callejeras, recorrí Springfield Road hasta llegar al Hotel Alvarno, donde vi que la gente colocaba flores en los cañones de los fusiles de los jóvenes soldados británicos, quienes estaban sentados llorando, total y absolutamente destrozados. Aquella noche, el oficial al mando se pegó un tiro y, al día siguiente, los británicos retiraron a sus hombres y trajeron otros regimientos más duros. Siempre lamenté la muerte de aquel oficial.

A finales de junio de 1970, mi padre fue arrestado por las tropas británicas y recibió una terrible paliza cuando regresaba a nuestra casa en Divismore Park después de haber asistido al funeral de Hugh McAteer, un veterano militante republicano. Yo llegué al lugar de los hechos justo en el momento

en que a mi padre lo metían en una ambulancia. Su rostro era una máscara de sangre y un posterior examen en el hospital reveló una fina fractura de cráneo. Mi padre fue golpeado duramente en posteriores ocasiones y, en una de ellas, los paracaidistas le machacaron cuando salía de una misa de celebración del Corpus Christi en Springhill. En sus buenos tiempos, mi padre había sido un peleador duro, pequeño y correoso, y los británicos le molían a palos.

Nuestro Paddy también fue arrestado y acusado de grave alteración del orden público y Liam escapó por los pelos de las patrullas británicas en numerosas ocasiones.

Pero estaban sucediendo muchas cosas en un breve espacio de tiempo. Ese mismo día, el 27 de junio, cuando el desfile de Orange marchaba por Sprinfield Road, estallaron violentos disturbios en Ardoyne, justo después de que pasara otro desfile. En esa ocasión, el IRA estaba preparado y esperando y, en el intercambio de disparos, resultaron muertos tres de los atacantes. En Clonard también se produjo una acción defensiva del IRA contra un desfile de los partidarios de Orange. En ese lugar la tensión había ido aumentado cuando los trabajadores de Mackie’s, en el camino de ida y vuelta a su lugar de trabajo, profirieron insultos sectarios por la bomba que había estallado en Bombay Street y la gente que había muerto en la zona.

En el otro extremo de la ciudad, la muchedumbre unionista estaba lanzando un ataque coordinado con armas de fuego y cócteles molotov contra la iglesia católica de St Matthew, situada en la entrada del pequeño y aislado enclave católico de Ballymacarret. Cuando un parlamentario de la oposición exigió la presencia de tropas británicas para proteger el área, estas se negaron a acudir.

El IRA Provisional, en su acción más importante desde la ruptura, se enfrentó a los atacantes, quienes creían poder acabar rápidamente su misión con una nueva matanza de católicos aparentemente indefensos, y consiguieron rechazarles, obteniendo de paso una renovada credibilidad. Uno de los voluntarios, Henry Mcllhone, resultó muerto como consecuencia de los intensos combates, y Billy McKee quedó malherido. Los atacantes sufrieron dos bajas mortales.

En esa época mi vida era una verdadera locura. Permanecía despierto y alerta hasta el amanecer cada mañana y dormía en cualquier parte hasta el mediodía, porque todas las noches había alguna alarma o debíamos hacer alguna incursión. El viernes 3 de julio me encontraba en Clonard cuando llegaron noticias de que el Ejército británico estaba batiendo la zona de Falls con una gran concentración de tropas en toda el área, en lo que era la primera

ofensiva importante de las fuerzas británicas. A las 4:30 de la tarde comenzaron a buscar armas en Balkan Street, un área en la que la facción Goulding/McMillen se mantenía muy activa. Los soldados británicos encontraron un reducido número de armas, pero también se encontraron con la resistencia de los habitantes del vecindario, quienes temían quedar indefensos ante posteriores ataques de las milicias protestantes. En los tumultos que siguieron, un grupo de soldados británicos quedó atrapado en medio de una muchedumbre enfurecida y fueron lanzadas grandes cantidades de gas CS. Entonces 3000 soldados llegaron a la zona en *jeeps* y Land Rover, con el apoyo de helicópteros que sobrevolaban el área en conflicto.

El general Freeland cerró un área de aproximadamente cincuenta calles en la parte baja de Falls, flanqueadas por casas estrechamente apiñadas. Desde los helicópteros que rozaban los terrados, los altavoces emitían mensajes de guerra, declarando un toque de queda que confinaba a los residentes de la zona en sus domicilios por un período indefinido, mientras miles de soldados furiosos patrullaban las calles.

Las tropas de Freeland atacaron, disparando miles de balas en las estrechas callejuelas del vecindario y matando a un civil, de unos 50 años, en la puerta de su casa de Falls Road. Las balas británicas también hirieron gravemente a un sexagenario cerca de su casa en Marchioness Street; el pobre hombre murió una semana más tarde. Dispararon y mataron a un fotógrafo inglés-polaco de poco más de 20 años, que había llegado de Londres y estaba de visita en la ciudad, y un hombre de unos 30 años resultó muerto al ser atropellado deliberadamente por un carro blindado. Docenas de personas resultaron heridas de diversa consideración como consecuencia del asalto de las tropas británicas a esa zona de la ciudad.

Durante 36 horas, las tropas británicas mantuvieron toda el área bajo una férrea ocupación militar y sometida al toque de queda, al tiempo que realizaban registros casa por casa. Derribaron puertas golpeándolas con hachas y con las culatas de los fusiles; arrancaron chimeneas, levantaron suelos y destrozaron cocinas, paredes, techos y estatuas religiosas. Trescientas personas fueron arrestadas. En total, se encontraron 52 pistolas, 35 fusiles, 6 pistolas automáticas y 250 piezas de munición para armas cortas y largas, una cantidad que, dentro del contexto general, significó un botín de escasa importancia. Mientras tanto, de un total de 107 000 armas registradas en los Seis Condados, el 80 % estaba en manos de los unionistas.

El bloqueo militar fue levantado por una marcha de mujeres, organizada por los republicanos y encabezada por Maire Drumm[38] del Sinn Féin, que

obligó a que los soldados británicos se apartasen mientras avanzaban a través del bloqueo militar llevando leche y alimentos para los sitiados. Cuando estas mujeres llevaron a Ballymurphy, Andersonstown y Turf Lodge las noticias de la violencia que habían sufrido los habitantes de la zona baja de Falls, se organizó espontáneamente una segunda marcha. Aquella misma tarde, una enorme marea de 3000 mujeres se dirigió hacia el área de Leeson Street y obligó finalmente al Ejército ingles a dejar sin efecto el toque de queda sin haber completado la búsqueda de armas en la zona. Además, muchas de las mujeres que integraban la marcha habían llevado distintos recipientes, en cuyo interior pudieron sacar subrepticiamente una gran cantidad de armas. La facción Goulding tenía en la zona la mayoría de sus depósitos provisionales de armamento, y ahora esas armas acabaron en manos de los «Provos».[39]

El toque de queda era una medida absolutamente ilegal y, sin embargo, ningún miembro del Ejército británico fue acusado jamás de ello, y tampoco se hizo ningún intento de llevar a juicio a los responsables de las muertes provocadas durante el asalto de las fuerzas británicas.

Aquella noche se produjo en Andersonstown un nuevo y violento enfrentamiento para distraer la atención de la zona de Falls. El intenso intercambio de disparos con el Ejército británico fue en realidad una operación bastante chapucera, si bien constituyó la primera acción en la que el Ejército británico era atacado por el IRA. Hubo también un intento de atacarles en Ballymurphy, pero los británicos retiraron sus patrullas para evitar que la situación se prolongara y la acción finalmente fue abortada.

Para muchos católicos de la zona de Falls el toque de queda era un momento crucial en su actitud ante el Gobierno británico y sus tropas, y el hecho de que, inmediatamente después de esta «violación de Falls», el Ejército británico trajese a dos políticos unionistas en la parte trasera de un Land Rover en una visita triunfal del área devastada, fue considerado como un acto insultante y una provocación.

Aproximadamente un año después de que las matanzas de agosto hubiesen traumatizado a toda la población nacionalista, cualquier esperanza que alguien pudiera haber albergado de que el Ejército británico sería una fuerza menos brutal que los hombres del RUC se habían evaporado. El toque de queda se había decretado en parte como una operación de búsqueda de armas y fundamentalmente como un ejercicio de intimidación militar sobre toda una comunidad; pero aunque el gobierno jamás había mostrado el más mínimo respeto hacia ella, esta era una comunidad con un arraigado sentido de la dignidad y no tenía ninguna intención de someterse. Al margen de sus

ideas políticas, el sentido de la justicia y el juego limpio de la gente había sido ultrajado. Miles de personas que jamás habían sido republicanas prestaban ahora un apoyo activo al IRA; otros que jamás habían apoyado la fuerza física la aceptaban ahora como una necesidad práctica.

En aquella época se introdujo una sentencia obligatoria de seis meses por «alteración del orden público», que incluía estar presente en un disturbio aunque no se participara del mismo. El 1 de agosto, Frank Gogarty, de la NICRA, fue una de las primeras víctimas de esta nueva ley.

En julio de 1970, 1500 refugiados huyeron a través de la frontera como consecuencia de las matanzas causadas por los lealistas. No era que los católicos fuesen completamente inocentes de actos violentos contra los protestantes, pero no existía ninguna amenaza real para los habitantes protestantes de las calles o los barrios; no se organizaban matanzas contra ellos. De hecho, las familias protestantes habían vivido en Ballymurphy mientras se producían todos estos problemas, siendo miembros apreciados y bienvenidos en su comunidad local. Sin embargo, a los políticos lealistas les convenía sugerir que los protestantes corrían un peligro inminente de que les quemaran las casas y los expulsaran de sus barrios como había sucedido con las familias católicas en Bombay Street y otras calles.

En New Barnsley intervinieron los partidarios de Paisley, los mismos que habían intervenido anteriormente para poner fin a la acción conjunta de católicos y protestantes para la instalación de barreras de seguridad en las calles. Ahora intentaban convencer a los protestantes de New Barnsley de que estaban a punto de ser atacados por los católicos y traían camiones para ayudarles en lo que pronto se convirtió en una evacuación a gran escala.

Por tanto, nosotros pasamos a ser los reacios herederos de todo un vecindario. Una mañana muy tranquila, mientras recorría distintos lugares, era realmente extraño ver las calles vacías pintadas de rojo, blanco y azul. Algunas ventanas estaban abiertas y las cortinas flameaban en el exterior. Unos cuantos gatos me miraron con cautela.

Entonces descubrimos que algunas casas habían sido convertidas en verdaderas trampas explosivas, con las espitas del gas abiertas y velas ardiendo en los desvanes de algunas de ellas, mientras que en otras se habían dejado botellas de líquido inflamable encima de las chimeneas. Otras estaban inundadas porque habían dejado todos los grifos abiertos. Tuvimos que comprobar todas y cada una de las casas, en muchas de las cuales quedaban aún efectos personales que atestiguaban que quien había vivido allí estaba pocas horas antes.

Decidimos que utilizaríamos todas esas viviendas abandonadas para dar alojamiento a los refugiados que aún vivían en casas de la gente o en los chalés de Whiterock Road. Algunos de los que habían huido inicialmente hacia los Veintiséis Condados, ya habían regresado. Convocamos una reunión en el colegio St Thomas y, de un modo muy democrático, las casas fueron asignadas en función de las necesidades de la gente.

Yo dirigí la reunión, pidiéndole a todo el mundo que ayudara a asignar las casas de una manera justa. Les dije:

—No queremos hacerle el trabajo al Consorcio de la Vivienda. Si podéis resolver esta cuestión entre vosotros será mejor para todos. Vayamos a ello y si hay algún problema trataremos de resolverlo, pero nosotros preferiríamos que lo arreglarais entre vosotros. Todos estamos en el mismo barco.

Como muestra de reconocimiento a la gente que participó en aquellas decisiones, debo decir que aquel discurso puso fin a la intervención del Sinn Féin. La gente no nos necesitaba a nosotros para hacer aquello que podía hacer sin ayuda de nadie.

Cuando se intensificó la lucha entre los habitantes de Ballymurphy y el Ejército británico, buscamos la mejor forma de anticipar cómo actuarían. Uno de los vecinos, que había servido en el Ejército británico en Aden, nos advirtió que los británicos eran propensos a comenzar a disparar en cualquier momento. Nos dijo que sacarían a la calle un escuadrón de soldados formados en cuadros con fusileros y tendrían una bandera y un megáfono; un oficial anunciaría, hablando primero en inglés y luego en el idioma de los nativos, que los disturbios se habían terminado y que abrirían fuego si la multitud no se dispersaba de inmediato. Luego el oficial escogería a distintas personas entre los manifestantes y les diría que disparasen contra aquella persona de la camisa roja, etc. Finalmente, las cosas sucedieron exactamente como nuestro veterano nos había advertido. Pero cuando el oficial británico se adelantó para decirnos que los disturbios se habían terminado, Herbó Gibson, que había conseguido hacerse con un megáfono del Ejército británico, provocó la carcajada general de los asistentes cuando se adelantó y contestó, en el más puro y duro acento utilizado por los oficiales británicos.

—¡Dispersaos o comenzaremos a lanzarles piedras!

Herbó siempre estaba presente en los disturbios más violentos, al igual que su perro Bo. Verdadero rebelde y orgulloso mestizo de Ballymurphy, Bo atacaba a los soldados británicos apenas les veía y continuaba hostigándoles sin importarle las patadas y golpes que recibía. En ocasiones cogía las piedras que les arrojaban a los británicos y las devolvía a las filas nacionalistas.

Un día, en Divismore Park, en medio de unos violentos disturbios, alguien lanzó una bomba de clavos que fue a aterrizar cerca de un batallón antidisturbios británico. Bo, comprometido como siempre en la lucha callejera, descubrió la bomba, la cogió entre los dientes y regresó corriendo hacia donde estaba Herbó, agitando la cola con alegría.

La multitud se dispersó como por arte de magia, saltando por encima de vallas y setos, mientras Herbó, con el perro en los talones, salió disparado hacia Glenalina Road sin dejar de gritar:

—¡Suéltala, Bo! ¡Suéltala!

El pobre Bo no soltó la bomba y aquella misma noche fue enterrado en el jardín trasero de Herbó, con los niños del barrio formando una guardia de honor para el héroe caído, mientras el propio Herbó entonaba las estrofas de Last Post.

Aunque parezca increíble, los británicos exhumaron más tarde su cadáver para practicarle pruebas forenses.

Había momentos en los que Ballymurphy podía convertirse en un lugar absolutamente surrealista. Una noche, mientras los británicos dirigían sus potentes reflectores hacia Divismore Park, cerca de nuestra casa, dos tipos comenzaron a bailar bajo el haz de luz con los rostros pintados de negro al tiempo que cantaban *¿Are You From Dixie?*

En numerosas ocasiones, y para deleite de la gente, los manifestantes atacaron a las fuerzas antidisturbios británicas con botes de gas CS. A pesar de que los disturbios eran mortalmente serios, en ellos también había un elemento de competición, y cuando los rebeldes se apuntaban un tanto toda la comunidad aplaudía. En cada disturbio había un contingente de espectadores, especialmente en Divismore Park.

En este contexto se llegó a un nuevo punto crucial cuando el ejercito británico mató a tiros a Danny O'Hagan, de 19 años, durante un pequeño disturbio producido en New Lodge Road el 31 de julio. Aquella noche, cuando el escuadrón antidisturbios formó delante del Taggart, una enorme multitud marchó hacia los tiradores en protesta por el asesinato de O'Hagan. El oficial al mando estaba sumamente nervioso y les gritaba a sus fusileros que cargaran las armas. Barney McLoughlin, uno de nuestros veteranos activistas, se abrió la camisa, esparciendo los botones por la calle, y ofreció su pecho desnudo ante las bocas de los fusiles.

—¡Venga! —gritó—. ¡Dadnos otro jodido Sharpeville![40]

Era evidente que los soldados comenzarían a disparar; después de todo habían sido entrenados para ello. Por su parte, estos soldados, jóvenes en su

inmensa mayoría, que se habían unido al Ejército británico por innumerables razones, ninguna de las cuales tenía nada que ver, seguramente, con el deseo de quedarse varado en un cuartel fortificado de Belfast en medio de una comunidad hostil, deben haber experimentado una mezcla de frustración, confusión, ira y aburrimiento.

Para la gente de mi generación en Belfast Occidental, el asesinato de Danny O'Hagan fue la espantosa confirmación de que lo que había comenzado como una pacífica campaña por los derechos civiles se había convertido ahora en una violenta confrontación entre las fuerzas armadas y la gente corriente. La experiencia de las matanzas había sido muy traumática en sí misma, pero ahora el Ejército británico se estaba comportando como una potencia colonial conquistadora. Los disturbios habían expresado una firme oposición física al comportamiento arrogante de los soldados, pero se habían parado en seco antes de llegar una confrontación militar total. Ahora, no obstante, daba la impresión de que nos dirigíamos de forma inexorable hacia la guerra. La amargura por la violencia con que habían sido recibidas nuestras demandas de justicia se había cristalizado para muchos en la muerte de nuestro joven compañero, y una determinación inflexible anidó en muchos corazones, la sensación de que si era guerra lo que estaban buscando, sería guerra lo que los británicos encontrarían.

Los republicanos locales se implicaron en los disturbios de la zona de Ballymurphy, que se prolongaron durante varios meses, de forma muy consciente y deliberada, en un intento de crear una situación de conflicto popular con las fuerzas de ocupación británicas. Por otro lado, el mando republicano estaba contra esta situación y envió a un grupo para que cesaran los disturbios, y estos miembros del IRA llegados de otra parte fueron expulsados de Springhill por los jóvenes, quienes se sentían agraviados por su presencia. Sin embargo, a medida que la lucha continuaba, los activistas locales descubríamos que los británicos estaban furiosos por la frustración que les producía su incapacidad para reprimir los disturbios y, en lugar de retirarse y dejar que la violencia amainara, recorrían agresivamente las calles buscando problemas, buscando enarbolar su bandera de un modo clásicamente machista y militar. Como estaban fuertemente armados y los alborotadores no lo estaban, temíamos el resultado de los enfrentamientos y sabíamos que debíamos alejar a los alborotadores de las calles antes de que las víctimas se multiplicaran.

La dirección del IRA Provisional se oponía a los disturbios callejeros porque no querían verse envueltos en un conflicto armado. Hacia mediados de

1970 habían conseguido reunir un buen número de voluntarios con cierto grado de entrenamiento y capacidad militar. Luego, después del toque de queda en Falls Road en julio de 1970, el reclutamiento había sido masivo. Pero los republicanos aún se enfrentaban a una gran escasez de armas. Al principio se dispuso de viejos y baratos fusiles Springfield y Lee Enfield, que se conseguían sin mayores dificultades en los Estados Unidos. Estas armas aumentaron la capacidad defensiva del IRA, pero aún no estaban preparados para enfrentarse al Ejército británico.

El ritmo de los acontecimientos se marcaba en las calles, donde los disturbios continuaban a pesar del encarcelamiento de muchos jóvenes nacionalistas con sentencias de seis meses. Los políticos de la oposición eran conscientes de que apenas tenían impacto en la situación y no se les concedía mayor relevancia en el curso de los acontecimientos. Los hombres de negocios, los líderes políticos del sur y el Gobierno de Dublín estaban muy preocupados por una situación que estaba escapando a todo control y, a finales de agosto, asistieron al nacimiento de un nuevo partido, el Partido Socialdemócrata y Laborista (SDLP). Este nuevo partido reunió a un amplio abanico de personas, tres de las cuales habían sido elegidas como independientes, una como miembro del Partido Laborista de Irlanda del Norte, otra como nacionalista y otra como laborista republicano. Incluyendo a John Hume, Paddy Devlin y Austin Carrie en sus filas, nombraron a Gerry Fitt como líder, y un par de meses más tarde consiguieron que se les uniera el Partido Nacional Demócrata.

Paradójicamente, la lucha callejera en Ballymurphy no les convenía ni a la dirección del IRA ni al Ejército británico, y los estamentos jerárquicos de ambos querían detenerla a toda costa. A finales de enero, un alto oficial del Ejército británico solicitó una reunión con Liam Hannaway para discutir esta cuestión. El Ejército británico y algunos republicanos de alto rango autorizados por la dirección nacional mantuvieron discusiones confidenciales, y llegaron al acuerdo de que si los británicos permanecían fuera de la zona de Ballymurphy, los republicanos suprimirían los tumultos callejeros. Y de esta manera, después de varios meses de disturbios, los republicanos locales nos pusimos en contacto con algunas de las personas clave que participaban en los disturbios y conseguimos que la situación se calmara.

También se acordó con los británicos que no habría ninguna actividad del RUC o de los soldados británicos en Clonard, donde se desarrollaban las conversaciones, mientras estas tuviesen lugar. Sin embargo, Ian Paisley reveló la existencia de este acuerdo y, el 3 de febrero, el Ejército británico,

por razones de conveniencia política, rompió el acuerdo y lanzó una invasión sobre Clonard a cargo del regimiento del Second Royal Anglians. Después de proceder a violentos allanamientos casa por casa, los soldados permanecieron en la zona, provocando disturbios con su conducta violenta y opresiva y, a la hora de comer, se les unieron los trabajadores lealistas de la fábrica de Mackie's, quienes se mezclaron con los soldados y lanzaron tornillos, cojinetes y otros misiles contra la población local. Al caer la tarde, el Ejército británico ahuyentó a los vecinos de las calles lanzando sus jeeps a toda velocidad y asaltando a la gente de forma indiscriminada.

Los disturbios continuaron durante dos días y dos noches como respuesta a la violenta intervención de los soldados británicos. Aunque todo el ejercicio había sido organizado para apaciguar los ánimos de Paisley y los unionistas, estos continuaron con sus quejas, afirmando que el Ejército británico no tenía la menor idea de dónde estaban los provisionales. Un portavoz militar anunció entonces por televisión los nombres de cinco republicanos, incluyendo a Liam Hannaway y su hijo, mi primo Kevin, sin mencionar el hecho de que con algunos de ellos habían discutido el fin de la violencia en Ballymurphy.

Las esperanzas de que la situación en Belfast pudiera ser calmada mediante un acuerdo establecido entre los republicanos y los militares británicos, habían sido sacrificadas por los británicos en el altar de la conveniencia política, apaciguando a los unionistas. El día siguiente de la alocución por televisión, el IRA mató a un soldado británico, la primera baja sufrida por el Ejército británico y, al día siguiente, el primer ministro Chichester-Clark anunció que «Irlanda del Norte está en guerra con los provisionales del IRA».

En noviembre murió mi abuela Adams. Yo me encontraba en Whiterock cuando recibí la noticia. La había visto muy poco en los últimos meses. Incluso cuando llamaba por teléfono a su casa, y lo había hecho en contadas ocasiones desde agosto de 1969, solo hablaba pocos minutos con ella. Mi abuela siempre estaba en buena forma y tal vez yo pensaba que viviría para siempre; o tal vez simplemente no lo pensaba. Ella siempre había estado allí cuando yo la necesitaba.

Para su funeral llegaron Adams de todas partes, de Dublín, de Canadá y de todo Belfast. Los vecinos de Abercorn Street organizaron el velatorio. El día del funeral se demoró el traslado de los restos de la abuela para permitir que pudieran asistir mis tíos Seán y Francis, que habían volado desde Toronto con la tía Rita y mis primos canadienses. El entierro, celebrado en el

cementerio de Milltown, fue particularmente emotivo y mi tío Francis estaba muy afectado. Yo me sentía un poco apartado de la congoja general. Mi cabeza estaba llena de la abuela Adams, de pensamientos felices y bellos recuerdos de una mujer maravillosa.

Una vez concluido el funeral, nuestro clan canadiense se quedó una breve temporada, dividiendo sus días entre Divismore Park y el resto de la familia.

En aquellos días el consejo militar de los Provos había regularizado la posición del IRA. En noviembre, una declaración anunció que el consejo y el ejecutivo militar del IRA Provisional habían cesado en sus funciones y que una convención militar, celebrada de acuerdo con la constitución del IRA, había elegido un consejo y un ejecutivo regulares. Aunque esta nueva situación supuso el fin de la fase «provisional», el título se conservó y fue utilizado especialmente por los medios de comunicación para diferenciarlo del IRA de la facción de Goulding, a la que se referían como los Oficiales. En aquella época, ambas facciones participaban en acciones armadas, si bien los Provisionales eran mucho más activos. (Por cierto, a mí siempre me disgustó la descripción del IRA o el Sinn Féin como Provisionales o Provos).

Después de la división, surgieron numerosas disputas de la propia existencia de grupos republicanos armados rivales, y la primera víctima se produjo el 8 de marzo de 1971 cuando Charlie Hughes resultó muerto. En la zona de Falls, en Ballymurphy y en Markets se habían producido algunas fricciones entre ambos grupos; la mayoría de ellas se produjeron simplemente cuando grupos o individuos rivales se encontraban y se intercambiaban palabras muy duras. En la zona de Falls se produjo un incidente en el que un grupo de personas simpatizantes de los Oficiales intentó desalojar a aquellos cuyas familias estaban comprometidas con los Provos, lo que llevó a que salieran a relucir las armas y se produjo un tiroteo. Charlie murió de un disparo y otra persona resultó herida cuando llegaba desde una casa en Cyprus Street. Tom Cahill fue gravemente herido mientras realizaba su ronda distribuyendo leche pocas horas después de que yo le hubiese dejado en su casa. Los incidentes armados se sucedieron y, en uno de ellos, un joven llamado McGuinness resultó herido con su propia arma en un confuso episodio con dos activistas locales. Permaneció en el hospital durante bastante tiempo hasta que murió. Muchas personas se sintieron profundamente afectadas por sentimientos encontrados a causa de estos incidentes. Proinsias MacAirt, por ejemplo, estaba muy unido social y personalmente tanto a Billy McMillen, el principal dirigente de los Oficiales, como a Charlie Hughes de los Provos. Por mi parte, Tom Cahill y yo éramos grandes amigos y yo estaba

furioso por el desarrollo de unos acontecimientos que habían hecho que Tom fuese tiroteado de forma deliberada. Mi hermana, sin embargo, estaba con los Oficiales. MacAirt sugirió que yo podía ayudar a superar esas diferencias, y me encontré asistiendo a una reunión entre Billy McMillen y Billy McKee, durante la cual se llegó a una especie de acuerdo.

Los Oficiales aún estaban en campaña, pero el IRA Provisional pasó rápidamente de una situación principalmente defensiva a una ofensiva sustancial contra la presencia de las fuerzas británicas y el régimen de Stormont en todas sus formas. Ciertamente la capacidad del IRA se incrementó de una forma tan notable que, hacia mediados de 1971, sus miembros fueron capaces de realizar 125 atentados con bombas en solo dos meses. Brian Faulkner ocupó su cargo de primer ministro a finales de marzo y, en mayo, dio carta blanca al Ejército británico para disparar «con resultado» sobre cualquier persona que actuara «sospechosamente»; pero equilibró políticamente esta situación en junio al ofrecer puestos en los comités de Stormont al SDLP, cuya entusiasta respuesta sugería que Faulkner podría tener éxito en su intento de incorporar a la clase media católica a sus planes.

El Ejército británico podía ahora abrir fuego «a voluntad», en su propia jerga, «sobre varones en edad militar». Esas eran al menos las instrucciones dadas a sus soldados, cualesquiera que fuesen las sutilezas de la cuestión incluidas en la ley civil o establecidas en las regulaciones militares. El objetivo era claro: aterrorizar a la comunidad local mediante el asesinato de cualquier persona que «actuara sospechosamente» en el vecindario o como consecuencia de una operación del IRA, especialmente una dirigida contra el Ejército británico. Ese era el mensaje enviado a las comunidades locales después de que los británicos mataran a gente obviamente inocente.

—Decidle al IRA que pare —decían— y nosotros también lo haremos.

El 8 de julio de 1971, el Ejército británico mato a Seamus Cusak y Desmond Beattie en Derry; ambos eran católicos y estaban desarmados. Las muertes de estas primeras víctimas de disparos «con resultado» señalaron un punto de inflexión. El Sinn Féin convocó una concentración masiva en Derry en la cual hablaron Ruairí Ó Bradaigh, su presidente, y Maire Drumm, su vicepresidenta. La Derry nacionalista estaba en plena revuelta mientras se formaban colas para unirse al IRA. El SDLP se había asociado al régimen al haber aceptado participar en su sistema de comités, y ahora sus constituyentes se arriesgaban a perder toda credibilidad. El 15 de julio el SDLP se retiró del Gobierno de Stormont. Lo que había sido fundamentalmente una batalla entre

nacionalistas sitiados y la Administración de Stormont por la igualdad de derechos era ahora una batalla entre nacionalistas sitiados y el *establishment* británico.

7

La búsqueda de una victoria militar por parte de las fuerzas británicas y unionistas se intensificó notablemente. En el amanecer del 23 de julio de 1971 casi 2000 soldados llevaron a cabo allanamientos en las casas donde vivían presuntos republicanos; se trataba de un ensayo previo al internamiento.

Kevin Hannaway y yo nos encontrábamos en una casa en Panton Street, en la zona de Falls. Ante el cariz que estaban tomando los acontecimientos decidimos escapar a las cuatro de la mañana a través de otra casa y, cuando nos alejábamos, fuimos detenidos por cuatro soldados británicos que cumplían misiones de vigilancia en Merrion Street. Llegaron más soldados y un oficial superior, que blandiendo una pistola Browning la apoyó en mi cabeza.

Kevin Hannaway estaba cubierto por un soldado que llevaba un fusil y mi amigo parecía decidido a presentar batalla.

—¡Si no quitas ese fusil de mi cara —dijo—, te lo meteré por el culo!

Ahora la calle estaba prácticamente llena de soldados británicos y yo no quería tener problemas.

—Escucha lo que está diciendo. Como puedes ver, te tenemos rodeado —le dije al soldado que apuntaba a Kevin, tratando de que mi amigo cerrara la boca.

Los británicos nos dieron algunos golpes y nos amenazaron. Las ventanas de las casas de los alrededores comenzaban a iluminarse y la gente se asomaba a ver qué estaba pasando.

Kevin y yo estábamos convencidos de que nos arrestarían pero, para nuestra gran sorpresa, dejaron que nos marchásemos. Cuando dimos vuelta a la esquina echamos a correr como locos.

—Estoy seguro de que no habrá internación —dijo Kevin cuando nos pusimos a salvo en el interior de una casa.

—Kevin —le dije—, definitivamente habrá internación.

El 6 de agosto el número de efectivos del Ejército británico (con la excepción del Regimiento de Defensa del Ulster) aumentó a 11 900 hombres.

Alguien nos confirmó que el internamiento comenzaría a aplicarse pocos días más tarde. El 8 de agosto, Kevin y yo recorrimos la zona avisando a la gente que permaneciera alejada de los lugares que solían frecuentar.

En la madrugada del 9 de agosto, Kevin y yo nos separamos y fui a dormir un rato a una casa en Springhill.

Me desperté a las cuatro de la mañana al oír gente que corría y gritaba «¡Ha llegado el internamiento!». Esa expresión me resultaba muy extraña, como si el internamiento fuese una persona que hubiera llegado de visita. Antes de que pudiera vestirme llegó un grupo de mujeres activistas locales, entre las que se encontraba Colette McArdle. Yo llevaba unos calzoncillos adornados con la cara de Paisley y ello suscitó algunos comentarios jocosos a pesar de las circunstancias. Salí de la casa y me dirigí a Springhill Avenue, desde donde pude ver claramente el despliegue de los soldados británicos. Al otro lado del río se veía nuestra casa, de donde se llevaron a mi padre aquella noche. También se llevaron a mi hermano Liam. En el cuartel de Girdwood comprendieron que Liam era demasiado joven, de modo que lo metieron en un Land Rover y lo arrojaron lejos de la zona nacionalista de Belfast Occidental.

Ahora toda la zona se encontraba en estado de insurrección. Los británicos se habían visto obligados a retirarse hacia los suburbios, principalmente a lo largo de Springfield Road y hacia su cuartel en el Taggart Memorial Hall. También había combates en Whiterock Road en McRory Park. En la parte alta de Springhill Avenue se libraba una batalla campal y la gente había avanzado desde Ballymurphy hacia el cuartel de Henry Taggart, adonde habían sido llevados inicialmente muchos de los detenidos en los primeros allanamientos y donde estaban siendo brutalmente golpeados. Todo lo que caía en las manos de los manifestantes era lanzado contra el cuartel. Los soldados británicos respondían con balas de goma y, más tarde, con balas de plomo.

Entretanto, las masas lealistas se congregaron en Springmartin y comenzaron a burlarse de la gente de Ballymurphy y Springhill cantando «¿adonde ha ido tu papá?», imitando una canción popular de la época. Luego comenzaron a lanzar piedras contra las casas de los católicos que se alzaban debajo de ellos en Springfield Park. El padre Hugh Mullan, el sacerdote local de treinta y siete años, intervino para impedir que los jóvenes nacionalistas respondieran a las provocaciones y llamó por teléfono al RUC y al Ejército británico. Después de varias horas de una lluvia de piedras y botellas sobre las casas de las familias católicas, el padre Mullan avanzó hacia la colina de

Springmartin para pedirles a los lealistas que tuvieran un poco de consideración hacia los niños de Springfield Park; su respuesta fue gritarle, ¡que te jodan, cabrón feniano!.

Cuando se intensificó la lluvia de proyectiles, los residentes de otras partes de Ballymurphy se reunieron en Springfield Park para apoyar a sus vecinos y, durante un par de horas se libró una impresionante batalla campal con lanzamiento de toda clase de objetos.

Cuando alguien abrió fuego desde Springmartin, el IRA respondió disparando desde unos pisos de la zona de Moyard. Los soldados británicos abrieron fuego de inmediato sobre Ballymurphy desde el Henry Taggart y luego se trasladaron a Springmartin para apoyar a los pistoleros lealistas que disparaban hacia Moyard y Ballymurphy. Los residentes de Springfield Park abandonaron sus casas por las puertas traseras y se dirigieron al centro comunitario de Moyard, mientras los niños eran guiados por los adultos a través de una zona de campo abierto delante de la casa del padre Mullan.

En el apogeo de la batalla, Colette y Maureen McGuinness consiguieron llegar al número 11 de Divismore Park para ver cómo se encontraba mi madre. Los soldados del Regimiento de Paracaidistas habían destrozado la casa, y debido a la intensidad de los combates que se desarrollaban en las calles y al estado en que había quedado la casa, mi madre se estaba preparando para evacuar a mis hermanos más pequeños. Todos estaban conmocionados por el salvaje allanamiento de la casa y el arresto de mi padre y Liam; mi madre también estaba muy preocupada por mí y Paddy y también por nuestros amigos. Ella, Colette y Maureen cogieron en brazos a los más pequeños y abandonaron la casa. Mientras se alejaban se produjo un recrudecimiento del tiroteo con armas pesadas.

—¡Jesús, María y José! —exclamó mi madre.

Esa fue la última vez que mi madre estuvo en la casa de Divismore Park.

Cuando la familia intentó regresar más tarde, el número 11 de Divismore Park estaba ocupada por los paracaidistas. Cuando finalmente se marcharon, la casa era inhabitable. Los británicos habían entrado repetidamente en la casa con un vehículo blindado. En el interior, no solo habían destrozado los muebles y los sanitarios, sino también efectos personales, documentos y fotografías familiares. Los techos habían sido arrancados. La división que había levantado mi padre con tanto sacrificio y otras puertas habían sido aplastadas. Las camas estaban llenas de orina y excrementos, como también la ropa de los armarios.

Años antes, mi madre había colocado objetos de adorno en la repisa de la chimenea y también encima del televisor. En general se trataba de pequeños regalos que había recibido, principalmente de nosotros, sus hijos. Como era de esperar en una familia numerosa y bulliciosa como la nuestra, estos objetos se caían y se rompían de vez en cuando. Rotos y desconchados llegaban a manos de mi padre para que intentase repararlos. Hasta que un día, mientras los reparaba y en un momento de inspiración, mi padre había pegado los objetos a la repisa de la chimenea y a la parte superior del televisor.

—Ya no volverán a romperlos, Annie —le dijo a mi madre.

Poco tiempo después mi madre se sintió avergonzada cuando, al averiarse el televisor, tuvieron que llevárselo con todos los adornos pegados. Ahora, años más tarde, esa era una de las imágenes que Colette conservaba en su memoria mientras contemplaba lo que había quedado de la casa. Entre todas las demás muestras de destrucción, en la repisa de la chimenea solamente quedaban los restos pegados de los adornos, pero en el televisor, que estaba en el suelo junto a un montón de desechos, aún se veían las figuras intactas pegadas en el borde superior.

En otras zonas también había graves problemas. Los lealistas aprovecharon la confusión provocada por los allanamientos y arrestos para lanzar un asalto con francotiradores sobre la zona de Ardoyne, pero los efectivos del IRA repelieron el ataque. La lucha era violenta en Belfast, pero también había graves enfrentamientos en Derry, Newry, Armagh, Lurgan y Strabane. Ahora los residentes se unían más que nunca a las unidades del IRA. Los británicos usaban vehículos blindados y topadoras para derribar las barricadas y la gente volcaba vehículos y los incendiaba para construir nuevas barreras.

Convocamos una reunión con los activistas de Belfast Occidental, pero antes me dirigí a Ballymurphy, bajé a través de Whiterock, atravesé Falls Road y Beechmount, recorrí el bajo Wack, como llamábamos al extremo inferior de Falls Road, subí hacia Clonard y luego regresé hacia Andersonstown. Era como ser espectador de algo de lo que formabas parte. Cuando atravesé Whiterock comprobé que los británicos habían intentado utilizar una topadora para destruir una barricada y habían matado a un hombre.

Encontré a un grupo de republicanos en Beechmount y me dijeron que no era seguro caminar por esa zona, de modo que me consiguieron un conductor y un coche Morris Minor, que dejamos aparcado en la calle mientras entrábamos en una de las casas. Cuando salimos de la casa vimos que los

residentes habían levantado barricadas a ambos extremos de la calle, de modo que nuestro coche era inútil. Fui andando hasta Leeson Street. Allí encontré a algunos elementos del IRA oficial y me quedé unos minutos hablando con ellos antes de continuar mi camino hacia la casa de Kevin Hannaway. Ante mi consternación, cuando llegué a la casa me enteré de que Kevin había sido arrestado; la casa había sido arrasada.

La política de internación fue puesta en marcha bajo los considerandos de la Sección 12 de la Ley de Poderes Especiales, que permitía que las personas permanecieran detenidas sin cargos durante tiempo indefinido y bajo la autoridad de Brian Faulkner, primer ministro del Estado del norte. Faulkner anunció que «el principal objetivo de las actuales operaciones es el Ejército Republicano Irlandés». Pero también incluyó de forma deliberada a los activistas políticos antiunionistas que desarrollaban su militancia a través de medios absolutamente pacíficos: personas, como dijo Faulkner, «que hubiesen convocado reuniones para protestar contra el internamiento».

Faulkner, el arquitecto del internamiento, había sido descrito por el anterior primer ministro unionista Terence O'Neill como «tortuoso», «traicionero», «intrigante» y un individuo «totalmente indigno de confianza». Tal vez fuese todas estas cosas, pero su popularidad entre las huestes unionistas había descansado siempre en su propensión a las actitudes provocadoras, y su introducción del internamiento, exclusivamente dirigida contra los antiunionistas, era una medida que gozaba de una indudable popularidad en su partido.

La internación era un acto de violencia política masiva dirigida por el Estado contra sus opositores nacionalistas y defensores de los derechos civiles. Que se trataba de un inocultable ejercicio político lo confirma el hecho de que el general sir Harry Truzo comandante general de Irlanda del Norte, se opuso a su introducción, insistiendo en que el Ejército británico no disponía de información suficiente para ser capaz de internar a las personas «adecuadas» y que el hecho de internar solamente a católicos no solo empeoraría la situación sino que contribuiría a unirles contra el Estado.

En el ensayo general realizado el 23 de julio, los soldados británicos, apoyados por las fuerzas del RUC, se habían concentrado en la búsqueda de agendas y documentos. Luego se establecieron los planes para llevar a cabo los allanamientos y registros que concluyeron en la detención de sospechosos que fueron inmediatamente internados. No obstante, cuando un hombre resulto muerto en las proximidades del cuartel de Springfield Road a consecuencia de los disparos efectuados por un soldado británico cuando se

dirigía a su trabajo, y un pasajero arrancado del vehículo y brutalmente apaleado por los soldados, como consecuencia de los disturbios que se sucedieron al asesinato se tomo la decisión de adelantar el internamiento un día.

La Operación Demetrius, como fue bautizada, se llevó a cabo ruidosamente y estaba perfectamente organizada. Los comités de defensa y los residentes locales observaron el avance de los Saracen y los camiones de mudanzas utilizados por los británicos para el traslado de los detenidos y dieron la alarma valiéndose de tapas de recipientes y silbatos. Los soldados derribaban las puertas mientras disparaban con munición real y balas de goma. En Derry, los residentes locales consiguieron rechazar a los británicos antes de que hubiesen completado los arrestos previstos. La forma en que se llevó a cabo la operación, con una brutal intimidación de toda la población nacionalista, cimentó aun mas la oposición y el rechazo de esa comunidad al dominio británico.

Las personas detenidas eran lo mejor de sus generaciones en las comunidades donde habían nacido y crecido y a la que contribuían; y pertenecían a generaciones muy diversas. Liam Mulholland tenía 78 años y era uno de los, aproximadamente, cincuenta hombres que fueron detenidos simplemente porque ya habían sido internados en otras ocasiones. También había jóvenes estudiantes miembros de Democracia del Pueblo y unos cuantos miembros de la NICRA. A algunas personas quizás las detenían porque estaban relacionadas con activistas políticos; otras, gente que no tenía absolutamente nada que ver con la situación, simplemente se encontraban en el lugar equivocado en el momento equivocado. Había activistas de la comunidad local y de la asociación de inquilinos, y también había republicanos, pero a pesar de que las primeras muertes habían sido los asesinatos en mayo y junio de 1966 de Peter Ward y otros en Mallaren Street a manos de los lealistas, de que las primeras explosiones habían sido provocadas por el UVF y de que el primer miembro del RUC había sido asesinado por unionistas, ningún unionista fue internado.

Una de las consecuencias de la operación de internación fue que apartó de la comunidad nacionalista a muchos de sus miembros más enérgicos, organizados y socialmente comprometidos. En particular, debido a que la información de los servicios de inteligencia sobre la que se basó la operación era anticuada, fueron internados muchos de los activistas de la vieja comunidad, militantes políticos y defensores de los derechos civiles, mientras que solo fueron detenidos unos pocos activistas de la nueva generación. De

modo que las responsabilidades del mando dentro de la comunidad recayeron en hombros muy jóvenes. En aquellos días, mis compañeros y yo, de quienes puede decirse retrospectivamente que nos calzamos precozmente los zapatos de personas mayores y más sabias que nosotros, solo sabíamos que existía una urgente necesidad de hacer frente a los retos inmediatos que se planteaban sobre el terreno.

Todos los arrestos que el Ejército británico realizó aquella mañana eran ilegales, porque incluso bajo la draconiana Ley de Poderes Especiales los soldados debieron haber sido acompañados por miembros del RUC. Los crímenes cometidos por los poderosos quedan sin castigo y, a menudo, ni siquiera se da cuenta de ellos.

Después de nuestra reunión en Belfast Occidental, y cuando todos los diferentes planes de contingencia habían sido discutidos y aprobados, regresé a Ballymurphy donde la lucha continuaba, con el Ejército británico incapaz en aquel momento de regresar a la zona o bien reacio a hacerlo. Los tiroteos se prolongaron durante toda la noche. Al día siguiente, para empeorar las cosas, los refugiados de los ataques lealistas y del Ejército británico a otras zonas de Belfast comenzaron a llegar a Ballymurphy, donde ya se habían iniciado las tareas de evacuación de los niños aterrorizados. Entonces, ya bien entrada la noche, todo pareció serenarse. Sabíamos que era la calma que siempre precede a la tempestad.

El 11 de agosto los paracaidistas avanzaron sobre Ballymurphy. Llegaron desde las colinas, algunos protegiéndose detrás de un rebaño de ganado que ellos mismos habían reunido de los campos circundantes, y comenzaron a disparar de forma indiscriminada al llegar a las casas. Los soldados se desplegaron por toda la zona, patearon las puertas de las casas en todas las calles, se llevaron a los hombres, les golpearon con saña y les esposaron a barandillas y vallas. Algunos hombres fueron atados a los vehículos Saracen como escudos humanos. Hacia las 8 de la mañana los paracaidistas tenían la zona militarmente ocupada. El IRA, enfrentado a fuerzas abrumadoramente superiores, y anticipando un asalto definitivo, se había retirado dejando un pequeño número de voluntarios distribuidos por toda la zona, en posiciones relativamente seguras, para que ofrecieran una resistencia simbólica y crearan maniobras de distracción.

Un grupo de residentes locales y yo permanecimos de pie toda la noche en una casa próxima a la parte alta de Glenalina Road. Para nuestro horror, cuando llegaron a Glenalina los paracaidistas derribaron a patadas la puerta de la primera casa y ocuparon la habitación del frente. Pasaron a la casa

contigua. Entraron violentamente en una tercera. Calle abajo una mujer se acercó a la ventana del dormitorio. Un soldado británico le gritó algo, otro descargó su fusil contra la casa. Luego se produjo un tiroteo. Los soldados británicos se reunieron en el jardín delantero de nuestra casa. Todos nos echamos al suelo.

Colette McArdle estaba con nosotros.

—Si conseguimos salir de esta, pienso casarme contigo —le dije en un susurro apenas audible.

En la planta superior oíamos a la dueña de la casa que les decía a sus hijos que no se movieran.

Afuera se escuchaban las carreras de los soldados británicos, los golpes y gritos mientras entraban violentamente en las casas; disparos ocasionales. Ahora estaban en la casa contigua a la nuestra. Apenas si respirábamos mientras nos llegaban nítidamente los gritos y golpes del otro lado de la pared. Milagrosamente los paracaidistas no pasaron del jardín y del porche de la casa.

Después de algunos minutos, toda la zona quedó mortalmente silenciosa. Le dije a Colette que fuese a inspeccionar la calle. Ella se deslizó fuera de la casa.

El silencio era total. Luego se oyeron voces femeninas y pasos en el camino. Eran Colette y las otras mujeres. Golpearon suavemente el cristal de la ventana y las dejamos entrar.

—No hay problema. Se han marchado —dijo Colette.

Le dije que volviera a inspeccionar la zona antes de aventurarme a salir de la casa. Entretanto comenzaba a llegar gente con noticias de lo que había estado sucediendo en esa zona durante los últimos días y, cuando Colette volvió, ella también traía algunas noticias. Comparamos nuestros datos para tratar de ordenar lógicamente los acontecimientos.

En la noche del 9 de agosto, aparentemente, cuando el padre Mullan y otros estaban evacuando a los niños de la zona de Springfield Park, los soldados británicos abrieron fuego contra ellos. Mientras Bobby Clark, de 19 años, atravesaba una zona de campo abierto para llevar a uno de los niños a un lugar seguro, recibió un disparo en la espalda. El padre Mullan, agitando un pañuelo blanco, salió de su casa para administrarle la extremaunción. Al comprobar que Bobby no estaba agonizando, se volvió para regresar a su casa y llamar a una ambulancia. Desde el Taggart volvieron a abrir fuego y el padre Mullan recibió dos impactos, uno en el corazón.

Frank Quinn, de 20 años y vecino de Moyard, también había salido a campo abierto para ayudar a Bobby Clark y cayó abatido por los disparos de los soldados británicos.

En las horas siguientes, todos los intentos de recuperar los cadáveres habían provocado nuevos disparos. Sin embargo, un joven jordano, estudiante de medicina, finalmente había tenido éxito, consiguiendo poner a cubierto a los tres cuerpos mientras agitaba un casco blanco.

Entretanto, antes de que se iniciara el tiroteo, Joan Connolly había abandonado su casa en Ballymurphy Road. Temiendo por la seguridad de sus hijos a causa de los disturbios que se extendían por Springfield Park, Joan había salido a buscarlos. Cuando llegó a Springfield Road, al otro lado del Taggart, saludó a un grupo de unos siete hombres, entre los que se encontraban Daniel Taggart, Joseph Murphy y Davie Callaghan, que estaban en la entrada de una vieja casa llamada la Rectoría. Justo en ese momento los soldados británicos apostados en la base del Henry Taggart Memorial Hall abrieron fuego. Joan Connolly, de 50 años, recibió un disparo, se levantó para alejarse de allí, y recibió otro impacto en la cabeza con tanta fuerza que su cuerpo fue lanzado a un campo cercano y no fue descubierto hasta el día siguiente.

Los disparos efectuados por los soldados británicos la noche del 9 de agosto también alcanzaron a Noel Phillips, de 20 años, cuyo cuerpo sin vida también fue encontrado al día siguiente, en el arroyo que discurre entre Ballymurphy y Springhill.

Davie Callaghan y Joseph Murphy resultaron heridos; Joseph Murphy intentó huir campo a través junto con Danny Taggart y otros dos hombres, pero los soldados británicos los habían descubierto. Murphy, de 41 años y padre de nueve hijos, había sido alcanzado en la pierna y luego los soldados le dispararon balas de goma a corta distancia, provocándole graves lesiones en el hígado y los riñones. Más tarde le llevaron al Taggart en un vehículo blindado y le dejaron en el suelo junto con los muertos, y cada vez que pasaban por ese lugar la emprendían a patadas contra los vivos y los muertos. Algunos días después supimos que le habían trasladado a un hospital donde le colocaron en una máquina de diálisis, pero los médicos no pudieron practicar la necesaria amputación de su pierna malherida debido a las heridas causadas por los golpes de los soldados. Murphy sufrió un proceso gangrenoso en la pierna y murió dos semanas después.

Danny Taggart, un hombre de 44 años y padre de diez hijos, tampoco consiguió escapar de los soldados aquella noche del internamiento: cuando

finalmente le encontraron, su cuerpo presentaba trece impactos de bala.

Davie Callaghan, un ingeniero de correos jubilado de 59 años y asmático crónico, había sido alcanzado por un trozo de mampostería cuando las balas disparadas desde el Taggart habían impactado en los pilares de la Rectoría. Los soldados británicos le habían arrastrado hasta uno de sus carros blindados, golpeándole brutalmente con las culatas de sus fusiles antes de arrojarlo a la parte trasera. Una vez en el Taggart, los soldados le habían mantenido las piernas separadas mientras le golpeaban una y otra vez en los testículos.

A Eddie Butler, de 11 años, le habían disparado desde el Taggart cuando intentaba superar una cerca entre Ballymurphy y Springhill. Mientras yacía en el suelo, herido y lanzando gritos de dolor, los soldados continuaron disparando. Un hombre, con una pierna postiza, sacó una puerta de un cobertizo y, en una muestra de enorme coraje, la utilizó para llevar al chico a cubierto. Los voluntarios del IRA le cubrieron disparando contra el Taggart. Yo fui testigo de ese hecho y, mientras oía los gritos desesperados de aquel chico, no podía dejar de pensar en el conejo al que había disparado años antes en Glenavy.

El hombre al que los británicos dispararon cerca de una barricada en McRory Park era Eddie Doherty, de 28 años. En la Whiterock Road Corporation Yard mataron a John Lavery, de 20 años; los soldados británicos ataron luego a su hermano Terence a una barandilla y le cortaron la ropa y los zapatos con unos cuchillos que habían robado en una carnicería.

Muchas de las muertes ocurridas en la noche del 9 de agosto habían tenido lugar en las proximidades del Taggart, cerca de el incluyendo Divismore Park y nuestra casa. Esta zona, que rodeaba la base de los británicos, había sido designada zona de cacería. Mientras recibíamos la información y la evaluábamos, no veíamos ninguna razón para todas esas muertes, excepto que a los soldados les hubiesen dado órdenes de disparar contra cualquiera que entrase en esa zona.

Y durante la breve saturación de la zona de Ballymurphy con fuego británico en la mañana del 11 de agosto, habían herido a Joseph Corr de Divismore Crescent, se lo habían llevado y lo habían golpeado brutalmente a pesar de que se encontraba gravemente herido (moriría quince días más tarde en el hospital militar de Musgrave Park).

Ahora yo caminaba por una Ballymurphy Road desierta en dirección a Springhill. Era un espectáculo pavoroso. Entré en la capilla de Corpus Christi

y permanecí unos minutos rezando en silencio. Cuando salí había más gente por los alrededores. Una mujer de mediana edad me saludó.

—¡Los muy cabrones! No se quedaron a luchar. Solo pudieron matar a mujeres y niños.

Como consecuencia inmediata de la aplicación de la política de internación, los disturbios y los tiroteos se extendieron por todo el norte; la gente moría pero el mundo miraba hacia otra parte y los medios de comunicación estaban llenos de los supuestos éxitos de la operación. Las bases militares y los cuarteles del RUC sufrieron los ataques de personas enfurecidas por lo que habían visto durante las incursiones del Ejército británico. En las áreas nacionalistas, las tropas británicas disparaban a discreción con balas de goma y de plomo y gas CS, derribando puertas, destrozando decenas de casas y asaltando a centenares de personas en sus hogares y en las calles. Además de las violentas tropas británicas, las turbas lealistas invadían las calles fronterizas católicas e incendiaban las casas de nuestras familias nacionalistas. Las incursiones del Ejército británico provocaron 2500 evacuaciones forzosas. Miles de refugiados huyeron hacia la frontera y 6000 de ellos colapsaron en dos días cinco campos de refugiados instalados por el Gobierno de Dublín.

En los cuatro días del 9 al 13 de agosto, fueron asesinadas 22 personas, 19 de ellas civiles; otros murieron más tarde a consecuencia de las heridas, y cientos resultaron heridos durante la Operación Demetrius.

Comenzaban a llegarnos las noticias acerca de las personas que habían sido detenidas durante la operación de internación. De aquellas personas arrestadas en los allanamientos, doce —Kevin Hannaway entre ellas— fueron elegidas para recibir una atención especial cuando los británicos se entregaron a un grotesco ejercicio para probar nuevas y viejas técnicas de tortura.

Cuando los británicos asaltaron su casa a las 4:30 de la mañana, derribando la puerta y subiendo la escalera que llevaba a su dormitorio, Kevin estaba durmiendo. Su hijo mayor, que tenía poco más de un año y medio, gritaba aterrorizado y cuando la esposa de Kevin intentó atacar a uno de los soldados con el biberón del niño, el británico le disparó y la bala se alojó en el techo.

A Kevin le dijeron que le arrestaban bajo la Ley de Poderes Especiales y fue trasladado a punta de pistola al cuartel de Mulhouse Street, luego subido a un camión con las manos atadas por delante, y llevado al cuartel de Girdwood. Una vez allí fue fotografiado y obligado a permanecer varias horas sentado en el suelo del gimnasio junto a un centenar de detenidos, que eran

llamados uno a uno para ser interrogados por la Rama Especial del RUC. Kevin me contó más tarde que mi padre había recibido un tratamiento especialmente cruel y violento. Los soldados británicos y los hombres del RUC les decían a los detenidos que cientos, incluso miles de personas estaban siendo asesinadas en Belfast.

Después de algunas horas fueron llevados todos al exterior del gimnasio para que pasaran corriendo entre dos filas de policías militares mientras estos les golpeaban con los puños, las botas y las porras. Kevin fue arrojado al interior de un helicóptero con las hélices en funcionamiento. Le dijeron que iban a matarle y le lanzaron fuera, solo para descubrir que el aparato estaba apenas a medio metro del suelo. Esta acción se repitió varias veces y Kevin tuvo que volver a pasar entre las filas de policías militares, quienes le molieron a palos mientras pasaba delante de ellos. Luego volvieron a sacarle descalzo, junto a otros detenidos, y le obligaron a correr por un patio cubierto con alambre de espino y cristales rotos, mientras era golpeado todo el tiempo, con la nariz deformada y sangrando y los dientes clavados en los labios, Kevin fue trasladado desde el cuartel de Girdwood hasta la entrada trasera de la prisión de Crumlin Road y arrojado a una celda, mientras no cesaban de golpearle. Su compañero de infortunio hizo lo mejor que pudo para lavarle las heridas.

Veinticuatro horas después de que los soldados británicos hubieran derribado la puerta de su casa, Kevin fue sacado de su celda y llevado nuevamente al cuartel de Girdwood por miembros del RUC y la Policía Militar. Una vez allí le obligaron nuevamente a correr por el circuito de alambre de espino y cristales rotos, mientras era salvajemente golpeado por los soldados y mordido por un perro guardián. Después de ser llevado a una habitación, donde le dijeron que se tendiera en un catre de campaña, volvieron a sacarle, le esposaron y le colocaron una bolsa de arpillera negra en la cabeza. La bolsa, de forma cuadrada y fabricada con un material doble que impedía la entrada de luz, se extendía por encima de sus hombros hasta la mitad del pecho. Esposado a otros detenidos también encapuchados, Joe Clark, Fancie McGuigan y Archie Auld, fue obligado a correr nuevamente por fuera del edificio mientras era golpeado con porras hasta que volvieron a arrojarle al interior de un helicóptero, donde les quitaron las esposas que les mantenían unidos entre ellos pero permanecieron individualmente esposados.

Durante un vuelo de una hora, sus guardianes le ajustaron la bolsa con tanta fuerza que apenas si podía respirar, y le ajustaron las esposas de tal modo que le produjeron profundos cortes en las muñecas. Cuando el

helicóptero aterrizó le metieron en un camión donde volvieron a darle una paliza con golpes de puño, patadas y porras.

Una vez dentro de una habitación le obligaron a colocarse en la posición de registro[41] y le dejaron allí hasta que fue trasladado a otra habitación donde le quitaron toda la ropa, excepto la capucha, y fue examinado por un médico. Le pesaron, registrando en la báscula 78 kg; al ser interrogado por el médico acerca de su estado de salud, Kevin le dijo que padecía una afección cardíaca desde la infancia y le nombró al especialista que le atendía. Después de darle un mono dos tallas más grandes, fue colocado nuevamente contra la pared. Ahora un incesante sonido le taladraba el cerebro, un sonido amplificado similar al de un ventilador o una taladradora. Perdió toda noción del tiempo. Cada vez que intentaba estirar los músculos y aliviar el dolor de brazos y piernas, era salvajemente golpeado por sus guardianes.

Después de transcurridas varias horas, volvieron a sacarle de la habitación, le arrojaron dentro de un camión y le llevaron a un helicóptero. Después de un breve vuelo, le llevaron en un Land Rover a un edificio donde le sentaron en una silla y le quitaron la capucha negra. Tenía un guardián a cada lado; un hombre que estaba delante de él le entregó una hoja de papel y le dijo que la leyera, pero Kevin no podía hacerlo después de haber llevado la capucha durante tantas horas. Volvieron a encapucharle y a colocarle contra la pared; le golpearon la cabeza contra la pared antes de volver a llevarle al helicóptero para hacer otro largo viaje, al final del cual le devolvieron en un vehículo a la habitación que tenía aquel extraño sonido que le nublaba el cerebro. Cuando ya no pudo sostenerse en pie, volvieron a golpearle y se lo llevaron para interrogarle; sentado en una silla, le quitaron la capucha y le colocaron una luz intensa delante de los ojos mientras era interrogado por tres personas al mismo tiempo. Luego le colocaron nuevamente contra la pared, con ese sonido que le perforaba la cabeza, y le golpearon brutalmente; luego volvieron a llevarle a la sesión de interrogatorios, nuevamente a la habitación, nuevos golpes, más preguntas…

Kevin no sabía cuántos días o cuántas horas habían pasado; de hecho, era incapaz de calcular el tiempo. Tenía la mente completamente obnubilada y solo era consciente de los terribles dolores que sentía en todo el cuerpo. Luego también perdió la conciencia de su cuerpo y pensó que se estaba volviendo loco, teniendo visiones de su mujer y sus hijos, de sus amigos, de los que habían muerto antes que él. Y le imploró a Dios que le llevara a su lado.

Finalmente, el lunes 16 de agosto, una semana después de que comenzara su pesadilla, un miembro de la Rama Especial le ofreció una taza de té y un cigarrillo y le dijo que se podía quitar la capucha. Pudo lavarse y le hicieron una revisión médica completa. Ahora pesaba 70 kg. Le fotografiaron desnudo antes de llevarle a una pequeña habitación donde le devolvieron sus ropas. Le volvieron a colocar la capucha negra, le metieron en un vehículo y luego en un helicóptero. Kevin, convencido de que iban a matarle lanzándole desde el helicóptero, no pudo dejar de temblar durante todo el viaje. Cuando aterrizaron, un Land Rover le llevó hasta la puerta principal de la prisión de Crumlin Road, donde fue admitido formalmente.

Kevin había sido sometido a una tortura inhumana, recibiendo profundas y crueles lesiones en cuerpo, mente y espíritu. Necesitaba con urgencia tratamiento médico y cuidados específicos a largo plazo. No obstante, lejos de ser ingresado en el hospital, permaneció encerrado durante tres meses en una celda de la prisión de Crumlin Road y luego fue trasladado al campo de internación de Long Kesh.

El experimento llevado a cabo por los británicos les permitió perfeccionar y desarrollar una amplia variedad de métodos de tortura para ser empleados en Irlanda contra los republicanos y otras personas a lo largo de los años siguientes. Entre estos métodos se incluían:

Uso de la «posición de registro» durante largos períodos, apoyándose en la pared solo con un dedo de cada mano, las piernas separadas y echadas hacia atrás, apoyadas en las puntas de los pies y con las rodillas dobladas.

Golpes violentos con los puños en la boca del estómago de detenidos en la «posición de registro».

Golpear las piernas de los detenidos en «posición de registro» para hacerles caer hacia adelante y que se golpearan la cabeza contra la pared, el suelo o el radiador.

Golpes con las porras en los testículos y riñones mientras el detenido se encuentra en la «posición de registro».

Golpes entre las piernas mientras el detenido se encuentra en la «posición de registro».

Colocar un potente radiador o un fuego eléctrico debajo del detenido en la «posición de registro» y tenderlo sobre dos bancos con dos fuegos eléctricos debajo mientras se le golpea en el estómago.

Golpes en la parte posterior de la cabeza, golpear la cabeza contra la pared, aumentando el número de golpes con una porra y abofeteando al detenido en el rostro y las orejas.

Retorcer los brazos detrás de la espalda y retorcer los dedos, golpeando las costillas desde detrás del detenido y propinándole golpes en el estómago al mismo tiempo.

Apretar los testículos, introducir objetos por el ano, golpear las rodillas y las espinillas.

Empleo de picanas eléctricas para el ganado, inyecciones y choques eléctricos producidos por una máquina.

Quemaduras ocasionadas con cerillas y velas, privación del sueño, orinarse sobre los prisioneros.

Práctica de la «ruleta rusa», disparar con cartuchos de fogueo, palizas propinadas en la oscuridad, vendar y encapuchar a los detenidos, reclusión en cubículos de reducidas dimensiones con la luz encendida durante las 24 horas, amenazas a los prisioneros y a sus familias…

Los efectos del ejercicio de internación sobre los detenidos eran, en muchos casos, prolongados y severos. Los métodos más brutales se aplicaron a los detenidos encapuchados, pero otros que fueron objeto de torturas más leves (o «maltratos» como las autoridades prefieren llamarlo) también se vieron afectados por una amplia variedad de síntomas, entre los que se incluían una persistente perturbación del mecanismo de la memoria, depresión, jaquecas y náuseas recurrentes, úlceras, estados de ansiedad e insomnio. Muchos de los efectos experimentados por aquellas personas que fueron internadas también afectaron a los que solo fueron interrogados sin sufrir el internamiento.

Los efectos del internamiento sobre la población nacionalista del norte fueron profundos y duraderos. A través de las redes de la comunidad había pocas personas que no conocieran a alguien que hubiese sido sometido a la intimidación y el internamiento. En verdad, toda la operación había estado dirigida deliberadamente por los británicos contra la comunidad nacionalista en su totalidad. Pero, lejos de intimidarlos, había reafirmado la decisión de la gente de resistir a la opresión británica.

El 13 de agosto, cuatro días después de los allanamientos y arrestos, Joe Cahill, presentado como comandante del IRA en Belfast, celebró una conferencia de prensa ante las mismas narices del Ejército británico en el colegio St Peter en la zona de Whiterock. La organización estaba intacta, informó Cahill, no había sido afectada gravemente, y solo dos de sus miembros habían perdido la vida durante la Operación Demetrius.

Una vez concluida la conferencia de prensa acompañé a Joe a la parte trasera del St Peter y desde allí se escabulló hacia Beechmount. Esa misma

tarde, cuando comenzaba a caer la noche, un amigo y yo le recogimos y le acompañamos de regreso por el mismo camino que habíamos utilizado después de la conferencia de prensa. Joe Cahill iba a reunirse con el periodista Vincent Browne para mantener una entrevista con él en Whiterock. Ahora, sin embargo, en lugar de pasar por el colegio, cortamos camino a través del campo de juegos. Sabíamos que estábamos a la vista de centinelas apostados en el terreno elevado encima de nosotros, cerca del muro de Corry y en la parte posterior de Wostrock, que estaban alerta ante la posibilidad de nuevos ataques lealistas o del Ejército británico y que sabían que vendríamos por este camino. Mientras cruzábamos el campo de juegos charlábamos en voz muy baja. De pronto, se oyó el estampido de un disparo de baja velocidad. Y luego otro. El segundo disparo alcanzó la superficie gris del campo de juegos. Los tres nos echamos cuerpo a tierra. Un nuevo disparo hizo impacto muy cerca de nosotros. Desde donde yo me encontraba, tendido en tierra cuan largo era, el campo de juegos me parecía inmenso. Y los tres éramos patos de feria. Ni siquiera podíamos ver desde dónde nos disparaban. Entonces se oyó que alguien gritaba.

—¿Quién va?

Los tres nos levantamos de un salto. Sonó otro disparo.

—¡Somos nosotros, maldita sea!

Nuestro compañero echó a correr temerariamente hacia la posición desde nos estaban disparando, gritando y agitando los brazos hacia el tirador oculto. Joe y yo echamos a andar con mayor cautela detrás de nuestro compañero.

Más tarde comenzó a correr el rumor de que tres lealistas habían resultado muertos mientras intentaban atacar Westrock. El valiente defensor del campo de juegos de St Peter se sentía profundamente avergonzado; nosotros, sin embargo, nos congratulábamos de su pésima puntería. Finalmente, cuando la verdadera historia salió a la luz, se le bautizó como El hombre del rifle, una serie de televisión muy popular en aquella época.

La internación se había llevado a cabo con el propósito de aplastar al IRA pero, lejos de tener éxito en su objetivo, confirmó al IRA en su papel y contribuyó a aumentar el apoyo popular. Apenas dos años antes de que se aplicara la política de internación, el IRA estaba desorganizado, casi completamente desarmado, era incapaz de desempeñar el papel fundamental que había tenido durante las matanzas de los años veinte y treinta al defender las áreas nacionalistas que sufrían los ataques de sus enemigos. En algunas ocasiones, elementos republicanos habían intentando detener los ataques de forma individual, pero el IRA no había estado en condiciones de ofrecer una

respuesta organizada. En los meses que siguieron a las matanzas de agosto de 1969, los republicanos habían trabajado frenéticamente para conseguir armas, recaudar fondos y reorganizar el IRA para hacer frente a las demandas de una situación de asedio armado. Calles, personas e incluso iglesias habían sido objeto de los ataques, y los voluntarios del IRA habían puesto sus vidas en juego para protegerlas. Al principio, se habían empleado ladrillos y piedras, bombas incendiarias y armas rudimentarias contra las fuerzas del Estado, que estaban equipadas con el armamento más moderno. Entretanto, en medio de los disturbios y los tiroteos, el IRA había estado entrenando, ocultando y tratando de inculcar disciplina a los nuevos reclutas.

En un espacio de tiempo notablemente corto se había constituido un ejército popular, estrechamente vinculado a la comunidad nacionalista, que estaba integrado por los hijos e hijas de gente corriente y era imposible que un observador foráneo pudiese diferenciar a sus miembros del resto de la comunidad. Por tanto, cuando el gobierno golpeó con el arma del internamiento, lo hizo contra toda la comunidad, porque aunque la gente que habitaba las zonas nacionalistas estuviese de acuerdo o no con el IRA y todas sus acciones, muchos lo veían como su ejército, sabían quiénes de sus vecinos eran voluntarios y se referían a él simplemente como el «ra».

Algunos años más tarde intenté reflejar en un relato breve algo de la dura realidad de la campaña emprendida por el IRA contra las fuerzas armadas británicas mientras estas patrullaban las calles de mi ciudad natal.

> *Sean, incómodo ya por haber permanecido tanto tiempo agazapado, se apoyó sobre una rodilla y se frotó lentamente los miembros entumecidos.*
>
> *Debajo de donde se encontraba, los jardines traseros estaban llenos de camisas que aleteaban al viento y cuerdas llenas de ropa colgada extendidas entre las casas apiñadas. Sean, instalado encima de cuerdas de ropa, setos, carboneras y puertas traseras, tenía una visión clara y amplia de la calle.*
>
> *Desde su posición veía diez, no, doce casas a un lado y catorce al otro lado de la calle. Podía ver con facilidad las ventanas del número 36, donde la persiana estaba bajada en la ventana del dormitorio principal. Se recordó a sí mismo que debía comprobar esa persiana cada pocos segundos. No tenía sentido distraerse.*
>
> *Los niños del numero 40 llegarían tarde al colegio; seguramente se habían quedado dormidos. Observó que tres*

jóvenes se alejaban calle abajo, perdiéndose de vista. Cuando lleguen al poste de alumbrado, pensó, estarían a unos 120 metros de donde él estaba situado. Sus ojos recorrieron la calle y descubrieron el trapo blanco atado, a la altura de la cintura, al poste de alumbrado, y luego volvió a concentrarse en la persiana del número 36. Continuaba bajada. Otras ventanas le miraron inexpresivamente.

El número 36 parecía diferente. La persiana bajada, como si fuese un párpado caído en el rostro de la casa, parecía lanzarle un guiño… uno de esos guiños conspiratorios que tienen una larga historia detrás.

El sonido de una pala cargando carbón en un cubo desvió nuevamente su atención hacia los jardines traseros. Se maldijo por no haber rastreado inmediatamente el origen del sonido, de hecho por no haber visto la fuente del mismo antes de que le llamara la atención. Era la señora O'Brien, sonrió para sí, mientras el humo escapaba perezosamente de la chimenea para perderse contra la niebla de la Black Mountain.

La señora O'Brien se detuvo, con el cubo sostenido en una mano, y miró por encima del seto hacia el jardín del vecino. Su voz, casi un grito, llegó nítidamente hasta donde se encontraba Seán.

—¿Maggie, estás ahí?

La señora O'Brien gritó dos veces antes de que la puerta se abriera y Maggie saliera de la casa. Las dos mujeres, la señora O'Brien con el cubo de carbón en la mano, se quedaron charlando a ambos lados del seto que dividía ambos jardines. La mirada de Seán se apartó de las mujeres para posarse nuevamente en la ventana del número 36. Estaba exactamente igual que antes, con la persiana en la misma posición.

Todas estas casas quedarían muy bien con unas cuantas manos de pintura, pensó. Especialmente aquella, la roja que tenía la ventana rota. Como la marrón que había debajo, esa necesitaba con urgencia una nueva capa de pintura. Su mirada se detuvo por un instante en una ordenada fila de hortalizas comestibles. Las lechugas de Jimmy Graham parecían crecer muy bien y también las patatas de Da Grogan. Sonrió y luego observó atentamente los movimientos de un gato blanco y

negro mientras avanzaba hacia un cubo de basura abierto, donde unos raquíticos estorninos se peleaban sobre unos envoltorios de pan y botes desechables.

El sonido de un coche que se acercaba hizo que se concentrara nuevamente en la calle y en el número 36. Ahora la persiana estaba levantada. La ventana, con sus brillantes cortinas, le lanzaba reflejos vidriosos. Olvidando los calambres de sus piernas, comprobó la pieza de madera que mantenía abierta la teja, formando la ranura a través de la cual atisbaba el exterior. Ahora, dándose prisa, introdujo una bala en la recámara del pesado fusil que descansaba sobre sus piernas. Levantó el fusil de modo que el orificio del cañón se asomó a través de su mirilla en la teja. Apuntó a través de la mira hacia el trapo blanco que vendaba el poste de alumbrado y quitó el seguro con el pulgar. Ciento veinte metros aproximadamente. Él mismo había comprobado la distancia, pasando sobre setos y cercas alambradas para asegurarse. Debajo de él, en el interior de la casa, se oyó el timbre de la puerta. Unos segundos más tarde, una cabeza se asomó por la trampilla abierta.

—Aquí esta muy oscuro —se quejó una voz—. ¿Dónde estás, Seán?

Seán no se volvió. La transición de la luz del día a la penumbra del desván hubiera alterado su visión.

—Estoy aquí —dijo en un susurro.

—El coche está abajo —dijo la voz, aliviada al ver la difusa forma de Seán encajada debajo de las tejas del techo y apoyada contra una gruesa viga.

—De acuerdo —dijo Seán—. No tardaré demasiado.

—Te esperaré abajo —dijo la voz, pero la atención de Seán, ahora que el coche había llegado y su vía de escape estaba libre, volvió a concentrarse en la calle que se extendía delante de él. El corazón golpeaba con fuerza contra sus costillas. Los calambres habían vuelto a sus piernas y, mientras luchaba por exorcizar estas distracciones, una silenciosa calma pareció posarse sobre la calle desierta.

Era una sensación a la que nunca se acostumbraría. Toda la zona, las casas, unánimes en su silencio. Los jardines, las

calles incluso, parecían estar conteniendo la respiración. Siempre tenía la misma sensación. ¿Cuántas veces habían sido?

En sus labios se dibujó una sonrisa sombría. Concéntrate. No dejes que tu atención se desvíe. Esa es la mejor forma de conseguir que te maten. ¿Tal vez eso sería mejor que matar? La espontaneidad del pensamiento le sorprendió.

Volvió a mirar a lo largo del cañón del fusil mientras reflexionaba sobre esa pregunta y su respuesta. Era una pregunta que le había estado rondando la cabeza durante los últimos meses. No acerca de que le mataran. No era eso. De ninguna manera. Si ocurría no sería porque él lo hubiese decidido. Volvió a inspeccionar el paisaje que se extendía ante sus ojos. Nada había cambiado. ¿Era justo matar?

No, se dijo, no era justo matar. Pero no había otra alternativa.

Por supuesto que había una alternativa. Nadie le había obligado a hacer lo que estaba haciendo. Podría marcharse ahora mismo. ¿Marcharse? ¿Qué bien haría quedándose allí? Nadie lo sabría y nadie podría quejarse. Él habría hecho lo mejor.

Volvió a concentrarse en el trabajo que le esperaba. Matar podía ser justo o no, pero a veces era necesario. Consideró esa proposición. La gente que intentaba matar estaba mejor armada, mejor equipada y mejor entrenada que él. También eran más.

Y no tendrían ningún escrúpulo en matarle. Hizo un esfuerzo y apartó las dudas y los imponderables de su conciencia. Ellos no deberían estar aquí, se recordó. Este era su país, no el de ellos. Ellos no pertenecían a esta tierra. Ellos eran el enemigo. No le habían dado ninguna posibilidad salvo la de luchar. Y cuando uno luchaba era necesario matar.

Se agazapó en la oscuridad, apartando de su mente todo aquello que no fuese lo que debía hacer. Aunque sabía que esos pensamientos no tardarían en volver. Tal vez fuese bueno que lo hicieran. Podía oler, o pensaba que casi podía oler, la tensión. Ellos sin duda serían capaces de sentir su miedo. Habría un montón de soldados británicos. Trató de no

pensaren ello. Estaba bien protegido. Era mejor no preocuparse. De todos modos, ahora era demasiado tarde. No faltaba mucho.

Entonces apareció el primero de una patrulla de soldados uniformados de verde. Se movían cautelosamente a ambos lados de la calle, cubriéndose mutuamente, arrellanándose dentro de sus chaquetas de artillería y moviendo los fusiles para apuntar hacia las casas grises de pésima construcción que les rodeaban en una atmósfera de tétrico silencio. El soldado que marchaba al frente se acercaba al número 36. Seán le estudió con un vago desinterés y espero. Apareció un segundo soldado, un oficial. Seán apoyó con suavidad la culata del fusil contra la mejilla. El oficial avanzó poco a poco y luego se detuvo delante del número 36.

—Sigue —siseó Seán—, adelante.

Sintió que el estómago se le atenazaba por el pánico. Respiró profundamente mientras el oficial se acercaba al poste de alumbrado y contuvo el aliento al tiempo que el dedo se tensaba sobre el gatillo. Primera presión. Dejó escapar el aire casi en un suspiro y susurró «segunda presión». El sonido seco del fusil hizo añicos sus palabras, haciendo que el gato blanco y negro huyera a través del jardín y los estorninos levantaran vuelo del cubo de basura.

Seán quitó el trozo de madera que sujetaba las tejas y cerró los ojos mientras la teja inferior dejaba fuera la luz del día y devolvía el desván a su penumbra habitual. Abandonó su posición.

El coche le alejó velozmente de allí. Detrás quedaban los jardines traseros llenos de camisas que aleteaban al viento y las cuerdas llenas de ropa colgada extendidas entre las casas apiñadas.

Las doce casas a un lado y las catorce al otro lado de la calle permanecieron silenciosas y tranquilas. Contra el solitario poste de alumbrado el trapo blanco ocultaba el rostro pálido del oficial. Su patrulla, diseminada por los jardines, yacía abrazada a la tierra. Los estorninos regresaron al cubo de basura abierto y el gato, tan sigilosamente como lo había hecho momentos antes, se acercó a ellos.

La señora O'Brien, ignorante de todo esto, se despidió de su vecina, apoyó el cubo lleno de carbón sobre la otra cadera y entró en la casa.

La expresión del oficial británico, que miraba sin ver hacia el diáfano cielo irlandés, era de curiosidad, de sorpresa.

Para mucha gente la cuestión de la fuerza es puramente académica, ya que raramente se encuentran en situaciones donde deben tomar graves decisiones de esta naturaleza. Incluso cuando lo hacen es, generalmente, en una situación defensiva cuando ellos, o tal vez su familia, son atacados, o sucede también en tiempos de guerra cuando son soldados rasos en una empresa mucho más grande. Las grandes decisiones generalmente las toman otros y la mayoría de las personas aceptan, incluso a regañadientes, que en esas circunstancias el uso de la fuerza es justificable. También están aquellos que se manifiestan en contra de cualquier forma de violencia como una cuestión tanto de principio como de práctica, pero para la inmensa mayoría constituye una medida de último recurso.

Cualesquiera que sean los argumentos acerca de la fuerza física en general, no cabe ninguna duda de que las condiciones y las causas del conflicto en Irlanda han existido durante todo el tiempo en que ha habido una implicación británica en los asuntos internos irlandeses. De estas circunstancias de conflicto surgen entonces las cuestiones de legitimidad, de tácticas y de estrategia. Pero, en las cuestiones planteadas existe ante todo la necesidad y la responsabilidad de eliminar las causas de ese conflicto; acabar con el ciclo de represión que conduce a la resistencia y nuevamente a la reacción, y desarrollar formas de lucha alternativas. Nadie que ocupe posiciones de poder o autoridad puede ocultarse detrás de una cortina de humo de denuncias o condenas selectivas y esperar conseguir algún efecto positivo en cualquier situación conflictiva.

En Irlanda, la tradición de la fuerza física es muy fuerte, y aquellos que forman parte de ella, especialmente del lado republicano, tienen la enorme responsabilidad de acabar con ella, de abrazar otras formas de lucha y desarrollarlas en lugar de la lucha armada si es posible. Nadie debería mostrarse dogmático en cuanto a la lucha armada como táctica. Y tampoco debiera insuflarle un hálito de romanticismo. Yo he perdido a muchos buenos amigos, y la pérdida de sus familias, como la mía, se refleja también, lo sé, en la pérdida experimentada por aquellos que han sufrido a causa de las acciones armadas del IRA.

No obstante, en los días y semanas posteriores al internamiento, en el estado de ocupación militar que regía en las zonas nacionalistas del norte, la resistencia armada era considerada como una táctica legítima por la mayoría de los nacionalistas. El periodo de luna de miel iniciado inmediatamente después de la llegada de las tropas británicas había concluido. Por primera vez en los Seis Condados se había producido una combinación de lucha armada y lucha popular masiva. Detrás de las barricadas se respiraba un ambiente de euforia, que era quizás ingenuo, pero absolutamente real. La campaña de los derechos civiles continuaba, si bien a una escala ligeramente menor que antes. La mayoría de los católicos se había retirado de las instituciones del Estado y, cuando se implantó el internamiento, todos las abandonaron. El 15 de agosto el SDLP anunció una campaña de desobediencia civil, incluyendo una huelga de pago de alquileres e impuestos, que ya se había iniciado en las áreas nacionalistas obreras. El 22 de agosto, 130 concejales antiunionistas renunciaron a sus cargos.

En medio de aquella vorágine de acontecimientos, Colette y yo decidimos casarnos. Alrededor de nosotros había una guerra desatada y toda la comunidad se encontraba en un estado de insurrección popular. Los jóvenes como nosotros, que participaban activamente en la lucha, tenían la sensación de que acabaríamos en prisión o muertos; estábamos siendo cazados por los británicos y nadie sabía lo que nos deparaba el futuro.

Yo había conocido a Colette a principios de 1970, cuando ella y sus amigos habían asistido a una reunión en Whiterock, y había vuelto a verla en varias ocasiones en los meses siguientes, en las reuniones celebradas para coordinar los trabajos en el área del gran Ballymurphy. En la primera mitad de 1971 nos vimos más a menudo, pero siempre por cuestiones políticas; en aquella época yo mantenía relaciones con varias chicas, ¡todas por separado! Pero en julio de 1971 le pedí a Colette que saliera conmigo y, durante las seis semanas siguientes, nos vimos todas las noches. Habitualmente nos encontrábamos ya entrada la noche cuando yo había acabado mi trabajo y salíamos a dar un paseo por el vecindario o nos quedábamos hablando en la puerta de su casa. En una ocasión fuimos al cine. Y una vez en ese período de seis semanas decidimos no vernos. Ella salió con un amigo, pero cuando regresó, yo estaba allí de todos modos, esperándola.

Después de ese vertiginoso romance de seis semanas, hablé con el padre de Colette, como dictaba entonces la tradición, preguntándole con enorme nerviosismo si me concedía la mano de su hija. Jimmy McArdle, que Dios le tenga en su Gloria, era un hombre con un excelente humor y extremadamente

divertido. También se mostraba bastante reticente, aunque no dijo que no, a permitir que Colette saliera conmigo. Mi padre continuaba internado por los británicos y creo que estaba bastante disgustado por el hecho de que no esperásemos a que saliera en libertad para casarnos, pero en aquellos días era mejor no dejar para mañana lo que se podía hacer hoy. Mi madre respondió positivamente cuando se dio cuenta de que mis intenciones de casarme con Colette eran serias.

Nuestros amigos se reunieron y nos dieron algunos chelines, y el día antes de la boda Colette fue con uno de mis amigos a comprarme una camisa, ropa interior y calcetines. Siempre pensé que Tony era muy afortunado; solo se limitaba a conducir el coche, pero por cada artículo que compraban para mí, Tony aparecía con otro igual. Yo tenía una camisa nueva, Tony también. Yo tenía calcetines nuevos, Tony también. Yo tenía un suéter nuevo, Tony también. Tony estaba conmigo la primera noche que dejé a Colette en su casa. Nos habíamos conocido accidentalmente en una casa donde un grupo de nosotros se había reunido para un *scoraíocht*, una sesión informal de *craic* y diversión. Era el 11 de julio, y en todas las áreas nacionalistas de Belfast había gente de guardia en previsión de problemas con la gente de Orange. Más tarde, en las primeras horas de la madrugada, Colette, Tony y yo habíamos recorrido en coche el largo camino hasta la casa de Colette, pasando por Divis Street, Falls Road y Whiterock. Tony vivía en Beechmount y, con un pretexto u otro, ya que tenía la intención de acompañarnos hasta Whiterock, conseguimos que nos dejara en Beechmount y, desde allí, continuamos a pie hasta la casa de Colette. Aquella fue la primera noche que nos besamos, mientras subíamos Whiterock Hill.

A la boda solo asistió un reducido grupo de amigos íntimos y camaradas. En el último momento, y como medida de seguridad, acudimos a la iglesia de St John la noche anterior a la fecha original. Un grupo de compañeros de Ballymurphy, incluyendo a mi hermano Paddy, recorría el exterior de la iglesia y algunos de ellos estaban sentados en la parte superior de St James, vigilando ante cualquier incursión de las tropas británicas. Yo permanecí hasta pocos minutos antes de la misa en una reunión que se celebraba en Andersonstown, y luego me escabullí hasta la iglesia, llegando tarde, y me abrí camino hasta colocarme junto a Colette en mitad de la ceremonia. Una vez concluida la misa, cuando la mayoría de los asistentes se había marchado de la iglesia, nos trasladamos hasta la parte posterior de la iglesia y, acompañados por Paddy, el hermano de Colette, y Annemarie, una amiga de ambos, nos casó el padre Des Wilson. La madre de Colette estaba en la

iglesia, junto con dos de las hermanas de Colette, Maire y Leah, y la hija de Leah, Geraldine. Mi madre, acompañada de dos de sus amigas, Annie y Mary Shannon, también estaba en la iglesia, pero Jimmy McArdle estaba demasiado enfadado para asistir. No se tomaron fotografías, excepto una de Colette mientras salía después de concluida la ceremonia y Geraldine le regalaba una herradura.

Los McArdle eran una familia muy numerosa, formada por ocho hijas y cuatro hijos, algunos de ellos casados y todos adultos en la época en que entré a formar parte de la familia. Los padres, como la mayoría de los padres de aquella época, habían tenido muchas dificultades para criar a tantos hijos pero lo habían hecho con coraje y buen humor. Maggie McArdle, la madre de Colette, era la rebelde. Perteneciente a la generación de Joe Cahill, era una republicana tranquila pero impenitente. Era también una mujer con un excelente humor, siempre dispuesta a entonar canciones divertidas y a contar historias. Ella, Jimmy y todos los McArdle —cuando finalmente se enteraron de que Colette y yo nos habíamos casado— me recibieron en la familia con los brazos abiertos.

Después de la boda no hubo ninguna recepción, aunque con el padrino, la madrina y el resto de nuestros amigos nos acercamos al Rock Bar para gastar el dinero que les habíamos dado para el sacerdote y los monaguillos. El padre Des, en un gesto que le honraba, se había negado a aceptar su parte.

—Muy bien, padre —dijo Paddy McArdle—, brindaré por eso.

Y así lo hizo.

Entretanto, Colette y yo fuimos a Whiterock para recoger a Tony y a otro buen amigo de ambos, Alex, quien había accedido a que les acompañásemos a Dublín. Hicimos un alto en Dunbalk para entrar en un *pub* y hacer un brindis y Alex puso *Blueberry Hill*, por Fats Domino, en el tocadiscos automático. Luego continuamos nuestro camino en un viaje memorable, presidido por la alegría y el buen humor. Ya era medianoche cuando nos registramos en el Belvedere Hotel de Gardiner Street y pedí té y bocadillos para los cuatro. Estábamos muertos de hambre y, cuando llegaron el té y los bocadillos, nuestros dos amigos estaban encantados ante lo que a nosotros nos parecía un precio exorbitante. Y, para colmo, se comieron casi todos los bocadillos. Fue en las primeras horas de la madrugada cuando finalmente conseguimos libramos de Tony y Alex, quienes parecían tener la intención de acompañarnos durante toda la luna de miel.

Nos quedamos en el Belvedere Hotel esa noche y la siguiente antes de regresar a Belfast. El día de nuestra partida, Colette y yo acudimos a una

importante manifestación de protesta contra el internamiento que se había congregado delante de la Dirección General de Correos en O'Connell Street. Nuestros escasos fondos habían desaparecido prácticamente y, mientras esperábamos el transporte que nos devolvería a Belfast, compramos una Coca-Cola para los dos y le pedí al camarero dos pajitas.

Aquella noche, al regresar a Belfast, yo reanudé mis actividades como fugitivo y Colette volvió con su madre. Al conocer a Colette, me había quedado prendado de sus grandes ojos verdes y su risa espontánea. En el ambiente de locura que nos rodeaba en aquellos días, ella parecía mantenerse muy estable. Cuando conseguíamos estar juntos, hablábamos de cualquier cosa menos de política y yo disfrutaba de su compañía. Nuestro breve noviazgo se había desarrollado fundamentalmente en las escaleras de la casa de su madre y fue allí donde la dejé la noche que regresamos de Dublín. Solo tres noches antes, mientras estábamos sentados en esos mismos peldaños, en la víspera de nuestra boda, yo le había advertido que el nuestro no sería un matrimonio normal.

—Nos ocuparemos de eso —había contestado Colette.

La vida como fugitivo es una experiencia realmente extraña. Durante el período posterior al internamiento y en los días de las barricadas, uno se podía mover con relativa libertad dentro de las áreas del Belfast Libre. Más tarde, para poder sobrevivir se hizo necesario reducir al mínimo los movimientos, y como yo entonces iba de casa en casa, como era la práctica habitual de todos los que estábamos comprometidos en esa lucha, solo un pequeño grupo de allegados íntimos conocía mis movimientos. Pero a finales de 1971 y principios de 1972, las restricciones no eran tan severas y pasé todo aquel período en Whiterock, Springhill y Ballymurphy.

Durante este tiempo casi siempre recibíamos avisos de la gente acerca de la presencia de tropas británicas en la zona. Y, a pesar de todos los esfuerzos que hacíamos para evitarlas, algunos compañeros y yo nos topábamos ocasionalmente con las patrullas británicas. Era relativamente sencillo y absolutamente crucial, aunque siempre exasperante, establecer de inmediato si se trataba de encuentros fortuitos o planeados. Yo siempre era lo bastante afortunado como para conseguir librarme de los encuentros fortuitos y seguir mi camino. Los encuentros planeados, sin embargo, solo podían evitarse permaneciendo alerta, recibiendo algún aviso o, si todo lo demás fallaba, corriendo a toda velocidad, y muchos compañeros que estaban en la clandestinidad consiguieron en muchos casos escapar de verdadero milagro.

Hacia finales de la década de los setenta la mayoría de las personas buscadas llevaba DNI falsos. A principios de esa década, sin embargo, esta precaución raramente era necesaria a menos que uno se aventurara fuera de una zona segura o hiciera un viaje por carretera a Dublín o Derry. En todo momento lo más importante era evitar cualquier contacto con las fuerzas británicas. Por su parte, los soldados británicos patrullaban por todas partes y realizaban frecuentes incursiones. Estas incursiones, planeadas en base a la información que habían recibido o debido a las tareas de vigilancia, podían ser muy importantes, durando varios días en algunas ocasiones, con regimientos enteros desplegados y cientos de casas allanadas y registradas, o bien podía tratarse de operaciones relámpago realizadas con un pequeño grupo de soldados, incluyendo a agentes secretos. En ocasiones —y, a veces, con mucha frecuencia— se realizaban allanamientos al azar en casas de conocidos republicanos o de sus parientes a la hora de la comida o a la madrugada. El patrullaje de las calles siempre seguía el mismo patrón: a veces se establecía una amplia red de barreras de control en las calles durante poco tiempo o las patrullas de a pie detenían a la gente al azar para registros y comprobaciones *in situ*; en otros momentos se producían meticulosas operaciones de inteligencia destinadas a inspeccionar áreas enteras de la ciudad.

A medida que pasaba el tiempo, la vigilancia clandestina, el apoyo de la alta tecnología, el empleo de helicópteros y la informática se volvían cada vez más importantes, mientras los británicos reunían una cantidad de información sin precedentes sobre la población nacionalista. Pero los pobladores locales respondían con valentía ante estos nuevos desafíos. Se quitaban los rótulos de las calles, las tapas metálicas comenzaban a sonar ante el menor indicio de la presencia de un soldado británico en la zona; las patrullas eran enfrentadas, habitualmente por mujeres, cada vez que detenían en la calle a algún vecino, normalmente jóvenes. Debido a esta y otras tribulaciones que sufrían los pobladores locales, además del calibre de los soldados individuales o los regimientos, en general las patrullas británicas podían ser evitadas si uno tenía cuidado.

En una ocasión realmente memorable, Tony, Colette y yo nos descuidamos. Los tres viajábamos de madrugada por las calles de Ballymurphy en una moto que yo conducía, Colette iba en el asiento del pasajero y Tony instalado sobre nuestros hombros, cuando nos dimos de bruces con una patrulla del Regimiento de Paracaidistas. Debían haber oído nuestras risas y exclamaciones antes de vernos, y toda la patrulla se echó a

reír a carcajadas al ver el extraño espectáculo que tenían ante sus ojos. Tony, con gran dignidad bajó de su elevada posición para ser cacheado por los soldados y luego, mientras los paracaidistas se burlaban de Colette y de mí, volvió a subirse sobre nuestros hombros. Por un momento, el oficial al mando pareció decidido a actuar violentamente, pero entonces otro de los soldados se echó a reír.

—¡Jodidos irlandeses!

Y la patrulla estalló en carcajadas. Tony mantuvo su dignidad, observándoles desde su improvisada atalaya.

—Adelante —dijo el oficial.

Y nuestro pequeño trío en la Honda 50 continuó lentamente su camino calle abajo en medio del traqueteo de la moto.

La política de internación constituyó una evidencia crucial de que el camino hacia la reforma estaba bloqueado y tuvo un efecto muy importante al convertir a la gente en participantes activos y conscientes en la lucha. Había incluso personajes de la vida política británica que reconocieron que los acontecimientos habían cruzado un umbral vital. En noviembre de 1971, después de una visita de Harold Wilson, líder del Partido Laborista británico en la oposición, convocó a una conferencia a los principales partidos irlandeses y británicos, afirmando que «la situación ha llegado tan lejos que resulta imposible concebir una solución efectiva a largo plazo en la cual la agenda no incluya la consideración de, y que no esté dirigida de la misma forma a, encontrar un medio de alcanzar la vieja aspiración, imaginada hace medio siglo, de progresar hacia una Irlanda unida».

El 4 de diciembre, los lealistas provocaron un atentado con bomba en el Bar McGurk, situado en North Queen Street, matando a quince personas. Seamus Twomey, que era intensamente buscado en aquella época, vino a darme la noticia a la casa donde yo me alojaba provisionalmente. Seamus, un hombre notable y padre de una familia ya casi adulta, era ligeramente mayor que mi padre, probablemente de la misma edad que Joe Cahill y también había desplegado una intensa actividad en la década de 1940. Y ahora aquí estaba, treinta años más tarde, fugitivo en su propia ciudad. En una ocasión, en Leeson Street, Seamus y yo permanecimos una hora sentados sobre la pared de un patio mientras los soldados británicos registraban las casas próximas. Una vez que se hubieron marchado y mientras bajábamos de la pared, Seamus dijo:

—¡Ya soy demasiado viejo para estas cosas!

Pero no era verdad. El carácter irascible de Seamus, que en ocasiones le reducía a la incoherencia, era legendario. No soportaba fácilmente a los imbéciles, pero si estaba equivocado, siempre se arrepentía, y realmente era consciente de su pésimo carácter, que intentaba corregir. Gran aficionado a los deportes, Seamus era un verdadero fanático del fútbol gaélico, el *hurling* y las carreras de caballos. Durante sus largos años en la clandestinidad, aparte de su deseo de regresar a casa para ver a Rosaleen, su mujer, y su familia, anhelaba pasar una tarde de domingo presenciando un partido en Casement Park y después beberse unas jarras de cerveza.

Ahora debía hacer frente a la responsabilidad de dirigir a personas muy jóvenes en una época extremadamente peligrosa.

En el mismo mes del ataque contra el Bar McGurk, mi hermano Paddy fue arrestado e internado. Esas Navidades Colette y yo nos quedamos en casa de mi tía Kathleen mientras ella estaba fuera de la ciudad. El 24 de diciembre, sin embargo, mi sexto sentido me indicó que era hora de largarse de allí. Colette y yo regresamos a Ballymurphy y, poco después, me enteré de que la casa había sido allanada.

Entramos en el nuevo año de buen humor, pero la brutal confirmación de los obstáculos a la reforma llegó junto con la muerte a tiros de manifestantes desarmados en Derry el 30 de enero de 1972, un hecho que llegó a conocerse como Domingo Sangriento.

Colette y yo regresábamos de un viaje a Dublín cuando escuchamos por primera vez que numerosas personas habían resultado muertas en Derry y, a medida que nos acercábamos al norte, los boletines de la radio daban cuenta de un número creciente de víctimas. Nos detuvimos en Dundalk para ver si podíamos obtener alguna información más detallada. La gente estaba enfurecida y nadie sabía exactamente cómo se habían producido esas muertes. Luego continuamos viaje hacia Belfast.

Los paracaidistas se habían desplegado delante de una marcha por los derechos civiles que había partido de Creegan, pasando por el Bogside, para llegar a Guildhall Square. No tengo absolutamente ninguna duda de que esas muertes fueron el resultado de una deliberada y planificada operación militar destinada a instaurar el terror en los corazones de todos los nacionalistas irlandeses que vivían bajo la dominación británica a través del ejercicio de la violencia criminal contra civiles desarmados. Los paracaidistas, las tropas de choque del Ejército británico, entrenados para las exigencias más brutales y cruentas de los combates, se habían desplegado delante de una enorme manifestación de 20 000 personas, la mayoría de ellos trabajadores, que

reclamaban derechos civiles. Algunos habían sugerido que los paracaidistas estaban poseídos por una especie de locura homicida, que estaban absolutamente fuera de control, pero tal vez la verdad más perturbadora sea que se trataba de un ejercicio controlado y deliberado, decidido y planificado previamente desde los niveles políticos y militares más altos. Fue una masacre de civiles intencionada y premeditada, un disciplinado asalto a una manifestación no violenta. Cuando la marcha fue interrumpida por las tropas paracaidistas, se había producido un pequeño tumulto y los jóvenes lanzaron algunas piedras contra los soldados; pero la inmensa mayoría de los manifestantes estaba escuchando los discursos cuando, de pronto, los paracaidistas abrieron fuego, disparando fría, repetida y deliberadamente a «hombres en edad militar» que formaban la multitud; continuaron disparando sobre los manifestantes mientras estos huían, y dispararon también a aquellos que acudían a ayudar a los heridos. Aquel día los paracaidistas británicos mataron a 13 civiles inocentes y otro murió más tarde; 29 personas resultaron heridas.

No fue casual que los acontecimientos que marcaron el comienzo de los problemas se produjeran en Derry, porque si el norte era una bomba de tiempo, Derry era el detonador. Porque, a pesar de su mayoría católica, Derry ocupaba un lugar especial dentro de la mitología unionista y no se podía permitir que los católicos escaparan a su control. Para mantener a los católicos en su lugar se empleaban las prácticas más aberrantes. No obstante, Derry era una ciudad con escasa historia de republicanismo; había algunas importantes familias o personalidades republicanas pero, fundamentalmente, la política de la Derry nacionalista había estado dominada por los valores católicos de la clase media. Derry, en mayor medida que Belfast, era un lugar rural con un activo puerto que proporcionaba un punto de salida natural para muchas personas que allí no podían ganarse la vida. Separada como estaba por la frontera de su región interior en Donegal, Derry era un lugar aparte. A pesar de que no existía una verdadera tradición de lucha radical, también habían estado ausentes las manifestaciones más violentas de sectarismo que caracterizaban a Belfast.

La Batalla del Bogside, cuando el pueblo de Derry derrotó al RUC y a los Especiales B, lo cambió todo, liberando toda la parte derecha de la ciudad. Fue un levantamiento popular que incluyó a hombres y mujeres, jóvenes y no tan jóvenes, y consiguieron su propósito contra todo pronóstico. Y también tenían la sensación de haberlo conseguido legítimamente. El Domingo Sangriento, en absoluto contraste, fue un plan abominable, un crudo intento

de volver a ponerles en su sitio, de hacerles saber quién mandaba y de aterrorizarnos a los demás. Era la misma vieja historia: manifestantes por los derechos civiles desarmados se convirtieron en «terroristas armados» y la herida infligida aquel día permanece abierta hasta hoy.

Irlanda fue convulsionada por el Domingo Sangriento, unos hechos que se habían producido, a diferencia de los asesinatos de Ballymurphy, a plena luz del día y ante los medios de comunicación. Las imágenes de la televisión, en las cuales había una especie de terrible y luctuosa inmovilidad, no podían ser ignoradas. Ahora existía una extendida sensación de que el Gobierno británico había ido demasiado lejos. Cientos de miles de trabajadores abandonaron sus lugares de trabajo para marchar en son de protesta por los Veintiséis Condados. Incluso el Gobierno de Dublín y la gente de la Iglesia reaccionaron ante los hechos. El día que se celebraron los funerales en Derry, fue una jornada de duelo nacional. En Dublín, tres días de manifestaciones y disturbios culminaron con el incendio de la Embajada británica delante de una multitud de 30 000 personas. En el norte, el Domingo Sangriento fue seguido de disturbios, barricadas y huelgas; 50 000 personas se unieron a la marcha de la NICRA en Newry. En el Parlamento británico en Westminster, Bernadette Devlin atacó al ministro del Interior Maudling, golpeándole en la cara.

Dinero, armas y nuevos reclutas inundaron el IRA. En los seis o siete meses posteriores al internamiento, la lucha armada se libraba con mayor intensidad que nunca y con mayor apoyo y tolerancia por parte de la comunidad nacionalista. Los intensos combates armados que se convirtieron en un rasgo más de la vida en Ballymurphy y otras áreas nacionalistas no significaban necesariamente que hubiese muchos muertos; y tampoco había necesariamente dos facciones diferentes luchando entre ellas. En muchas ocasiones fue el caso del Ejército británico luchando contra el Ejército británico. A veces, el IRA se comprometía a pequeña escala en los combates y luego se retiraba, descubriendo para su sorpresa que los tiroteos no solo continuaban sino que se intensificaban. Pero entre los viejos nacionalistas, que antes solo habían conocido acciones a pequeña escala y básicamente defensivas por parte del IRA y a los que no había influido la fracasada campaña de la década de 1950 en la frontera, era una cuestión de sorpresa y orgullo ver cómo la joven generación de sus vecindarios llevaba a cabo una campaña del IRA de tal magnitud que provocaban la retirada, e incluso la huida de regimientos del Ejército británico profesionales y bien equipados. Algunas de estas batallas armadas congregaban un público que permanecía habitualmente justo en el límite de lo que consideraban el alcance del fuego,

generalmente a la vuelta de la esquina de donde se desarrollaba la acción. En ocasiones se reunía hasta un centenar de personas para contemplar la batalla.

La campaña del IRA estaba dominada por Belfast, donde se organizo una serie de ataques contra todos los cuarteles del Ejército británico y del RUC en Belfast Occidental, siendo el más celebre el lanzado contra el cuartel de Hastings Street. Inicialmente había sido atacado sin ningún éxito, pero el IRA volvió a la carga rápidamente y voló el cuartel. A medida que la campaña cobraba impulso, Faulkner hacía algunos anuncios ocasionales para tranquilizar a sus electores, afirmando que «tenemos la situación bajo control». El IRA respondía con contundencia a cada una de sus afirmaciones y esta situación tuvo como efecto inmediato incrementar la identificación popular con el IRA. El cuartel de Hastings Street se convirtió en una especie de símbolo popular, porque en la zona de Falls todo el mundo sabía que solo habían quedado en pie las paredes exteriores del edificio. Aunque el IRA había colocado la bomba, los sacos de arena contribuyeron a dirigir la onda expansiva hacia el interior, convirtiendo todo el lugar en un montón de escombros.

Ahora los británicos ya sabían que Colette y yo nos habíamos casado. Un día llegaron a la casa de la familia de Colette.

—¿Sabe con quién se ha casado su hija? —le preguntaron a su padre.

—No —mintió.

—Con Gerry Adams —le dijeron.

—Bien, ¡que Dios le ayude! —dijo Jimmy.

Colette y yo, sin que lo supieran, estábamos presenciando toda la escena desde otra casa en la misma calle. Y volvimos a ver a los británicos en varias ocasiones, ya que acostumbraban a presentarse regularmente en la casa de los McArdle y nosotros los observábamos.

En aquella época, los paracaidistas tenían por costumbre recorrer las calles por las noches gritando mi nombre.

—Estamos buscando a Gerry Adams. ¡Sal, Gerry Adams, maldito cabrón!

Algunas noches me despertaban los ruidos que hacían, que todos mis camaradas pensaban que era un gran *craic*, excepto yo, naturalmente.

Un día en 1971 los británicos mataron a *Mickey*, nuestro perro tipo collie de pelo rojo y mi hermano Dominic estuvo llorando toda una semana. Después capturaron a mi perro *Shane*, pero pocos días más tarde le vi acompañando a una patrulla por una de las calles del barrio. Le llevaban atado con una cuerda y aguardé a que estuviesen a una buena distancia antes de silbarle de la forma en que le había silbado desde que era un cachorro: uno

largo, tres cortos, luego otro largo. *Shane* se puso como loco, logró soltarse de la cuerda y vino corriendo hacia mí.

Yo me había encariñado mucho con *Shane* cuando, a los nueve meses de edad aproximadamente, había caído gravemente enfermo y el veterinario dijo que tal vez tuviese que sacrificarlo. Durante una semana, todas las noches, me quedé junto a él alimentándole con huevos revueltos, leche, galletas dulces y agua que le daba con una cuchara. Le obligaba a tragar tabletas de penicilina y cucharadas de miel para que expulsara la flema y le limpiaba la mucosidad de la nariz. *Shane* sobrevivió tanto a mis cuidados como a la enfermedad y se convirtió en mi fiel compañero. No obstante, me resultaba muy difícil pasar mucho tiempo con él debido a las especiales características de mi vida en la clandestinidad, pero mis hermanos Liam o Seán le llevaban al lugar donde yo estuviese viviendo y pasaba un par de horas con él.

Colette y yo vivíamos en una casa que nos habían dejado en Springhill y *Shane* vino a vivir con nosotros, pero en 1973 desapareció, capturado por los británicos, si bien yo habría de recuperarlo poco tiempo después. Nuestro nuevo hogar era una casa de tres plantas como la mayoría de las construcciones de Springhill de aquella época y no teníamos muebles, excepto unas cuantas cosas que nos habían regalado los amigos, pero era nuestra. Durante un breve período vivimos en una especie de normalidad, nosotros dos y *Shane* en una enorme vivienda casi vacía. Un día, sin embargo, llegué a casa y Colette me dijo que había conocido a alguien que la necesitaba más que nosotros. Siempre la he admirado por eso.

Encontramos una nueva vivienda en Whiterock y, en septiembre, Colette se quedó embarazada. Para los dos fue una noticia maravillosa. En las primeras semanas de embarazo, Colette tenía antojo de plátanos y helado de vainilla Walls. Los plátanos podían conseguirse fácilmente, pero en más de una ocasión mientras recorría las tiendas de Falls Road buscando helado de vainilla Walls —ningún otro sabor hubiera sido igual— sabía que solo los padres o futuros padres entre mis camaradas podrían entenderlo si los británicos me arrestaban durante esa misión. A veces, la madre Irlanda debe ocupar el segundo lugar. No obstante, en la noche del 23 de octubre de 1971, mientras los dos estábamos en la cama, oímos una gran conmoción fuera de la casa. Al salir a la puerta nos enteramos de que nuestras amigas Dorothy Maguire y su hermana Maura Meehan habían sido muertas a tiros por los soldados británicos cuando regresaban de la zona baja de Wack después de haber avisado a los vecinos que los británicos estaban patrullando la zona. Las dos habían sido amigas íntimas de Colette, se había criado con ellas, y cuando

yo estaba en la clandestinidad solía cenar en casa de Dorothy o alojarme en una casa que ella había conseguido. Estábamos muy unidos. Muy poco tiempo después, Colette sufrió un aborto en Dublín. Nos habíamos quedado a pasar la noche en casa de mi tía Maggie y Colette tenía unos dolores espantosos. La tía Maggie estaba más enterada que yo de estas cuestiones y sugirió que Colette fuese al hospital Rotunda. La experiencia nos afectó mucho a ambos y regresamos a casa desolados.

Ahora el Ejército británico ya amenazaba con abrir fuego contra mí, Brendan Hughes, Jim Bryson, Toddler Tolan y unos cuantos más en cuanto nos viesen. De hecho, un día llamaron a la casa de la madre de Colette para decirle que una patrulla acababa de matarme en la zona de Falls. En aquellos días me quedé en Beechmount durante algún tiempo. Siempre estaba alerta. Raramente doblaba directamente una esquina; en cambio, cruzaba la calle y miraba hacia ambos lados mientras lo hacía: evitaba pasar por aquellas calles que tenían largos trechos sin puertas. En Clonard Street, por ejemplo, había paredes lisas; Beechmount Avenue era demasiado larga. Una tarde, en Beechmount, me topé con una patrulla de comandos infantes de marina. No pude evitarlos: estaba en medio de la calle y no había un alma alrededor. Me ordenaron que me acercara; pensé en huir pero hubiese sido completamente inútil. Les mostré mi DNI falso, les conté no se qué historia y me dejaron marchar. Seguí mi camino calle arriba, doblé la esquina y eché a correr como alma que lleva el diablo. Momentos más tarde se lanzaron tras de mí. Pude llegar a la casa a la que me dirigía, pero durante toda la noche pude oírles mientras patrullaban los alrededores y montaban guardia en la entrada trasera y a ambos extremos de la calle.

En otra ocasión aparqué un coche en los terrenos de la iglesia de Clonard. Cuando salí del coche, los británicos me cogieron. Yo no tenía ningún documento de identidad excepto una tarjeta del paro y el soldado me preguntó cómo era posible que tuviese un coche tan bueno si estaba en el paro. Le contesté que el coche era de mi padre. Entonces salió el cuidador de la iglesia y abordó a los soldados británicos, diciéndoles que había un acuerdo con el cura párroco de que la gente no podía ser detenida en los terrenos de la iglesia y comenzaron a discutir. Mientras tanto, un grupo de niños se acercó a nosotros y el hielo se rompió cuando comencé a bromear con ellos. Dije que me quedaría en la iglesia mientras el cuidador y los británicos solucionaban el problema; los británicos no pusieron ninguna pega y entré en la iglesia. Unos minutos más tarde el cuidador se reunió conmigo y me dijo que debía presentar una reclamación.

—No —le dije—. Está bien.

Pero insistió en que él me apoyaría: casos como este debían ser denunciados y yo no tenía nada que temer; era necesario que la gente supiera defenderse.

Entonces le dije casi en un susurro:

—Estoy en la clandestinidad.

El hombre cambió súbitamente de expresión, asintió con un gesto comprensivo y me indicó la salida posterior.

Cuando los británicos comprendieron lo que había pasado se pusieron como locos. Más tarde, algunos de los compañeros de la zona baja de Wack decidieron recuperar el coche. Lo hicieron, pero cuando lo aparcaron en otra calle los británicos montaron un amplio operativo y pusieron patas arriba todo el vecindario.

En aquella época estuve alojado en una casa excelente a la que Colette podía ir a visitarme. Los dueños de la casa, Kathleen y Eamonn fueron muy buenos con nosotros y su hogar se convirtió en el nuestro. Les dijeron a los vecinos que yo era maestro de escuela y la única razón de mi clandestinidad era que mi padre era un republicano recalcitrante y los británicos me buscaban para llegar hasta él. Y la vecina de al lado solía ir en busca de mensajes para mí, trayendo además leche o cigarrillos. En un momento dado, los británicos organizaron una búsqueda casa por casa y, cuando abandonaban la casa de esta vecina para allanar la nuestra, yo salía por la puerta de atrás y me metía en su casa. Cuando finalmente los británicos me arrestaron, con el consiguiente despliegue de los medios de información, aquella mujer estaba asombrada.

El hombre que vivía en aquella casa era todo un personaje. La peor noche de la semana era la noche anterior a la recolección de la basura, porque si había bebido algunas copas de más insistía en sacar antes el cubo de la basura. Su perro, un terrier yorkshire, le acompañaba y, feliz ante la súbita sensación de libertad, solía escaparse de su amo. La casa estaba directamente en línea con el cuartel y los británicos acostumbraban a patrullar intensamente la zona. De modo que este hombre caminaba a las dos o tres de la mañana llamando a su perro, «¡*Sweep*!. ¡*Sweep*!». Y luego se oía, «¿estás bien, chucho?» de un soldado británico de patrulla, seguido de una conversación absurda interrumpida por los ladridos del yorkshire. Aquel vecino solía decirme que pensaba que los británicos podían ver mi ventana desde el cuartel y, una noche, me despertaron unos golpes en la ventana. Me levanté y le encontré allí, mientras me decía, «no, no pueden verla».

Al mismo tiempo la situación estaba sufriendo una escalada militar hacia un conflicto inevitable entre el IRA y el Ejército británico. Ahora eran menos frecuentes las manifestaciones públicas. La militarización era, en parte, culpa del propio IRA, pero también una consecuencia natural del hecho de que los republicanos hubiesen sido obligados a pasar a la clandestinidad por leyes que ilegalizaban incluso nuestras actividades políticas pacíficas y prohibían nuestros periódicos; por cargas con porras y bastones de las fuerzas del Estado contra nuestras manifestaciones; por el internamiento y por el empleo de tropas de combate para asesinar a la gente en las calles.

El IRA se había equipado con un armamento más moderno. En 1972 consiguieron una gran cantidad de Armalites; eran metralletas ligeras y con culata plegable, lo que las hacía más fáciles de ocultar, y disparaban balas de alta velocidad. Había un grafito de la época que decía: «Dios creó a los católicos, pero la Armalite los hizo iguales».

En la zona de Falls había una actividad tan frenética en las entradas traseras de las casas que, en una ocasión, un grupo del IRA saltó la pared de un patio para acceder a una casa y se encontró con una patrulla británica. Los dos grupos, ambos fuertemente armados, permanecieron inmóviles y con las armas preparadas, mirándose unos a otros durante un interminable momento, y luego se retiraron prudentemente y volvieron a sus tareas.

En un tiempo relativamente corto, el IRA no solo había creado una fuerza defensiva de una efectividad sin precedentes, sino que también había llevado a cabo una ofensiva masiva contando con el abrumador apoyo del pueblo nacionalista, consiguiendo crear una situación realmente insostenible para el Gobierno de Londres.

Era obvio que el Estado del norte no podría sobrevivir a esta situación. El 22 de marzo, el primer ministro de Stormont, Brian Faulkner, se reunió con el primer ministro británico, Edward Heath, el ministro de Defensa, lord Carrington, y el líder de la Cámara de los Comunes, William Whitelaw. Cuando le dijeron a Faulkner que los poderes relativos a la seguridad le serían retirados al Gobierno de Stormont, amenazó con presentar la dimisión. Después de dos días de intensas discusiones entre Faulkner y sus colegas en Belfast, Heath anunció la dimisión de Faulkner y su gabinete, la suspensión del Parlamento y el Gobierno de Stormont, y el nombramiento de Whitelaw como secretario de Estado para Irlanda del Norte.

Para los nacionalistas fue un momento de enorme júbilo. En este punto crucial de los acontecimientos el sentimiento que prevalecía entre las filas nacionalistas era que jamás volverían a estar bajo el dominio unionista.

8

El 9 de marzo de 1972, poco antes de la caída del Gobierno de Stormont, cuatro jóvenes voluntarios del IRA resultaron muertos al estallar prematuramente la bomba que estaban preparando en una casa de Clonard Street: Tom McCann tenía 20 años, Tony Lewis, 17, Gerry Crossen y Seán Johnson, 19. Toda la casa quedó destruida a causa de la terrible explosión y la gente buscaba desesperadamente entre los escombros, ignorando al principio cuántas personas habían muerto. Luego comenzó a circular el rumor de que Tom McCann no se encontraba en la casa, junto con algunos compañeros recorrimos los lugares que Tom solía frecuentar, pero después de que hubieran transcurrido varias horas sin que Tom diese señales de vida comprendí que la historia no era más que una expresión de deseos y que Tom había muerto. No obstante, fue una conmoción terrible cuando, después de una intensa búsqueda, alguien encontró el cuero cabelludo de Tom entre los escombros de la casa. Tenía el pelo oscuro con un trozo blanco en la parte posterior de la cabeza, y ahora este detalle serviría para identificarle.

En los dos años precedentes muchos de mis amigos y camaradas habían muerto. Y la lista aumentaba. Los republicanos de Belfast se encontraban en medio de la tormenta y, ya fuese a causa de acciones armadas o de accidentes, o como víctimas de asesinatos británicos o lealistas, estaban pagando un precio muy alto. Muchos soldados británicos y hombres del RUC también habían muerto. Y también civiles, personas inocentes y no combatientes víctimas de atentados con bombas y del fuego cruzado entre el IRA, los soldados británicos y los lealistas. El IRA también había matado a muchos chivatos. El número de víctimas mortales aumentaba, a veces diariamente.

Ahora Colette se había mudado a una casa en Harrogate Street, en Beechmount, una casa pequeña y agradable que nos había sido recomendada porque el propietario vivía en Dublín. Me puse en contacto con él y se mostró feliz de que Colette se hiciera cargo de la casa hasta que el agente inmobiliario arreglara las cosas. Uno de los principales problemas de vivir en la clandestinidad era la inestabilidad e inseguridad que planteaban las

cuestiones relacionadas con la vivienda, lo cual resultaba obviamente más complicado para las parejas casadas, especialmente para aquellas como Colette y yo que no poseíamos vivienda propia. El lugar necesitaba una limpieza a fondo con carácter de urgencia y no teníamos ni muebles ni dinero. Pero alguien me dio diez libras, fui a la tienda de Héctor y compré dos platos, dos tenedores y dos cuchillos. Otra persona nos había regalado una cama doble como regalo de boda y la instalamos con enorme ilusión en la habitación principal. En realidad, yo albergaba escasas esperanzas de poder establecer algún elemento de seudonormalidad matrimonial. Sabía perfectamente que podría pasar mucho tiempo en aquella casa, y esperaba emplear ese tiempo de modo que Colette y yo fuésemos capaces de establecer, al menos, alguna forma de estabilidad doméstica, pero hacía poco que estábamos allí cuando la casa fue allanada y los británicos me arrestaron en la madrugada del 14 de marzo. Yo aún sufría los efectos postraumáticos de la muerte de los cuatro jóvenes y descuidé por un momento mi precaución de no permanecer demasiado tiempo en el mismo lugar.

Cuando me arrestaron di un nombre falso, pero me llevaron al cuartel de Springfield Road y era evidente que actuaban en base a alguna clase de información. No estaban seguros de que fuese yo: prácticamente les había convencido de que era Joe McGuigan y no había ninguna duda de que había convencido a los dos soldados que me escoltaban. Sin embargo, un poco más tarde trajeron a Harry Taylor, que era uno de los pocos del RUC que me conocía. Mientras permanecí en el cuartel no me maltrataron, pero una vez que Taylor hizo una identificación positiva todo cambió. Yo continué negando mi identidad, pero era inútil. Me llevaron al cuartel de Palace en un vehículo blindado. Para entonces ya era pleno día.

El oficial británico que me había arrestado me dijo que era mejor que lo confesara todo, y era obvio que lo decía tácticamente, pero yo sentí que lo decía con una gran sinceridad, lo que me hizo sentir mucho más abatido ante el destino que me esperaba. Hacia el final del interrogatorio, uno de mis torturadores me dijo:

—La propaganda republicana ha hecho un trabajo tan perfecto que os derrumbáis incluso antes de llegar aquí.

En ese momento comprendí que eso era precisamente lo que el oficial británico había hecho.

Yo me había aferrado al plan de negar que fuese Gerry Adams como un medio de luchar contra mi interrogatorio. Pensaba que si continuaba

afirmando que era Joe McGuigan podría impedir el interrogatorio atascándolo en esta cuestión.

Una vez en el centro de interrogatorios me llevaron a una gran habitación en un cobertizo de madera y dividida en cubículos abiertos; en estos cubículos había hombres sentados de cara a la pared. Me colocaron en uno de los cubículos y me dejaron mirando a una pared hecha con tablas de madera con orificios que tenían el efecto de inducir imágenes, formas y sombras delante de mis ojos. Los soldados o los miembros de la Rama Especial se acercaban por detrás, me gritaban, pateaban la silla para que me cayera al suelo o me golpeaban la cabeza. Había bandejas de acero para la comida, profundas y con tapas y asas, y las dejaban caer junto a mí; al principio estaba aterrorizado, pero después de un rato descubrí que ese ruido súbito y ensordecedor no me afectaba demasiado. También descubrí que cuando se acercaban por detrás podía ver sus sombras, y aunque estaba muerto de miedo, podía anticipar sus gritos y sus golpes, lo cual aliviaba de alguna manera la situación. Pero algunos de los detenidos que recibían el mismo tratamiento en los otros cubículos estaban totalmente aterrorizados y lo demostraban con sus terribles alaridos.

En la sala de interrogatorios emplearon la rutina del «poli bueno, poli malo». Primero me dieron una buena paliza y luego apareció un tío furioso que intentó dispararme, gritando como un loco y sacando un arma mientras los otros torturadores se lanzaban sobre él. Además, mientras era interrogado por Harry Taylor, intentaron administrarme lo que ellos llamaban la droga de la verdad. La única vez que tuve miedo realmente fue cuando me llevaron abajo para tomarme las impresiones digitales, y se cuidaron mucho de que no viese a nadie y que tampoco nadie me viera a mí. En un par de ocasiones me metieron en una habitación hasta que alguien hubiera pasado. Era evidente que estaban tratando de confundirme. Finalmente llegamos a la habitación donde tomaban las impresiones digitales. Yo me resistía y exigía que me presentaran una autorización para hacerlo. Entonces me obligaron a extender los brazos sobre una mesa. De pronto, apareció un hombre aparentemente desquiciado, pegando alaridos y llevando un delantal manchado de sangre y enarbolando un hacha. En ese momento consiguieron que perdiera completamente los nervios, para alegría de mis torturadores.

Luego me llevaron a otra sala de interrogatorios y me colocaron contra la pared, con los brazos y piernas extendidos, y me golpearon durante horas en los riñones y entre las piernas, en la espalda y en la parte posterior de las piernas. Las palizas se prolongaron durante todo el tiempo que permanecí en

el cuartel de Palace. Eran palizas sistemáticas, clínicas; sin ninguna pasión. Era como si ellos y yo volviésemos a ellas con las fuerzas renovadas, como si ambos supiésemos que aún nos quedaba un buen trecho por recorrer. Ambos nos habíamos medido y ahora solo se trataba de resistencia u obcecación. Yo estaba hecho polvo pero era consciente de que no me habían sometido a los mismos tormentos que habían sufrido Kevin Hannaway y otros compañeros; en este sentido me estaba beneficiando de los efectos de la publicidad acerca de las torturas y la brutalidad aplicadas por los británicos durante el período de internación de agosto.

Yo había llegado al cuartel de Palace durante la fase final del control unionista y los últimos coletazos de un período de tratamientos realmente brutales. Yo fui uno de los últimos detenidos bajo la firma de Faulkner y uno de los primeros cuya internación fue refrendada por Whitelaw.

Justo antes del final de mi interrogatorio abandoné mi afirmación de que era Joe McGuiran cuando la Rama Especial me dijo que sería enviado a prisión bajo ese nombre y que Colette no podría visitarme. Mientras dudaba qué decisión debía tomar, esta amenaza me confirmó que mis días en el cuartel de Palace tocaban a su fin, de modo que les confesé mi verdadera identidad. Para entonces, naturalmente, mi estrategia había sido reducida a una charada, pero yo pensaba que me había dado un sostén para soportar su inquisición. Permanecer en silencio era la mejor política. Porque aunque ellos sabían quién era yo, la cuestión era irrelevante. Yo no podía responder a sus preguntas ya que yo no era quien ellos pensaban.

En un momento de los interrogatorios incluso trajeron a mi celda a Eamonn McCaughley, mi cuñado, que había sido arrestado en el mismo período que yo, para que me identificara. Eamonn, hombre íntegro, no abrió la boca.

Antes de abandonar el cuartel de Palace presenté una reclamación formal por el trato recibido. Mis interrogadores hicieron grandes esfuerzos para ignorar mis repetidas demandas en este sentido y el personal administrativo uniformado del RUC también trató de ignorar mi demanda cuando se la entregué. Finalmente, no obstante, me llevaron a una habitación para que presentara una queja formal y, una vez allí, me enfrenté a un grupo de policías militares británicos, con sus bastones y porras, que también intentaron intimidarme.

Del cuartel de Palace me llevaron al barco-prisión *Maidstone*, un lugar espantoso y lúgubre. Fue un alivio volver a estar entre amigos y especialmente recibir una visita de Colette, pero era un escaso consuelo en las

terribles condiciones que debíamos soportar en aquel barco. Estábamos en la bodega, en la sección de proa. Las literas abatibles estaban dispuestas en filas de tres y prácticamente no había espacio. Había una pequeña sala de recreo y la luz se filtraba con dificultad a través de diminutas lumbreras. Yo llegué inmediatamente después de producirse una exitosa y celebrada fuga y las medidas de seguridad eran tan estrictas que daban cuenta de la paranoia de nuestros guardianes. Yo sabía que entre los prisioneros se encontraba Liam Hannaway, mi tío; su hermano Alfie había sido internado en 1940, a los 17 años, en el *Al Rawdah*, un transporte de tropas de la India Line anclado en la ría de Strangford. Y aquí estábamos, Liam, yo y otros 150 presos nuevamente en un barco-prisión británico.

La comida era horrible. El barco se asentaba sobre sus propias aguas residuales. Las tropas británicas también tenían su guarnición en el barco, además de los carceleros, estábamos sentados sobre su mierda tanto como sobre la nuestra. Los lavabos estaban permanentemente atascados. Poco tiempo después de mi llegada, tuve mi primer encuentro con un médico de la prisión. Yo estaba bastante lastimado, especialmente en la zona de las costillas, después de mi temporada en el cuartel de Palace.

—¿Duele? —me preguntó.

—Solo cuando respiro —contesté.

—Pues deje de respirar —me dijo sin pestañear.

Más tarde supe que después de mi arresto, los británicos destrozaron la casa. Hilda Hartley, una de nuestras queridas vecinas y la mujer que originariamente nos había avisado de la existencia de esa casa, permaneció junto a Colette durante el allanamiento. Algunas horas después llegó un oficial de los servicios de inteligencia. Le dijo a uno de los soldados que un miembro de la Rama Especial del RUC me había identificado como Gerry Adams, y el soldado le transmitió la información a Hilda y Colette.

—Lo siento —le dijo a Colette. Luego comenzó a hablarles acerca de su familia y de cómo odiaba lo que estaba haciendo.

Algunos días más tarde, cuando Colette estaba limpiando la ventana de la sala, el mismo soldado pasó formando parte de una patrulla y dio unos golpes suaves en el cristal. Colette le ignoró. Ante su sorpresa y desconcierto, al día siguiente mientras daba un paseo con mi madre, oyó que alguien le silbaba desde un jardín. Era el soldado británico otra vez.

—Me llamo Paddy Burns —dijo. Pero Colette volvió a ignorarle.

Otro día, durante una amenaza de bomba en Harrogate Square, todas las casas fueron evacuadas e Hilda dejó un cazo con patatas hirviendo en la

cocina. Al ver a Paddy Burns, le pidió que fuese a apagar el gas.

Algún tiempo más tarde, después de que su regimiento acabara su turno de servicio, Hilda recibió una carta. Era de Paddy Burns. «Dígale a Colette que he dejado el Ejército», había escrito.

En el *Maidstone*, cuando mirabas a través de las lumbreras desde debajo de la cubierta hacia la zona que estaba junto al muelle, se podía ver la zona reservada a los visitantes. A cierta distancia alrededor del barco, los británicos habían colocado vallas alambradas y nidos de ametralladoras; había un par de cobertizos que hacían las veces de barracones para los visitantes y luego había una zona de espacio abierto. Cuando los internados se enteraban de que alguien había sido arrestado, esperaban el autobús de los visitantes y cualquier convoy que trajese a otro prisionero. Era una forma de pasar el tiempo.

Una tarde alguien gritó que se acercaba un convoy. Los presos que se acercaron a las lumbreras vieron que de la parte trasera de un *jeep* bajaban a una figura encapuchada; vimos que los soldados hablaban con él durante unos minutos y luego le quitaron la capucha. Inmediatamente echó a correr con desesperación pero, al encontrarse con la valla, dio media vuelta y corrió en dirección contraria. Era como un demente y no pude dejar de recordar nuevamente el conejo de Glenavy. El pobre diablo estaba absolutamente aterrorizado y más tarde supimos que, antes de quitarle la capucha, los británicos le habían dicho que le iban a disparar. Aquel hombre no formaba parte de ninguna organización, lo cual fue mucho peor para él, ya que carecía del beneficio de la preparación psicológica.

Un día llegó al *Maidstone* un amigo mío, llamado John, que había sido arrestado poco tiempo después que yo. En el cuartel de Palace le habían colgado de los pulgares de un perchero y le habían dejado en esa posición durante horas mientras le golpeaban con un pequeño rodillo a la altura del ombligo, y ahora toda la zona alrededor del ombligo era de color púrpura donde todos los vasos sanguíneos estaban rotos. Aparte de eso mostraba pocas heridas, aunque estaba psíquicamente destrozado. Era diferente del tipo de tortura que se había aplicado durante largos períodos a los detenidos en los primeros allanamientos, y la visión de John en esas condiciones y la idea de que unos hombres le golpearan pacientemente el estómago durante horas hasta hacerlo chillar de dolor me produjo un escalofrío en todo el cuerpo.

También nos llegó la noticia de la muerte en Belfast de Big Joe McCann, mi antiguo camarada de los años sesenta. Soldados del Regimiento de Paracaidistas le habían matado a tiros cuando huía de una patrulla,

supuestamente para evitar que le arrestaran. La amargura de la disputa en la que Charlie Hughes había sido muerto y Tom Cahill herido y la emoción de las tensiones no resueltas de la escisión no podían mitigar la sensación de tristeza que me embargaba. Cualesquiera que fuesen las diferencias entre nosotros, yo no podía y no tenía ningún deseo de olvidar los buenos tiempos que habíamos disfrutado o la lucha común a la que nos habíamos unido antes de que las matanzas de 1969 y sus consecuencias nos separaran.

Las condiciones en el *Maidstone* continuaron empeorando. Durante días nos negaban la posibilidad de hacer ejercicios físicos. Algunos protestamos, el Ejército británico entró en nuestras celdas y uno de nuestros compañeros acabó con un brazo roto. Como una forma de resistirnos a esta conducta de los británicos, decidimos hacer una huelga de hambre de alimentos sólidos. Necesitábamos algún motivo para movilizar a la opinión del exterior. Yo había comenzado a recoger testimonios de la gente que llegaba golpeada de los interrogatorios, a escribir algunas cartas y a sacar al exterior esas declaraciones. La huelga de hambre consiguió cierto apoyo, con familiares de los detenidos poniendo anuncios en el *Irish News*, y provocó algunas reacciones. En respuesta a nuestra protesta, las autoridades del barco-prisión nos sirvieron una maravillosa comida; platos tales como un jamón entero glaseado con miel y exquisitos postres.

Fuera de los límites de nuestra cárcel flotante, un creciente número de reuniones multitudinarias en el más puro estilo fascista estaba movilizando a decenas de miles de lealistas, muchos de ellos con uniformes paramilitares, ante los cuales el Ejército británico y el RUC hacían la vista gorda. En febrero, William Craig, ex ministro del Interior del Gobierno de Stormont, había lanzado un nuevo movimiento llamado Vanguardia, y ahora organizaba reuniones masivas a las que llegaba con escolta motorizada y pasaba revista a sus hombres en formación militar. Después de arengar a su público, les pedía que apoyaran sus palabras levantando sus armas tres veces y gritando, «Sí». Los ecos de Nüremberg eran inconfundibles. En marzo, durante una de esas reuniones, Craig anunció:

> *«Debemos preparar dossieres sobre aquellos hombres y mujeres de este país que representan una amenaza contra este país, porque uno de estos días, si los políticos nos fallan y cuando ello ocurra, será nuestro trabajo liquidar al enemigo».*

A finales de abril pronunció otro discurso en el que añadía:

«Cuando decimos fuerza, queremos decir fuerza. Solo asesinaremos a nuestros enemigos como un último y desesperado recurso cuando nos sean negados nuestros derechos democráticos».

Una campaña lealista para asesinar católicos ya se había puesto en marcha en febrero. La UDA apenas intentaba disfrazar el hecho de que se estaba armando y, en mayo, se adiestraba militarmente con el apoyo tácito del Ejército británico.

A nosotros nos preocupaba la posibilidad de que el *Maidstone* pudiese ser atacado en cualquier momento. Stormont había caído; Vanguardia estaba en plena acción; nosotros nos encontrábamos amarrados a un muelle en medio del Belfast Oriental lealista; todas las tardes escuchábamos noticias acerca de William Craig instituyendo el último Reich. De modo que recibimos con inmenso alivio la noticia del gobernador de que el *Maidstone* sería puesto fuera de servicio. Ya no habría barco-prisión. Nos sentíamos pletóricos por el éxito de nuestra campaña y dimos por finalizada la protesta cuando Stormont confirmó el mensaje del gobernador. Poco tiempo después nos enteramos de que seríamos trasladados a Long Kesh, el recinto de cabañas Nissen, con alambradas de espino, torres de vigilancia y reflectores, que había sido especialmente construido a unos diez kilómetros de Belfast para alojar a los internados.

Yo fui el último en abandonar aquel barco. Me colocaron junto a uno que me dijo que había estado esperando ansiosamente ese momento, rezando para que no le pusieran junto a mí por temor a los golpes que yo podría atraer de los soldados. Su seguridad en que eso pudiera suceder hizo muy poco para calmar mis nervios. Nos esposaron juntos pero, a pesar de las veladas amenazas recibidas de muchos de los soldados británicos que participaron en nuestro traslado, el vuelo en helicóptero se desarrolló sin mayores problemas.

Estábamos encantados de llegar a Long Kesh a pesar de su lúgubre apariencia. Yo me sentí especialmente feliz de ver nuevamente a mi padre. Mi hermano Paddy, Kevin Hannaway y muchos otros nos saludaron desde sus jaulas separadas.

Una vez que fuimos procesados y trasladados a nuestro nuevo hogar, éramos como un rebaño de ganado joven al que se deja salir al campo después de haber permanecido encerrado en las cuadras. Éramos presos sometidos a una nueva ley y nos instalaron en una nueva jaula, donde todo era nuevo y brillante. Podíamos ver el cielo, un paisaje que nos había sido negado en la bodega del *Maidstone*. Nos sentíamos plenos de energía por la victoria que

habíamos obtenido en el barco-prisión y por nuestra nueva residencia. Algunos de nosotros, todos hombres jóvenes, habíamos pasado meses en la clandestinidad, huyendo de los soldados británicos. Ahora, en Long Kesh, liberamos todas las energías reprimidas. Las autoridades, alarmadas por nuestra extravagante conducta y aconsejadas por el consejo de internos del campo, decidieron enviar a mi tío Liam Hannaway a nuestra jaula para separarnos. Liam comenzó a darnos charlas republicanas, y era muy bueno, muy relajado, pero las autoridades de la prisión seguían preocupadas por nuestra locura y nos dispersaron por todo el campo. Fueron una semanas realmente muy divertidas, una mezcla del *Borstal Boy* de Brendan Behan y un internado para los retoños de las clases altas, durante las cuales nos dedicamos a hacer un montón de locuras. Se suponía que los internados debían salir y desfilar delante del alcaide cuando se dirigieran a él, como muestra de sumisión y obediencia. Sin embargo, nosotros decidimos presentarnos vestidos solo con nuestra ropa interior y sentados en el suelo. Las autoridades del campo debían llamar con frecuencia al Ejército para que se instalara delante de nuestros barracones para sofocar nuestros alborotos. Librábamos batallas de agua y —Dios se apiade de algunos de los presos mayores de nuestro barracón— pasábamos de bombas de agua fabricadas con bolsas de plástico a cubos de basura llenos de agua y la guerra podía durar hasta tres días. En ocasiones los tíos que debían salir de visita, vestidos con sus mejores ropas eran esperados en la puerta del barracón y literalmente empapados de agua.

Mi primera intervención en una discusión interna en el campo fue unirme a otros en discusiones relativas a la posibilidad de organizar una fuga, pero, probablemente debido a toda aquella frivolidad que nos envolvía, no nos tomamos la cuestión con la seriedad necesaria. No obstante, Billy McKee encabezaba una huelga de hambre en la prisión de Belfast para conseguir de las autoridades el reconocimiento de la condición política de los presos, y discutimos vivamente que debíamos organizar alguna clase de acción solidaria. Esta posición fue duramente resistida por la dirección de los barracones y la gente mayor, aun cuando lo que estábamos discutiendo no era más que un gesto propagandístico y no una huelga de hambre con todas sus consecuencias. Ahora puedo comprender la renuencia de aquellos hombres, pero finalmente cambiaron de opinión y, a pesar de haberse resistido inicialmente a la idea, ahora querían una huelga total. Liam Hannaway fue uno de los que participó en la huelga de hambre hasta el último momento, dañándose la salud como consecuencia de su acción. Yo la abandoné el día

catorce. Mi recuerdo más persistente es que, habiendo ingerido un primer bol de avena con leche para dar por terminada mi huelga de hambre un eructo, que parecía realmente sólido, comenzó a formarse en la parte inferior de mi estómago y comenzó a ascender lentamente por mi cuerpo hasta salir al exterior, con gran satisfacción por mi parte, y asombrar a todos aquellos que se encontraban en un radio de dos metros. A otros compañeros que abandonaron la huelga de hambre les pasó lo mismo y su aliento era absolutamente putrefacto.

Hacía solo un día que había abandonado la huelga de hambre cuando oí que alguien gritaba fuera del barracón:

—¡Adams! ¡Sale Adams!

Todo el tiempo estaba saliendo gente. Mi padre y Paddy habían quedado en libertad el mismo día a principios de mes. Para entonces mi madre había conseguido una casa en Ballymurphy, cerca del extremo superior de Whiterock Road, después de haber estado ocupando ilegalmente una casa en Lenadoon. De modo que mi padre regresó al 183 de Whiterock Road y no al 11 de Divismore Park.

La fiebre de la puerta era la nota dominante en Long Kesh y no era raro que la gente te confundiera gritando mensajes falsos constantemente se oía gritar, «te quieren en la puerta», seguido del nombre de alguien, pero a mí no me afectaba porque no tenía ninguna razón para esperar que me dejaran en libertad. De modo que cuando gritaron mi nombre diciendo que quedaba en libertad, pensé que era alguien que me estaba tomando el pelo. Liam Hannaway vino a verme y me dijo que podía marcharme. Cuando llegué a la puerta el alcaide me confirmó que quedaba libre.

—¿Está seguro? —le pregunté, perplejo.

—Sí —dijo—, está libre.

Yo aún no me creía que fuese verdad. Pensaba que debía de tratarse de un truco y que me matarían cuando saliera de la prisión o que me llevarían a algún otro centro de interrogatorios. Yo no quería irme, no quería abandonar a mis camaradas. Sin embargo, Liam Hannaway se puso duro conmigo y me dijo que debía calmarme y, con mucha tristeza y cautela, abandoné Long Kesh.

Dolours y Marión Price, dos jóvenes republicanos que habían participado en la marcha por los derechos civiles en Burntollet, me estaban esperando en la puerta con un coche. Me llevaron a Andersonstown, donde me encontré con Francie McGuigan y me enteré de la razón de mi puesta en libertad: se había fijado un calendario de conversaciones con los británicos y yo debía

tomar parte en ellas. Seamus Twomey me dijo que Paddy Devlin, del SPDL, me llevaría a una reunión que se celebraría en Derry y tenía un pase para que no nos detuvieran en los puestos de control del Ejército británico.

Me pusieron al día de los acontecimientos recientes: en marzo el IRA había decretado una tregua de tres días; la medida no había dado buenos resultados, pero a principios de junio Seán Mac Stiofáin y Dáithí Ó Conaill, de la dirección de Dublín, Seamus Twomey, y Martin McGuinness de Derry habían celebrado una conferencia de prensa durante la cual habían sugerido que Whitelaw debía reunirse con ellos en Derry para hablar acerca de una tregua. El Gobierno británico había rechazado la sugerencia, pero John Hume había iniciado contactos con el Gobierno de Irlanda del Norte. Nuestra parte había insistido en que las negociaciones podían iniciarse si a los presos republicanos se les garantizaba la condición de políticos y habían conseguido mi libertad para que participara en las conversaciones.

Para entonces Colette había oído en alguna parte que alguien me había visto cuando abandonaba Long Kesh y, algunas horas más tarde, nos encontramos en la casa de mis padres en Whiterock Road. Yo me sentía feliz de poder ver a mi esposa y a mis padres, pero apenas tuvimos tiempo de estar juntos antes de que me marchara a Derry.

El 20 de junio, en una gran casa de campo fuera de la ciudad, Dáithí Ó Conaill y yo mantuvimos una reunión con dos altos funcionarios británicos, Philip Woodfield y Frank Steele. Dáithí era un hombre alto, delgado y de rasgos angulosos, con una incipiente calvicie en su pelo negro, cuyo suave acento de Cork realzaba su preciso estilo oratorio. La primera vez que le escuché hablar, durante un acto conmemorativo por Feargal O'Hanlon celebrado en Monaghan, Dáithí cautivó a los presentes con su evocativo relato de la operación del IRA en la que había resultado muerto O'Hanlon, junto a Seán South, otro héroe del IRA de la campaña de la década de los cincuenta. Maestro y casado, Dáithí era un hombre afable y atractivo y estaba políticamente más informado que muchos de sus contemporáneos. Él y yo nunca llegamos a conocernos socialmente, fundamentalmente a causa de los tiempos que nos habían tocado vivir. Dáithí había viajado varias veces a Belfast en secreto, de modo que cuando le vi en Derry, poco antes de la reunión con los funcionarios británicos, ambos teníamos una idea bastante clara de las concepciones políticas del otro.

En la reunión, que fue directa y práctica, el difunto Paddy McGrory, un famoso abogado y muy buen amigo, tenía una carta de autenticación, se encargó de las presentaciones formales. Poco tiempo antes se había producido

una serie de acontecimientos que fueron confirmados en el transcurso de la reunión. A los presos alojados en la prisión de Belfast, una de las mayores preocupaciones de los republicanos, se les debía conceder la condición de políticos o, como lo llamaban los británicos, «una categoría especial». El carácter político de los presos republicanos fue acordado no solo a causa de la huelga de hambre, sino también como parte del esfuerzo por crear un clima favorable para las conversaciones entre los republicanos y el Gobierno británico.

Mi papel en las conversaciones fue mínimo pero, junto con Dáithí, dispusimos lo que luego fueron unas condiciones aceptables tanto para los británicos como para la dirección del IRA.

Nuestra posición era que debía celebrarse una reunión entre una delegación republicana y los británicos algunos días después de que el IRA hubiese dado por terminadas sus operaciones. Se llego al acuerdo de que tanto los británicos como el IRA harían declaraciones, y se suscitaron algunas discusiones respecto de la forma en que responderían las fuerzas británicas. Mi principal preocupación era asegurar que la reunión política se celebrara con brevedad, y sentía que muchos de los otros elementos de nuestra discusión eran meras distracciones. Nosotros propusimos que las conversaciones se celebraran siete días después del inicio de la tregua; ellos propusieron que fuesen dos semanas y, finalmente, acordamos que fuesen diez días. Naturalmente, solo se trataba del borrador de un acuerdo, ya que ninguna de ambas delegaciones podía ir más allá. Los términos del acuerdo debían ser analizados y discutidos, de una parte, por el Gobierno británico y, de la otra, por el IRA.

Una vez acabada la reunión regresé a Derry, donde le dije a Dáithí Ó Conaill, que regresaba a comunicar el resultado de las conversaciones al IRA, que a menos que se produjese un acuerdo político con los británicos, implicarse en una tregua prolongada iba contra los intereses republicanos; que entonces los británicos se dedicarían a cuestiones que eran secundarias, como la liberación de los internados. Él me aseguró que se encargaría de transmitir mis opiniones. Antes de regresar a Belfast, hablé con Seán Mac Stiofáin por teléfono. Luego emprendí el camino de regreso a Belfast y a Colette.

Por tratarse de un republicano irlandés, Seán Mac Stiofáin poseía unos antecedentes interesantes y curiosos. Casado y con hijos pequeños, y un vehemente activista en favor de la lengua irlandesa, había nacido en Londres de padre inglés y madre irlandesa y había cumplido su servicio militar en la RAF.[42] Arrestado en 1952 durante una operación del IRA, en la cual se

robaron armas del Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales, en el colegio de Felsted cerca de Londres, había purgado una condena de seis años en la prisión de Wormwood Scrubs y luego se había trasladado a vivir a Irlanda. Poseía un acento inglés característico y un aire ligeramente reservado, y aunque tenía buena disposición hacia los activistas jóvenes, yo me daba cuenta de que tenía dificultades para relacionarse con nosotros, especialmente con aquellos que procedíamos de Belfast. Nos veíamos solo de forma ocasional y, mientras que él y yo nos llevábamos bien, sentía que existía cierta tensión entre él, Ruairí y Dáithí; no había de su parte ninguna evidencia de liderazgo colectivo o siquiera un reconocimiento de que fuese necesario.

El 22 de junio, el IRA anunció un cese del fuego que sería efectivo a partir de la medianoche del 26 de junio. Las conversaciones se reanudarían en Londres el 7 de julio.

Durante los días precedentes, otros activistas del Sinn Féin y yo trabajamos para conseguir una presencia política en Belfast, y asistí a una importante reunión del Sinn Féin en Whiterock. Ahora que ya no estábamos obligados a actuar en la clandestinidad, queríamos movernos deprisa a fin de establecer una oficina y comprometernos en el trabajo político. Mientras tanto tomé parte en una serie de reuniones internas donde se discutió acerca de las próximas conversaciones que tendrían lugar en Londres, incluyendo una que recibió una proposición que había sido solicitada por Seán MacBride, el abogado y ex dirigente del IRA, ex ministro de Asuntos Exteriores y, más recientemente, ex secretario general de la Comisión Internacional de Juristas. En una reunión celebrada con Martin McGuinness, Ivor Bell y otros, me manifesté duramente contra el curso de acción que había sido sugerido, que parecía considerar las negociaciones pendientes como si se tratasen de una continuación de las conversaciones del tratado de 1920, y que proponían un enfoque muy formalizado a nuestro compromiso con el Gobierno británico.

En el momento en que la tregua se hizo efectiva, los lealistas incrementaron su campaña de asesinatos, cumpliendo al pie de la letra las incitaciones verbales de Paisley y Craig, quienes habían advertido que los unionistas tendrían que tomar la ley en sus manos «para ejecutar la venganza» y «asumir la acción contra la comunidad republicana». El 1 de julio, la Asociación de Defensa del Ulster (UDA) estableció áreas restrictivas y miles de miembros de la UDA desfilaron por Woodvale. Lejos de intervenir contra estas exhibiciones de hombres armados y uniformados, el Ejército británico las apoyaba y, el 3 de julio, se establecieron patrullas conjuntas UDA/Ejército británico en la zona baja de Springfield. Entretanto, la misma UDA estaba

organizando ataques contra zonas nacionalistas. En su boletín de febrero uno de sus partidarios había escrito:

> *«He llegado a un punto en el que ya no siento ninguna compasión por los nacionalistas, sea hombre, mujer o niño. Después de años de destrucción, asesinatos, intimidación, he tenido que luchar contra mis mejores sentimientos para llegar a esta decisión: se trata de ellos o nosotros… ¿Por qué (los paramilitares unionistas) no comenzaron a devolver los golpes de la única manera que entienden estos cabrones nacionalistas? Esto es, con asesinatos indiscriminados y despiadados… Si yo tuviese un lanzallamas asaría a esos asquerosos mierdas que se hacen pasar por seres humanos».*

La UDA había manifestado su acuerdo con los sentimientos de sus lectores, y una campaña de asesinatos en los que muchas de sus víctimas fueron salvajemente torturadas y mutiladas alcanzó su máxima intensidad durante la tregua del IRA.

Se había acordado que mientras durase la tregua, los miembros del IRA llevarían armas, pero no saldrían de sus propias áreas, y el Ejército británico no entraría en esas áreas. Algunos elementos locales se hicieron con un Land Rover, pintaron IRA en uno de sus flancos y comenzaron a patrullar Belfast Occidental. Sin embargo, se produjo una peligrosa situación cuando el Ejército británico rompió el acuerdo al entrar en la «plaza de toros» de Divismore Park, en Ballymurphy. Cuando Jim Bryson les dijo que se retiraran, los británicos se negaron a hacerlo.

«¡Aquí se va a librar la Batalla de Bulge!», me dijo alguien. Jim había respondido a los británicos armando a todo el mundo en la zona con todas las armas que había encontrado, y la situación se había convertido en un tenso empate. Fui a ver a Paddy McGrory para decirle que, como promotor de la tregua tal vez fuese capaz de resolver aquella delicada situación y, después de varias mediaciones, los británicos se retiraron de la zona. Toda esta área situada delante de las tiendas había recibido su nombre del Ejército británico. En una ocasión, después de haber recibido unos cuantos golpes durante unos disturbios, un oficial inglés declaró ante las cámaras de televisión:

—Estábamos atrapados —exclamó—, como los toros en el ruedo.

Para mí fue una época relativamente estable. Era un internado liberado; ya no estaba en la clandestinidad ni me perseguían. Una de las razones por la que me habían escogido para formar parte de la delegación republicana durante

las conversaciones fue que yo no era un hombre buscado. Los británicos no querían encontrarse con un hombre buscado en estas conversaciones preliminares. Yo continuaba manteniendo mis medidas de seguridad, pero fue un período casi de normalidad, si bien un hombre resultó muerto por disparos de soldados británicos mientras pasaba en coche por delante de la casa de mis padres; nosotros oímos el tiroteo en el silencio de la noche mientras le disparaban desde la entrada que había junto a la casa.

Cuando llegó el momento de mantener las conversaciones con el Gobierno británico en Londres, me vestí deliberadamente de un modo poco elegante para la ocasión. En cualquier caso, no podría haberme vestido de otro modo ya que no tenía la ropa adecuada. Mi suéter tenía un agujero y yo lo sabía pero, en mi arrogancia e ignorancia juveniles, pensaba que era lo apropiado.

Cuando llegamos a Derry nos enteramos de que la noche anterior el IRA había arrestado a algunos soldados británicos. A diferencia de las especulaciones que se vertieron más tarde, esa acción no guardaba ninguna relación con nuestra reunión. Los soldados no eran rehenes, pero tuvieron mucha suerte de que su incursión en Derry Libre se hubiese producido en un momento tan sensible. Los soldados fueron retenidos hasta poco antes de nuestro regreso.

Nos llevaron en un autobús, acompañados por oficiales británicos y hombres de paisano, uno de los cuales al menos estaba armado, al igual que Seán Mac Stiofáin y otro de los miembros de nuestro grupo. En el camino fuimos demorados por un rebaño de ganado, y se me ocurrió pensar irónicamente que los planes mejor trazados por el gobierno podían zozobrar ante un rebaño de ganado y un granjero que no se dejaría apresurar por nadie. Luego viajamos en helicóptero en un vuelo que naturalmente comparé con el viaje absolutamente diferente que había hecho hacía apenas unos meses cuando me habían trasladado desde el barco-prisión hasta el campo de internamiento. Ahora se trataba de un maravilloso vuelo en un día luminoso sobre los campos verdes y el Paso Glenshane. Al llegar a Aldergrove, el aeropuerto civil y militar de Belfast, los hombres de paisano, ansiosos porque nadie nos viese, intentaron hacer que corriésemos hacia un avión militar que nos estaba esperando, pero nosotros no teníamos ninguna intención de echar a correr.

Más tarde aterrizamos en el aeropuerto Benson de la RAF en Oxfordshire y subimos a un par de limusinas. En Henley-on-Thames nos detuvimos: Seamus Twomey tenía que ir al lavabo; le pedí que me trajera cigarrillos

cuando regresara. Nosotros, mientras tanto, fuimos testigos de la irritación de nuestros compañeros de viaje. Seamus se ausentó durante lo que pareció una eternidad y ello fue motivo de consternación entre nuestros guardianes, quienes hacían llamadas por teléfono y usaban frenéticamente sus radios. Finalmente, Seamus regresó a la limusina, absolutamente despreocupado y tomándose su tiempo, comentando que aquel era un lugar muy agradable.

Llegamos al 96 de Cheyne Walk, Chelsea, el hogar de Paul Channon, y entramos en una casa muy grande. Fui al cuarto de baño, que estaba muy desordenado, con sábanas en la bañera, y me pregunté si el dueño de aquella casa lo sabría. Whitelaw llegó con retraso, y parecía existir la intención de celebrar la reunión sin él, pero nosotros no lo hubiésemos aceptado. Cuando llegó me dio la impresión de ser un hombre afectado y nervioso; su mano estaba húmeda de sudor.

Las dos delegaciones presentaban un notable contraste. William Whitelaw, «secretario de Estado de Su Majestad para Irlanda del Norte», era un terrateniente escocés; Paul Channon, millonario y heredero del imperio Guinness, era ministro de Estado en el Gobierno de Irlanda del Norte; estaban acompañados por los funcionarios Frank Steele y Philip Woodfield. En nuestro lado estaban Seán Mac Stiofáin, un republicano ex RAF; Dáithí Ó Conaill, un maestro; Seamus Twomey, un corredor de apuestas; Martin McGuinness, un ayudante de carnicero; Ivor Bell, un albañil revocador, y yo; también nos acompañaba Myles Shevlin, un procurador, quien se encargaría de tomar notas.

Hubo un intercambio formal de documentos y un intercambio formal de puntos de vista. Whitelaw abrió la reunión anunciando: «Espero que la confianza establecida entre nosotros se vea reforzada por esta reunión. Quiero señalar que las historias de nuestros dos países proporcionan a los irlandeses motivos para la sospecha. Espero que vean en mí a un ministro inglés en quien pueden confiar. Quiero que me vean como un hombre que nunca hará una promesa que no pueda cumplir».

En el curso de la reunión, Seán Mac Stiofáin se encargó de presentar la posición republicana, apoyado por Dáithí Ó Conaill y los demás. Seán leyó una declaración preparada en la que se delineaban nuestras demandas para la autodeterminación irlandesa; una declaración pública del Gobierno británico del derecho de todo el pueblo de Irlanda, actuando como una unidad, de decidir el futuro de Irlanda; una declaración de intenciones de retirar a las fuerzas británicas de suelo irlandés para el 1 de enero de 1975; mientras tanto, la retirada inmediata de las fuerzas británicas de las áreas más sensibles y

conflictivas; una amnistía general para todos los presos políticos en ambos países, para internados y detenidos, y para las personas en la lista de buscados. Nuestras demandas provisionales se referían a la liberación de los internados; la derogación de la Ley de Poderes Especiales; la anulación de la proscripción que pesaba sobre el Sinn Féin; no más juramentos de fidelidad a la corona; y representación proporcional para todas las elecciones celebradas en el norte.

Era inevitable que las discusiones estuviesen presididas por cierta tensión, y se produjeron dos pequeñas erupciones. En una de ellas, Seamus Twomey, estableciendo su posición con su característico temperamento, gritó y dio un fuerte golpe sobre la mesa. El otro momento álgido se produjo cuando Whitelaw señaló de forma ridícula que las tropas británicas nunca abrirían fuego sobre civiles desarmados. Martin McGuinness le recordó con vehemencia los asesinatos del Domingo Sangriento. Martin era aproximadamente un año menor que yo, a pesar de lo cual era un miembro muy conocido y respetado en su comunidad. Aunque no le conocía muy bien, me sentí impresionado por su franqueza; al igual que yo, Martin aún tenía mucho que aprender. Alto y con el pelo ensortijado, procedía de una numerosa familia afincada en el Bogside. Yo le había conocido en Derry detrás de las barricadas junto con Seamus Twomey. Derry Libre era prácticamente una zona liberada, y aunque los sucesos del Domingo Sangriento habían tenido un profundo efecto en la mayoría del pueblo irlandés, habían sido especialmente traumáticos para la gente de Derry, de un modo que era mucho más que una consecuencia normal de aquella carnicería.

Recuerdo que algunas de las mejores intervenciones en aquella reunión corrieron a cargo de Myles Shevlin. Yo apenas si tomé parte en las conversaciones, pero cuando se estaban haciendo los preparativos para la segunda reunión, yo pedí que la aplazáramos. Nos retiramos a otra habitación para hablar entre nosotros.

—¡Jesús, ya lo tenemos! —dijo Seán Mac Stiofáin.

Pero eso era exactamente lo opuesto a lo que yo pensaba. Me reafirmé en que debíamos insistir en que la próxima reunión se celebrara antes. Después de nuestro breve conciliábulo se llegó a un acuerdo respecto de la fecha de la próxima reunión. Los británicos dijeron que considerarían la propuesta y volveríamos a reunimos una semana más tarde. Mientras tanto se acordó que el IRA y el Ejército británico tendrían libre acceso a las calles y el IRA podría portar armas, pero exhibiéndolas solo en las áreas republicanas.

Whitelaw recalcaba la necesidad de mantener nuestras conversaciones en privado y añadió que si se filtraban los detalles de nuestra reunión, «todas las apuestas quedan anuladas».

Irritado por su arrogancia, le contesté rápidamente:

—Entonces eso significa que todas las apuestas quedan anuladas.

Un oficial británico nos acompañó durante el vuelo de regreso a Irlanda y habló más con Dáithí Ó Conaill que con cualquiera de los demás. Este funcionario hablaba acerca de los unionistas, preguntando qué pensábamos hacer con ellos. En cuanto a sus operaciones militares en Irlanda del Norte, dijo:

—Podemos asumir las bajas; probablemente perdemos la misma cantidad de soldados en Alemania a causa de accidentes.

Obviamente, eso no era verdad, pero decía mucho en cuanto a la actitud de los mandos del Ejército británico con respecto a sus soldados.

A mi juicio, la reunión había sido parte del enfoque exploratorio del Gobierno británico, motivado por el hecho de que hacía muy poco tiempo que habían impuesto un control directo en el norte. No habían mostrado ningún signo de ceder ante las demandas republicanas, y yo asumí una postura claramente absolutista en cuanto a esas demandas. Era consciente de la naturaleza histórica de las negociaciones. Nosotros éramos descendientes directos y naturales de los republicanos de 1920 —la última vez que se habían celebrado conversaciones de esa naturaleza— con la salvedad de que ellos habían representado a un gobierno revolucionario con un apoyo popular masivo. Desde entonces muchas cosas habían cambiado.

Dos días después de las discusiones de Londres, la tregua se rompió. La UDA estaba organizando ataques contra las zonas nacionalistas y el RUC participaba en tareas de intimidación, mientras que el Ejército británico era un espectador pasivo que hablaba con los paramilitares lealistas. Las familias católicas, intimidadas para que abandonaran sus casas en las zonas protestantes y mixtas, llegaban masivamente a los enclaves nacionalistas y algunas de ellas incluso atravesaban la frontera para huir de los lealistas. En la zona de Springfield Road, la UDA tomó una calle habitada mayoritariamente por familias católicas; el Ejército británico habló con los paramilitares y estos, finalmente, se retiraron.

A algunas de las familias nacionalistas que habían sido obligadas a abandonar sus hogares por los lealistas, en particular por los miembros de la UDA, se les habían asignado casas en Lenadoon, un vecindario fundamentalmente nacionalista bordeado por un cordón lealista. No

satisfechos con haberles obligado a abandonar sus hogares, los lealistas no les permitían llegar a sus nuevas viviendas y, el 9 de julio, se produjo el inevitable enfrentamiento con la participación de fuerzas republicanas que acudieron a ayudar a las familias afectadas. El Ejército británico se unió a la UDA para bloquear el paso a un camión de mudanzas que intentaba descargar delante de una de las casas desocupadas. Un Saracen británico embistió violentamente al camión, provocando un grave disturbio durante el cual los soldados británicos dispararon gas CS y balas de goma contra los nacionalistas. Dáithí Ó Conaill llamó inmediatamente por teléfono a Whitelaw, quien le dijo que volvería a llamarle, pero jamás lo hizo.

La razón por la que la tregua se rompió estaba relacionada con los asesinatos y la intimidación lealistas, y específicamente con la connivencia de los británicos con la UDA, que se hizo patente durante los incidentes producidos en Lenadoon. Y también se rompió en el momento en que lo hizo, porque Seamus Towmey, como testigo directo sobre el terreno, vio que los británicos violaban la tregua pactada y se negó a aceptar la situación.

Cuando la tregua comenzó a resquebrajarse, los británicos parecían muy felices. Después de haber explorado la posición de los republicanos y, tal vez, llegado a la conclusión de que no podían llegar a ningún acuerdo con nosotros, tramaron toda la operación o bien permitieron que esta continuara simplemente porque les encantaba ver cómo la tregua se convertía en papel mojado. En lugar de reunirse nuevamente con nosotros para discutir los puntos políticos de nuestras demandas relativos a la autodeterminación y la retirada británica, ellos prefirieron que la tregua se rompiera de este modo para que los republicanos no pudieran seguir apoyándose en su elevada moral.

Yo me encontraba asistiendo a una boda cuando me enteré de que había problemas en la zona de Lenadoon y, pocas horas más tarde, supe que la tregua se había roto. La noticia nos cogió por sorpresa y no tuve más alternativa que abandonar mi casa y volver a la clandestinidad.

La tregua había terminado. Una hora después del anuncio oficial por parte del IRA, los francotiradores del Ejército británico comenzaron a disparar sobre la zona de Ballymurphy. Su preferencia por la guerra no podía haber estado más clara.

Uno de los francotiradores, que disparaba desde un puesto de observación en el almacén de maderas de Corry, alcanzó a dos coches; cuando los ocupantes salieron de los vehículos, el soldado británico disparó aproximadamente una docena de proyectiles, alcanzando a Martin Dudley, de 19 años, en la parte posterior de la cabeza e hiriéndole de gravedad. Dos

muchachos de 17 años salieron de una casa y corrieron a ayudar al herido, cuyo cuerpo yacía en medio de la calle; entonces un segundo francotirador abrió fuego, alcanzando a Brian Pettigrew en un brazo. Cuando los dos muchachos se volvieron para huir en dirección a la casa de Pettigrew, los francotiradores continuaron disparando, alcanzando con varios impactos a Brian Pettigrew en la espalda antes de que John Dougal, el mayor de ocho hermanos, también fuese alcanzado y cayera al suelo. Brian Pettigrew, sangrando profusamente, consiguió llegar a su casa. John Dougal yacía en el jardín de la casa de al lado, pero durante dos horas los británicos continuaron disparando y nadie pudo llegar hasta el herido; cuando finalmente pudieron entrarle en la casa, John Dougal estaba muerto.

Margaret Gargan era una melliza de 13 años que ayudaba en el centro comunitario donde su padre se encargaba del bingo. No le gustaban los vestidos y siempre llevaba pantalones. Aquel día vestía un par de tejanos cuando un tercer francotirador la colocó en la mira de su fusil.

Al presenciar el primer tiroteo, Paddy Butler, un obrero de 38 años y padre de seis hijos, había corrido a buscar un sacerdote; ahora regresó con el padre Noel Fitzpatrick y David McCafferty. Al oír que alguien gritaba que una niña había sido herida, el padre Fitzpatrick y Paddy Butler echaron a correr, apartándose de la protección de una casa. El primer francotirador abrió fuego y mató a los dos hombres. David McCafferty, miembro del movimiento juvenil de los Oficiales que había cumplido los 15 años en abril, mostró un enorme coraje al tratar de llevar los cuerpos de los hombres a cubierto, pero cuando se agachaba sobre el padre Fitzpatrick fue alcanzado por más de media docena de disparos y murió instantáneamente.

Los francotiradores británicos continuaron disparando durante varias horas contra cualquier cosa que se moviera. Una ambulancia llegó al lugar de los hechos para trasladar a Brian Pettigrew al hospital, pero no pudo entrar en la calle, y su padre y hermanos se vieron obligados a practicar un agujero en la pared de uno de los dormitorios y llevaron a Brian en una camilla improvisada a la casa de al lado, desde donde pudieron alcanzar la ambulancia.

El IRA, incluyendo a los voluntarios de Ballymurphy, estaba participando con la mayoría de sus efectivos en la batalla de Lenadoon, donde la tregua se había roto, y por tanto no estaba en condiciones de reaccionar con presteza en su propia área. Pero los voluntarios regresaron y comenzaron a disparar contra la posición británica que estaba protegida con sacos de arena. Al día siguiente, el *Belfast Telegrapk* se hizo eco de la línea de la oficina de prensa

del Ejército británico, declarando en su titular «El IRA lanza un fuerte ataque contra un puesto del ejército en Belfast»; «cinco pistoleros terroristas», informaba el periódico, habían sido abatidos. Y la prensa británica copió la noticia.

Durante los seis días siguientes, el IRA realizó numerosas acciones en el norte, matando a ocho soldados y a un miembro del RUC e hiriendo a muchos más; los atentados con bombas provocaban efectos devastadores en pueblos y ciudades. Mientras tanto, los lealistas mataban a los católicos, torturando y mutilando lentamente a muchas de sus víctimas para aterrorizar a toda la comunidad. El Ejército británico realizaba continuos allanamientos y batidas en las zonas nacionalistas. El 16 de julio, 5000 refugiados cruzaron la frontera hacia el sur.

Como parte de su respuesta, el IRA se embarcó en otra campaña de atentados con bombas. Whitelaw anunció la prohibición del tráfico rodado en el centro de Belfast, una zona que el Ejército británico declaró «a prueba de bombas», y el IRA respondió a ello el viernes 21 de julio. Entre las 14:15 y las 15:30 veintiuna bombas del IRA estallaron en Belfast. El Ejército británico declaró que no se había recibido ningún aviso de advertencia con respecto a dos de las bombas, y Whitelaw afirmó que el IRA «sin advertencia previa estaba preparado para matar a civiles inocentes». Todos los medios de comunicación estaban dominados por sus declaraciones, en lo que los británicos llegaron a denominar «Viernes Sangriento». Sin embargo, la Agencia de Protección del Público confirmó posteriormente que se habían recibido por parte del IRA las advertencias correspondientes a las 21 bombas, pero en el caso de dos de ellas, colocadas en la estación de autobuses de Oxford Street y en Cavehill Road, el RUC y el Ejército británico no fueron capaces de responder a estos avisos o bien se negaron a hacerlo de forma deliberada. En relación a la primera de dichas bombas, el aviso había sido recibido media hora antes de que estallara, en cuanto a la segunda, la advertencia se recibió una hora y trece minutos antes de que se produjera la explosión.

Aquella noche, aparentemente, Whitelaw se dirigió al ministro de Defensa Peter Carrington en estos términos:

—Muy bien, ahora nos han castigado. Podemos entrar en las zonas prohibidas.

Los británicos, aprovechando la ocasión, publicaron y distribuyeron en tiempo récord 250 000 ejemplares de un panfleto acerca del «Viernes Sangriento» llamado *El terror y las lágrimas*. La comparación que intentaban

establecer entre el Domingo Sangriento de Derry con las bombas colocadas en Belfast el 21 de julio era absolutamente engañosa. En Derry, los paracaidistas habían matado de forma deliberada a 14 civiles desarmados. En Belfast, el IRA había tratado de provocar daños económicos y de evitar las bajas entre la población civil avisando con media hora de antelación la situación de cada una de las 21 bombas. Es un punto discutible si las operaciones del IRA hicieron que el Ejército británico se sintiera desbordado y no fuese capaz de manejar la situación, o si deliberadamente dejaron de actuar en el caso de las dos bombas, pero está claro que el IRA cometió un error al colocar tantas bombas, y murieron civiles que no tendrían que haber muerto bajo ninguna circunstancia. La responsabilidad fue del IRA y un motivo de profundo pesar. A causa de las explosiones resultaron muertos siete civiles y dos soldados británicos, mientras que numerosas personas resultaron heridas de diversa consideración.

Los hechos acaecidos aquel día y la escalada de las operaciones del IRA dieron el pretexto perfecto a los británicos para lanzar la llamada Operación Motorman. El 27 de julio, llegaron 4000 soldados británicos más, acompañados de equipo pesado. Cuatro días más tarde, 21 000 soldados apoyados por tanques Centurión, helicópteros y cientos de carros blindados invadieron las zonas prohibidas de Belfast y Derry. Habían avisado de su llegada ya que era evidente que no querían sufrir bajas, y el IRA tampoco intentó atacarles. Yo me encontraba en una casa de Falls Road leyendo *Mi complejo de Edipo*, de Frank O'Connor, cuando oí el ruido ensordecedor de vehículos militares pesados entrando en el distrito. La dueña de la casa, que regresaba de asistir a misa en la iglesia de St Paul, me dijo que la zona estaba llena de soldados británicos. Más tarde salí a la calle para echar un vistazo a lo que estaba sucediendo.

Por lo que yo podía ver, los británicos pretendían fortalecer su posición en el corazón de las áreas republicanas y establecer bases en lugares donde nunca las habían tenido. De modo que comenzaron a construir una nueva guarnición en Andersonstown y también ocuparon numerosos edificios. En todos los casos establecieron sus nuevos centros de operaciones muy cerca de la población civil, ya fuese en escuelas, hospitales o en medio de los barrios.

La Operación Motorman no consiguió acabar con el IRA; de hecho, el reclutamiento se intensificó, pero le obligó a cambiar de tácticas. La diferencia que se había producido en la situación era más evidente en Derry, porque en Belfast el Ejército británico ya había estado patrullando en extensas zonas, especialmente en las arterias principales, como Falls Road, y en otros

distritos habían practicado incursiones y allanamientos. Pero en Derry no habían conseguido superar las barricadas. Ahora, la población de Derry no ofreció ninguna resistencia cuando el Ejército británico comenzó a desmantelarlas.

La Operación Motorman marcó el comienzo de un nuevo nivel de agresividad por parte de los británicos. Entre 1969 y 1971 habían estado examinando la situación; en 1972 exploraron y evaluaron la posición republicana a través de las conversaciones de Whitelaw, llegando a la conclusión de que las conversaciones eran inútiles. Para entonces ya tenían su aparato de inteligencia lo suficientemente organizado como para lanzar una ofensiva generalizada. Después de Motorman, el Ejército británico incrementó los allanamientos y registros, montando una gran ofensiva contra las áreas nacionalistas, tomando parques, escuelas, edificios comunitarios y otros, y construyendo guarniciones desde las cuales podían reforzar la ocupación militar. Ballymurphy fue sometido a una violenta campaña por parte de los paracaidistas, que operaban en patrullas integradas por 15 o 20 soldados que se movían por los jardines traseros, mientras las calles eran patrulladas por vehículos Saracen, provistos de ametralladoras Browning, Ferret y Saladin, tanques que llevaban cañones de 76 mm y ametralladoras. En McRory Park levantaron Fuerte Pegasus, una enorme base de hierro acanalado, y tomaron y fortificaron Casement Park, el principal campo de fútbol gaélico de Belfast Occidental y del condado de Antrim. En total construyeron nueve bases militares de esas características en la zona de Andersonstown como corolario de la Operación Motorman. Toda la zona nacionalista de Belfast Occidental, ahora salpicada de guarniciones militares, se encontraba bajo ocupación militar.

Los lealistas también se cobraban víctimas entre los habitantes de Ballymurphy y otras áreas nacionalistas, y entre aquellos que murieron se encontraban mis amigos de la infancia y vecinos Packy McKee y Jimmy Gillen. En septiembre fueron sorprendidos por una bomba colocada por los lealistas en el Bar Conlon, en la esquina de Francis Street en Smithfield. Un rato antes habían estado bebiendo una cerveza en el Kelly, en la parte alta de Whiterock, donde los paracaidistas habían efectuado una de sus habituales incursiones. Mientras los paracaidistas buscaban problemas, mis amigos solo querían beberse la cerveza en paz, de modo que junto con otros compañeros se fueron a buscar un *pub* en el centro. La bomba hizo explosión en el Conlon justo antes de las nueve de la noche. Los muchachos de Murph salieron del bar y descubrieron que Packy McKee no estaba entre ellos. Jimmy Gillen

volvió a entrar en el edificio, que había quedado seriamente afectado por la explosión, donde encontró a Packy aún con vida pero semienterrado entre los escombros. Jimmy comenzó a tirar de él para sacarle de allí y, en ese momento, se derrumbó una pared. Cuando finalmente consiguieron rescatarlos, Packy sufría heridas tan graves que murió aquella misma noche, mientras que Jimmy estuvo agonizando durante 18 días. Fueron días muy tristes para Divismore Park y para las familias Gillen y McKee. En junio Jimmy había sobrevivido a un tiroteo lealista al resultar herido de bala cuando se encontraba delante del Kelly.

Uno de los elementos más importantes de la ofensiva británica fue el empleo de grupos antiinsurgencia como la Fuerza de Reconocimiento Militar (MRF), que el Ejército utilizaba según se describía en el manual militar *Low-Intensity Operations*, cuyo autor era el brigadier Frank Kitson. El 22 de junio, justo antes de que se decretara la tregua, cuatro personas fueron heridas en Glen Road cuando les dispararon ráfagas de metralleta desde un coche que pasaba. Todo parecía indicar que se trataba de un ataque sectario, pero el RUC persiguió al vehículo y logró detener al conductor y su pasajero, los cuales estaban armados con una Thompson, una metralleta no militar y preferida del IRA, y que resultaron ser el capitán James McGregor, del Regimiento de Paracaidistas, y el sargento Clive Williams, ambos pertenecientes a la MRF, que estaba adscrita a la 39.ª Brigada de Infantería y cuyo comandante en jefe había sido, hasta hacía pocas semanas, el brigadier Frank Kitson, pero que ahora se encontraba bajo el mando directo del general Harry Tuzo, comandante general para Irlanda del Norte.

La MRF estableció una elaborada red encubierta para labores de inteligencia, trabajando desde pisos, oficinas y tiendas y empleando a hombres y mujeres en su cometido. Entre las tapaderas que montaron estaba el Centro de Salud Géminis, un salón de masajes en Antrim Road, la lavandería Cuatro Esquinas en Twinbrook y una heladería. La lavandería lavaba ropa no solo como parte de la tapadera, sino también para analizarla en busca de rastros de explosivos, pólvora o aceite para armas; incluso para comprobar las tallas de las camisas y compararlas con las de los ocupantes conocidos de una casa y, de este modo, identificar las posibles casas francas. El conductor de la furgoneta de la lavandería hablaba con las mujeres del vecindario y observaba los movimientos de entrada y salida de los hombres en las casas a las que acudía a llevar o retirar ropa. Mientras tanto, dentro del vehículo otros agentes, en un compartimiento oculto en el techo, observaban y fotografiaban a la gente en las calles.

El 2 de octubre de 1972, el IRA atacó en Twinbrook, matando al conductor de la furgoneta y a dos de los que estaban en el compartimiento del techo. En el salón de masajes de Antrim Road mataron a otros dos agentes de la MRF. Fue un golpe terrible, similar a las acciones de Michael Collins contra los servicios de inteligencia británicos en noviembre de 1920, excepto que luego el IRA se descuidó. El error consistió en que, al haber conseguido acabar con la MRF, el IRA casi se olvidó de ella, mientras que naturalmente el servicio de información británico se reorganizó.

Además de llevar a cabo operaciones basadas en sus propios miembros, la MRF había reclutado a numerosos agentes dentro del IRA o asociados a él, también reclutaron a muchos lealistas y fue en esa época cuando los asesinatos cometidos por las fuerzas lealistas alcanzaron su mayor intensidad. También desarrollaban operaciones con el objetivo de desacreditar al IRA o para crear desasosiego dentro de las comunidades nacionalistas. Crearon una fuerza conjunta contrainsurgente lealista/republicana, algunos de cuyos miembros fueron arrestados más tarde y, cuando los encerraron en la prisión de Belfast, declararon ante el IRA que habían participado en las acciones de la MRF. Uno de ellos, al menos, confesó que existía un plan para envenenar a los republicanos en la prisión, una acción que provocaría terribles consecuencias dentro de las filas republicanas.

Los servicios de inteligencia británicos también operaban al sur de la frontera, y en el mismo mes de octubre los hermanos Littlejohn, agentes británicos cuya misión consistía en provocar la represión contra los republicanos, matar a líderes republicanos y llevar a cabo acciones que desacreditaran a los republicanos, atracaron un banco en Grafton Street, en Dublín. También se sospechó de la implicación de los servicios secretos británicos en el caso de dos bombas que estallaron en Dublín el 1 de diciembre, matando a dos personas e hiriendo a otras 127. Las bombas habían sido preparadas para que su explosión coincidiera con la votación en el Parlamento de Dublín de una nueva legislación draconiana destinada a la supresión de los republicanos. En el ambiente de histeria que siguió al atentado, el IRA fue hecho responsable del ataque y no hubo ninguna oposición a la aprobación de la nueva legislación.

El brigadier Frank Kitson no se limitaba a describir la estrategia militar en el vacío; él reconocía la importancia de las estructuras legales para derrotar a la oposición:

> *«La Ley debería utilizarse como un arma más del arsenal del gobierno, y en este caso se convierte poco más que en una*

excusa propagandística para la neutralización de miembros no deseados del público. Para que esto suceda eficazmente, las actividades de los servicios legales deben estar vinculadas al esfuerzo bélico de la manera más discreta posible» (Low-lntensity Operations).

En concordancia con esta perspectiva, el Parlamento británico en Westminster aceptó en diciembre de 1972 el informe Diplock, que recomendaba la combinación de medidas extrajudiciales («detención ejecutiva») y tribunales sin jurado. Y, fundamentalmente, recomendaba también que todas las confesiones fuesen admisibles en los tribunales sin jurado y reemplazaba el estándar de «imparcialidad» por el hecho de si se había empleado «tortura o tratamiento inhumano o degradante». La fianza no estaría permitida, y la obligación de la prueba pasaba al abogado defensor en aquellos casos en los que presuntamente se hubiesen utilizado armas de fuego. De este modo, suspendiendo muchas de las piedras angulares del proceso judicial británico, el Estado estaría en condiciones de asegurar la condena de los acusados con relativa facilidad.

La lucha republicana atravesó por diversas fases. Entre 1969-1979 se había producido un alzamiento popular, que estaba profundamente enraizado y tuvo importantes efectos a lo largo y ancho de Irlanda. Se había producido una huelga contra los impuestos y los alquileres, habían existido elementos de lucha armada —que eran muy populares— y luego se produjo la reacción de los lealistas contra los católicos y, en cierta medida, contra los británicos. Hacia finales de 1972, el alzamiento popular había sufrido cierto retroceso. Tres años era demasiado tiempo para mantener un levantamiento popular, especialmente teniendo en cuenta que su dirección estaba segmentada cuando no fragmentada. Como consecuencia de una mezcla de dura y clara represión por parte de los británicos, y de errores cometidos por los republicanos, la lucha había entrado en una fase defensiva.

En cuanto al frente político, en octubre de 1971 se había constituido el Movimiento de Resistencia del Norte (NRM) y entre sus principales promotores se encontraban Michael y Orla Farrell, de Democracia del Pueblo. Yo hablé en varios mítines del NRM en los cuales Democracia del Pueblo abogó, muy acertadamente, por movilizaciones populares más amplias y me impactó el hecho de que todo el potencial de la movilización era nuestro mientras que el DP solo aportaba la teoría. Yo dije, y fue aceptado, que los republicanos debían apoyar al NRM y participar activamente en sus actividades. En aquellos días se producían masivas demostraciones contra la

política de internamiento, pero la mayor debilidad de nuestra situación residía en que no creábamos ninguna alternativa política al SDLP. Y tampoco buscábamos ningún tipo de arreglo con ellos.

El Sinn Féin era un partido proscrito que se veía obligado a actuar en la clandestinidad, por tanto era una época muy difícil para contemplar siquiera la posibilidad de desarrollar abiertamente nuestras actividades políticas. Nuestra concepción estratégica era un remanente de la política que había llevado a la caída del Gobierno de Stormont. El elemento Goulding había avanzado una estrategia política, buscando la democratización de Stormont, pero este intento había fracasado debido a la velocidad e intensidad de los acontecimientos sobre el terreno. Maire Drumm era entonces la principal dirigente del Sin Féin en Belfast, y ciertamente suscribía la opinión de que los republicanos debían mantenerse alejados de la política electoral en particular.

En la primavera de 1973, en uno de los viajes que realicé a Dublín durante aquel período, conocí a Maire cuando salía de una reunión para hablar con Seamus Twomey, que me acompañaba, y se mostró muy enfadada porque en la reunión se estaba debatiendo la alternativa de participar en las próximas elecciones al Parlamento de Stormont. En marzo, un Informe Oficial del Gobierno británico había propuesto la formación de una asamblea de poderes compartidos en Stormont y un Consejo de Irlanda.

La postura que mantenía Maire, compartida por la mayoría de los republicanos en Belfast, era que habíamos conseguido desembarazarnos del Gobierno de Stormont y era imprescindible que mantuviésemos ese impulso para hacer lo mismo con los británicos. El hecho de reconocer la validez de una nueva asamblea en Stormont mediante unas elecciones, incluso sobre la base del abstencionismo, sería definitivamente un paso atrás. Seamus advirtió a los presentes que debían cesar los disturbios y entonces el Sinn Féin decidió el boicot. Al analizar retrospectivamente aquellos hechos creo que fue una medida poco inteligente, pero la realidad era que, independientemente de la celebración de las elecciones, estábamos políticamente mal equipados. No habíamos conseguido desarrollar un medio para que el apoyo popular pudiera expresarse y el fallo principal de la dirección era la falta de una estrategia integrada.

La visión que yo tenía de mi papel político era bastante estrecha de miras y creía que las elecciones no tenían nada que *ver* conmigo. Yo me encontraba en medio de la dirección del partido y mis esfuerzos se centraban en Ballymurphy y Belfast Occidental; compartiendo una perspectiva que era

general en todo el movimiento, yo pensaba que era trabajo de otro pensar en términos más amplios que los estrictamente locales.

En la derecha lealista, Vanguardia y el DUP prometieron unir sus fuerzas para presentarse a las elecciones a la asamblea que se celebrarían el 28 de junio, con la consigna de impedir cualquier posibilidad de compartir el poder con los católicos o de formar un Consejo de Irlanda. En las semanas previas a las elecciones, el gobierno levantó la prohibición que pesaba sobre los clubes republicanos, pero no así sobre el Sinn Féin, que decidió organizar una campaña de propaganda alrededor de nuestro programa, *Éire Nua*, en abierta oposición a las elecciones. Por falta de una estrategia política republicana, la mayoría de los nacionalistas consideraban que el SDLP aportaba la política mientras que los republicanos aportaban el Ejército.

El principal éxito antiunionista de 1973 no fue producto de ninguna iniciativa del Sinn Féin, sino de la huelga de hambre protagonizada por Michael Farrell y Tony Canavan de Democracia del Pueblo —quienes habían sido encarcelados por organizar una marcha de protesta— y las manifestaciones asociadas a este hecho, de las que surgió el Comité de Liberación de Rehenes Políticos. La huelga de hambre de Farrell y Canavan se inició en julio y concluyó 34 días más tarde cuando los británicos se vieron obligados a hacer concesiones, dejando en libertad a los dos huelguistas como parte de una amnistía.

Durante todo este tiempo desde junio de 1972, yo había vivido en la clandestinidad. Por un corto período Colette y yo habíamos tenido la suerte de disponer de un piso fuera de Belfast Occidental, en la zona universitaria. A mí me resultaba muy difícil ir y venir de aquel piso y hubiera sido muy peligroso si los lealistas o el servicio de inteligencia británico hubiesen descubierto mi paradero fuera de la relativa seguridad de mi propio terreno. Por otra parte, dentro del piso Colette y yo disfrutábamos de una normalidad doméstica y nos comportábamos como cualquier otra pareja, saliendo a «trabajar» por las mañanas y regresando por la noche. Colette estaba embarazada otra vez y extremábamos las precauciones para que nada pudiera afectar su embarazo. Pero entonces, el 19 de julio, mi período de clandestinidad tocó a su fin.

Las dos semanas que rodeaban la tradicional celebración de Orange el 12 de julio siempre eran muy tranquilas en las zonas nacionalistas, aparte de los disturbios que se derivaban de los propios desfiles unionistas. La mayoría de los habitantes católicos de Belfast que se podían permitir el lujo de abandonar la ciudad se marchaba a Donegal, los Glens de Antrim o Omeath en el condado de Louth y, como consecuencia, la mayoría de las áreas católicas

estaban muy tranquilas. Estos períodos de extrema tranquilidad siempre eran tiempos difíciles para moverse si uno estaba en la clandestinidad.

En una ocasión fui a una casa en Falls Road y mi sexto sentido me advirtió que algo no iba bien. Brendan Hughes llegó a los pocos minutos y me dijo que afuera había un coche sospechoso. Cuando llegó Tom Cahill, él también estaba preocupado. De modo que Brendan salió por la puerta trasera y fue a hablar con algunas personas del barrio. Poco después de que hubiera regresado, vimos que dos republicanos se acercaban al coche y mantenían una breve charla con sus ocupantes. Luego, mientras nosotros seguíamos observando la escena desde el interior de la casa, el coche se alejó y los dos compañeros permanecieron un momento en la acera y luego desaparecieron. Lo que ignorábamos era que, cuando los dos compañeros se aproximaron al coche, el pasajero les había amenazado con una metralleta antes de abandonar el lugar. Nuestros dos camaradas republicanos, que ignoraban en qué casa nos encontrábamos, pasaron media hora buscándonos ansiosamente. Los dos ocupantes del coche pertenecían al servicio de inteligencia británico y tenían toda la zona controlada. Cuando nuestros compañeros se acercaron al coche, decidieron que el juego había terminado y allanaron la casa. Naturalmente, no supimos todos estos detalles hasta más tarde.

Para nosotros el allanamiento era un asunto rutinario. Una patrulla británica se acercaba por la calle, se detenía delante de una casa y uno de los soldados llamaba a la puerta. Era algo habitual; en el pasado, muchas veces los soldados británicos habían llamado a la puerta de una casa en la que estaba viviendo y, en algunas ocasiones, yo había hablado con ellos. La rutina habitual consistía en ignorar esas visitas casuales o bien enviar al menos conocido de los inquilinos a hablar con los británicos. De modo que Tom Cahill fue a abrir la puerta mientras Brendan Hughes y yo salimos de la casa por la puerta trasera para largarnos de allí. Pero cuando Brendan trepó a la pared que separaba una casa de la otra comprobó que toda la parte de atrás estaba llena de soldados británicos. Al volvernos nos dimos de bruces con un soldado fuertemente armado. Nos arrestó y sus compañeros invadieron la casa.

Yo encendí mi pipa mientras Brendan me miraba. Durante meses Brendan había sido un blanco prioritario para las tropas británicas uniformadas y de paisano, quienes habían abierto fuego contra él al menos en una ocasión. Habían allanado varias casas buscándole y en numerosas ocasiones había conseguido escapar por los pelos. Ahora se portaba de un modo casi filosófico. Pequeño y de tez aceitunada, como su apodo El Moreno implicaba,

Brendan había vivido al borde del abismo durante bastante tiempo. Casado y con dos hijos pequeños, era un gran amigo mío y un camarada generoso y de buen corazón. Irascible pero extraordinariamente bondadoso, Brendan parecía pensativo cuando los británicos ocuparon la casa.

—¿Es esto? —preguntó mientras éramos trasladados rápidamente al cuartel de Springfield Road, que se encontraba cerca de donde habíamos sido arrestados.

Mientras los vecinos se reunían para protestar, un convoy señuelo salió del cuartel y un boletín de noticias sobre nuestro arresto declaraba que nos habían llevado a Castlereagh. Sin embargo, no nos trasladaron hasta que no se reunió con nosotros Owen Daddy Coogan, un amigo nuestro que había sido arrestado en otra casa. Fuimos golpeados brutalmente, aunque las graves heridas de Tom Cahill, sufridas a consecuencia de varios disparos recibidos a principios de 1970, le salvaron en esta ocasión del duro castigo recibido por el resto de nosotros. Los británicos nos colocaron, naturalmente, en celdas separadas pero cada vez que la puerta se abría podía oír claramente los gritos y lamentos procedentes de las celdas de mis amigos. Estoy seguro de que los mismos ruidos salían de mi celda.

Todas las personas que me golpeaban vestían de paisano y, en algunos momentos, había tres juntos en la celda. Después de la paliza inicial y mi primer ataque de pánico ante la violencia del ataque, los golpes se volvieron parte de una rutina, en la cual fui obligado a colocarme en la posición de registro, con las palmas apoyadas contra la pared, el cuerpo en un ángulo agudo, las piernas separadas. Intentaron que solo apoyara las puntas de los dedos contra la pared pero me resistí a hacerlo, y mis torturadores se colocaron detrás de mí y concentraron los golpes en la zona de los riñones y en los costados del estómago, al tiempo que me atizaban entre las piernas. Me golpeaban y yo caía al suelo. Me arrojaban un cubo de agua para reanimarme, me colocaban nuevamente contra la pared, volvían a golpearme y yo me caía. Cuando perdí el conocimiento me desnudaron. En algún momento hice un torpe intento por defenderme y ello provocó un verdadero ataque de furia en mis verdugos. Durante todo el tiempo no dejaban de pedirme información acerca de mis amigos y camaradas, mi familia y mis vecinos. Después de haber dicho, «lo siento, pero no puedo responder a vuestras preguntas» no volví a abrir la boca.

En una ocasión un médico británico intervino para que recuperase el conocimiento. Me hizo un examen bastante completo y se mostró preocupado por el daño que había sufrido en los riñones. Aparentemente había

permanecido desmayado bastante tiempo. Finalmente, después de una revisión exhaustiva, les dijo a mis torturadores que me encontraba en buen estado. Esperaron a que el médico abandonara la celda antes de volver a golpearme.

—Muy bien, Gerry, ¿qué fue lo que le dijiste al señor Whitelaw? ¿Que todas las apuestas quedaban anuladas?

El tío sonrió, me colocó un cubo de plástico en la cabeza y se marchó. Estuve sentado en esa posición durante no sé cuánto tiempo. Dos soldados uniformados montaban guardia. Uno de ellos apagó el cigarrillo aplastándolo en mi muñeca. No pude verle la cara: con el cubo sobre mi cabeza solo alcanzaba a ver sus pantalones de camuflaje y sus pesadas botas. Solo podía ver mis muñecas mientras permanecía sentado con los brazos y manos apoyados sobre las rodillas. En mi obstinación, me negué a retirar las manos. Su compañero le increpó por lo que estaba haciendo y cuando abandonaron la celda escuché que discutían al otro lado de la puerta.

Poco después mis torturadores regresaron. Su comportamiento había cambiado radicalmente y ahora se mostraban muy amistosos. Me dijeron que estaban secando mi ropa y me ofrecieron una taza de té, que yo rehusé. Uno de ellos me peinó el pelo mojado. Volvieron a marcharse y luego regresaron con toda mi ropa, doblada y ligeramente caliente, algunas prendas húmedas. Luego mis dos amigos y yo fuimos llevados a la parte posterior del cuartel, donde daba la impresión de que nos aguardaba todo el regimiento. El Moreno, Owen y yo apenas si éramos capaces de caminar erguidos y teníamos el cuerpo lleno de hematomas y heridas. Nos alinearon contra la pared y nos tomaron fotografías junto a los soldados que nos habían arrestado. Durante algunos minutos los soldados británicos, individualmente y en grupos, se fotografiaron con nosotros tres en la parte trasera del cuartel. Y entonces nos confirmaron lo que hasta entonces solo había sido un rumor: estábamos en una lista «A» —o sea, una lista en la que se encontraban todos los republicanos a los que había que disparar a primera vista— y también había una gratificación para el pelotón o el soldado que lo consiguiera. Por supuesto, habíamos sido capturados, no muertos, pero aún así había un premio para los soldados. Los diferentes regimientos llevaban un registro de apuestas, como si fuese una agencia de apuestas, sobre quién sería el afortunado que conseguiría cogernos. Por las burlas entre los soldados británicos, era obvio que los afortunados habían conseguido un premio considerable y por eso las fotografías que inmortalizarían el acontecimiento.

En alguna parte, en algún museo del regimiento o en la parte superior del armario de alguien, hay fotografías en las que aparecemos El Moreno, Daddy Coogan, Tom Cahill y yo. Estoy seguro de que no éramos un espectáculo agradable de ver.

Ataron a Brendan de manos y pies y, ante su estupor, un soldado se lo colocó sobre el hombro y lo arrojó sin miramientos en la parte trasera de un Saracen. A mí me esposaron al techo del vehículo. Un tío de paisano se sentó a mi lado con una pistola automática en la mano. Todos estaban muy nerviosos. Apoyó el cañón de la pistola en mi cabeza y me dijo que si el convoy era atacado, yo sería el primero en morir.

En Castlereagh disfrutamos de un tiempo relativamente tranquilo. No nos golpearon y tampoco nos interrogaron con demasiada insistencia. Por supuesto no estábamos acusados de ningún delito, pero nos entregaron nuestros papeles de arresto. Cuando salimos del centro de interrogatorios y atravesamos los campos de deportes en dirección al helicóptero que habría de trasladarnos al campo de Long Kesh, volvieron a tomarnos fotografías y uno de los soldados incluso nos filmó con una cámara de vídeo. Para entonces estábamos hechos polvo. Mientras subíamos al helicóptero, cansados y doloridos, Long Kesh no parecía un mal lugar. Después de todo, allí teníamos a un montón de amigos.

9

En muchos sentidos, regresar al campo de internamiento fue un alivio para nosotros. Yo había sobrevivido en la clandestinidad durante trece meses, residiendo fundamentalmente en una pequeña zona de Belfast, gracias a una férrea disciplina aplicada a todo lo que hacía. Gran parte del tiempo lo había pasado confinado en una habitación de una casa. Naturalmente había estado trabajando con la gente, moviéndome un par de horas cada día, pero raramente había abandonado Belfast. Solo ahora que me encontraba en Long Kesh comprendía la tremenda presión que había supuesto para mí vivir de aquella manera absolutamente antinatural: esperando siempre que alguien llamara a la puerta, esperando ser perseguido o muerto a tiros.

Cuando Brendan, Owen, Tom Cahill y yo llegamos a Long Kesh, los otros internos nos recibieron con los brazos abiertos. Hasta los carceleros parecían contentos de vernos. Uno de ellos, al ver mis muñecas ensangrentadas, sacó un pequeño cortaplumas y cortó las esposas de plástico que mantenían mis manos unidas. El soldado británico que me había esposado había hecho un trabajo tan concienzudo que el plástico me había cortado la carne.

Los cuatro fuimos examinados por el médico de la prisión. Durante algunos minutos se suscitó una breve disputa entre las autoridades de la prisión y el RUC porque la prisión no nos aceptaría bajo su custodia antes de haber establecido sin ninguna duda que nuestras lesiones se habían producido antes de llegar al campo de internamiento. Por su parte, el RUC se mostraba reticente a aceptar la responsabilidad por nuestro estado físico. Ignoro cómo resolvieron finalmente la cuestión pero, en cualquier caso, los médicos de Long Kesh tomaron detalladas notas de nuestras heridas antes de que fuésemos trasladados al barracón 6.

Aquí todo eran rostros sonrientes y ambiente de camaradería. Nosotros, por nuestra parte, estábamos encorvados, renqueantes, heridos y doloridos por las palizas recibidas. Pero estábamos entre amigos. Mientras me dirigía al sitio que me habían asignado, vi a Kevin Hannaway que me hacía señas desde su barracón.

—¿Te encuentras bien? —me gritó.

—Soy duro como una roca —mentí.

Aunque estaba encantado de ver a Kevin, aquella noche, mientras yacía en mi litera, me puse a reflexionar que durante todo lo que me había sucedido en el último año, Kevin se había pasado ese tiempo haciendo exactamente lo mismo que estaba haciendo cuando me saludó aquella mañana: caminar alrededor de una celda.

Long Kesh había crecido desde que, a regañadientes, me había marchado de allí hacía casi un año. Ahora había más de veinte barracones, cada uno con cuatro o cinco cobertizos donde se alojaban internos o presos condenados. Los barracones con presos condenados se disponían en las zonas superior e inferior del campo, separados de aquellos ocupados por los internos. Todos los barracones estaban rodeados por alambradas de espino y torres de vigilancia. Dos o tres cobertizos y medio eran para vivir y dormir; en cada cobertizo había treinta hombres. Un cobertizo era la cantina; también había un cobertizo para aseo y estudio y medio cobertizo para actividades «recreativas». La mayoría de los cobertizos Nisse, expuestos a corrientes de aire, tenían filtraciones; estaban construidos de hojalata acanalada y no tenían ningún sistema adecuado de calefacción, de modo que en los meses de invierno te morías de frío. Éramos criaturas de aspecto extraño, especialmente en invierno, vagando por el campo envueltos en abrigos y mantas, calzando botas enormes y pesadas y las manos metidas en calcetines de lana a modo de guantes. Los lavabos eran muy rudimentarios y su número absolutamente inadecuado para la cantidad de gente que vivía en el campo, las instalaciones médicas eran arcaicas y el hospital no era más que un grupo de cobertizos colocados a un costado de cada barracón.

La población del campo era una mezcla de adolescentes y gente mayor, llegados de ciudades y pueblos o de las zonas rurales, todos hacinados en aquellos barracones donde no había ninguna intimidad. Algunos de nosotros éramos activistas republicanos, otros tal vez solo habían mirado mal a un soldado británico, y otros simplemente habían estado en el lugar equivocado en el momento equivocado. Las condiciones imperantes en Long Kesh eran soportables para aquellos de nosotros que éramos jóvenes, sencillamente porque teníamos la resistencia de la juventud, pero para algunos de los presos mayores las circunstancias eran muy duras y terriblemente solitarias. En el barracón 22 había gente recluida desde agosto de 1971 y que ya habían sufrido la brutalidad del internamiento en los años cuarenta y cincuenta. Había gente como Jimmy Drumm, quien había pasado muchos años de su

vida internado sin juicio, y Liam Mulholland, un anciano pensionista casi ciego, que había sido encarcelado por primera vez en 1919. Muchos de los presos más viejos se habían conocido en la década de los cincuenta y algunos de ellos eran compañeros desde hacía 30 o 40 años. Mi hermano Liam estaba en un extremo del campo, en un barracón de presos condenados. Y mi hermano Paddy estaba en el barracón 6 y los dos volvimos a juntarnos en el medio cobertizo.

El internamiento era una experiencia muy penosa para los presos, ya que no sabían si permanecerían encerrados 20 días, 20 meses o 20 años. Si te condenaban al menos sabías cuánto tiempo tendrías que estar entre rejas y podías organizar tu vida, pero con el internamiento nunca se sabía. Esto resultaba especialmente duro de aceptar para aquellos —y eran muchos— que nunca habían hecho nada que justificara el hecho de haber sido encerrados.

Los allanamientos y registros se producían con mucha frecuencia, habitualmente a primeras horas de la madrugada, cuando algún Colonel Blimp[43] aparecía de pronto con un puñado de supuestos comandos y unos cuantos regimientos de tropas de combate y nos ordenaban «poner las manos encima de las mantas, mirar al techo, y cuando se os diga os vestiréis y cogeréis cuchillo, tenedor y cuchara para ir a la cantina». Nunca he podido entender por qué nos ordenaban llevar cuchillo, tenedor y cuchara a la cantina: después de todo jamás nos daban de comer durante los registros. En cambio, a veces nos golpeaban, a veces nos tendían sobre la alambrada y siempre dejaban el cobertizo perdido.

Después de uno de aquellos registros nos llevaron de regreso de la cantina entre dos filas de soldados británicos. A veces nos golpeaban con las porras, nos insultaban y nos lanzaban los perros, pero esta vez se limitaron a los insultos. Justo al doblar la esquina de nuestro cobertizo vi a *Shane*, mi perro. Estaba a unos veinte metros de distancia, cerca de la puerta del barracón, acompañado de un pequeño y fornido adiestrador canino del Ejército británico. Le llamé pero no se movió. Entonces silbé y *Shane* se puso tenso, con las orejas paradas, la cabeza alerta y el cuerpo a punto de saltar. Tiró de la cuerda para correr hacia mí y pensé que conseguiría su propósito, zafándose de su guardián y corriendo hacia donde yo me encontraba. Entonces un soldado me obligó a seguir caminando hacia el barracón. Podía oír los aullidos de *Shane*. Fue la última vez que le vi.

El barracón 6 se alzaba en el centro del campo y en un extremo se encontraba la mayoría de los internos recientes, un puñado de jóvenes rebeldes y bulliciosos. La administración del campo concentró su atención en

nosotros debido a una serie de fugas y de intentos de fuga. Teníamos la sensación de que, al haber sido capturados, habíamos abandonado a la gente del exterior, de modo que reiniciamos con nuevos ímpetus el trabajo de planear fugas. También suponíamos que no nos dejarían en libertad hasta que el internamiento no terminase, así que mientras tanto debíamos hacer todo lo posible para largarnos de allí.

A las 36 horas de haber llegado a Long Kesh, algunos presos de otro pabellón enviaron un plan en el que habían estado trabajando durante algún tiempo y que consistía en que un preso se evadiera escondiéndose debajo del camión de la basura. Paul Marlowe, un ex paracaidista, fabricó un arnés similar a los que utilizan los paracaidistas para lanzarse al vacío. Muy pronto, Brendan Hughes, que aún no estaba totalmente recuperado de sus heridas, estuvo colgado del arnés para empezar a acostumbrarse a él, pero el plan acabó por ser descartado porque se consideró demasiado peligroso. Sin embargo, los presos del barracón donde había nacido la idea pensaron que podrían conseguir que alguien se ocultara debajo del camión de la basura, de modo que les devolvimos el arnés. Un muchacho de ese barracón, Mark Graham, logró meterse con el arnés debajo del camión, pero cuando el camión pasó por encima de una rampa de seguridad se rompió la espalda y quedó paralítico. Poco tiempo más tarde quedó en libertad.

Hacía aproximadamente un mes que estaba en Long Kesh cuando llegó la noticia de que Jim Bryson y Patrick Mulvenna habían sido tiroteados en Ballymurphy. Patrick Mulvenna, quien murió inmediatamente o poco después de haber recibido los disparos, estaba casado con mi hermana Francés, que estaba esperando su primer hijo. La sombra de la enemistad republicana planeó brevemente sobre nuestra familia, ya que poco antes del tiroteo tanto Paddy Mulvenna como Jim Bryson habían sido amenazados de muerte por los Oficiales. En la confusión del momento, muchos culparon a los Oficiales de su muerte, pero fue el Ejército británico quien acabó con las vidas de Paddy y Jim. El padre de Patrick, que se encontraba en el pabellón de los presos condenados en Long Kesh, trató sin éxito de que le dejaran salir en libertad provisional para asistir al funeral de su hijo.

Jim Bryson, quien murió a causa de las heridas tres semanas más tarde, era un hombre muy valiente que había conseguido escapar varias veces de los ataques de británicos y lealistas: en una ocasión después de haber sido detenido por los británicos en la zona baja de Falls, consiguió saltar de la parte trasera de un Saracen, en otra ocasión logró escapar de la prisión de Belfast y, el momento más memorable, cuando se fugó del Maidstone. Yo

había conocido a Emerson, como también se le conocía, y a su frecuente camarada de armas, Tommy Toddler Toland, el día después de que consiguiera fugarse del barco-prisión y antes de que pasara a los Veintiséis Condados. Jim se había mostrado muy activo al otro lado de la frontera, pero cuando regresó a Belfast tuvimos una seria discusión porque era muy conocido y debía mantenerse oculto. Después de todo, las cosas habían cambiado mucho desde los tiempos en que podía pasearse por Ballymurphy cuando quería. Justo antes de que Brendan Hughes, Tom Cahill y yo fuésemos arrestados, Jim había regresado a Dublín, pero una de las primeras cosas que recibí al llegar a Long Kesh fue una nota suya que decía simplemente: «He vuelto». Era evidente que había vuelto porque a nosotros nos habían detenido y, durante las semanas siguientes, recibimos noticias regularmente de que Jim estaba en Ballymurphy.

Tommy Toland estaba internado con nosotros y nos encontrábamos juntos en el barracón cuando recibimos la noticia de que a Jim le habían disparado. Jim también había estado una vez en el barracón 6 y una nube de tristeza se instaló sobre el campo de internamiento y reclusión durante las semanas que concluyeron con su muerte en una cama del Royal Victoria Hospital. Cuando escuchábamos noticias de la muerte de amigos y familiares, experimentábamos una profunda sensación de tristeza, pero también de frustración por haber estado encerrados en aquel momento. Un año después de la muerte de Jim Bryson, me enteré de que mi primo Ciaran Murphy, el hijo menor de mi tía Kathleen en Ardoyne, había sido atrapado por los lealistas y su cuerpo había aparecido en una cantera en Hightown Road, en el norte de Belfast.

A pesar del fracasado intento de fuga que había dejado a Mark Graham con la espalda rota, los planes para evadirse de Long Kesh continuaron y, poco tiempo después, Brendan Hughes consiguió largarse del campo de internamiento. Un cuidadoso escrutinio de los movimientos del camión de la basura reveló que un colchón entero sería retirado junto con el resto de la basura; uno de los presos comunes, que trabajaba en un grupo que estaba destinado a hacerse cargo de la basura, informó que el camión no contaba con ningún artilugio triturador, pero que los carceleros siempre examinaban el contenido del camión atravesando y removiendo los desechos con unas púas largas. Un preso de otro barracón confirmó estos datos, y en el barracón 6 se decidió organizar la fuga desde el otro barracón, porque el nuestro estaba permanentemente vigilado. Brendan se deslizaría hacia el otro barracón. Para llevar a cabo con éxito esta parte del plan, Brendan se proveyó de un anorak

llamativo de vivos colores y un sombrero de piel rojo y marrón con el borde ancho y flexible. En las semanas precedentes a la fuga, Brendan visitó varias veces el otro barracón, caminando siempre unos pasos por delante de los carceleros y no hablando nunca con ellos. Cuando llegó el día señalado, Brendan fue a visitar el otro barracón pero no regresó, pero sí lo hicieron el anorak y el sombrero vistiendo a otro preso de constitución física similar a la de Brendan. En el barracón le envolvieron con el colchón y este, atado alrededor de su cuerpo, fue arrojado fuera del barracón para que se lo llevara el camión de la basura. Cuando llegó el camión, varios presos cogieron el colchón y lo arrojaron al interior con el resto de los desperdicios.

Brendan llevaba una naranja para chuparla y que le ayudara a respirar, pero el colchón estaba lleno de serrín y estuvo a punto de asfixiarse. Para espanto del fugado, cuando el camión pasó por una de las puertas, los guardianes removieron la basura con más dedicación de la que nadie hubiera supuesto, clavando una y otra vez sus largas púas en los desperdicios. Dentro del colchón, medio asfixiado por el serrín, Brendan sintió el filo de las púas mientras eran clavadas una y otra vez a su alrededor. Finalmente, en la tercera rampa estaba la última puerta, y luego el exterior del campo.

Una vez en el vertedero de basuras, trepó a gatas por la montaña de desperdicios e hizo autostop hasta el condado de louth, donde entró en un *pub* llamado The Jolly Ploughboy. Aquella tarde había un montón de mujeres de la zona de Falls que estaban de excursión en autocar y, cuando le reconocieron, celebraron ruidosamente su fuga. En Long Kesh, mientras tanto, el preso señuelo que había hecho que el recuento en el barracón fuese correcto, regresó a su barracón, donde los presos habían conseguido falsear el recuento. Fue una fuga notable y el barracón 6 estaba especialmente satisfecho por haber conseguido desviar la atención.

Poco tiempo después de su fuga, Brendan Hughes puso un anuncio en el *Irish News* ridiculizando a Davey Long, el jefe de los carceleros y encargado de la seguridad del campo, y nosotros lo pasábamos en grande fijando uno o dos anuncios en algún lugar del campo cuando podíamos. En otra ocasión, cuando un túnel que algunos presos estaban cavando debió ser abandonado, dejaron un mensaje para Davey que decía, «Lo pasaste por alto diez veces».

Ivor Bell fue arrestado al poco tiempo de la fuga de Brendan Hughes y se decidió intentar sacarle del campo lo antes posible. Uno de los internos había pedido la libertad provisional para poder casarse y el plan consistía en que Ding-Dong[44] ocupara su lugar. Ivor se encontraba con nosotros en el barracón 6 y el otro interno estaba en el barracón 5, situado a bastante

distancia del nuestro, separado por alambradas y puertas. Sin embargo, el día previsto Ivor consiguió pasar al barracón 5, otro preso pasó al nuestro para que no hubiese variación en el recuento, y se escondió al desdichado que pensaba salir para casarse.

Algún tiempo después Davey Long, al darse cuenta de que hacía varios días que no veía a Ivor Bell, vino a buscarle a nuestro barracón. Alguien gritó, «Ivor, te buscan; ¿estás allí?» y otro interno contestó que saldría en diez minutos. Todos pudimos ver la sensación de enorme alivio reflejada en el rostro de Davey. Para nosotros fue un momento maravilloso, especialmente más tarde cuando la fuga de Ivor fue anunciada fuera del campo.

Eran muchos los presos e internos que trataban de fugarse y estaban todo el tiempo dedicados a hacer planes y analizar todas las posibilidades de escapar de Long Kesh. Los planes se dividían en tres categorías: por encima o a través de las alambradas; por debajo de las alambradas, o por la puerta. La tercera categoría se convirtió en la más rentable; es decir, escapar mediante el engaño, el señuelo o el disfraz.

También se excavaban túneles, pero esta alternativa se adaptaba mucho mejor a los barracones situados en el perímetro del campo. Debido al tiempo de ejecución, a los problemas que presentaba el deshacerse de la tierra y de las grandes dificultades que se encontraban durante la excavación, muchos de esos túneles eran descubiertos. No obstante, la perseverancia también daba sus frutos. Las autoridades del campo redoblaban los registros y la vigilancia y los internos eran maltratados. Si capturaban a alguien mientras trataba de fugarse, era golpeado y sometido a períodos de incomunicación en el bloque de castigo, seguido de cargos en los tribunales de Diplock. Hugh Coney fue muerto a tiros por soldados británicos cuando intentaba fugarse en noviembre de 1974.

Los intentos de fuga exitosos por encima o a través de las alambradas contaban con la inapreciable ayuda de la niebla que envolvía Long Kesh en invierno. Algunas de estas fugas no habían sido planeadas previamente. Solo era cuestión de encontrarse en el lugar adecuado y en el momento oportuno, aunque naturalmente ayudaba contar con alicates o alguna otra herramienta para cortar los alambres.

Un grupo de los que nos encontrábamos en el barracón 6 —Marshall Mooney, Tommy Toland, Marty O'Rawe y yo, todos de Ballymurphy— conseguimos reunir todas las herramientas necesarias, incluyendo ropa de camuflaje, tenazas para cortar candados y sierras para cortar metales. Estudiamos los informes meteorológicos y pasamos meses sentados durante

horas esperando a que cayera la niebla. Pero la niebla no cayó. Después de un tiempo nos aburrimos de esta espera y, para pasar el rato, nos dedicábamos a escaparnos del barracón. Marshall Mooney se volvió particularmente adepto a este tipo de prácticas, pero a pesar de su ingenuidad era evidente que no llegábamos a ninguna parte.

Finalmente decidimos que, con o sin niebla, lo intentaríamos en la Nochebuena de 1973 durante la celebración de la misa del gallo. Ya habíamos detectado los puntos débiles en la alambrada y también habíamos perfeccionado un método para llegar hasta ellos. Al llegar la Nochebuena, cuando el resto de los presos había sido encerrado en sus respectivos barracones, nosotros cuatro nos escabullimos fuera del barracón 6, a un pequeño espacio que había entre los barracones de presos condenados e internos, y esperamos mientras todo el campo se preparaba para pasar la noche. Eran las 10. Y también era una noche muy clara y estábamos rodeados por kilómetros de alambradas afiladas que formaban largos túneles y con torres de vigilancia por todas partes. El avance fue muy lento y nos deslizábamos por la tierra centímetro a centímetro. A medianoche todo el campo comenzó a cubrirse por la niebla. Las medidas de seguridad se incrementaron de inmediato. Podíamos oír las órdenes nerviosas que se impartían a nuestro alrededor, y se destinaron más patrullas para que vigilaran el angosto pasadizo que discurría a pocos metros a nuestra derecha. En el interior del barracón 6, que había quedado a nuestra izquierda, se instaló una de las patrullas. Lamentablemente la niebla era demasiado ligera para ayudarnos. El hecho de que hubiesen aumentado el número de las patrullas significaba que no podíamos movernos. Entonces decidimos permanecer inmóviles hasta que las medidas de seguridad fuesen levantadas.

—¿Qué es aquello que se ve allí? —Oímos que preguntaba uno de los guardias.

—Solo un viejo balón de fútbol —dijo su compañero.

Me di cuenta de que habían visto la cabeza de Marshall Mooney pero, por suerte para nosotros, continuaron patrullando.

Sin embargo, regresaron unos minutos más tarde y uno de ellos estaba convencido de que lo que había visto no era un balón de fútbol. El juego había terminado.

—¡Jo, jo, jo, feliz Navidad para todos! —gritó de pronto Marshall Mooney al tiempo que se ponía de pie. Luego comenzó a caminar junto a la alambrada para que los guardias no nos descubriesen a Tommy Toland, Marty O'Rourke y a mí.

Los reflectores de las torres de vigilancia comenzaron a barrer todo el campo, los haces de los focos antiniebla cortaban la oscuridad y todas las sirenas parecían sonar al mismo tiempo. En el campo se desató un verdadero pandemónium mientras soldados y guardias corrían por todas partes y los perros ladraban y gruñían.

Los guardias le gritaban a Marshall que fuese al otro lado de la alambrada, pero cuando sacó los alicates y comenzó a cortar los alambres le dijeron que se detuviera. Tratando todavía de desviar la atención del lugar donde nos encontrábamos nosotros, Marshall continuó caminando junto a la alambrada, pero había demasiada luz y atención concentrada en aquella zona, de modo que decidí intentar otro truco con la esperanza de que mis dos amigos pudieran escapar.

Me puse de pie y comencé a alejarme de Tommy y Marty. Marshall, que comprendió inmediatamente cuáles eran mis intenciones, gritó, «¡hola!» como si estuviese sorprendido de verme en ese lugar. Nos abrazamos y saludamos como si fuésemos dos amigos que hace mucho tiempo que no se han visto, ignorando a los guardias, los perros y el caos que nos rodeaba. Pero el ruido y los ladridos se hicieron más estridentes. Nuestra estratagema no funcionó, y los guardias amenazaron con soltar los perros si no regresábamos inmediatamente por donde habíamos venido.

Los soldados y los guardias estaban furiosos, nos llevaron al bloque de castigo, y allí nos molieron a golpes. Yo llevaba un par de gafas, que había atado para impedir que se me cayeran, y un oficial intentó quitármelas. Al comprobar que no podía hacerlo, me rasgó la cara con tanta violencia que me produjo una profunda herida.

Mientras tanto, Tommy Toland había tenido éxito en su truco de gritarle a Marty O'Rawe con acento inglés y obligarle a marchar en dirección a las celdas de castigo. Esta maniobra consiguió confundir a los británicos y tanto Tommy como Marty consiguieron escapar a las palizas.

En el bloque de castigo todos fuimos obligados a desnudarnos en celdas separadas, y dejaron en libertad a los perros en el corredor exterior. Todos temíamos que en cualquier momento soldados y carceleros viniesen por nosotros y decidimos mantener la moral muy alta gritando y haciendo bromas de una celda a otra.

Marshall y Toddler, especialmente, les dieron mucho trabajo a los soldados británicos.

—Eh, inglés, mi nombre es Tommy Toland —gritó Marshall— y pienso patearte las pelotas.

—¿Qué rango tienes? —le preguntó Toddler al soldado.

—Cabo —fue la respuesta.

—¿Cabo? ¡Cabo! Mi compañero es general. Su nombre es Marshall Mooney y podría joderte vivo.

A pesar de sus provocaciones, o tal vez a causa de ellas, la noche transcurrió sin incidentes, aunque en un momento dado un par de oficiales británicos bajaron a echarnos un vistazo.

Al día siguiente, el día de Navidad, un médico del ejército vino a verme como parte de la rutina de comprobar que aún seguíamos con vida.

—¿Podría darme alguna crema para la cara? —le pregunté.

—¿Qué le pasa a tu cara? —contestó, mirando fijamente la fea herida que cruzaba un lado de la nariz y la mejilla.

—¡Feliz Navidad! —le dije y el médico se marchó.

Al día siguiente, el día de San Esteban, me visitaron Colette y Gearóid. Fueron unas Navidades muy divertidas.

En julio de 1974, durante otro intento de fuga, acudía una de las visitas con dos juegos de ropa puestos, peluca y una barba falsa. Un amigo mío del exterior, Big Harry, había descubierto a una persona que, según él, era mi viva imagen. Vendría a visitar a Ivor y, cuando llegase a la casilla de visita, debíamos cambiarnos las ropas; él se pondría la peluca y la barba falsa y, rápidamente, volvería al campo mientras yo me largaba. De modo que, a la hora prevista, fui a la sala de visitas y, cuando los guardias no miraban, me metí en la casilla donde esperaban Ding-Dong y su visitante. Ante mi sorpresa mi doble era unos cuantos centímetros más bajo que yo. Maldije a Big Harry. Ivor y yo nos miramos. Entonces, siguiendo un impulso, decidí continuar con el plan. Me quité la peluca y la barba falsa y mi capa externa de ropa, dejando al descubierto otra ropa exactamente igual a la que llevaba el visitante, y él se la puso. Abandoné la casilla de visita sin que me detectaran y me dirigí hacia la puerta exterior, pero uno de los guardias me descubrió.

Durante el juicio celebrado bajo la acusación de intento de fuga, el guardián dijo:

—Yo sabía que pasaba algo raro. Cuando este hombre entró en la sala de visitas, yo le miré hacia abajo. Cuando salió, tuve que levantar la vista para mirarle.

Las autoridades del campo, furiosas con el comportamiento de los internos del barracón 6, colocaron más casillas de vigilancia y más patrullas fuera de nuestro recinto. Muy pronto descubrimos que, comprensiblemente, era cada vez menor el número de presos que querían estar con nosotros. Los

guardias nos registraban todos los días, nos colocaban en posición de registro, nos tiraban encima de las alambradas y luego volvían a meternos en el barracón. Una hora más tarde, la patrulla regresaba y repetía la misma rutina. La cuota de desgaste era muy elevada, pero era una buena manera de pasar el tiempo, mejor que quedarse todo el día sentado, esperando y pensando cuándo demonios te dejarían en libertad.

En ocasiones, los soldados británicos llegaban sigilosamente para registrar el barracón y, en otras ocasiones, irrumpían como una pandilla de lunáticos, gritando, golpeando las literas y tratando de aterrorizarnos. Nosotros éramos perfectamente capaces de actuar de la misma manera desquiciada y, a veces, se producían peleas entre nosotros y los invasores británicos. Esta situación se intensificó hasta tal punto que llegó un momento en que tuvimos que decidirnos exclusivamente por la resistencia pasiva, porque algunos de los compañeros de más edad y los más débiles físicamente sufrían una fuerte presión. Yo estaba encantado.

Algunos de mis compañeros en Long Kesh eran unos verdaderos personajes. Los había naturalmente graciosos y ocurrentes como Dominic O'Neill, que una vez se acercó a uno de los guardias, le dio un billete de diez chelines —naturalmente se suponía que no podíamos tener dinero— y le pidió que le trajese un ejemplar del *Irish News* y un bollo. El guardia, muy joven, regresó una hora más tarde… ¡disculpándose porque no había podido encontrar la tienda! Esa clase de cosas contribuían a que el ánimo no se nos cayese al suelo.

Había uno del sur de Armagh que fue detenido en la misma época en que su vaca estaba por parir y solía acudir al asistente social para preguntarle por su vaca. Cuando pasaba delante de nuestro barracón, uno de nuestros compañeros de Belfast le gritaba, «¿cómo está tu vaca?» y nuestro camarada agrícola se tomaba la pregunta en serio y le daba un informe completo sobre el estado de su vaca.

Uno de los internos más viejos era mi amigo de Peitrim, John Joe McGirl, quien había sido arrestado al llegar a Belfast por hablar durante una conmemoración del Domingo de Pascua. El RUC pensó que era Seamus Twomey. John Joe, un auténtico veterano de la lucha republicana, había estado encarcelado anteriormente en Arbour Hill, en Dublín, y en el Curragh, donde él y mi tío Dominic, entre otros, habían sido brutalmente golpeados. Pusieron a John Joe en nuestro barracón, que estaba casi completamente habitado por gente joven y desmadrada que podrían haber sido sus hijos, pero

él era una persona muy tolerante y poseía una afinidad natural con los jóvenes, lo cual resultó muy útil para todos.

Mi hermano Paddy también estaba con nosotros y nuestra asociación familiar con el Long Kesh es tan grande que, desde que se abrió, al menos uno de nosotros ha estado preso allí. Mi padre, mi tío Liam Hannaway y dos de mis primos estuvieron entre los primeros en ser internados por los británicos, en agosto de 1971, en la prisión de Belfast, siendo trasladados al mes siguiente al campo de Kesh. Durante algún tiempo Liam fue el líder del campo y muy respetado por todos los internos. Mi hermano Dominic solo tenía seis años en aquella época, pero desde entonces ha pasado varios años en Long Kesh, al igual que Seán y Liam. Las mujeres de nuestra familia, como Colette y mi madre, y muchas otras esposas, madres, hermanas, cuñadas, novias y tías, se han pasado veinte años y más visitando diferentes prisiones.

Mi hermano Paddy se marchó de nuestro barracón, junto con varios internos, a causa de Harvey, el fantasma del cobertizo, que supuestamente había sido un piloto británico muerto durante la Segunda Guerra Mundial al estrellarse su avión cuando Long Kesh era un campo de aviación. Harvey nos visitaba cada noche; o algo lo hacía. En realidad el fenómeno era una mezcla de excitación, autosugestión y Dios sabe qué más, como consecuencia de la cual la mayoría de nosotros no podía conciliar el sueño. Al menos eso era lo que yo esperaba que fuese; pero ¿quién sabe?

Los presos estaban organizados en barracones con su propia estructura de mando. Durante los tres años anteriores, la estructura de mando había encontrado su propio nivel y, por tanto, raramente tenía nada que ver con los guardias. El ambiente era muy relajado la mayor parte del tiempo, excepto cuando la tensión aumentaba por razones específicas, pero en general, salvo incidentes puntuales y aislados, los guardias se ocupaban de sus cosas y los internos de las suyas.

La intolerancia y el fanatismo se manifestaban de diversas maneras, ninguna de ellas demasiado grave. Al llegar la Navidad, por ejemplo, recibíamos cientos de tarjetas y los guardias gritaban «que se joda el Papa» y cosas por el estilo cuando las tarjetas eran religiosas, especialmente aquellas que tenían imágenes de la Virgen María. Algunos de los carceleros británicos se sentían bastante confundidos por la situación. Un día, uno de ellos me dio una orden y yo le contesté que tuviese cuidado. Le dije, «nosotros somos presos políticos, no debes olvidarlo». Estuvimos discutiendo durante algunos minutos hasta que intervino otro carcelero y puso fin al altercado. Pocas

semanas más tarde, la misma persona vino a verme y me dijo: «Me vuelvo a Inglaterra. No sabía que las cosas eran de este modo, y tienes razón, vosotros sois presos políticos». Luego renunció y regresó a Inglaterra.

Un día, poco después de mi llegada a Long Kesh, unos compañeros vinieron a verme y me dijeron que un guardia me esperaba en la puerta y que creían que Colette había tenido un niño. No salí, porque una vez que lo supe no tenía necesidad de hacerlo. Estaba encantado ante la idea de que ahora tenía un hijo, Gearóid, y que Colette no había tenido ningún problema en el parto. Ella estaba en el hospital, de modo que mi madre vino a verme en la siguiente visita, aunque seguramente me encontró bastante aturdido. Yo solo quería que Colette viniese a verme cuanto antes con nuestro hijo y necesitaba conocer todas las noticias acerca de ellos. Cuando Colette finalmente salió del hospital y vino a visitarme, yo medía un metro más después de haberla visto y de haber tenido a Gearóid en los brazos por primera vez.

En relación a las familias existía una cruel situación del gato y el ratón. Si un hombre tenía cuatro o cinco hijos y su esposa estaba enferma, se consumía en una cruel ansiedad. En una época no se permitió el contacto físico durante las visitas y la gente permanecía sentada a ambos lados de una mesa. Esta situación generó muchas protestas, al igual que el registro que sufrían las visitas, y gracias a la presión de los internos las condiciones se relajaron y los carceleros permanecían fuera de las casillas de visita. Nuestro Gearóid vino a visitarme con Colette todas las semanas desde el día de su nacimiento. De alguna manera, resultaba más fácil para aquellos que tenían hijos pequeños; los presos con hijos adolescentes lo pasaban fatal y sus hijos también. En muchos casos era el sostén de la familia quien estaba preso y su detención podía tener toda clase de consecuencias para ellos. Al mismo tiempo, muchas mujeres que estaban casadas con internos se sintieron liberadas a través de la experiencia, aunque fuese muy duro; eran mujeres que se vieron obligadas a depender nuevamente de su fuerza y su resistencia, que descubrieron que eran considerables. Siempre he tenido la sensación de que en Irlanda existe un profundo peso matriarcal que, según las circunstancias, aflora a la superficie. Las mujeres tuvieron que enfrentarse al hecho inevitable de generar y administrar los ingresos familiares, acompañar a los hijos durante todo el trauma del crecimiento con el padre ausente, y vérselas con la dura realidad del mundo exterior, como el acoso, los allanamientos y los registros del Ejército británico, al tiempo que asumían posiciones de liderazgo en las campañas organizadas en favor de los presos y, en ocasiones, en campañas

más importantes acerca de la resistencia de la comunidad ante la situación del país.

Durante la huelga del Consejo de Trabajadores del Ulster (UWC), que tuvo lugar en mayo de 1974, la vida en Long Kesh fue especialmente dura. En octubre del año anterior se había constituido un ejecutivo bipartito para el norte, con Brian Faulkner, ex primer ministro y el hombre que había introducido el internamiento como medida represiva contra los nacionalistas, como presidente y Gerry Fitt, del SDLP, como su delegado. En diciembre, mediante el acuerdo de Sunningdale, Londres, Dublín y Belfast decidieron la formación de un Consejo de Irlanda. Por una parte, los británicos vendieron el acuerdo a Dublín y al SDLP como si constituyera un paso decisivo hacia una Irlanda unida y cierto grado de control sobre el RUC. De otra parte, también se lo vendieron a los unionistas como una garantía del reconocimiento de Dublín a la situación constitucional del Estado del norte y un apoyo a la creciente supresión del IRA en el sur. Mientras tanto, el Consejo de Irlanda sería completamente ineficaz.

La mayoría de los políticos unionistas que se oponía resueltamente a un gobierno de poderes compartidos y rechazaba cualquier noción de un Consejo de Irlanda, se movilizó junto a los paramilitares lealistas para derrocar al ejecutivo. En mayo, el Consejo de Trabajadores del Ulster declaró un «paro constitucional» contra el acuerdo de Sunningdale. Las barreras instaladas en las carreteras, con la connivencia del RUC y el Ejército británico, impedían que la gente pudiera acudir a sus trabajos; los trabajadores que entraban o salían de las fábricas eran atacados. El 16 de mayo, el ex ministro del Interior William Craig advirtió que «habrá nuevas acciones contra la república de Irlanda». Al día siguiente estallaron dos coches-bomba sin aviso previo y a horas punta en Dublín y Monaghan, matando a 33 personas. En el norte, el UWC demostró el poder económico del lealismo interrumpiendo casi por completo el suministro de fluido eléctrico y gasolina, mientras que la UDA controlaba las calles. Cuatro días más tarde, el Gobierno británico decidió finalmente usar sus tropas para acabar con la huelga, pero el Ejército británico se negó a intervenir. El 28 de mayo, el ejecutivo y el acuerdo de Sunningdale se desplomaron.

Durante la «huelga» convocada por el UWC, los nacionalistas experimentaron de forma muy directa el poder del lealismo, al carecer de gasolina, alimentos y otros productos básicos. También habían visto cómo las calles que estaban fuera de los enclaves nacionalistas eran tomadas por paramilitares armados con palos que repartían amigablemente con los

soldados británicos y el RUC. El extendido temor, debidamente sustentado en las terribles experiencias del pasado reciente, era que el siguiente punto en la agenda de los lealistas fuese atacar las zonas nacionalistas. También en Long Kesh, éramos conscientes de la posibilidad de un ataque y, debido precisamente a ese clima de violencia soterrada, cancelamos las visitas y los paquetes con comida, sobreviviendo solo con el rancho de la prisión recocinado sobre fuegos que encendíamos en el patio, utilizando como combustible trozos de madera que arrancábamos de los barracones.

Las principales fuentes de conflicto con las autoridades de la prisión eran las visitas y la comida. La comida del campo llegaba en grandes recipientes en la parte trasera de un camión y, ante la puerta de cada barracón, los recipientes eran bajados y colocados en una carretilla; los presos se encargaban de arrastrar la carretilla por el patio y el recipiente era descargado en un hornillo del cobertizo llamado cantina. El contenido de los recipientes era repugnante; cuando era especialmente vomitivo, nuestro estado mayor del campo o del barracón lo rechazaba. En los barracones de internamiento se nos permitía recibir paquetes con comida del exterior, pero en los barracones de los presos que cumplían condena el acceso a estos paquetes estaba restringido, de modo que debían comer regularmente la espantosa comida de la prisión. No obstante, siempre se encontraban otros usos para estas delicias culinarias y descubrimos que los pasteles, que eran duros como piedras, podían emplearse como proyectiles para mantener a raya a los soldados británicos durante los registros.

A comienzos de septiembre de 1974, después de haber tratado sin éxito a través de representaciones y delegaciones que las autoridades del campo mejoraran la calidad de la comida, protestamos arrojando la comida por encima de las alambradas. Las autoridades respondieron prohibiendo que recibiésemos paquetes de comida del exterior y redujeron nuestra dieta a tres rodajas de pan y medio litro de leche diarios. En protesta, ahora por la falta de sábanas limpias, colocamos la ropa de cama sobre las alambradas. El estado mayor de presos del campo había presentado una lista de quejas al alcaide: comida, lavandería, condiciones de vida, falta de instalaciones educativas y el tratamiento de los presos bajo custodia. Al no obtener ninguna respuesta a nuestras peticiones, iniciamos una serie de campañas de protesta.

La tensión aumentó en la segunda semana de octubre y como el rumor de que un gran número de efectivos británicos se estaba congregando alrededor de la zona de visitas. En una ocasión anterior, cuando los soldados británicos habían propinado palizas especialmente violentas durante un registro, nuestro

estado mayor amenazó con quemar el campo si volvían a intentarlo. Ahora discutíamos entre nosotros si podíamos combinar el incendio del campo con una fuga masiva y, mientras me encontraba en una reunión celebrada en nuestro barracón hablando precisamente de esta cuestión, la situación estalló en el barracón 13, donde se alojaban presos que cumplían condena.

Desde el exterior de nuestro barracón miramos hacia el extremo del campo y vimos una columna de humo negro que se elevaba al cielo.

—¡Quemadlo todo! —gritaban los internos a través de la alambrada.

Todo estaba ardiendo. Yo fui uno de los tres internos delegados para comprobar que nadie hubiese quedado rezagado cuando abandonamos nuestro barracón para reunimos en el barracón 4. Todos los cobertizos estaban en llamas y, a través del fuego, el humo y la enorme confusión escuché a Kris Kristofferson cantando *Bobby Magee* y su voz se fue haciendo cada vez más débil cuando el intenso calor alcanzó el tocadiscos y el LP que me había enviado nuestra amiga Kathleen.

Eran las últimas horas de la tarde y la luz se desvanecía rápidamente. Los guardias encendieron los focos de las torres de vigilancia y comenzaron a dispararnos balas de goma y gas CR. El CR era un gas muy diferente del CS y me pareció que mientras el humo espeso invadía la tráquea y los pulmones, provocaba la misma sensación que debía sentirse cuando uno se ahogaba en el agua. Estuvimos dando vueltas en medio de una enorme confusión hasta que nos obligaron a formar —a un par de cientos de nosotros que no habíamos conseguido reunimos con los presos condenados en el otro extremo del campo — y el orden se restableció en nuestras filas. La intervención de los guardias no fue tan intensa, si bien disparaban balas de goma a los grupos que iban a quemar lugares fuera de los barracones. Durante dos horas, sin embargo, continuaron saturando todo el campo con gas CR.

Por nuestra parte, nos limitamos a contemplar cómo el campo era pasto de las llamas. Una de las torres de vigilancia se precipitó al suelo totalmente calcinada, provocando un gran estallido y una lluvia de chispas. Las explosiones al estallar las bombonas de gas, podían oírse desde cualquier parte del campo. Los guardias continuaban disparando balas de goma y lanzando granadas de gas, mientras que varios helicópteros provistos de potentes reflectores sobrevolaban por encima de nuestras cabezas dejando caer ocasionalmente bombas de gas. Mientras recorría el campo en medio del fuego, el humo y las ruinas del lugar me encontré algunos espectáculos insólitos: un interno cubierto con una manta, debajo de la cual tenía una lata de salchichas; metió la mano en la lata, sacó una salchicha y me la ofreció.

Luego encontré a Dickie Glenholmes, otro camarada, y le dije que me moría por un cigarrillo y, unos minutos más tarde, regresó con un puro Hamlet. También encontré a mi viejo amigo John Joe McGirl y le pregunté si se encontraba bien.

—Si tú estás bien, yo estoy bien —dijo. Una bala de goma le había roto la mandíbula.

Cuando comenzaron a aparecer las primeras luces del alba nos congregamos en el centro de lo que quedaba del barracón 4 con los rostros tiznados, y contemplamos los restos grises y humeantes del campo, la alambrada gris que nos rodeaba y el cielo gris que nos cubría.

Entonces llegó el Ejército británico, gritando e insultando. Nos enfrentamos a los soldados con un estudiado silencio. Unos minutos después ellos también nos observaban en silencio fuera de nuestro barracón. Cuando un oficial, megáfono en mano nos ordenó que nos levantásemos, permanecimos sentados y en silencio. Nuestro estado mayor rompió el empate adelantándose para negociar con el oficial la retirada de los heridos, mientras que el resto de nuestros hombres sería formado por nuestros jefes para que los carceleros los identificaran. Cuando nos retirábamos, los soldados británicos ocuparon el centro del barracón y exigieron que otro compañero y yo nos adelantásemos. La tensión aumentó notablemente y algunos de nuestros compañeros mas fuertes y en mejor estado se colocaron alrededor de nosotros dos, pero finalmente se llegó al acuerdo de que uno de los guardias se acercaría hasta donde nos encontrábamos. La tensión se desvaneció cuando supimos que los británicos solo querían asegurarse de que no nos habíamos fugado aprovechando la confusión.

Pero muy pronto la atmósfera volvió a cargarse cuando se nos ordenó que nos colocásemos contra la alambrada para que nos registraran. Nadie se movió de su sitio hasta que uno de nuestros jefes de campo dio un paso adelante y nos dijo que nos colocásemos junto a la alambrada. Entonces fuimos registrados e identificados y regresamos a lo que quedaba de los barracones.

Los ruidos de las balas de goma y las granadas de gas aún podían oírse claramente en el otro extremo del campo, donde estaban los presos condenados, pero después de un rato los ruidos cesaron. Más tarde, los internos que habían conseguido llegar a los barracones de los condenados regresaron en una larga procesión entre dos filas de soldados británicos fuertemente armados; ensangrentados pero orgullosos, todos los compañeros sonreían abiertamente.

En el campo de fútbol de la zona de los presos condenados habían librado una batalla campal contra los guardias y los soldados. Nuestros compañeros habían capturado a un soldado británico y fueron atacados desde el aire, recibiendo una lluvia de granadas de gas lanzadas por los helicópteros. Muchos de ellos habían resultado heridos, algunos gravemente, muchos también habían recibido mordeduras de los perros, impactos de balas de goma, y otros tenían brazos o piernas rotos. Cuando, finalmente, los británicos consiguieron reducirlos por las armas, fueron colocados contra las alambradas durante cinco horas. Ahora la lucha había terminado y pudimos dormir unas horas allí donde estábamos.

Durante semanas vivimos de una forma muy precaria. Fue una maravillosa época de gran unidad entre todos los presos. Luego Long Kesh comenzó a resurgir lentamente de sus cenizas. Después del incendio del campo fuimos realojados en el barracón 6.

Como consecuencia del incendio hubo numerosas conversaciones acerca de liberaciones y de la posibilidad de que el internamiento acabara. Entonces, sin que nadie lo esperara, varios de nosotros fuimos sacados de las ascuas del campo, sin la ropa apropiada, y trasladados al Tribunal de Hillsborough. Yo me estaba cosiendo unos tejanos cuando me sacaron del barracón, pero me limité a clavar la aguja en la tela y continué mi tarea en la celda de Hillsborough. Debido al lamentable estado de mi ropa, intenté seguir cosiendo en el tribunal pero estábamos esposados. Para demostrar su repulsa a los tribunales, muchos republicanos leían libros o periódicos, de modo que, además de arreglarme la ropa como buenamente podía, estaba haciendo una declaración de principios ante el tribunal. Le pedí al guardia que me quitara las esposas y cuando se negó a hacerlo, le dije al juez que constituía una flagrante violación de nuestros derechos. Él me contestó, «bueno, se trata de una cuestión de seguridad». Diez minutos más tarde dije que quería quitarme la chaqueta y él me dijo, «sí, por supuesto, puede quitarse la chaqueta». Los guardias me quitaron las esposas; me quité la chaqueta y luego me negué a que volvieran a esposarme. Ellos no podían hacer nada, de modo que continué cosiendo mis tejanos. El juez me ignoró, pero no tenía importancia. Era la clase de victoria pequeña y absurda que nos ayudaba a mantener la moral alta.

A un grupo de nosotros que había estado implicado en intentos de fuga y que había sido capturado, incluyendo a Ivor Bell, a quien finalmente habían vuelto a detener, Tommy Toland, varios más y yo, nos filmaron para un programa de noticias cuando entramos en la sala del tribunal. Cuando el programa salió al aire Robert Kee dijo que Ivor Bell y yo habíamos

participado en las conversaciones con Whitelaw en Londres, afirmando que no había duda de que no volveríamos a intervenir en ninguna otra discusión con el Gobierno británico. Esto me extrañó porque no tenía conciencia de mi perfil público. Al contrario, tenía toda la sensación de que era un hombre anónimo y valoraba mucho mi anonimato, por eso me desconcertó que mi nombre apareciera en los periódicos porque, a mi juicio, no estaba haciendo nada para merecer esa atención.

Hacía algunos años, la UDA había celebrado una conferencia de prensa para dar a conocer su acceso a los archivos de los servicios de información británicos y del RUC; dos o tres hombres encapuchados se sentaron detrás de una mesa cubierta con decenas de fotografías y, para mi sorpresa, mi foto policial se encontraba entre las de los demás infelices. A pesar de todo, me había sentido ligeramente al margen de esa siniestra amenaza, como si no se tratara realmente de mí. En una ocasión, cuando estaba viviendo en la clandestinidad, entré en un estanco a comprar cigarrillos y allí, entre los periódicos que había sobre el mostrador, me vi a mí mismo mirando al mundo desde la primera página del *Daily Mirror*. Me sentí humillado. Cualquiera que fuese mi papel en la lucha, no incluía un papel público; eso, pensaba yo, quedaba para los demás. La historia que aparecía en el *Daily Mirror* era pura basura y representó mi primera toma de contacto con ese tipo de periodismo sensacionalista y amarillo —a años luz de la honorable profesión de Bud Bossence— que escribe acerca de personas que jamás se han tomado la molestia de entrevistar o acerca de temas sobre los que no han investigado absolutamente nada. Mientras veía y escuchaba las noticias de Robert Kee me sentí sorprendido y apenado de que se me considerase una figura de interés periodístico.

De modo que me encontré con una sentencia de dieciocho meses (más tarde se añadirían tres años por otro intento de fuga) y una nueva litera en el barracón 11. Las cosas eran muy diferentes para los presos que habían recibido una condena en firme. Había un montón de gente a la que no conocíamos de nada y que hacía años que estaban presos. La atmósfera era silenciosa, tranquila, casi monástica, absolutamente diferente al ambiente que reinaba en los barracones de los internos. Poco después de nuestra llegada, el último de los internos quedó en libertad.

La prisión, especialmente si uno permanece encerrado varios años, afecta a todo el mundo de un modo diferente. Puede ser una experiencia de enorme estrés psíquico, una experiencia que te sorbe la médula del espíritu. La estructura de Long Kesh era especialmente difícil. Mientras que la naturaleza

comunitaria del lugar tenía enormes ventajas en términos de compañía y solidaridad, al mismo tiempo la intimidad era imposible. Raramente tenía la posibilidad de estar solo. Y lo mismo les sucedía a los demás. Y tal era el carácter de ese lugar que caminar solo invitaba a ser objeto de bromas y comentarios. Cuando se hablaba de estas cuestiones, algunos presos expresaban su clara preferencia por el alojamiento celular que habían tenido en la prisión de Crumlin Road, en Belfast, mientras se encontraban bajo custodia.

—Al menos podías encerrarte en tu celda cuando querías lavarte la cabeza.

La prisión de Belfast, todos estaban de acuerdo, era un agujero. Como dijo en una ocasión Cleeky Clarke:

Crum es tan horrible que se te quitan las ganas de ir a la cárcel.

Pero la prisión resultaba especialmente difícil para las familias de los presos. Esa separación forzosa provocaba sus propios problemas a todos los implicados en la dura experiencia, y la realidad o la perspectiva de una condena de varios años eran terribles. Las relaciones se rompían con la consiguiente angustia. Cuando familiares o amigos morían en el exterior, el preso no tenía forma de expresar su dolor.

Por todas estas razones, la prisión debía ser evitada como la peste. Yo no se la recomendaría a nadie, a pesar de que yo fui uno de los afortunados ya que mi período en prisión fue relativamente corto. Pero era consciente del sufrimiento que estaba causando a mi mujer y a mi hijo. Y era un viaje aún más duro para los presos con largas condenas y sus familias, y me siento emocionado por la resistencia de las familias de esos presos y asombrado por la forma en que continúan comprometidas activamente en la lucha.

En el barracón 11 tuve la enorme alegría de reencontrarme con Brendan Hughes, a quien habían vuelto a detener, Marshall Mooney y Toddler. Nos asignaron literas en el cobertizo del medio. Yo estaba con El Moreno y, más tarde, compartimos un cubículo cuando estos fueron construidos. Durante las primeras semanas nos adaptamos al nuevo régimen, disfrutando de encuentros junto a la alambrada con viejos amigos de Ballymurphy y de otras zonas, incluyendo a Toni y Alex, quienes prácticamente habían compartido conmigo y Colette nuestra luna de miel.

Muy pronto, sin embargo, se hizo evidente que en el barracón 11 existía una creciente tensión. A mi juicio no había ninguna razón concreta para ello: ambos bandos tenían su parte de razón y parecía tratarse, fundamentalmente, de un problema de comunicación, o de falta de ella, dentro del propio

barracón, tal vez también como un síntoma del ambiente general que reinaba en el campo, que era gobernado por una junta de presos de un modo muy ordenado y estricto. Hacía poco tiempo que me encontraba en el barracón cuando fui elegido para hacerme cargo de él. Me resistí. Como preso con condena yo tenía mi propio programa, que consistía en leer, escribir y estudiar, y no guardaba ninguna relación con el servicio público dentro del barracón. La elección continuó en las dos facciones; a regañadientes y de forma condicionada —que incluía la formación de una nueva junta representativa y unida— me vi obligado a asumir una posición de autoridad en el campo.

En aquella época, uno de los presos del barracón 11 era Bobby Sands. Bobby se encontraba en el cobertizo *gaeltacht*, un lugar separado por los propios presos en cada barracón para los que hablaban irlandés y los que estudiaban la lengua. Esta situación se había desarrollado varios años antes bajo la influencia directa de Proinsias MacAirt. Bobby aprendió a hablar irlandés con Cyril McCurtain, quien había llegado desde el condado de Limerick para estar con nosotros en el Lazy K.

Bobby era un hombre joven y relativamente poco comunicativo que, en aquella época, apenas superaba los 20 años. Era un deportista dedicado y competitivo y un buen jugador de fútbol y de fútbol gaélico que disfrutaba plenamente en los partidos. Llevaba el pelo muy largo, aunque era una característica bastante común en aquellos días; muchos compañeros, y yo también, lo llevábamos bastante largo. Bobby no era muy grande, aunque su constitución era sólida y fibrosa. Su familia había sido expulsada de su casa en Rathcoole, al norte de Belfast, en 1972 por los lealistas y como consecuencia Bobby, que trabajaba como aprendiz con un constructor de carruajes, había perdido su empleo. Cuando la familia Sands se trasladó a Twinbrook, Bobby se unió al IRA a los dieciocho años. Un mes después fue acusado de posesión de un arma encontrada en una casa y condenado a una pena de tres años en Long Kesh.

Llegué a conocer a Bobby mucho mejor cuando comenzamos a organizar clases políticas y otros proyectos colectivos en nuestro barracón, por los cuales se mostró muy interesado. Sin embargo, el hecho de que estuviésemos en diferentes cobertizos significaba que no compartíamos ningún acontecimiento social, lo cual implicaba habitualmente alcohol ilegal y, por tanto, se producían una vez que los guardias nos encerraban dejándonos en paz. Aunque yo nunca probé esa bebida, la elaboración clandestina de whisky irlandés se convirtió en un arte en Long Kesh y fui testigo privilegiado de

notables espectáculos como consecuencia de sus efectos en los demás presos. Después de algunas primeras jugarretas, la junta de presos decidió que solo podía beberse en ocasiones especiales, como el Día de San Patricio o Navidad.

Sin embargo, Bobby, quien hacía todo lo posible por tocar la guitarra, estuvo presente en un acontecimiento que reunió a todo el barracón en un memorable concierto de Nochebuena. Llevamos un montón de mesas a un extremo del barracón para levantar un escenario y se improvisaron unos cortinajes para darle la apariencia de un teatro. También instalamos sillas para el público y un bar, en el que un grupo de camaradas servían cerveza, sidra y whisky que habían destilado para la ocasión. Durante el concierto, Bobby Sands y Martin McAllister subieron al improvisado escenario e interpretaron algunas deliciosas melodías, aportando a la ocasión la música tradicional irlandesa. El número final de la velada, que recordamos durante mucho tiempo, consistió en un grupo de presos debidamente disfrazados que imitaron a Freddy Mercury en *Una noche en la Opera*, para el cual Ivor Bell, nuestro hombre-orquesta del barracón, había fabricado una versión de hielo seco con pelotas de pimpón trituradas que, en el momento adecuado de *Galileo Galileo*, dejó caer sobre el escenario. La intención era envolver el escenario en una atmósfera de niebla adecuadamente teatral. En este caso, aunque Ivor consiguió un perfecto efecto visual, no tuvo en cuenta la naturaleza tóxica de su producto. O su olor. Fue espantoso, asfixiando a todo el mundo y consiguiendo que nuestro gran concierto tuviese un final adecuadamente burlesco.

Brendan (Bik) McFarlane, de Ardoyne igual que Bobby, un buen músico, fue trasladado al barracón 11 en esa época, junto con Skeet Hamilton, todo un personaje. Aproximadamente en la misma época, Gerry Kelly, de Whiterock, y Hugh Feeney fueron enviados de regreso a Irlanda —junto con Dolours y Marión Price— después de haber pasado 205 días de alimentación forzosa en Gran Bretaña. Todos estos hombres aportaron su propio sello a nuestras vidas y nuestro barracón no tardó demasiado en ganarse la reputación de ser ligeramente diferente del resto. Esta apreciación, naturalmente, puede ser perfectamente discutible para los presos que se encontraban en los otros barracones.

En el período que siguió a la escisión republicana de 1969, la facción Goulding había continuado sus acciones armadas. Aunque no tenían la misma intensidad que la campaña llevada a cabo por el IRA, las tensiones entre las filas de Goulding afloraron a la superficie cuando decretaron una suspensión

de la lucha en mayo de 1972. Dos años más tarde, Seamus Costello y otros formaron el Partido Socialista Republicano Irlandés (IRSP) y, posteriormente, también un grupo armado; ellos sustentaban una posición política opuesta a las políticas de Goulding/MacGiolla que habían apuntalado la escisión de 1969. Costello era un dirigente extremadamente competente y con una formidable personalidad. Sin embargo, la actitud pública que existía entre él y sus antiguos compañeros degeneró rápidamente en una lucha. Seamus Costello fue asesinado en octubre de 1977 y el IRSP perdió a su única figura de talla nacional. Liam McMillen permaneció fiel al liderazgo de Goulding pero, en abril de 1975, también murió asesinado. Casado hacía muy poco tiempo, McMillen estaba comprando clavos en una ferretería de Falls Road cuando le dispararon varias veces. A pesar de la amargura que caracterizó la escisión de 1969, lamenté profundamente la muerte de McMillen y pensé que las circunstancias eran especialmente conmovedoras. Billy McMillen y yo nos habíamos separado en buenos términos personales a pesar de nuestras diferencias políticas, pero después de 1969 no volvimos a vernos, aparte de una o dos reuniones aisladas. No puedo decir, si Billy hubiese vivido, cuál sería hoy su posición, considerando todos los cambios, escisiones y cismas que se han producido dentro de la facción en la que permaneció después de 1969. Pero su muerte me produjo una gran tristeza.

Siempre existe una gran solidaridad entre los presos republicanos en Irlanda y otros que están encerrados en el exterior, especialmente en Gran Bretaña. A nosotros, en Long Kesh, nos preocupó especialmente la huelga de hambre protagonizada por Frank Stagg. En junio de 1974, Michael Goughan, un preso republicano de Ballina, condado de Mayo, había muerto durante una huelga de hambre cuando le estaban alimentando por la fuerza en una cárcel de Gran Bretaña. Nosotros no queríamos que a Frank Stagg le pasara lo mismo. Comenzamos una campaña de cartas y, cuando su estado empeoró, los presos de nuestro barracón organizamos un fondo para poder pagar anuncios en el *Irish News*, en muchos casos suprimiendo los suministros de paquetes y vendiendo los objetos de artesanía fabricados en la prisión para conseguir dinero en metálico.

En general, sin embargo, para mí fue un período relativamente estable y organicé un programa bastante bueno de lectura y trabajo educacional en el barracón. En cuanto a mis intereses personales, me concentré en la lectura, la escritura y en aprender irlandés. También quería desarrollar temas de educación y discusión políticas y, como proyecto, tomamos el *Éire Nua*, el programa del Sinn Féin. En primer lugar nos educamos a nosotros mismos en

cuanto a su contenido, luego revisamos críticamente el programa e identificamos lo que pensábamos que no era correcto. La conclusión que sacamos fue que teníamos numerosos consejos comunitarios para aumentar las estructuras gubernamentales, y también discutimos el papel de los activistas en todo esto. Consideramos cuestiones tales como la comunicación con la base de nuestro apoyo, el papel de los periódicos, los boletines, las cooperativas, las asociaciones de inquilinos y las organizaciones de mujeres, como medios para fortalecer al pueblo. Uno de estos proyectos hizo que más tarde Tom Hartley, un activista del Sinn Féin de Belfast, fuese acusado de traición cuando enviamos al Sinn Féin desde el campo nuestras teorías y propuestas acerca de los consejos populares. En 1976, cuando los británicos estaban buscando cargos que pudieran utilizar contra los republicanos, descubrieron una de estas propuestas que había llegado a manos de Tom y decidieron que abogar por la formación de consejos populares era un delito de traición.

El barracón 11 estaba integrado por toda clase de personas, algunas de ellas absolutamente inocentes y alejadas de la lucha política, y otras que eran inocentes pero que habían tenido alguna clase de participación política. Algunos simplemente querían cumplir su condena, básicamente fabricando piezas de artesanía, aunque muchos de ellos solían acudir ocasionalmente a los debates donde se trataba alguna cuestión que les interesaba. Luego había un núcleo constituido por verdaderos animales políticos que eran muy aficionados a dar mil vueltas a los problemas. Estos presos se convirtieron en el catalizador para un intenso proceso de debate, diálogo y educación y conseguimos dar salida con éxito a numerosos proyectos en los que explorábamos nuevas formas de conocer la realidad que nos rodeaba. Estas cuestiones tenían una importancia básica para aquellos que saldrían pronto en libertad y que estaban interesados en la lucha y en examinar sus necesidades, demandas y comportamiento, particularmente en términos de cuál sería su papel una vez que estuviesen fuera de la prisión. En abril de 1976, cuando se acercaba la fecha de su puesta en libertad, Bobby Sands centró su atención en mí. Hablábamos mucho acerca de la lucha y de las cosas que sucedían fuera de la prisión mientras caminábamos alrededor del barracón acompañados por algunos de sus íntimos amigos o solos en el cobertizo-estudio, un lugar separado y relativamente privado. Bobby era, obviamente, uno de los que estaban decididos a volver a la lucha, pero incluso en su caso yo me mostraba muy prudente a la hora de responder a sus preguntas respecto de la situación fuera de la prisión. Lo que Bobby, o cualquier otro, hiciera cuando saliera en

libertad le concernía solamente a él. El papel que jugarían, si se reincorporaban a la lucha, era igualmente asunto de ellos y la prerrogativa de los miembros de la dirección.

A mediados de 1975, Danny Morrison, editor del *Republican News*, el semanario del Sinn Féin publicado en Belfast, me había pedido que contribuyera con algún artículo. Cuando comencé a escribir, lo hice desarrollando una concepción centrada en los acontecimientos que tenían lugar fuera de la prisión y haciéndolo de un modo muy crítico. Al mismo tiempo, yo era perfectamente consciente del hecho de que estaba encarcelado y no conocía todo lo que estaba sucediendo fuera de las alambradas de Long Kesh. También defendía el principio de que cualquier liderazgo necesitaba contar con apoyo, especialmente de parte de los presos y de otras personas en posiciones influyentes. Por esa razón me mostraba tan prudente en mis conversaciones con mis compañeros de encierro, incluido Bobby Sands y otros como él, a quienes consideraba muy íntegros. Con los viejos amigos como El Moreno, me mostraba más abierto, pero solo fue cuando comencé a escribir que empecé a manifestarme de un modo más abiertamente crítico. Pero incluso entonces mi crítica era relativamente moderada; de hecho, en ocasiones mis críticas eran tan sutiles que los demás ni siquiera reparaban en ellas.

En mi primer artículo, que apareció el 16 de agosto de 1975, adopté un tono festivo, aunque también abordé la terrible cuestión de los asesinatos sectarios.

> *«Cerdos católicos y jodidos orangistas, cabrones ingleses e irlandeses. Pero la cuestión va más allá de los insultos, como saben mejor que yo, y solo los británicos recogen los beneficios. "Vosotros dos pelearos", dijo un taimado inglés. "Y mientras vosotros estáis en ello yo me dedicaré a imponer soluciones, a obtener nuevos beneficios de la espalda de la gente. Vosotros dos pelearos y unos cuantos privilegiados y yo nos encargaremos de todo"».*

En líneas generales yo trataba de no hacer referencia a los acontecimientos inmediatos. Ello se debía en parte a las limitaciones prácticas implícitas en el hecho de escribir los artículos y conseguir sacarlos del campo, pero básicamente porque lo que yo quería abordar eran cuestiones más cruciales relativas a la naturaleza e importancia de nuestras creencias y prácticas políticas.

Al iniciar esta serie de artículos, escribí acerca de la importancia de la lengua irlandesa en la construcción de la libertad y me embarqué en discusiones sobre aquello que llamaba «abstencionismo activo» y «republicanismo activo». Yo sugería que nosotros, como republicanos, debíamos estar comprometidos en la construcción de los elementos de una administración alternativa, es decir, alternativa a la administración sectaria y colonial británica. Y me remonté a mi experiencia en los últimos años de la década de los sesenta.

> *«Recuerdo a aquellos jóvenes disolviendo las reuniones del ayuntamiento, los recuerdo ayudando a las familias sin hogar a ocupar por la fuerza los pisos vacíos, los recuerdo pintando señales de tráfico, reparando guardarrieles y las casas de la gente mayor… Los recuerdo (para disgusto de la dirección) haciendo cosas más agresivas y defendiendo tan bien como podían con las pocas armas que tenían las áreas que estaban cercadas por la violencia sectaria institucionalizada de los lealistas y del Estado». (Republican News, 11 de octubre de 1975).*

Al escribir sobre *La alternativa nacional*, sostenía la necesidad de construir estructuras, incluyendo comités de calle, estableciendo taxis del pueblo en lugar del servicio de autobuses, milicias populares en lugar del RUC. (*Republican News*, 3 de abril de 1976). Al abogar por el *Republicanismo activo* escribí que: «Luchamos por la gente que tiene dificultades para poder vivir con lo que gana, se trate de pequeños granjeros que son expulsados de su tierra por grandes terratenientes o de obreros fabriles traicionados por los líderes de su sindicato. Ellos son nuestra lucha y nuestra lucha debe estar basada entre ellos».

Con el propósito de reflejar las discusiones que tenían lugar en el barracón 11, escribí sobre los textos políticos de Lalor, Mellowes y otros autores republicanos, citándolos profusamente, y sostenía la necesidad de una lucha de los treinta y dos condados. En una ocasión, después de la muerte de Danny Dosser Lennon, un amigo que había sido puesto en libertad hacía poco del barracón 11, y de los chicos McGuire, en un incidente que llevó a la formación de Pueblo de Paz, un artículo en un periódico parecía demasiado breve para expresar lo que yo quería escribir sobre lo que había ocurrido. Escribí un texto más extenso que fue publicado como un panfleto de dieciséis

páginas titulado *Paz en Irlanda*. En ese texto volvía a referirme a mi vecindario.

> *«Ballymurphy siempre ha deseado la paz. La violencia existía allí mucho antes de que comenzara a actuar el IRA y, ciertamente, el IRA es un síntoma de esa violencia y no su causa».*

En mis artículos yo no me limitaba a analizar las cuestiones políticas. Los utilizaba también para tratar de pintar lo que esperaba que fuese un interesante retrato de la vida en Long Kesh, y fue este elemento de mis escritos el que más tarde desarrollé en un libro, *Cage Eleven*.

Durante mi estancia en el barracón 11, se produjeron varios intentos de fuga, todos en vano. Desde el incendio, las medidas de seguridad se habían reforzado considerablemente. También hubo varios altercados con los guardias y algunas confrontaciones potencialmente peligrosas que, afortunadamente, conseguimos desactivar antes de que la situación se nos fuera de las manos. Este agravamiento de la situación se debió en gran parte a los relatos de malos tratos aplicados a los presos alojados en el Bloque H, de reciente construcción. En 1976, el Gobierno británico eliminó la categoría política, o «categoría especial», a los presos condenados a partir de marzo de aquel año. De modo que, mientras nosotros continuábamos en los barracones disfrutando de esta condición, a otros republicanos se les negaba. Cuando esta política de criminalización se reforzó y aumentó el número de presos que protestaba, las condiciones entre nosotros y el régimen de la prisión cayeron en picado.

Durante algún tiempo, y como parte de su campaña de contrainsurgencia, el Gobierno británico había estado tratando de instaurar una política de criminalización de la lucha republicana. Dentro de Long Kesh, a mí me parecía que la dilatada tregua que el IRA comenzó en diciembre de 1974, y la confusión que se produjo cuando aquella continuó de forma paralela a las estrategias británicas, benefició a los británicos y no al avance de la lucha antiimperialista.

No era que yo estuviese en contra de la tregua —esa era una cuestión que correspondía a los dirigentes del IRA— pero todos necesitaban tener muy claro cuál era el camino de la lucha. Para mí estaba cada vez más claro que el problema principal residía en el hecho de que la lucha se había limitado a una lucha armada. Una vez que terminara, la lucha también terminaría.

Yo pedí y recibí una visita de algunos dirigentes. Maire Drumm y su esposo Jimmy me visitaron en Long Kesh y les hablé de mis preocupaciones. Posteriormente escribí un extenso documento y conseguí que llegara a manos de la dirección del Sinn Féin.

Por todas estas razones, 1976 fue un año muy duro. Algunos de los presos me buscaban para que les aconsejara acerca de la situación que se vivía fuera. Yo les daba la línea de la dirección, mientras que en privado y con la máxima discreción, yo transmitía mis preocupaciones a la dirección.

Una noche de finales de octubre de 1976, mientras estaba terminando de escribir uno de mis artículos, hubo un avance informativo en la televisión. Yo me encontraba acostado en la litera escribiendo y no podía ver la tele, pero oí los murmullos de los otros presos cuando el programa se interrumpió para anunciar que Maire Drumm había sido asesinada a tiros en el hospital Mater. Me sentí profundamente conmocionado. Maire, una abuela, estaba recibiendo tratamiento por una dolencia ocular. Era uno de los blancos preferidos de la propaganda británica. Había sido víctima de los asesinos lealistas a pesar de que no tenía un solo hueso sectario en su cuerpo. Las noticias de la muerte de Maire y sus circunstancias, y la forma repulsiva en que fueron tratadas por algunos medios de comunicación, causaron un profundo efecto entre los republicanos.

En el *Republican News* del 19 de febrero de 1977 volví a concentrarme en lo que había tratado de hacer en mis artículos:

> *«Nosotros tratábamos de sugerir actitudes respecto de cosas como el sectarismo, el republicanismo activo, la situación de los presos en Inglaterra, y la estrategia empleada por los Gobiernos británico y del Estado Libre. También sugeríamos actitudes hacia la reciente tregua y la campaña por la Paz».*

Ahora yo pensaba en mi propia libertad y descubrí que estaba preparado para trazar una línea debajo de mi experiencia en el campo de concentración de Long Kesh. En el *Republican News* me despedí de mi hogar de los últimos años.

> *«De modo que la cárcel es un lugar donde eres vigilado, registrado, espiado, dirigido, legislado, encerrado, enjaulado, uniformado, sermoneado, controlado, evaluado, inspeccionado, esposado, obstaculizado, desnudado, extorsionado, presionado, robado, golpeado, disparado, censurado, dirigido,*

fotografiado, todo ello por criaturas que no tienen ni el derecho ni la sabiduría ni la virtud para hacerlo.

Y lo peor de todo es que afuera las cosas no funcionan mejor. Es la misma diferencia. Solo un poco más sutil y un poco menos flagrante».

Fui puesto en libertad en la primavera de 1977. Me fundí en un abrazo con El Moreno y mis otros amigos, y con mis escasas pertenencias en una bolsa de papel marrón, abandoné Long Kesh para refugiarme entre los brazos de Colette y de nuestro hijo de un año y medio.

10

Cuando atravesé la puerta de Long Kesh hacia la zona de aparcamiento, Colette me estaba esperando junto a un niño muy excitado, nuestro Gearóid. Yo estaba muy emocionado ya que era la primera vez que estábamos juntos fuera de la casilla de visitas de la prisión. Estar con mi familia era lo que más deseaba en aquel momento, aunque sabía perfectamente que volvería a la lucha.

Nos dirigimos en coche a la casa de mis padres en Whiterock Road para reunimos con todos mis hermanos y hermanas. Yo llevaba cruces y otros objetos que mis compañeros de prisión me habían regalado antes de salir de Long Kesh. Desde Whiterock Road llamamos a los padres de Colette. Mi intención era proseguir viaje a la casa de Ughtyneill en el condado de Meath donde Colette y yo habíamos vivido un tiempo hacía algunos años. El propietario y nuestro contacto en aquella zona habían hablado con Colette poco antes de mi puesta en libertad y tanto ella como yo estábamos deseando regresar a aquel lugar verdaderamente idílico. No obstante, la política habría de intervenir otra vez en nuestras vidas. En la casa de mi madre también encontré a un viejo amigo. Quería que viajara a Dublín para que me reuniese con Seamus Twomey, el cual estaba en la clandestinidad, para analizar la situación política.

De modo que en lugar de viajar aquella noche al condado de Meath con Colette y nuestro hijo, salimos hacia Dublín, donde nos alojamos en la casa de dos mujeres, madre e hija, quienes se convertirían en buenas amigas de mi familia. A la mañana siguiente, dejé a Colette y Gearóid y atravesé Dublín para encontrarme con Seamus. Pasamos el resto del día juntos y cuando regrese a casa ya era de noche. Al día siguiente salí con Gearóid para comprarle algo de ropa para el campo. Dejamos a Colette con nuestras nuevas amigas y nos fuimos a dar un paseo por el centro de la ciudad visitando Clery’s, Atrnotfs y otras tiendas de Dublin. Yo que no estaba nada acostumbrado a estos menesteres, acabé comprándole a Gearóid una

chaqueta, un par de botas Wellington y otras prendas cuyos colores no combinaban en absoluto.

En Meath el tiempo era espléndido y salíamos a pasear por la campiña. Antes de nuestra llegada la casa había sido maravillosamente provista de comida, y los tres pudimos estar al fin solos para disfrutar de nuestra mutua compañía. Era una casa que se alzaba en un cruce y había un río que corría junto al jardín trasero y una pequeña tienda al otro lado del camino. Durante las dos semanas que permanecimos en aquella casa, salí a pasear todos los días al campo en compañía de Gearóid y no tuvo ningún problema en adaptarse a mi recién estrenada condición de hombre libre; ni siquiera hubo un período de transición y comprendí que ello se debía fundamentalmente a Colette. Cuando regresamos a Belfast, era como si la familia unida jamás hubiese estado separada.

Sin embargo, yo no tenía intención alguna de regresar a casa de forma regular. Para entonces Colette ya había racionalizado la situación en la casa de Harrogate Street. Es probable que ella esperase que cuando saliera de prisión yo regresaría a casa, cualquiera que fuese mi implicación política, que en nuestra vida en común habría alguna semblanza de normalidad. Yo sabía que el hecho de ser un activista significaba vivir una existencia clandestina y, casi de inmediato, volvía ella. Esto, naturalmente, supuso graves complicaciones para los tres, pero Colette también estaba muy comprometida y lo aceptó. Yo estaba con ella y Gearóid todos los días, pero raramente dormía en casa y trataba de alterar mis horarios de visita y tomar medidas de seguridad.

En el período que llevó a la tregua de 1974-1975, la actividad republicana se había reducido exclusivamente a operaciones militares. Cuando estas actividades cesaron, la propia lucha también ceso. Algunos compañeros y yo nos dedicamos a examinar la situación buscando iniciar un proceso que llevara al reagrupamiento de la organización. Yo había sido elegido para el *Ard Chomhairle* (Comité Nacional) del Sinn Féin en un par de ocasiones anteriores pero no había podido asumir mi cargo. Al quedar en libertad, sin embargo, pude hacerlo.

En el momento de mi liberación, en la primavera de 1977, la atmósfera pública era notablemente adversa a los republicanos. Esta situación se debía, en parte, al advenimiento de Pueblo en Paz. Danny Lennon, un voluntario del IRA, había sido muerto a tiros al volante de su coche por soldados británicos mientras la gente caminaba por las aceras. Los soldados habían continuado disparando mientras el coche, fuera de control, arrollaba a la familia Maguire,

que se encontraba junto al bordillo. La señora Maguire resultó gravemente herida y tres de sus hijos, el mayor de ocho años y el menor de solo seis meses de edad, murieron en el acto, nunca se supo si a causa de la colisión o de las balas de los soldados británicos ya que el resultado de las autopsias nunca se hizo público.

La tragedia de la muerte de esas criaturas y de Danny Lennon había sido mezclada por la cínica manipulación del incidente, ya que los titulares de los periódicos gritaban su mensaje de que un coche del IRA había matado a tres niños. Pueblo en Paz, que se formó como consecuencia de la muerte de los niños Maguire, recibió inmediatamente una enorme publicidad internacional y, durante algunos meses, sus marchas fueron apoyadas por miles de personas. En las áreas nacionalistas la simpatía por los Maguire y por Danny Lennon sustentaba este apoyo, pero se desvaneció rápidamente. Solo cuatro días después de la tragedia de los Maguire, una niña de 12 años fue asesinada a tiros por soldados británicos en el sur de Armagh; Pueblo en Paz no criticó este hecho. Dos meses más tarde, un chico de 14 años cayo bajo las balas británicas en Belfast Occidental; nuevamente, Pueblo en Paz mantuvo la boca cerrada. Cuando la dirección de Pueblo en Paz trató de examinar qué era la paz y cómo podía alcanzarse, comenzó a derrumbarse y, al final, puso en entredicho la credibilidad de sus propios dirigentes y de otras personas que se habían asociado al movimiento.

No obstante, Pueblo en Paz contaba con cierta relevancia a causa de su coincidencia con un nuevo enfoque planteado con gran éxito por el Gobierno británico. La estrategia británica entre la caída del Gobierno de Stormont y finales de 1975 había consistido principalmente en una guerra de supresión política, en la cual el Ejército británico jugaba un papel fundamental. Pero, en 1975, había comenzado a desarrollarse una estrategia que buscaba, en términos generales, negar la naturaleza política de la lucha al tiempo que procedía a retinar las formas de represión. El RUC, que siempre había sido más un ejército que una fuerza de policía, había cobrado importancia en este nuevo esquema; la capacidad de su servicio de información fue reforzada, con especial énfasis en el uso de informadores, vigilancia y detenciones para interrogatorio. Para desarrollar esta estrategia de «ulsterización», «normalización» y «criminalización», el Gobierno británico utilizó la prolongada tregua bilateral de 1974-1975, y recibió la ayuda inconsciente de los republicanos, cuyas pugnas internas autodestructivas extendían la desazón y el desprecio entre muchos de sus partidarios.

En octubre de 1975, el IRA había comenzado una disputa de tales dimensiones con los Oficiales que aterrorizaban a las personas que vivían en las áreas que supuestamente debían defender. Después de la muerte accidental de una niña de seis años, un centenar de mujeres marchó valientemente por Short Strand reclamando el cese de las hostilidades entre ambas facciones del IRA. No obstante, la disputa continuó, hasta que el presidente de la Asociación de Taxistas de Falls (FTA) resultó muerto en noviembre bajo las balas de los Oficiales y los conductores de taxis reclamaron con éxito que la lucha terminara. Fue un episodio que causó un daño muy profundo a la lucha republicana.

Yo me mostré muy crítico con lo que había sucedido. No se trataba de que esas disputas entre ambas facciones fuesen desconocidas, ya que habían surgido de la propia existencia de grupos republicanos armados antagónicos. En el Belfast Occidental republicano, ambos grupos armados reclamaban ser el IRA y hacían propaganda en contra del grupo rival. Ciertamente, el agravamiento producido por la escisión supuso dificultades particulares en el seno de nuestra familia con mi hermana Margaret y su novio, Mickey McCorry. En Belfast, no se habían disipado los antagonismos que rodearan la escisión de 1969; al contrario, estas diferencias se habían hecho más profundas. Cuando se producía algún conflicto, todas las personas comprometidas con alguno de ambos bandos corrían peligro, como también muchos que no tenían ninguna relación con la causa del problema, y al menos en una ocasión mi padre fue duramente golpeado en el curso de una de esas disputas. La experiencia de las luchas internas en 1971 y 1975 me había enseñado que, independientemente de la concepción que uno tuviese de las cosas, el único perdedor era la causa republicana. Era imposible que un grupo pudiese eliminar a otro que estaba ideológicamente comprometido, y el simple hecho de intentarlo era un error, tácticamente, moralmente o desde cualquier otra perspectiva.

Ahora, en 1977, poco tiempo después de salir de Long Kesh, estalló otra lucha encarnizada entre las filas republicanas. Los lealistas colocaron una bomba en Beechmount Avenue (el atentado pudo ser obra de los servicios de inteligencia británicos, pero los lealistas reclamaron su autoría) al paso del desfile de Pascua de los Oficiales, y todos el mundo culpó al IRA. Colette, Gearóid y yo pasábamos la mayor parte del tiempo en una casa que pertenecía a nuestra amiga Kathleen. Su esposo Eamonn, quien me había puesto al borde de un ataque de nervios hacía algunos años con sus escapadas a destiempo para sacar el cubo de la basura, había muerto trágicamente en un accidente de

circulación en julio de 1973. Kathleen había vuelto a casarse hacía poco tiempo, con otro amigo nuestro, y nuestra amistad seguía siendo muy estrecha. Durante la celebración del desfile de Pascua, Colette y yo estábamos con ellos cuando nos llegaron las noticias de la explosión y de los siguientes enfrentamientos entre partidarios de ambos grupos que integraban desfiles separados. Para mí todo lo que estaba sucediendo era una verdadera locura y con Kathleen salimos inmediatamente a buscar a alguien que pudiera calmar la situación. Era muy fácil establecer que no había ninguna responsabilidad de los republicanos en el atentado, pero ahora comenzaban a llegar noticias de que se habían iniciado tiroteos en la zona. Intenté contactar con un sacerdote para que fuese a hablar con los Oficiales; dos de ellos rehusaron acompañarme, pero un rato después encontré a otro, el padre Alex Reid, que había intervenido en otros casos de mediación, y que deseaba poner fin a aquella disputa. El padre Reid concertó una reunión en la cual expliqué a un miembro de los Oficiales que yo no tenía ninguna autoridad en aquella situación y que actuaba individualmente. Él me dijo que trataría de que sus compañeros cesaran el fuego. Sin embargo, mientras cada uno hablaba con sus respectivos camaradas, varias personas resultaron heridas de bala. No obstante, conseguí llegar a un acuerdo con la gente del IRA, si bien estaban claramente afectados y furiosos por lo que había sucedido.

Luego acudí a una segunda reunión, muy tensa, entre dirigentes de ambos grupos. Ahora me había asegurado la presencia de un segundo sacerdote, y así tanto el padre Alex Reid como el padre Des Wilson estaban presentes para garantizar cualquier acuerdo de paz al que se pudiera llegar. Al iniciarse la reunión nos llegaron noticias de que un hombre de New Barnsley, que apoyaba a los Oficiales, había muerto de un disparo. La atmósfera estaba muy cargada, por no decir algo peor. Entonces, cuando la reunión estaba a punto de concluir, llegó la noticia de que mi gran amigo, Tommy Toland, que había estado con Colette y conmigo hacía solo unos días, había muerto a tiros en Ballymurphy. En total, 4 personas habían muerto y 18 habían resultado heridas como consecuencia de los incidentes.

El padre Alex habló en un ambiente saturado por la tensión.

—Creo que debemos elevar una plegaria al Espíritu Santo.

—Yo creo —intervino alguien—, que necesitamos mucho más que el Espíritu Santo para arreglar esto.

Pero como resultado de los decididos esfuerzos realizados por numerosas personas, no solo conseguimos acabar con esa lucha, sino que ambos sacerdotes establecieron un procedimiento de mediación y arbitrio que

esperábamos que se mantuviese en el futuro. Afortunadamente, y a pesar de todo, los problemas consiguieron resolverse y quedaron como un producto lamentable de su tiempo y un síntoma de la inmadurez política.

Estas luchas contribuyeron significativamente a crear sentimientos de enemistad en la población nacionalista, que durante muchos años había representado el apoyo esencial que recibía el IRA. También coincidieron y encajaron con una campaña propagandística británica en la que se presentaba a los miembros del IRA como «criminales comunes».

El padre Alex Reid y el padre Des Wilson no solo ayudaron a resolver esas crueles disputas entre facciones republicanas, sino que también desempeñaron un papel crucial en los numerosos esfuerzos tendentes a acabar con el conflicto. Ellos eran dos de solo un pequeño número de hombres de la Iglesia que se comprometieron en esa tarea y, en muchos sentidos, la incapacidad o la falta de voluntad de cualquiera de las iglesias para desarrollar una estrategia coherente en pro de la justicia y la paz había sido uno de los grandes fracasos de nuestro tiempo. Tanto el padre Des, un sacerdote radical de la comunidad, como el padre Reid, un sacerdote redentorista que trabajaba en Clonard, estaban insatisfechos con la falta de cualquier estrategia real por parte de la Iglesia oficial o del estamento político. En los años 1976 y 1977 su principal objetivo consistía en establecer un diálogo entre los republicanos y las otras partes implicadas en el conflicto, contra el fondo del fracaso del Acuerdo de Sunningdale y la ruptura de la tregua del IRA. Los dos sacerdotes dedicaron tiempo y esfuerzo a trabajar con ambos grupos para hallar un consenso y descubrieron que la actitud del Sinn Féin, a diferencia de la posición asumida por nuestros adversarios, era la de favorecer el diálogo. De hecho, desde que soy capaz de recordar, esta ha sido siempre la posición republicana.

Los dos sacerdotes también habían conocido a dos prominentes lealistas merced a los buenos oficios de un importante hombre de negocios católico de Belfast. Estos lealistas, uno de los cuales era John McKeague, editor del *Loyalist News* y fundador y ex presidente de la Asociación de Defensa de Shankill, estaban acariciando la idea de la independencia para los Seis Condados. McKeague había estado asociado con Ian Paisley a finales de los sesenta y, posteriormente, con el grupo paramilitar lealista Comando Mano Roja, y también había estado en prisión por robo de armas; para muchos era conocido gracias a la publicación de un *Libro de canciones lealistas*, que incluía numerosas canciones que expresaban un feroz odio sectario. Después de algún tiempo, ambos sacerdotes persuadieron a sus improbables conversos

para que accedieran a dialogar, al menos sobre una base indirecta, bajo los auspicios de la Iglesia. Para ampliar la dimensión eclesiástica de esta iniciativa, un ministro de la Iglesia de Irlanda de Belfast Oriental accedió a formar parte del grupo Ruairí Ó Bradaigh y Dáithí Ó Conaill ya habían dado su apoyo a estos esfuerzos, al igual que lo habían hecho Billy McKee y Proinsias MacAirt.

Así fue como, en la primavera de 1977, a pesar de los riesgos políticos y personales que ello implicaba, John McKeague y sus colegas viajaron a Dundalk. Allí, durante un prolongado y amistoso almuerzo con miembros de la dirección republicana, llegaron al acuerdo de buscar la ayuda de Seán MacBride y Desmond Boal. Seán MacBride era un prominente abogado de Dublín y ganador del Premio Nobel de la Paz que, en las décadas de los veinte y los treinta, había sido un destacado dirigente republicano y que había ocupado los cargos de ministro de Asuntos Exteriores en el Gobierno de Dublín (1948-1951), secretario general de la Comisión Internacional de Juristas (1963-1970) y comisionado de las Naciones Unidas en Namibia. Desmond Boal también era abogado y había sido parlamentario en Stormont por la circunscripción de Shankill, Belfast (1960-1972); primer presidente del Partido Unionista Democrático, Boal había sido un estrecho colaborador de Ian Paisley pero había roto su asociación con él en 1974.

A sugerencia de Ruairí Ó Bradaigh se acordó que estos dos hombres mantuvieran sus conversaciones de manera pública. Se reunieron en Pascua, aproximadamente en la misma época en que se produjeron los graves enfrentamientos de Belfast, y Seán MacBrde se mostró de acuerdo en elaborar una declaración conjunta que él y Des Boal esperaban someter a la consideración tanto de lealistas como de republicanos. Sin embargo, los lealistas rechazaron esta propuesta a menos que el IRA cesara toda actividad durante un mes. En ese momento ya se había establecido la responsabilidad de los lealistas en la colocación de la bomba que estalló al paso del desfile de los Oficiales en Beechmount y, en este ambiente, la iniciativa no prosperó. En un esfuerzo por mejorar la situación, yo me reuní varias veces con Seán MacBride en su casa, Roebuck House. Allí, en la gran sala de estar llena de recuerdos de Maud Conne,[45] el comandante John MacBride y otros héroes de la tradición revolucionaria irlandesa —de la cual la familia MacBride estaba impregnada—, nos esforzamos por conseguir que la situación prosperara.

Seán MacBride y Desmond Boal se reunieron en varias ocasiones durante este período, una vez en París, otra en el condado de Down y una tercera en

Dublín en junio de 1977, la noche de la aplastante victoria electoral del Fianna Fáil, pero se encontraban principalmente en Roebuck House. Fue allí donde Seán y yo nos encontramos con Desmond Boal para mantener un sincero y constructivo intercambio de opiniones. No obstante y a pesar de nuestros mejores esfuerzos, los progresos fueron mínimos. Algún tiempo después, John McKeague y yo nos reunimos en la zona sur de Belfast. El padre Wilson, que sería el anfitrión del encuentro, me condujo en su destartalado coche hasta el lugar previsto de la reunión, atravesando lentamente la zona lealista de Sandy Row ignorando afortunadamente mi estado de nervios, el padre Wilson habló alegremente durante nuestro viaje sin incidentes por estas, para mí, aguas turbulentas.

Mi encuentro con John McKeague fue amistoso e informal. Ahora muchos lealistas se mostraban francamente insatisfechos con los Gobiernos británico y unionista. Tenían la sensación de que estaban siendo utilizados por Ian Paisley y otros como él. Su exploración de la idea de independencia para los Seis Condados constituía, en muchos sentidos, una clara evidencia de la naturaleza condicional de su fidelidad a la corona británica. John McKeague y yo nos reunimos en varias ocasiones más y, aunque estas discusiones no consiguieron el objetivo de llegar a conclusiones formales, para mí fueron muy provechosas. A lo largo de los años, otros representantes del Sinn Féin y yo habíamos mantenido innumerables discusiones con muchas personas, algunas procedentes de lugares muy lejanos. Aunque en la mayoría de los casos estas discusiones fracasaron en su intento de alcanzar un objetivo común, los intercambios de opiniones ayudaban a derribar las barreras entre la gente. El diálogo siempre es útil y una discusión honesta nunca ha matado a nadie.

Mientras tanto, los británicos estaban ocupados en su propia estrategia. En marzo de 1976 habían abolido la categoría política de los presos acusados de delitos relacionados con la guerra, que había sido conseguida tras la huelga de hambre de Billy McKee en vísperas de la tregua de 1972. Ahora los británicos organizaron una decidida campaña de guerra psicológica, una acción que recibió también el nombre de «operaciones psicológicas». Los comunicados de prensa, discursos y declaraciones de la Administración hacían alusión a los líderes republicanos calificándolos de «padrinos». Mientras en los medios de comunicación aparecían historias inventadas de corrupción y gansterismo dentro del movimiento republicano, se ponía en práctica paralelamente una estrategia basada en promover la «supremacía del RUC».

Las fuerzas del RUC me arrestaron en Andersonstown y permanecí detenido durante algún tiempo en Castlereagh. Para entonces ya tenía alguna experiencia en el campo de los interrogatorios. El RUC se llevó toda mi ropa y me entregó a cambio un mono de faena y unos zapatos blancos de lona ridículamente grandes que me negué a usar. Exigí que me devolvieran mi ropa o bien que me proveyeran de una vestimenta diferente. Se negaron. Pedí ver a mi abogado. Nuevamente dijeron que no. Cuando me llevaron de mi celda a la sala de interrogatorios, fui desnudo. Me devolvieron rápidamente a mi celda. Cuando mi propio médico acudió a visitarme, a instancias de Colette, yo estaba envuelto en una manta. A las pocas horas de su visita me fueron devueltas mis ropas. Minutos más tarde fui puesto en libertad.

El Gobierno británico, que ahora confiaba más en los tribunales que en la política de internamiento para deshacerse de los republicanos, abrió centros de interrogatorios en los cuarteles de Castlereagh y Gough en 1977. A través de la aplicación sistemática de técnicas de tortura, estas proporcionaban las declaraciones y confesiones que se necesitaban para garantizar las condenas en los tribunales. A pesar de disponer de pruebas de torturas y malos tratos bien documentadas, un gran número de personas seguía siendo tratado con brutalidad y encerrado. Enfrentado a la evidencia de los malos tratos generalizados a que eran sometidos los sospechosos, el jefe del RUC, Kenneth Newman afirmo en junio de 1977 que los presos republicanos se infligían heridas de forma deliberada para desacreditar a la policía. En junio de 1978, un informe elaborado por Amnistía Internacional expresaba desasosiego: «Los malos tratos a los sospechosos de terrorismo por parte del RUC se han producido con frecuencia suficiente como para justificar una investigación pública por parte de las autoridades competentes». La Autoridad de Radiodifusión Independiente de Gran Bretaña prohibió un programa sobre el informe de Amnistía Internacional. Sin embargo, en marzo de 1979 la ITN difundió una entrevista con el Dr. Robert Irwin quien había prestado servicio en Castlereagh durante tres años y, en ese período, había tratado a muchos detenidos por perforación de tímpano y fracturas diversas. Sabía de al menos 150 personas que habían sido lesionadas por el RUC mientras se encontraban detenidas. Una semana más tarde se publicó el Informe Bennett, realizado por el gobierno, que apoyaba las afirmaciones del informe de Amnistía Internacional, pero describía la situación en términos extraordinariamente restringidos. También salieron a la palestra otros médicos que confirmaron haber tratado a muchos detenidos que habían sido golpeados

durante los interrogatorios. La contrainsurgencia británica había pasado a la ofensiva quitando las riendas de manos del RUC.

El éxito de los métodos aplicados por la Administración británica fue tan notable que el 86 % de todos los acusados que comparecieron ante los tribunales de Diplock entre enero y abril de 1979 habían confesado; el 56 % de las acusaciones en relación a estos casos se basaba solamente en esas confesiones, mientras que otro 30 % se basaba principalmente en las confesiones.

La estrategia diseñada por los británicos buscaba aislar aún mas la resistencia republicana mediante el desarrollo de una «arquitectura de contrainsurgencia», por la que el RUC y el Ejército británico estaban estrechamente comprometidos en la planificación de la autoridad local, y especialmente en la planificación de un nuevo desarrollo de las áreas nacionalistas, con el propósito de confinar a los nacionalistas en guetos con un número limitado de puntos de acceso y de salida. Los poderes para arrestar y detener a los nacionalistas se aplicaban profusamente como un medio de intimidación y de recolección de datos para los servicios de inteligencia. En un período de 10 meses, 3868 personas fueron arrestadas bajo la Ley de Provisiones de Emergencia y la Ley de Prevención del Terrorismo, permaneciendo detenidas durante más de cuatro horas; de estas personas, solo el 11 % fue formalmente acusado. Las nuevas unidades especiales del RUC recibieron entrenamiento del SAS[46] del Ejército británico en técnicas que les permitían llevar a cabo una política de «disparar a matar» contra los republicanos.

Desde la perspectiva inducida por la tregua, sus consecuencias y disputas encarnizadas, necesitábamos reconstruir de manera urgente una idea de dirección política que gobernara todas nuestras actividades y que pudiera proporcionarnos una visión estratégica de la situación. Entretanto, yo recibí responsabilidades específicas dentro del Sinn Féin en el campo de las publicaciones, como un *An Phoblacht* y el *Republican News*, y en poco tiempo lanzamos *Saoirse,* un diario que examinaba cuestiones teóricas, e *Iris*, una revista de información internacional.

No parecía normal que tuviésemos dos periódicos, cada uno con un enfoque diferente y un estilo diferente, producidos al norte y al sur de la frontera. Danny Morrison, un republicano de Belfast y contemporáneo mío, y unos cuantos compañeros habían cogido el *Republican News* y lo habían convertido de un boletín bastante conservador en un dinámico periódico semanal. Como parte de una amplia reestructuración dentro del Sinn Féin,

Danny elaboró un documento de discusión acerca del periódico y su papel, que circuló a través de la organización hasta que finalmente se tomó la decisión, entre otras cosas, de fundir ambos periódicos. Al mismo tiempo estábamos tratando de generar un sentimiento de cohesión en nuestra política y nuestra organización y apostábamos por un enfoque de la lucha típicamente irlandés.

Un grupo de republicanos de Dublín, recién salido de prisión, había comenzado a desempeñar un papel significativo en el trabajo dentro de la comunidad en sus respectivas áreas y se mostraban especialmente activos en la lucha contra las drogas en Dublín. Siempre había habido republicanos individuales —John Joe McGirl era un ejemplo notable— que habían construido bases en sus áreas y que estaban profundamente comprometidos en el trabajo social económico y político en el ámbito local, pero ahora muchos de ellos estaban trabajando también de forma consistente en la capital, uno de los cuales se presentó a unas elecciones y obtuvo un número razonable de votos.

En cuanto al Comité Nacional del Sinn Féin, gente como Ruairí Ó Bradaigh, Dáithí Ó Conaill y yo mismo estábamos trabajando para desarrollar nuestra política. Ruairí y Dáithí mantenían una estrecha amistad; ambos habían estado muy activos en los años cincuenta, cuando Ruairí había sido elegido como diputado abstencionista en el Parlamento de Dublín, y en 1958 se habían fugado juntos del campo de internamiento de Curragh. Ruairí representaba un papel especialmente difícil como presidente del Sinn Féin porque, en aquellos momentos, la lucha republicana estaba dominada totalmente por el IRA. El abstencionismo y la falta de una estrategia electoral (excepto en términos de las elecciones para el gobierno local en los Veintiséis Condados) tenían su efecto, pero más expresivamente el Sinn Féin era, en muchos sentidos, víctima de la aversión hacia la política que caracterizaba al republicanismo de aquella época. Se hacía responsables a la política y a los políticos de las calamidades que habían tenido lugar en 1969.

Mientras que Ruairí era un perfecto liberal en su percepción política de las cuestiones sociales y económicas, la propaganda principal se centraba en los efectos políticos del dominio británico, y el principal foco de trabajo se encontraba, comprensiblemente, en el norte. Dentro de este contexto, el Sinn Féin estaba eclipsado por el IRA, y existía una escasa predisposición hacia un trabajo político de características más convencionales. El programa político del Sinn Féin se basaba en la defensa de la población nacionalista del norte. Si bien se podían encontrar algunas ideas realmente innovadoras en cuestiones

sociales, económicas y culturales y buenas propuestas relativas a estructuras gubernamentales alternativas en toda Irlanda, estas solo conseguían ser difundidas de una manera restringida a través de la publicidad. Naturalmente, la ideología republicana también se oponía a cualquier participación en el Parlamento segregacionista de Dublín. Aparte de la base teórica de esta posición, en la práctica significaba que el Sinn Féin estaba abandonando este terreno para dejárselo a otros partidos. En cuanto a mi concepción de la situación, en aquella época ni siquiera había pensado en tratar de encontrar respuestas a todas las preguntas que surgían de dicha situación, y, en cualquier caso, los acontecimientos que se producían en el norte estaban dominando la política en toda la isla. No obstante, el fracaso en consolidar políticamente el apoyo que fluía hacia el Sinn Féin, o siquiera en establecer una forma más duradera de cuantificar ese apoyo que no fuese solo la celebración de manifestaciones, dejaba un espacio crucial para que la clase política dominante pudiera maniobrar en el sur. Atemorizados por el ritmo de los acontecimientos, buscaron refugio en la censura, el revisionismo y la coerción.

Dentro del Sinn Féin, un elemento más joven y procedente del norte, del cual yo formaba parte, comenzó a desempeñar un papel más importante en esa búsqueda de un desarrollo y un cambio en la estrategia política. Planteamos nuestras críticas y nuestras ideas progresistas que pensábamos y esperábamos que serían tomadas en cuenta por nuestros líderes. Cuestionamos su papel durante la tregua y nos molestó no encontrar las actas de nuestras reuniones con los británicos u otros documentos similares. No había demasiada tensión en el ambiente mientras desgranábamos nuestros temas, ni por los propios temas ni por las personalidades que citábamos. En términos políticos, sin embargo, encontramos una cierta resistencia hacia el rumbo que habíamos tomado, especialmente cuando nos mostramos a favor del desarrollo de una estrategia electoral. Ruairí Ó Bradaigh estaba muy preocupado por el hecho de que si nos comprometíamos electoralmente tendríamos que abandonar el abstencionismo, una pieza fundamental dentro de la constitución de nuestro partido. En aquel momento yo no pensaba lo mismo, pero Ruairí se resistió a aceptar el enfoque electoral de nuestra estrategia. Al mismo tiempo, la dirección del partido, aunque se resistía a aceptar algunas de nuestras propuestas y críticas, se sintió aliviada al ver a algunos de sus jóvenes activistas fuera de la cárcel y mostrando un serio interés en cuestiones relacionadas con la dirección política del movimiento.

Nosotros queríamos dejar bien clara nuestra posición en cuanto a la estrategia republicana, y tuvimos nuestra oportunidad con el discurso de Bodenstown de 1977, en el que colaboramos Danny Morrison y yo. La colaboración de Jimmy Drumm en la lectura del discurso también fue muy importante, ya que Jimmy tenía una larga trayectoria dentro del movimiento. Era un discurso que trataba de examinar la situación, de aclarar las actitudes de los republicanos hacia determinadas cuestiones, y que buscaba señalar nuevos caminos para la estrategia republicana.

> *«El aislamiento de los republicanos socialistas en torno a la lucha armada es peligroso y ha dado lugar a la idea reformista de que el Ulster es la cuestión, sin la movilización de la clase trabajadora en los Veintiséis Condados… El Gobierno británico no se está retirando de los Seis Condados y el declive sustancial de la actividad económica y el cierre de fábricas producidos en 1975 y 1976 se debieron a la recesión mundial, aunque en su momento se los interpretó erróneamente como síntomas de una retirada… No hay duda de que el Gobierno británico está empeñado en estabilizar los Seis Condados invirtiendo para ello enormes sumas de dinero… para afirmar a los lealistas y asegurarse su apoyo para desarrollar una gran ofensiva contra el IRA… Nosotros creemos que una guerra de liberación exitosa no puede librarse exclusivamente sobre las espaldas de los oprimidos en los Seis Condados y tampoco alrededor de la presencia física del Ejército británico. El odio y el resentimiento del ejército no pueden sustentar la guerra».*

Nuestra intención no era desafiar a los dirigentes del partido sino todo lo contrario. Estábamos tratando de reagruparnos para avanzar sobre la base de un consenso, no de deshacernos de determinadas personas o de crear un nuevo grupo dirigente. Aún no habíamos desarrollado una concepción estratégica o integrada, pero toda nuestra lucha se encontraba en una coyuntura crucial, en un momento determinante, y estábamos convencidos de que era necesario que la lucha tomara un nuevo rumbo y continuara su marcha. También era necesario que el IRA luchara de un modo más cohesionado y de manera tal que estimulara el desarrollo y la construcción de la lucha popular sobre una base que incluyera a los treinta y dos condados.

Al iniciarse en 1978 yo pensaba que la tarea de reagruparnos marchaba por buen camino y me complacía el hecho de que los británicos no parecían

advertir esta circunstancia. Pero entonces se produjo el desastre. El 17 de febrero, 12 personas murieron y 33 resultaron heridas cuando el IRA hizo estallar varias bombas incendiarias, provocando una tormenta de fuego, en el Hotel La Mon, cerca de Comber, a unos quince kilómetros de Belfast. Dos meses antes, en una serie intensiva de atentados con bombas incendiarias contra objetivos comerciales en 20 ciudades diferentes, el IRA había advertido con suficiente antelación de la colocación de los artefactos explosivos, pero en este caso, la advertencia se hizo solo nueve minutos antes de la terrible explosión. El IRA declararía posteriormente que ese lapso había demostrado ser «absolutamente inadecuado dadas las desastrosas consecuencias producidas. Aceptamos las condenas y críticas solo desde dos fuentes: de los parientes y amigos de las personas que han muerto accidentalmente en el atentado y de nuestros partidarios, quienes nos han criticado de manera justa y severa».

Yo me sentí profundamente conmocionado por las noticias y me quedé junto a Colette y Gearóid en la casa de Harrogate Street en lugar de trasladarme a otra parte como era mi intención. En las noches anteriores no había dormido en casa, y aquella fatídica noche estaba a punto de marcharme cuando escuché las terribles noticias. Yo no tenía conocimiento de que hubiese sido el IRA, pero mi instinto me decía que sí. Me quedé sentado, abrumado por el peso de lo que había ocurrido, para escuchar los últimos boletines informativos. Me sentía deprimido por la carnicería y profundamente afectado por los muertos y heridos. También sentía que dos años de duro trabajo se estaban yendo por el sumidero. Cuando difundieron el último boletín de noticias ya era demasiado tarde para salir de casa.

A la mañana siguiente, soldados británicos y fuerzas del RUC allanaron la casa y me llevaron a Castlereagh; más tarde supe que habían arrestado a otros 20 republicanos. Es posible que en el momento de arrestarme no tuviesen intención de formular cargos contra mí, pero uno de los que me interrogaba me dijo:

—Tendremos que presentar cargos porque tu detención ha provocado un gran alboroto.

Los interrogatorios eran muy simples, pero continuaron durante siete días. Aunque obviamente yo no estaba encantado de encontrarme en Castlereagh, para entonces ya tenía suficiente experiencia como para saber que, a diferencia de mi primera sesión en el cuartel de Palace, no necesitaba una muleta para que me sostuviera durante el interrogatorio. Me limité a permanecer sentado y a no abrir la boca. Ahora se trataba de una cuestión de

compromiso político, de creer en mi causa y rechazar la que ellos representaban.

Uno de mis inquisidores se describía a sí mismo como un cristiano renacido. Me hablaba continuamente de la necesidad de abrazar a Dios. Otro de ellos era mucho menos cristiano que su compañero. Gritaba e insultaba todo el tiempo y un día, mientras no cesaba de hacerme preguntas, sacó de pronto un fajo de fotografías y me lo arrojó a la cara. En las fotos se veían cuerpos quemados, restos humanos horriblemente calcinados.

—¡Esto es lo que hicieron tus amigos, cabrón hijo de puta! —grito.

Esa fue la única vez que el atentado del Hotel La Mon se menciono en el curso de mi interrogatorio. Otro día intentaron engañarme para que firmase una declaración diciéndome con insistencia que Colette había sido acusada de uno u otro delito. Durante este interrogatorio no fui maltratado, lo cual era muy diferente a lo sucedido en otras ocasiones, cuando había sido brutalmente golpeado o habían tratado de atemorizarme, intimidarme, coaccionarme o sobornarme. Ahora, en virtud del período de detención de siete días, habían refinado los métodos de interrogación convirtiéndolos en una operación psicológica, durante la cual, entre víctima y verdugo se establecía una verdadera relación. Después de largos períodos, tal vez incluso de días de aislamiento, era agradable volver a escuchar el sonido de una voz humana y, de ese modo, uno realmente se alegraba de ver al interrogador, aunque solo fuese para pasar el rato. Y todo el tiempo la tentación, el instinto, era hablar. De cualquier cosa: fútbol, libros, cine. El secreto, naturalmente, era permanecer en silencio. Cualquier cosa que dijeras, no debía significar nada.

Al quinto o sexto día de encierro, el modelo de interrogatorio cambio. Llegaron dos detectives nuevos portando un montón de hojas mecanografiadas. El más veterano me explicó que iba a hacerme una serie de preguntas y que apuntaría mis respuestas y me invitaba a firmar las notas con mis iniciales cuando hubiese terminado. Luego comenzó a leer una lista de preguntas ya preparadas que tenía en las hojas. En ese momento comprendí que se formularían cargos en mi contra, pero ignoraba cuáles serían esos cargos. Pero esta cuestión tampoco se aclaró cuando comenzó a leer sus preguntas. Todas se referían a las actividades del Sinn Féin y, a cada una de ellas, contesté: «No pienso contestar a ninguna de sus preguntas sin la presencia de mi abogado», o algo por el estilo. Cuando terminó el interrogatorio me llevaron nuevamente a mi celda.

El 25 de febrero fui acusado de haber sido miembro del IRA desde mi puesta en libertad en marzo de 1977. No tenían ninguna prueba contra mí, pero aprovecharon el tiempo en que me tuvieron bajo custodia para reunir cualquier evidencia que pudiese servir a sus propósitos. La noche en que fui formalmente acusado en Townhall Street, recibí una breve y emotiva visita de Colette. Me trajo bocadillos y más tarde, mientras los comía en mi sucia celda junto a una ruidosa caldera que retumbaba toda la noche en el sótano, me sentí profundamente apenado por todos los problemas que le había causado. A la mañana siguiente fui formalmente acusado ante un tribunal y trasladado en barco a la prisión de Dublín.

Cuando, en marzo de 1976, se suprimió la política de «categoría especial» o categoría política, Kieran Nugent —la primera persona condenada por un «delito programado»— fue el primer preso en vestirse con una manta al haberse negado, el 14 de septiembre de 1976, a llevar el uniforme de la prisión.

—Si quieren que me ponga el uniforme de los presidiarios —había dicho — tendrán que clavármelo a la espalda.

La actitud asumida por los republicanos quedó perfectamente reflejada en la canción de Francie Brolly:

No llevaré el uniforme de los presidiarios
ni cumpliré sumisamente mi condena
para que Inglaterra pueda
ensuciar la lucha de Irlanda
después de 800 años de crímenes.

Cuando entré en la prisión de Crumlin Road estaba nervioso ante la posibilidad de que me pusieran con los lealistas, pero el carcelero se limitó a decir, «estarás con los Provos», y así fue. A pesar de la desaparición oficial de la condición de presos políticos, y a pesar de la imagen que se presentaba en el exterior, en la prisión se mantenía la estructura de mando republicana, con su propia dirección elegida democráticamente, que se encargaba de todas las cuestiones relacionadas con el régimen penitenciario.

Yo me sentía bastante castigado por el hecho de encontrarme nuevamente entre rejas, de haber sido tan imprudente como para permitir que me detuviesen en mi propia casa, y era perfectamente consciente de que el atentado del Hotel La Mon constituía una enorme tragedia. Y no me hizo muy feliz descubrir que me habían destinado a una celda con dos jóvenes

compañeros que se dedicaban a oír música pop a todas horas en la radio. A menudo también se unían a otros presos que se instalaban en las ventanas para intercambiar con los lealistas las formas más obscenas de la artillería verbal.

La prisión de Belfast era un manicomio. Era la primera vez que estaba en prisión preventiva y descubrí que todos los presos que estaban en ese régimen vivían en un estado de gran incertidumbre. Aún tenían que condenarte y, a pesar de todo, existía la posibilidad de que te dejaran en libertad. Si las cosas no funcionaban de ese modo, podías recibir una condena leve. Por otra parte existía una posibilidad aún mayor de que no salieras en libertad y de que la condena fuese realmente larga. Y así era como muchos presos preventivos se convertían en verdaderos expertos en cuestiones legales, o lo que eso significara en el norte de Irlanda.

La prisión de Crum era muy antigua, estaba superpoblada y no podía abordar de manera positiva la estancia de sus reclusos. Había constantes acciones de protesta por las condiciones de la prisión y, como parte de una prolongada campaña en favor de la segregación, lealistas y republicanos habían llegado al acuerdo de hacer ejercicios físicos por separado y en días alternos. Como solo se permitía hacer ejercicios físicos durante una hora diaria —y en ocasiones incluso esa hora quedaba prohibida— eso significaba que permanecíamos encerrados en nuestras celdas casi todo el día, aparte de ese breve período de actividad física y algunas otras cortas excursiones al pabellón de la prisión para arrojar la basura, lavarnos y recoger nuestra comida.

Yo leía todo lo que caía en mis manos, a veces hasta tres libros por día. No había nada más que hacer. A menudo se nos negaba la posibilidad de ir al lavabo y este era siempre el caso cuando los carceleros se retiraban del pabellón para pasar la noche en sus aposentos. Aquellos presos que no habían tenido oportunidad de evacuar sus intestinos podían usar el orinal y provocar verdaderas pesadillas a sus compañeros de celda. La mayoría optaba por hacer sus necesidades en una bolsa de plástico que luego era arrojada al patio desde la ventana de la celda Algunas mañanas el patio aparecía lleno de estos «misteriosos paquetes».

A pesar de los enfrentamientos ocasionales con los lealistas el periodo que pasé en prisión fue, en líneas generales, bastante tranquilo, aunque muchos de los carceleros eran muy agresivos y algunos decididamente hostiles. En Pascua conseguimos fabricar una bandera tricolor para nuestro desfile y, luego dividimos la bandera en sus tres secciones y la ocultamos. Aquel día cuando abandonábamos el patio, los guardias nos sometieron a un exhaustivo

y violento registro, y cuando protesté porque uno de los guardias me estaba maltratando fui llevado ante el subalcaide. Aquí, por primera vez, fui testigo del funcionamiento de la prisión en toda su mezquindad. Yo estaba flanqueado por carceleros que respondían a órdenes gritadas al estilo de un sargento mayor por un oficial superior, y se suponía que nuestro pequeño trío, conmigo en el medio y el oficial superior cerrando la formación, debía realizar una especie de pirueta al entrar en el despacho del alcaide, girar y ponerse en posición de firmes delante del escritorio. Yo debía dar mi número, permanecer firme, hablar solo cuando me dirigiesen la palabra y luego mis carceleros y yo debíamos salir marchando otra vez del despacho. Sin embargo, yo ignoré las órdenes de los carceleros y, en medio de todos sus gritos y órdenes y llamados a la posición de firmes, fui condenado a perder la remisión de la pena por formular «alegaciones falsas» ante un oficial.

Lo único que me gustaba de Crum era que la comida era muy superior a la que nos servían en Long Kesh, especialmente las natillas y la avena cocida con leche, y me negaba a creer en las historias que afirmaban que los guardias escupían en nuestra comida.

Las condiciones para recibir visitas eran francamente primitivas. Aunque estas eran más frecuentes que en Long Kesh, la prisión no podía hacer frente a su elevado número, y las condiciones eran arcaicas. Colette me visitaba religiosamente. Gearóid ya asistía a la escuela —a mi antigua escuela, St Finian— y no podía acudir a todas las visitas, pero le veía al menos una vez por semana. Los presos también recibían la visita de sus abogados; en ocasiones ninguna durante meses y luego, al aproximarse la fecha de los juicios, casi cada día.

Cuando debíamos asistir a juicio, nos trasladaban a través de un túnel que discurría por debajo de Crumlin Road desde la prisión hasta el interior del edificio de los tribunales de Belfast. En ese lugar se había producido una de las famosas fugas de Jim Bryson, y cuando yo hice mi primer viaje a través del túnel, pensé mucho en él. También pensé en escaparme, pero no de la misma manera concentrada que había caracterizado mis anteriores estancias en prisión. En primer lugar, después de pasar un breve período en Crum, me llevaron a los Bloques H, la nueva prisión que habían construido junto a Long Kesh.

Paddy John McGrory estaba bastante confiado en que los cargos contra mí no se sostendrían, pero tenía demasiada experiencia como abogado para dar nada por hecho. Ambos sabíamos que el caso contra mí había comenzado a sustanciarse después de que me hubiesen acusado formalmente. Mientras

trataba de establecer la naturaleza de las pruebas que la acusación estaba buscando, P. J. también intentaba asegurarse de que mi prisión preventiva no se prolongase demasiado. No era infrecuente que muchos republicanos permanecieran en prisión hasta dos años antes de que se celebrara el juicio, solo para descubrir que todos los cargos eran retirados en el último minuto: internamiento preventivo. De modo que P. J. presentó una serie de solicitudes de libertad bajo fianza para mí. Esto tuvo el efecto de asegurar que la acusación, que se oponía a la libertad bajo fianza, no tuviese más alternativa que presentar alguna prueba que justificara mi encierro en la prisión. En la primera solicitud de libertad bajo fianza, la acusación se opuso sobre la base de que yo era miembro del IRA. P. J. presentó su alegato con su acostumbrada maestría y, después de que hubiese sido rechazada, le pregunté al juez si no consideraba que era una contradicción rechazar mi libertad bajo fianza en base a un alegato que era en realidad la acusación que pesaba sobre mí y de la cual el fiscal ni siquiera había podido presentar suficientes pruebas como para ira juicio. Yo me había tomado de muy buen humor el rechazo a la solicitud de libertad bajo fianza y el juez se tomó mi intervención con el mismo humor, pidiéndole al fiscal que procesara el caso rápidamente. Poco tiempo después recibí una fecha para mi audiencia preliminar y fui trasladado a un pabellón de preventivos en los Bloques H para esperar el curso de los acontecimientos.

Esta era una forma de reclusión diferente de la que había experimentado hasta entonces. Aquí los presos estaban separados en pequeños grupos y en unidades de control especial. El centro del complejo de edificios se hallaba en el travesaño de la H. Unidas a este se hallaban las cuatro unidades de control, dos en cada una de las barras verticales. Yo me sentía francamente receloso: no solo me preocupaba el régimen penitenciario, duro e inflexible para quebrar la resistencia de los presos, sino que también era consciente de que, aunque no estaría en un pabellón donde la protesta de las «mantas»[47] estaba en pleno apogeo, también se había organizado una protesta de «no lavarse». Pero no debía haberme preocupado, ya que me instalaron en una celda individual, una circunstancia que disfruté plenamente después del hacinamiento vivido en la prisión de Crum.

En los Bloques H me sentí profundamente impresionado por el espíritu y la moral de los presos. En mis otras experiencias carcelarias, habíamos estado protegidos por el número de presos que éramos y por la estructura de mando que teníamos y que se encargaba de tratar directamente con los carceleros; de este modo, los presos podían pasar mucho tiempo en los barracones con

escaso o nulo contacto con la administración de la prisión. Aquí, en los Bloques H, en nuestras celdas individuales, la situación era completamente diferente. Si querías resistirte a un registro debías hacer frente a los carceleros sin ayuda de nadie. Pero los carceleros no podían llevar la prisión sin los presos y estos mantenían una actitud de desafío permanente. Yo escuchaba con divertida admiración cuando algunos presos expresaban a gritos su protesta ante oficiales especialmente notorios de la prisión. La mayoría de los reclusos en mi pabellón eran más jóvenes que yo y muy agresivos.

Al caer la noche, en la mayoría de los pabellones se organizaban reuniones donde se cantaba, concursos de preguntas y respuestas, sesiones de cuentos o bien, ocasionalmente, nos limitábamos a contar chistes y hacer bromas. Yo me quedaba acostado en la cama escuchando a los mejores cantantes que competían por nuestros aplausos. Teníamos cantantes realmente buenos: imitadores de Elvis, émulos de Mick Jagger, numerosos Bobby Vee y unos cuantos Johnny Cash; y, por supuesto, teníamos canciones rebeldes.

Una noche memorable en la que celebrábamos el aniversario del internamiento, se organizó una sesión en nuestro pabellón que se prolongó hasta bien entrada la madrugada. Aproximadamente a las cuatro de la mañana, la hora en que el RUC y los soldados británicos irrumpían violentamente en las casas para llevarse a los detenidos a los campos de internamiento, toda la prisión fue despertada por el clamor que surgía de las celdas republicanas mientras los compañeros imitaban el sonido de las tapas de cubos y cacerolas golpeando las cañerías de las celdas. Los carceleros acudieron inmediatamente a los pabellones con el equipamiento antidisturbios, sumando el ruido de las porras y los escudos al estruendo producido en el interior de las celdas, y gritando que desistiéramos de nuestra actitud. Después de algunos minutos de ruido ensordecedor e insultos recíprocos, toda la prisión quedó en silencio durante un momento. Nadie sabía realmente qué sucedería a continuación. Yo oía a los guardias caminando arriba y abajo delante de la puerta de mi celda.

—El próximo cabrón que haga ruido irá a la celda de castigo —gritó una voz inglesa.

—¡Queremos una canción! —gritó alguien.

—¡Cierra la boca, jodido feniano!

—¡Queremos oír la jodida *One Road*!

Se oyeron fuertes pisadas en dirección de la celda de quien había gritado. Un momento después se encendieron las luces.

—¡Todos los presos de pie junto a sus camas! —Llegó la orden.

Los guardias comenzaron un recuento de presos. Yo estaba a un costado de la cama y podía percibir la tensión en el aire mientras oía a los guardias y me preguntaba si todo estaba a punto de estallar. La mirilla de la puerta se abrió brevemente y luego volvió a cerrarse.

Poco después los guardias abandonaron el pabellón y el ruido de sus pasos se fue extinguiendo lentamente en la distancia.

En ese instante imaginé que alcanzaba a oír un gigantesco suspiro saliendo de las celdas mientras un extraño silencio envolvía el pabellón.

De pronto, una voz comenzó a cantar en una celda próxima a la mía:

«Estamos en el único camino,
compartiendo la única carga.
Estamos en el camino hacia sabe Dios dónde…».

A la primera voz se le unió otra que procedía de una celda más alejada.

«Estamos en el único camino,
puede ser el camino equivocado…».

Y luego otra y otra más.

«Pero ahora estamos juntos, a quién le importa…».

Y pronto todos estábamos cantando.

«Hombres del norte, hombres del sur, todos camaradas,
Dublín, Belfast, Cork y Donegal.
Estamos en el único camino cantando juntos,
cantando la canción del soldado».

Ahora todos cantaban a voz en cuello, pero cuando el coro terminó su intervención, el primer cantante entonó una estrofa en solitario.

«La noche es más oscura justo antes del amanecer,
Irlanda renace de las disensiones.
Muy pronto todos juntos, irlandeses unidos,
haremos de nuestra tierra nuevamente una nación».

Y entonces volvimos a intervenir todos formando un coro estruendoso. Cuando acabó la canción, nuestro apetito se había abierto y el concierto continuó hasta poco después de que la luz del amanecer comenzara a filtrarse en el interior de nuestras celdas.

Yo era tratado como un preso de seguridad especial, lo que significaba que me trasladaban individualmente cuando debía ir a algún sitio, normalmente para las visitas, y esto constituía para mí una suerte de bonificación. Colette y yo no solamente disponíamos de toda una sala de visitas para nosotros solos —de la que yo había intentado fugarme— sino que eso también significaba que podía ver a algunos de los presos cubiertos con mantas cuando nadie más podía verles. Parecían personajes extraídos de *Gulag*, la obra de Solzhenitsyn, paseándose calzados con grandes botas sin cordones y llevando, para las visitas, chaquetas y pantalones de tallas absurdas. La mayoría de los pantalones tenía una abertura en la parte de atrás y todos los presos llevaban el pelo largo y sucio y la barba descuidada. Todos ellos estaban en muy buena forma y a algunos les conocía muy bien. Había, sobre todo, un grupo del barracón 11 de Long Kesh, incluyendo a Bobby Sands, que había sido arrestado en noviembre de 1976, pero también había compañeros como Pat McGeown, Gerry Kelly y Larry Marley, a quienes habían detenido cuando trataban de escapar. Allí estaban también Brendan Hughes, Cleeky Clarke, su hermano Seamus, Gerard Burns y Teddy Crane. Todos ellos habían intervenido cuando Joe Barnes fue agredido por los guardias al regresar a su celda después de una visita; ello les supuso condenas adicionales y el traslado a los Bloques H.

Este grupo formaba parte de un núcleo de presos veteranos. Mientras que al principio el grueso de los presos había sido gente con escasa experiencia carcelaria, estos presos más veteranos proporcionaban un elemento de estabilidad. Durante mi breve estancia en los Bloques H, me reunía semanalmente con mis camaradas de las mantas y les proveía de cigarrillos y caramelos de menta, unos artículos muy solicitados. También enviaba fuera de la prisión detallados informes acerca de su estado.

La protesta de «no lavarse» se había iniciado cuando las autoridades de la prisión retiraron los medios para lavar e higienizarse. Más tarde —después de que yo quedara en libertad— la protesta se incrementó cuando también se prohibió el uso de los retretes. Pero ahora la protesta se limitaba a no lavarse ni limpiar las celdas, y como yo era un recién llegado mi celda estaba bastante limpia.

Unos meses más tarde, cuando me llevaron nuevamente a Crum para el juicio, la imagen de aquellos compañeros envueltos en sus mantas permaneció grabada en mi mente. Muy pronto tal vez me uniera a ellos, pero si lograba salir en libertad —y P. J. aún esperaba que le presentaran alguna evidencia de mi culpabilidad— estaba decidido a hacer algo para remediar su penosa situación.

En la prisión de Belfast me esperaban Tom Hartley y otros camaradas del Sinn Féin. A Tom le juzgarían por el cargo de traición. Como parte de su estrategia punitiva contra el Sinn Féin, los británicos habían allanado nuestras oficinas; también habían destrozado las oficinas del *Republican News* e incautado las impresoras de papel. El dueño de la imprenta, cuya conexión con el periódico era exclusivamente comercial, fue arrestado y acusado junto a otras personas, incluyendo a un periodista francés, probablemente el primer extranjero acusado de pertenecer al IRA. Todos estos acontecimientos tuvieron un interés especial en mi caso y en el precedente que pudieran establecer.

El juicio fue un verdadero fracaso… desde el punto de vista del fiscal general. La «evidencia» en mi contra citaba mis artículos en el periódico; utilizaron pósters del centro del Sinn Féin; incluyeron el hecho de yo hubiese estado en el barracón 11 e incluso presentaron un discurso que yo había pronunciado en el reciente *Ard Fheis* del Sinn Féin. Jeremy Paxman, un conocido periodista y locutor de la *BBC*, fue citado para que aportara pruebas de que yo efectivamente había pronunciado aquel discurso, en el cual había empleado expresiones como «zona de guerra» y «alojamiento de tropas». Los cargos fueron retirados. La proposición de P. J. en el sentido de que no había ningún caso contra mí fue aceptada y estableció un importante precedente. Mi padre, Colette y yo echamos a andar por Crumlin Road seguidos de una nube de periodistas. Aquella mañana, en los lavabos del pabellón C, Tom Hartley y yo nos encontramos para una representación espontánea de *La liebre blanca de Creggan*. Ahora, a diferencia de la liebre, yo era libre otra vez y me preguntaba qué me depararía el futuro.

Después de haber permanecido en prisión preventiva durante varios meses, sentí una enorme alegría al reintegrarme a la lucha y a mi familia si bien, como sucediera antes, los veía mucho menos de lo que hubiera deseado. Había dos cosas que me preocupaban especialmente: la difícil situación de mis compañeros en los Bloques H y la necesidad de desarrollar la capacidad política de nuestra lucha. En noviembre de 1978 fui elegido uno de los dos vicepresidentes del Sinn Féin.

El año anterior, Roy Masón, el ministro británico para Irlanda del Norte, había afirmado que la normalización se estaba desarrollando viento en popa y que estaba «exprimiendo al IRA como si fuese un tubo de pasta dentífrica». Sin embargo, en agosto de aquel año se vio obligado a desplegar 32 336 soldados británicos, a las fuerzas del RUC y al Regimiento de Defensa del Ulster para que la reina Isabel pudiese visitar dos ciudades totalmente lealistas, mientras 800 nacionalistas eran arrestados y encerrados para la ocasión. Por cada quince católicos se desplegó a un miembro de las fuerzas armadas del Estado.

Masón había incrementado el número de efectivos del RUC y los había armado con fusiles MI, además de los revólveres y metralletas Sterling reglamentarios. También había aumentado el número de efectivos de la Reserva del RUC y del UDR, prometiendo un mayor compromiso del SAS y, en noviembre de 1977, el general de división Timothy Bull Creasey fue nombrado jefe de Estado Mayor para Irlanda del Norte. Creasey había comandado a las fuerzas británicas destacadas en Omán que lucharon en defensa del sultán feudal y mantenía una estrecha relación con el SAS, una fuerza especial que cada vez se mostraba más activa en el conflicto. El ataque del Ejército británico y el RUC estaba dirigido contra el Sinn Féin y contra el IRA.

A finales de 1978, el gobierno laborista minoritario de Jim Callaghan llegó a un acuerdo con los unionistas para permanecer en el poder, colocando a cinco nuevos miembros en el Parlamento de Westminster en representación del norte. Este movimiento oportunista ganó muy poco tiempo para los laboristas ya que, cuatro meses más tarde exactamente, fueron derrotados y, para comienzos de mayo de 1979, Margaret Thatcher había constituido un nuevo gobierno conservador.

El IRA se había reagrupado y estaba causando a los británicos nuevos problemas. El Sinn Féin tenía mucho que hacer para ponerse al día. El brigadier Glover del Ejército británico realizó un revelador informe que ponía de manifiesto la falsedad de las afirmaciones hechas por Masón y reconocía que el elemento de la estrategia británica que exigía la supresión de la resistencia a través de métodos militares no podía llevarse a la práctica. En mayo de 1979, Humphey Atkins, el recientemente nombrado ministro para Irlanda del Norte, reconoció en su discurso inaugural ante la Cámara de los Comunes: «Los primeros meses de este año han mostrado un notable incremento en el nivel de terrorismo (sic) y han evidenciado que nos estamos enfrentando a un enemigo muy profesional».

El apoyo popular a la lucha republicana había sido nuevamente movilizado y, en agosto de 1979, un grupo del IRA hizo acto de presencia en un acto conmemorativo del internamiento al que asistían unas 10 000 personas y fue calurosamente aplaudido. Ese mismo mes, el 27 de agosto de 1979, dieciocho soldados, la mayoría pertenecientes al Regimiento de Paracaidistas del Ejercito, resultaron muertos por el IRA.

Las actitudes habían cambiado radicalmente en los 10 años transcurridos desde que las tropas británicas ocuparan sus posiciones en las calles de Belfast y Derry, y la mayoría de los nacionalistas sentía ahora una enorme hostilidad hacia las tropas y la administración británicas. Muchas de las personas que habían protestado en 1969, solo por el derecho a vivir sus vidas en condiciones de relativa libertad e igualdad, habían experimentado una opresión política y militar tan intensa en esos años que contemplaban las operaciones del IRA con siniestra satisfacción. Tal vez la clave de estos sentimientos se remontaba a aquellos tempranos días cuando las tropas inglesas habían invadido las zonas nacionalistas pero no habían intervenido cuando los lealistas habían quemado Bombay Street. Pero la hoja del antagonismo había sido afilada por el asesinato de Danny O'Hagan, por la «violación» de la zona de Falls, por el Domingo Sangriento, por la política de internamiento, por los brutales allanamientos y registros en los barrios nacionalistas, por las torturas que se aplicaban en Castlereagh, por la gente asesinada en Ballymurphy y Springhill por la construcción de guarniciones militares en los solares de escuelas y campos de juego, y por los miles de incidentes de violencia provocados por las fuerzas británicas y sufridos por la población nacionalista.

Ahora el contraste entre las percepciones nacionalistas británica e irlandesa no podía ser más evidente. Muchos británicos consideraban la guerra de Irlanda como un terrorismo insensato o como la lucha de los «malditos irlandeses». La censura y los prejuicios en los medios de comunicación alimentaban esa concepción. Muchos, incluso, consideraban que se trataba de una guerra religiosa. Muy pocos se detenían a considerar qué tenían que hacer sus tropas o su gobierno en nuestro país. Sin embargo, eso era precisamente lo primero que pensaba la mayoría de los nacionalistas. Los republicanos tenían una visión histórica y política de los acontecimientos. Queríamos la reconquista de Irlanda por el pueblo irlandés. Sabíamos que la gente corriente de Gran Bretaña no era nuestro enemigo, pero no queríamos tener ningún trato con el Gobierno británico en Irlanda. En nuestra opinión era precisamente la causa de la guerra y el origen de las divisiones entre

nuestra gente. Queríamos que terminara la dominación británica de nuestra isla.

En 1980 los británicos buscaron ganar terreno en la batalla contra el IRA invirtiendo con fuerza en las actividades de los servicios de inteligencia militar, que ahora estaban coordinados por su jefe máximo, Maurice Oldfield. Trescientos millones de libras esterlinas fueron invertidos en un sistema de vigilancia de TV en circuito cerrado instalado en las zonas nacionalistas, con todas las instalaciones conectadas a ordenadores que unían todos los vehículos, puestos y personal del RUC. Unidades especiales del RUC entrenadas como escuadrones de la muerte en una época que fue testigo de los asesinatos a manos de los lealistas, con asistencia de los servicios de inteligencia británicos o del RUC, de activistas políticos como John Turnly, del Partido de la Independencia Irlandesa, Miriam Daly, Noel Little y Ronnie Bunting del IRSP, y el intento de asesinato de Bernadette (Devlin) McAliskey.

En el frente político aproveché la ocasión del discurso inaugural de la conmemoración del año republicano de 1979 en Bodenstown para expresar la necesidad de construir una alternativa política.

> *«La república declarada en 1916… no puede ser completamente restablecida solo por medios militares, ya que mientras las obstrucciones y los obstáculos pueden ser eliminados militarmente y los logros conseguidos pueden ser protegidos militarmente, el restablecimiento de la república necesita algo más que una alternativa militar al establishment… Nuestro movimiento necesita una autocrítica constructiva y cuidadosa. También necesitamos establecer vínculos sólidos con aquellos que están oprimidos por presiones económicas y sociales… Nuestra debilidad más flagrante hasta la fecha reside en nuestro fracaso en desarrollar una política revolucionaria y construir una alternativa política fuerte a la llamada política constitucional».*

En un artículo que titulé *Argumento para una república socialista*, publicado en abril de 1980, retomé la cuestión del desarrollo político.

> *«Es posible, y sin duda probable, dadas las condiciones actuales, que el IRA pueda asegurar finalmente una retirada. Sin embargo… considerando la dependencia actual del IRA de*

su "fuerza" militar y debido a la falta real de un movimiento político comparable, es más probable que los británicos se retiren en circunstancias y condiciones más convenientes para sus intereses a largo plazo y para los intereses imperialistas en general.

Una retirada británica puede asegurarse más rápidamente y en condiciones más favorables si se obtiene no solo a causa de la amenaza militar representada por el IRA, sino también porque la resistencia a la dominación británica ha sido canalizada y construida dentro de un movimiento político alternativo».

Ante mi sorpresa, el mencionado artículo provocó cierta controversia en los círculos dirigentes del Sinn Féin.

Al examinar la situación retrospectivamente pienso que la mayor debilidad del Sinn Féin en el norte radicaba en nuestro fracaso en construir alianzas con el SDLP o bien una alternativa electoral representada en un partido político. La formación del Partido de la Independencia Irlandesa, en octubre de 1977 por Frank McManus y Fergus McAteer, había demostrado que el Sinn Féin estaba cediendo terreno político no solo ante el SDLP sino también ante un nuevo partido situado a la izquierda del SDLP. Las posteriores campañas electorales de Bernadette McAliskey y los éxitos electorales locales por parte de la Democracia del Pueblo y el Partido Socialista Republicano Irlandés confirmaron aún mas nuestra renuncia a ese terreno político. Naturalmente cualquier intento por nuestra parte de construir una alternativa electora hubiese estado supeditado a los problemas relacionados con la cuestión del abstencionismo, pero estaba claro que nuestro fracaso en desarrollar cualquiera de estas opciones políticas constituía una debilidad crítica de nuestra parte. Y la situación era aun peor en el sur.

El Sinn Féin era un movimiento de protesta; sus antecedentes ilegales y ligados a la conspiración (si bien ahora no estábamos proscritos) significaban que éramos temperamental y organizativamente renuentes a cooperar con o participar en una acción conjunta con elementos exteriores al propio movimiento. La lucha armada había dominado el movimiento hasta el extremo de ser considerada casi como la única forma de lucha posible. Lo que yo intentaba demostrar era que debíamos construir una práctica política y que esta debía ser abierta y pública más que conspirativa.

En el seno del SDLP se estaban produciendo cambios y, en noviembre de 1978, se decantaron en favor de la retirada de las fuerzas británicas. En 1979,

Gerry Fitt, que era el único representante electo del SDLP, renunció no solo a su cargo dirigente sino a su pertenencia al partido. El desarrollo de una campaña relacionada con los presos en los Bloques H y en la prisión de mujeres de Armagh, a la que Gerry Fitt se opuso, había hecho que fuese muy cuestionado por personas de su propio partido que tal vez no hubiesen objetado sus ataques al IRA pero que discrepaban totalmente de su postura en cuanto al tema de las prisiones. El Sinn Féin se había opuesto tenazmente al SDLP, pero cuando alguien en el SDLP decía alguna cosa que yo juzgaba sensata, no tenía ningún reparo en reconocerlo. El día que Gerry Fitt renunció a su cargo y al partido, mi instinto me dijo que estaba a punto de hacerlo. Cuando yo intervine haciendo una declaración, Fitt dijo que mi intervención era una prueba más de que el SDLP se estaba volviendo cada vez más nacionalista. John Hume sucedió a Fitt como líder del SDLP y, en las elecciones europeas de aquel año, resultó elegido miembro del Parlamento.

Nosotros habíamos decidido boicotear las elecciones y cuando, en junio de 1979, Bernadette McAliskey insistió en el tema de las prisiones no la apoyamos; ella, sin embargo, obtuvo una considerable cantidad de votos. Aún nos encontrábamos inmersos en un proceso de aprendizaje, carecíamos de cohesión y asumíamos un enfoque puntual en cuestiones específicas. En 1980, durante la celebración de nuestro *Ard Fheis*, Jim Gibney propuso que debíamos presentarnos a las elecciones para el gobierno local en los Seis Condados, pero su propuesta fue derrotada. Sin embargo, en las siguientes elecciones locales, celebradas en mayo de 1981, los candidatos que apoyaban la campaña de los Bloques H/Armagh consiguieron cerca de treinta escaños. En un sentido estricto esos escaños debieron haber sido para el Sinn Féin.

En los Seis Condados, el Sinn Féin había cedido el terreno político al SDLP, el IIP, el IRSP, a candidatos independientes como Bernadette y el PD. En los Veintiséis Condados, habíamos cedido el terreno político al Sinn Féin «oficial» que, en 1977, cambió su nombre por el de Sinn Féin Partido de los Trabajadores (eliminando Sinn Féin en 1982), y que acumulaba continuamente votos de los electores del sur, aunque ahora su posición política casi no se diferenciaba del unionismo.

En junio de 1977, el Fianna Fáil bajo la égida de Jack Lynch había vuelto al poder en Dublín, con una mayoría de 27 escaños, desplazando al gobierno de coalición Fine Gael/Laborista que había fijado nuevos estándares en colaboración con las fuerzas armadas británicas y métodos de Estado policial contra los republicanos. Entre los que más había presionado el programa antinacionalista de aquel gobierno se encontraba Conor Cruise O'Brien —un

acérrimo defensor de la censura que había conseguido un gran éxito al generar una atmósfera macarrista— quien obtenía una fuerza añadida de las actividades de una guardia especial apodada, por razones obvias, «la Pandilla de los Pesados». Desde 1976 ningún portavoz del Sinn Féin había intervenido en la RTE, la red de radiodifusión estatal, y la opinión nacionalista era crecientemente ignorada en los programas de radio. Esta censura se extendía incluso a las canciones, el teatro y la poesía que durante siglos habían formado parte de la rica vena cultural irlandesa.

La hostilidad de Conor Cruise O'Brien a las demandas democráticas de los nacionalistas en el norte estaba íntimamente relacionada con su rechazo a la naturaleza colonial de la presencia británica en Irlanda. Los republicanos irlandeses, no obstante, se veían a sí mismos como parte de un movimiento internacional en favor de la autodeterminación de los pueblos y contra el colonialismo. El movimiento nacionalista irlandés había desempeñado un papel principal en el desarrollo internacional de la lucha para derrocar al colonialismo. A través de su historia el republicanismo había sido influido significativamente por movimientos progresistas en otros países, desde que los Irlandeses Unidos habían sido inspirados por la guerra de la independencia norteamericana y la Revolución Francesa. En la India y África la tradición revolucionaria irlandesa había representado una de las influencias más fuertes en los movimientos anticolonialistas.

El internacionalismo había permanecido como un elemento muy importante en el republicanismo moderno, tanto en términos del desarrollo del ideario político como en las tácticas propias de la guerra de guerrillas. Era una influencia que funcionaba en ambos sentidos. Los republicanos aprendían de las luchas que se desarrollaban en otros países, mientras que muchos movimientos independentistas y guerrilleros estudiaban al IRA y lo veían como un ejemplo importante de cómo llevar a cabo una guerra popular.

Los republicanos irlandeses poseían una afinidad profunda natural e instintiva con la mayoría negra oprimida de Sudáfrica y con el Congreso Nacional Africano (ANC). Nosotros intentábamos crear una federación libre de pueblos libres y yo estaba convencido de que era la única concepción de internacionalismo por la que merecía la pena luchar.

Durante mi período en prisión preventiva me sentí profundamente impresionado por el sufrimiento de nuestros presos en Armagh y en los Bloques H, y por su fortaleza al llevar a cabo su propia forma de lucha en las circunstancias más penosas y difíciles. Su campaña se había iniciado en 1976, y se había ido intensificando progresivamente, y yo estaba muy preocupado

por la inmovilidad que demostraban los británicos. Nuestra protesta en favor de los presos era claramente inadecuada. En abril de 1976 se habían constituido los comités de acción de los familiares pero, a pesar de su valiente labor, no estaban obteniendo de nosotros el apoyo político que la situación exigía.

Antes de que me recluyeran en prisión preventiva yo había creído, como una víctima más de nuestra mala propaganda, que los presos habían comenzado lo que se denominó en la época la protesta «sucia» como parte de una intensificación de la protesta de las «mantas», mientras que de hecho los presos se habían visto obligados a ejercer esa protesta porque les habían retirado los medios imprescindibles para lavarse e higienizarse. Para mí este punto es muy importante. Existía una clara diferencia en esa protesta tan desagradable entre lo que se hacía de forma voluntaria y lo que te obligaban a hacer. Los carceleros de las prisiones habían sometido a los «hombres de la manta» a un acoso constante y les habían agredido cuando iban o volvían de las letrinas, pateando los orinales en las celdas y arrojando su contenido sobre las camas. Por tanto, los presos se habían visto obligados a responder intensificando la protesta de las mantas a una etapa de «no lavarse», en la cual se negaban a afeitarse, lavarse o vaciar sus orinales. Las condiciones se habían deteriorado rápidamente hasta un extremo indescriptible. En la prisión de mujeres de Armagh, el intento de imponer la política de criminalización siguió un curso similar.

El cardenal Tomás Ó Fiaich visitó los Bloques H en agosto de 1978 y, al salir, dio la siguiente descripción:

> *«Difícilmente se podría dejar que un animal permaneciera en condiciones semejantes, y mucho menos un ser humano. Lo más parecido a esto que he visto en mi vida ha sido el espectáculo de las personas sin hogar que viven junto a las aguas residuales en los paupérrimos barrios de Calcuta. El hedor y la mugre en algunas de las celdas, con restos de alimentos putrefactos y excrementos en las paredes, era casi insoportable.*
>
> *Las autoridades se niegan a admitir que estos presos pertenecen a otra categoría que la de presos comunes, a pesar de que todo lo relacionado con sus juicios y antecedentes familiares indican claramente que son diferentes. Fueron condenados por tribunales especiales sin jurado. La inmensa mayoría de ellos fueron condenados en base a supuestas*

confesiones voluntarias obtenidas en circunstancias que ahora se hallan bajo graves sospechas a raíz del reciente informe de Amnistía Internacional. Muchos de ellos son muy jóvenes y proceden de familias que jamás han tenido problemas con la ley, a pesar de vivir en áreas que sufrían discriminación en la vivienda y el empleo. ¿Cómo podría explicarse el salto cuantitativo en la población penal de Irlanda del Norte de 500 a 3000 reclusos sino a través de la emergencia de un nuevo tipo de preso? El problema de estos presos constituye uno de los mayores obstáculos para la paz en nuestra comunidad. En la medida en que esta situación se perpetúe, será una poderosa causa de resentimiento en los propios presos, alimentando la frustración entre sus familiares y amigos y produciendo un profundo rencor entre los presos y las autoridades de la prisión. De este modo se están sembrando las semillas de futuros conflictos».

Cuando recobré mi libertad abandoné la prisión con una visión muy clara de la cuestión y fui a ver directamente a Ruairí Ó Bradaigh, justo antes de la celebración del Ard Fheis de 1978, y le informé de cuál era exactamente la situación, lo que hizo que revisara su discurso para actualizar la cuestión de las prisiones. Decidimos formar un pequeño comité para tratar las protestas en las prisiones y reagrupamos el departamento de prisioneros de guerra, que se convirtió entonces en el vehículo para una mejor comprensión y, con el tiempo, una labor más activa en torno a la cuestión de los presos. En 1979 celebramos una conferencia especial sobre los presos, en la que un numeroso grupo de activistas discutió este asunto en profundidad.

Jim Gibney había actuado durante algún tiempo como enlace con el Comité de Acción de los Familiares (RAC) para el Sinn Féin y ahora intentábamos actuar sobre esa base. Yo asistí a algunas reuniones del RAC y en ellas debatimos la posibilidad de conseguir algún tipo de movilización, incluyendo a gente que no pertenecía al Sinn Féin. Y entonces la situación se nos fue de las manos. Se organizó una conferencia en Coalisland y uno de los nuestros insistió en que todo aquel que estuviese comprometido en la campaña de los presos debería aceptar la legitimidad de la lucha armada. Tal vez se trataba de una respuesta instintiva —sin duda la respuesta tradicional— en el contexto de la política de criminalización británica, pero yo sabía que era un error en el momento en que escuché aquellas palabras.

En aquel momento estábamos tratando de elaborar un planteamiento más general, intentando avanzar en el terreno político. Habíamos enfocado de una manera positiva la cuestión electoral y habíamos reconocido la importancia que tenía la cuestión de las prisiones. Teníamos planes incipientes para nuestras propias iniciativas, pero no éramos lo bastante sofisticados para aprovechar la oportunidad que representaba la conferencia de Coalisland, que otras personas, —incluyendo a republicanos de origen rural y popular— habían convocado para discutir la formación de un amplio frente antiunionista. Sin embargo, en octubre de 1979, teníamos que actuar juntos y, en una conferencia celebrada en el Hotel Green Briar de Andersonstown, organizada por el RAC, las organizaciones que formaron el Comité Bloques H/Armagh incluían al Sinn Féin, el Partido Socialista Republicano Irlandés (IRSP), la Democracia del Pueblo (PD), la Campaña Sindical Contra la Represión (TUCAR) y Mujeres contra el Imperialismo (WAI). Incluso había representantes de Pueblo de Paz.

Ahora trabajábamos con los presos en torno a cinco demandas, que expresaban de alguna manera exenta de retórica la esencia de lo que ellos querían. Nuestra intención era facilitar los movimientos que pudieran hacer los británicos y, al mismo tiempo, presentar una alternativa razonable para un número más amplio de personas que aquellas que ya estaban comprometidas en su apoyo a los presos políticos y contra el régimen imperante en las prisiones.

Después de diez años de lucha eran muchos los republicanos que estaban entre rejas, y los presos se habían convertido en un elemento fundamental de la lucha republicana. Aparte del aspecto político de la situación, todos nosotros teníamos amigos o familiares encarcelados. Más de la mitad de los acusados por los tribunales especiales de Diplock era menor de 21 años, y aquellos que eran activistas habían asumido una lucha específicamente política para defender sus calles de los ataques de los lealistas, con o sin uniforme, y del Ejército británico. Muchos de ellos habían pasado de levantar barricadas y arrojar piedras a los Saracen a comprometerse en la campaña del IRA para conseguir el objetivo político de la retirada británica. El argumento británico de que los presos republicanos no eran presos políticos desafiaba toda lógica; pero era un arma poderosa de la retórica política, respaldada por todas las fuerzas legales y armadas del Estado, y tenía como objetivo conseguir la supresión de la lucha republicana y, al mismo tiempo, distorsionar la naturaleza del conflicto británico-irlandés ante la opinión pública internacional. Era inevitable que los republicanos se opusieran

frontalmente a la estrategia británica, para derrotar la política de «criminalización» y seguir insistiendo en el carácter político de nuestra lucha.

11

Las huelgas de hambre que culminaron con las muertes de Bobby Sands y otros nueve presos republicanos se produjeron en un momento en que mi prioridad política era desarrollar la capacidad política del Sinn Féin de una manera planificada, que pudiera incluir una nueva estrategia electoral. Yo me opuse a la opción de la huelga de hambre cuando fue expuesta por los presos porque estaba convencido de que desviaría atención y energía de las tareas inherentes al desarrollo político; también sería para los republicanos una experiencia extremadamente penosa; y podría muy bien culminar en una derrota sustancial y profundamente desmoralizadora.

Tal como se desarrollaron los acontecimientos, los efectos de las huelgas de hambre fueron contradictorios.

La atención fue efectivamente desviada de los esfuerzos planificados para construir una intervención electoral; sin embargo, encontramos que conseguíamos, más por accidente que por una acción calculada, una serie de notables victorias electorales. Las huelgas de hambre supusieron un profundo desgaste en términos físicos, emocionales y espirituales; sin embargo, obtuvimos una inmensa nueva energía, compromiso y dirección de aquel extraordinario período durante el cual nuestros 10 camaradas sacrificaron sus vidas en un proceso horriblemente lento y doloroso.

En mi vida he sido moldeado por muchas influencias y experiencias intensas. Hubo ocasiones que se convirtieron en auténticos puntos de inflexión para mí como individuo, y también momentos que han sido puntos de inflexión no solo para mí sino para todo un pueblo. Cuando, contando con la inapreciable ventaja de la distancia, se escriba la historia de Irlanda en los años que yo he vivido, sé que las huelgas de hambre republicanas de 1980-1981 serán un Everest entre las montañas de acontecimientos traumáticos padecidos por el pueblo irlandés.

Yo conocía muy bien a Bobby Sands de nuestra época en el barracón 11. Había salido en libertad de Long Kesh en abril de 1976; estaba casado y tenía un hijo, pero reanudó de inmediato sus actividades en el IRA. Bobby también

había estado comprometido con el Sinn Féin, contribuyendo a formar una rama local y, como activista comunitario, escribiendo y editando un periódico comunitario local llamado *Liberty*, sin dejar por ello de cantar y tocar la guitarra en los conciertos. Sin embargo, había sido arrestado nuevamente cuando él y otros tres compañeros circulaban en un coche en el que los británicos encontraron un arma. Durante seis días fue sometido al clásico tratamiento que infligían en Castlereagh pero se negó a firmar cualquier confesión. Por posesión compartida con las otras tres personas de un único revólver, Bobby fue condenado a 14 años de prisión.

Al recibir su condena se unió de inmediato a la protesta de las «mantas» en los Bloques H, negándose a llevar el uniforme de la prisión. No era un medio de lucha desconocido; de hecho, mi padre también se había cubierto solo con una manta cuando estuvo en prisión, pero ninguna protesta carcelaria había durado tanto tiempo con tanta gente, incluyendo a las mujeres encarceladas en la prisión de Armagh. La mayoría de los presos eran jóvenes decididos y obstinados que no habían estado antes en prisión y que se negaban de plano a cooperar, pero también había un grupo de veteranos como Bobby, que conocía bien el sistema y cómo moverse dentro de una prisión. La protesta duraba ya cinco años.

La hostilidad entre presos y carceleros era extrema, comparada con la situación existente cuando yo estuve internado. Los carceleros aplicaban un régimen de criminalización, que incluía la violencia y humillación de los baños forzosos. Mientras tanto, el IRA estaba desarrollando una política en el exterior de la prisión que consistía en disparar contra los miembros del personal de los Bloques H. Bobby se mostraba especialmente duro con sus carceleros y el alcance de su hostilidad se vio reflejada posteriormente en sus escritos.

Aunque solo había escrito unas cuantas canciones antes de su ingreso en prisión, Bobby comenzó a escribir seriamente cuando se convirtió en el portavoz de los presos en los Bloques H y recibió el estímulo de Danny Morrison, el editor del *Republican News*. La poesía de Bobby, escrita en diminutas tiras de papel y en las circunstancias más difíciles, sin tener acceso a material de referencia, es la obra de una mente sumamente creativa y no hay duda de que tenía un gran talento. También escribió algunos textos que representaron valiosas contribuciones al debate político.

> *«Debe decirse que un pueblo armado no es de ninguna manera una garantía segura de liberación. Nuestras armas pueden matar a nuestros enemigos, pero a menos que las dirijamos con*

la política de un pueblo revolucionario acabarán por matarnos a nosotros mismos. Las armas no ganan las guerras; armas y bombas pueden matar a un hombre pero no pueden guiar a un hombre… y tampoco conseguirán que un hombre inflexible se vuelva flexible».

A sus compañeros de prisión les encantaba escucharle cuando contaba, en sucesivas entregas y en su propia versión, la historia de la novela *Trinidad*, de León Uris, gritándola a través de la puerta de la celda para que todos los que estuviesen en el largo corredor pudiesen oírla. Bobby era también uno de los líderes de la gaelización de la prisión y uno de los mejores maestros de lengua irlandesa de los Bloques H.

La crisis en las prisiones, que se había venido gestando de forma gradual desde 1976, se intensificó a principios de 1980. Guardias masculinos irrumpieron en las celdas de presas republicanas en la prisión de Armagh y apalearon a varias de ellas, quienes respondieron sumándose a la protesta de «no lavarse». En marzo, el Gobierno británico extendió la negativa a reconocer la condición política de los presos republicanos a aquellas personas que hubiesen sido condenadas antes del 1 de marzo de 1976. En el Sinn Féin habíamos prometido intensificar nuestros esfuerzos en el exterior, pero aunque el Comité Bloques H/Armagh trabajaba duramente, el Gobierno británico permanecía inconmovible. Los presos veían que tanto nuestra campaña de protesta como la campaña del IRA de tirotear a los carceleros de la prisión daba escasos resultados.

El 27 de octubre siete presos de los Bloques H, incluyendo a Brendan Hughes, iniciaron una huelga de hambre; Bobby Sands asumió la dirección del movimiento de los presos. Desde aquel día hasta el final de la huelga de hambre, en Navidad, estuve diariamente en contacto con Bobby. Durante este terrible período, llegamos a conocernos profundamente. A finales de noviembre, tres reclusas de la prisión de mujeres de Armagh se unieron a la huelga de hambre de los Bloques H y, en diciembre, otros 30 presos de los Bloques H se sumaron a ella. Uno de los siete presos que habían iniciado la huelga, Sean McKenna, se debilitó rápidamente y, antes de caer en coma, perdió la visión. Cuando comenzó la huelga de hambre, el Gobierno británico, a pesar de su postura pública de no hablar con «terroristas», inició contactos con los republicanos, reactivando un canal de comunicación que se había utilizado durante la prolongada tregua de 1974-1975. A través de este contacto en el Ministerio de Asuntos Exteriores se sugirió que podría llegarse a un acuerdo; si los presos abandonaban la huelga de hambre se les

presentaría un documento con los detalles del acuerdo. Sean McKenna estaba demasiado débil para tomar parte en las deliberaciones mientras sus compañeros consideraban sus opciones, pero en el día 53 de la huelga, el 18 de diciembre, suspendieron la protesta. Ese mismo día, los británicos presentaron un documento a los presos, pero lo que anunciaron a los medios de comunicación de todo el mundo fue una historia de claudicación, sin mencionar ningún compromiso previo.

Yo tuve una experiencia divertida del confuso final de esta primera huelga de hambre. Aquel día regresé a casa sabiendo que los británicos habían incluido una declaración en la que afirmaban que los presos se habían rendido y encontré una nota de Colette en la que me decía que había salido con una amiga nuestra a festejarlo, con la falsa impresión de que la huelga se había resuelto con éxito. En Belfast y en otras partes del país, los republicanos estaban aliviados y encantados con este desenlace. Más tarde, Colette y nuestra amiga regresaron borrachas a casa y tuve que meterlas a las dos en la cama. Yo estaba sobrio y me sentía horriblemente mal porque conocía la verdad; ellas eran felices en su ignorancia.

Aquellas Navidades, como siempre, Colette, Gearóid y yo visitamos a mi madre y a la madre de Colette. Nos sentíamos aliviados de que Brendan y sus compañeros hubieran abandonado la huelga de hambre, aunque en el aire flotaba una sensación de abatimiento. Colette fue a visitar al Moreno a los Bloques H. Estaba claro que los problemas que habían provocado la huelga de hambre aún no se habían resuelto.

Entre las Navidades de 1980 y marzo de 1981, Bobby Sands, como portavoz de los presos, pasó las de Caín tratando de que el acuerdo funcionara, de encargarse del régimen de la prisión y de conseguir que los británicos trabajaran en su propio documento. Y lo hizo bajo coacción porque, fuera de la prisión, nosotros en el Sinn Féin nos oponíamos rotundamente a una segunda huelga de hambre, a pesar de que Bobby y otros presos republicanos querían embarcarse en otra antes de marzo. Veinte presos, a modo de prueba, abandonaron la protesta y sus familiares les llevaron ropa a Long Kesh, pero las autoridades de la prisión se negaron a distribuirla entre los presos. Según los términos de su propio documento, el Gobierno británico podía haber llevado a cabo una aplicación paso a paso de las demandas de los presos pero, en cambio, obstaculizó cualquier forma de movimiento dentro de las prisiones.

Ahora los presos estaban decididos a iniciar otra huelga de hambre, sabiendo que se enfrentaban a la posibilidad de morir y, sin embargo,

sintiendo que el espectáculo de sus muertes sería productivo políticamente para la causa con la que estaban comprometidos. Pero una segunda huelga de hambre sería muy diferente de la primera. Los presos estaban a punto de iniciar una lucha contra los británicos que iría mucho más allá de la cuestión relativa a las condiciones imperantes en las prisiones, y esto tuvo enormes implicaciones para toda la lucha republicana. En el Sinn Féin nos resistimos firmemente a la convocatoria de una segunda huelga de hambre, no solo por los problemas que supondría para los propios huelguistas, sino también por los problemas que crearía para la lucha nacionalista si había una segunda derrota.

La huelga de hambre era un forma de lucha absolutamente diferente de cualquier otra. Los voluntarios del IRA no salían a la calle para que los mataran, si bien arriesgaban sus vidas en cada una de sus acciones. Pero los presos que participaban en las huelgas de hambre se embarcaban en un proceso cuya intención era, si no había otra alternativa, provocarles la muerte. En 1972 yo había podido experimentar brevemente los efectos de una huelga de hambre y sabía muy bien lo difícil que era. También sabía que había compañeros mucho más decididos que yo. Los republicanos Michael Gaughan, en 1974 y Frank Stagg, en 1976 habían muerto a causa de huelgas de hambre mientras permanecían recluidos en prisiones de Inglaterra; Dolours y Marian Price, que habían sido alimentadas a la fuerza, habían resistido 205 días en huelga de hambre. Teniendo en cuenta la calidad y el carácter de las personas que se proponían iniciar la huelga de hambre, no tenía ninguna duda de que estaban absolutamente decididas. Al mismo tiempo, no podía existir garantía alguna de que llegarían hasta las últimas consecuencias, de que resistirían las voces de duda que pudieran surgir en sus cabezas, la preocupación de familiares y amigos y las presiones del régimen penitenciario y del Gobierno británico.

Nuestra oposición en el Sinn Féin a la protesta en las prisiones se relacionaba, en parte, con los problemas inherentes a una huelga de hambre como una táctica y, en parte, al hecho de que existían estrechas relaciones personales entre los propios presos y entre estos y los republicanos fuera de la prisión; todos sabíamos que si los presos se embarcaban en una segunda huelga de hambre entraríamos en un período de intensa angustia. Y también estaba la cuestión de la relación entre los presos y la comunidad nacionalista. Con tantos republicanos en prisión, especialmente como consecuencia del sistema de «correa de transmisión» desde Castlereagh hasta los tribunales de Diplock, no había ninguna comunidad nacionalista que no hubiese sido

afectada por la experiencia de la prisión. En zonas como Ballymurphy, muchas casas en muchas calles tenían hijos o hijas entre rejas. Y por lo tanto, cualquiera que fuese la angustia que compartiésemos como republicanos en el exterior con nuestros camaradas en huelga de hambre, sería una angustia compartida también con casi toda la población nacionalista de los Seis Condados.

No obstante, nos oponíamos principalmente a esta segunda huelga de hambre porque no creíamos que tuviese éxito en modificar la posición del gobierno británico. Además de eso, en el Sinn Féin estábamos empezando nuestros intentos de remediar el subdesarrollo político de nuestra lucha y, en particular, estábamos elaborando nuestra estrategia en relación a las elecciones. Todos éramos conscientes de que una huelga de hambre tal como estaba propuesta exigiría toda nuestra atención. Yo expresé mi oposición de manera directa y personal en términos absolutamente claros.

—Bobby —escribí— nos oponemos tácticamente, estratégicamente, físicamente y moralmente a una huelga de hambre.

No obstante, para cuando hubimos intercambiado todos los argumentos en nuestra correspondencia clandestina, supe que Bobby Sands estaba a punto de morir. Era un veterano luchador de solo 27 años, encarcelado dos veces, y sabía lo que le esperaba. En la Cámara de los Comunes, el ministro de Estado para Irlanda del Norte, Humphrey Atkins, declaró que no habría ninguna concesión de categoría política a los presos. Entre bastidores los contactos se reanudaron entre nosotros y los funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Ahora mi papel era presidir el comité de huelga de hambre del Sinn Féin y además de hacerme cargo, junto con Martin McGuinness, de las comunicaciones con el Gobierno británico, participé en las intensas relaciones que se desarrollaron durante este extraordinario período, principalmente a través de mensajes escritos en papel de fumar que entraban y salían subrepticiamente de los Bloques H. Yo era un par de años mayor que cualquiera de los huelguistas que murieron, cuyas edades oscilaban entre los 23 y los 30 años, y era dolorosamente consciente también de que se trataba de hombres jóvenes, que tenían toda la vida por delante y que, sin embargo, se preparaban para el sacrificio.

Aparte de Bobby Sands, la persona que yo mejor conocía era Bik McFarlane. Bik había participado en la primera huelga de hambre y, cuando Bobby inició la segunda huelga de hambre, él se convirtió en el portavoz de los presos. Era originario de Ardoyne y conocía a mi tía Kathleen y a mis

primos que vivían allí. Nos habíamos conocido en el barracón 11 y yo le había pedido que fuese nuestro enlace con las autoridades. Bik había estudiado en un seminario y era una persona afable y abierta, incluso en sus emociones. Era un buen músico y se encargó de los arreglos de algunas canciones de Bobby. Durante el agónico curso de la huelga de hambre, me comuniqué principalmente con Bik, recibiendo a menudo de él varios mensajes en papeles de fumar en un solo día.

Bobby Sands comenzó su huelga de hambre el 1 de marzo de 1981, al cumplirse el quinto aniversario de la derogación de nuestra condición de presos políticos. Aquel día una enorme manifestación recorrió Falls Road en apoyo de las cinco demandas de los presos:

1. Derecho a llevar su propia ropa en todo momento.
2. Exención de toda forma de trabajo penal.
3. Libre asociación entre los presos a todas horas.
4. Derecho a organizar sus propios programas educativos y recreativos.
5. Restablecimiento completo de la remisión de pena.

Aquel día había una gran multitud llegada de Ballymurphy y una de sus pancartas decía «Divismore Park apoya las cinco demandas».

Francis Hugues se unió a Bobby en la huelga de hambre el 15 de marzo, Ray McCreesh y Patsy O'Hara una semana más tarde. Se estaban enfrentando con sus propias vidas, las únicas armas que tenían a su alcance, al poder imperial británico.

Entonces se produjeron unos hechos totalmente inesperados y que nadie hubiese podido prever, pero que transformaron la campaña de los presos. Frank Maguire, parlamentario independiente por el distrito electoral Fermanagh/Tyrone Sur, murió repentinamente y se convocó una elección complementaria para ocupar su escaño.

En el Sinn Féin habíamos estado discutiendo el desarrollo de una estrategia electoral, pero casi por definición no teníamos ninguna experiencia en las contiendas electorales. Mientras pensábamos y hablábamos de la posibilidad de presentar a uno de los presos como candidato al Parlamento, fue solo después de la intervención de Bernadette Devlin McAliskey en el distrito electoral que Jim Gibney sugirió que Bobby Sands fuese el candidato. Bernadette estaba enterada de esa posibilidad y cuando anuncio que se presentaría como candidata a las elecciones añadió que se retiraría si había un candidato de los Bloques H. Bobby solo tenía una posibilidad de ser elegido si ningún otro candidato nacionalista se oponía a su designación; la

demografía electoral indicaba que un voto dividido significaría casi con toda seguridad la victoria del candidato unionista. Noel Maguire el hermano de Frank, había sido propuesto como candidato y esperaba conseguir el escaño, pero el SDLP también presentó un candidato. Jim Gibney y yo viajamos a Lisnaskea para hablar con la familia Maguire y ellos también accedieron a apoyar a un preso republicano si se presentaba como candidato a las elecciones. Había que convencer a la organización local del Sinn Féin en Fermanagh y Tyrone Sur de que un preso podía ganar el escaño y Ruair, O Bradaigh, Dáithí Ó Conaill, yo y otros compañeros nos encargamos de esa tarea. Cuando, unos días más tarde, designamos candidato a Bobby Sands, el SDLP optó por retirar a su candidato antes que dividir el voto nacionalista. Pero 15 minutos antes de que se cerraran las nominaciones, Noel Maguire aún no había retirado su candidatura, y me encontré sentado junto a otros compañeros en el interior de un coche aparcado fuera de la oficina electoral, dispuesto a retirar la candidatura de Bobby si debía enfrentarse a Noel Maguire, que era un candidato muy valioso. No podíamos permitir que Bobby fuese derrotado. Las apuestas eran demasiado altas. Sin embargo, 10 minutos antes de que se cerrara el plazo, Noel Maguire retiró su nominación y la campaña para la elección de un preso en huelga de hambre siguió adelante.

En aquellas circunstancias tanto Bernadette como los Maguire demostraron ser unos partidarios nobles y activos en la campaña para la elección de Bobby Sands. Nosotros, los activistas del Sinn Féin, no teníamos la más remota idea de cómo llevar a cabo una campaña electoral, pero debíamos aprender a una velocidad vertiginosa o bien enfrentarnos a la humillación. En este aspecto recibimos la inapreciable ayuda de Joe Keohane, un republicano de Kerry y muy conocido en los círculos deportivos. Owen Carron, de Fermanagh, fue el agente electoral de Bobby.

Aquella campaña fue muy instructiva para nosotros. Movilizamos a nuestra gente en Fermanagh y Tyrone y respondió con enorme entusiasmo. En aquellos días raramente estaba en casa, pasando la mayor parte de la campaña en el distrito electoral. Conocí a un montón de personas maravillosas y, en medio de aquella actividad frenética, disfruté de la enorme belleza de los dos condados. Aprendimos cosas acerca de funcionarios presidentes y funcionarios en representación y sobre la forma de hacer campaña. Era realmente estimulante. A veces llegábamos a un pequeño pueblo donde, como era habitual, las familias católicas estaban acorraladas en la parte alta y los lealistas vivían en la calle principal, en la zona comercial del pueblo. Llegábamos haciendo flamear la bandera tricolor y con la música

a tope y los nacionalistas bajaban a nuestro encuentro desde la cima de las colinas como si fuésemos el Séptimo de Caballería.

La víspera de las elecciones me quedé a pasar la noche en Enniskillen y, al día siguiente, crucé la frontera hacia Clones para informar a Ruairí Ó Bradaigh, el cual tenía prohibido entrar en el norte. Yo estaba convencido de que ganaríamos las elecciones. Más tarde, mientras me dirigía en coche a reunirme con Colette, escuché las noticias en la radio: Bobby Sands había sido el vencedor de las elecciones. Yo estaba en trance.

Bobby Sands había encabezado los resultados con 30 492 votos. El Gobierno inglés y la oposición, seguidos obsecuentemente por los medios de comunicación, habían mantenido en todo momento que los republicanos —y especialmente los presos que estaban en huelga de hambre— no representaban a nadie y carecían de apoyo; que los republicanos eran «padrinos» criminales que actuaban mediante la intimidación; que se trataba de fanáticos aislados. Ahora esa mentira había quedado totalmente expuesta. La campaña propagandística británica había sido refutada y la victoria electoral del candidato republicano tuvo resonancia internacional. Yo comparaba con cierta irónica satisfacción mi primera experiencia electoral, doblando panfletos para Liam McMillen en 1964 y sufriendo estrepitosas derrotas, y el tremendo impacto de la elección de Bobby.

Entre algunos de nuestros miembros y partidarios existía la sensación de que, seguramente, el Gobierno británico se mostraría lo bastante flexible como para acabar con la huelga de hambre. Pero yo no compartía ese optimismo. Durante años nos habían desafiado a que nos sometiésemos al arbitrio de las urnas, y ahora lo habíamos hecho, obteniendo un apoyo masivo. Sin embargo, el Gobierno británico, como habíamos temido desde un principio, no mostró ninguna voluntad de hacer concesiones. Comenzamos a recibir una verdadera catarata de mensajes procedentes del Gobierno de Dublín en el sentido de que el Gobierno británico estaba a punto de conceder las cinco demandas. No obstante, tan pronto como solicitamos la confirmación por escrito, cualquier posibilidad de acuerdo se desvaneció en el aire. Dublín hacía hincapié en el papel de la Cruz Roja Internacional, pero no había datos fidedignos que apoyaran esa intervención. Margaret Thatcher se mantuvo inflexible y, a pesar de las declaraciones de sus enviados, el Gobierno de Dublín no hizo absolutamente nada para que cambiara de opinión.

El rasgo más notable de las huelgas de hambre, aparte del coraje y la tenacidad de los propios huelguistas, fue la forma en que construimos las

relaciones entre la gente dentro y fuera de los Bloques H, relaciones que eran extraordinarias, únicas, y que debían resistir enormes presiones. Estábamos separados físicamente y solo manteníamos un contacto muy leve entre nosotros. Durante el año en que se produjeron las huelgas de hambre aparte de una reunión celebrada en el hospital de la prisión nunca hablé con ninguno de los huelguistas. Se ejercía presión sobre los presos y, sobre todo, sobre los huelguistas; se ejercía presión sobre nosotros y sobre el vínculo que habíamos construido durante la huelga de hambre; se ejercía presión sobre nuestras líneas de comunicación a través de las tácticas empleadas por los negociadores británicos; y se ejercía presión sobre las familias de los que estaban en huelga de hambre.

Establecimos una sólida estructura de apoyo para ayudar a las familias de nuestros presos. Jimmy Drumm acostumbraba a visitar regularmente a los familiares y nos asegurábamos de que estuviesen informados de todo lo que sucedía. Les facilitábamos transporte para llevarles y traerles de Kesh y de las reuniones. Había una buena relación con todos ellos pero, en el análisis final, aunque les proporcionamos a las familias toda la ayuda que podíamos, —en última instancia correspondía al preso asumir con su familia las consecuencias de la huelga de hambre—, esa era una cuestión que no nos correspondía asumir a nosotros.

Bobby Sands murió a la 1:17 de la madrugada del martes 5 de mayo, en compañía de sus padres, su hermana Marcella y su hermano Seán, 66 días después de haber iniciado la huelga de hambre.

Cuando comenzaron a sonar las tapas metálicas anunciando su muerte yo me encontraba en una casa en Oakman Street, en la zona de Beechmount. Salí de la casa por la puerta trasera y crucé el patio hacia la entrada del callejón. Estaba desierto. Las tapas metálicas parecían retumbar por todas partes y cuando aparecí sin ser visto desde la parte posterior de la casa las calles estaban llenas de gente, principalmente mujeres, golpeando tapas de cubos de basura y cacerolas, llorando, profundamente afectadas por el dolor y la ira.

En Harrogate Street, Colette había salido a la calle con todos los vecinos para protestar por la muerte de Bobby. Me preguntó si me encontraba bien, le contesté que sí y me dirigí al centro del Sinn Féin en Falls Road. Para entonces los soldados británicos y las fuerzas del RUC, que habían salido a patrullar con un importante número de efectivos, eran atacados por una multitud de jóvenes. En el exterior de nuestra oficina había una enorme agitación. En el interior, Danny Morrison, yo y el resto de los compañeros nos dedicamos a comunicarle al mundo que nuestro amigo había muerto.

Jim Gibney había sido el último en ver a Bobby Sands, pero todos sabíamos que estaba muy débil y enfermo y también que iba a morir si los británicos no cedían. Cuando Jim salió de la prisión nos dijo que Bobby se encontraba extremadamente débil, aunque le había reconocido y era consciente de lo que estaba sucediendo.

A las 2:15 Bik me hizo llegar un mensaje en una pequeña hoja de papel de fumar:

> *«Camarada mór, acabo de oír las noticias, estoy destrozado, no puedo creerlo. Me siento fatal. No sé qué decir. Camarada, lo siento, pero no puedo decir nada más. Que Dios en su infinita misericordia asegure descanso eterno para su alma. Que Jesucristo nos proteja y nos guíe a todos nosotros.*
>
> *Que Dios te bendiga.*
>
> *xoxo Bik xoxo».*

El intenso pesar por la muerte de Bobby se extendió mucho mas allá de su familia y sus amigos hacia una comunidad que había experimentado su lucha como propia. Durante el velatorio en la casa de sus padres, mi hermano Paddy, que ni siquiera había conocido a Bobby, le besó y comenzó a llorar. Danny Morrison estaba hecho pedazos, Jim Gibney no pudo contener la emoción… era un momento de profunda conmoción. En la misa de réquiem, celebrada en St Luke, a pocos metros del hogar de los Sands, el sacerdote se refirió a la «enfermedad» de Bobby yo me sentí molesto y decepcionado por esta ocultación de la verdad.

Pero lo que mejor recuerdo del funeral de Bobby Sands es el sonido quejumbroso de la gaita mientras el gaitero colmaba el aire con los sones de *No llevaré el uniforme de presidiario*.

La procesión partió a las 14h para recorrer los siete kilómetros que separaban la iglesia de St Luke, en Twinbrook, del cementerio de Milltown. Cien mil personas acompañaban el cortejo fúnebre en silencio bajo la pertinaz lluvia. En Andersonstown hubo una breve parada y el ataúd fue colocado sobre un caballete; voluntarios del IRA dispararon tres salvas, voltearon los fusiles y guardaron un minuto de silencio antes de desaparecer en la multitud. Al llegar a las puertas del cementerio de Milltown, la multitud comenzó a orar espontáneamente. Una guardia de honor acompañó el ataúd hasta la sepultura. Se interpretó *Last Post*[48] y Owen Carron pronunció una oración.

El padre de Bobby, su hermano y su hijo Gerard, de ocho años, arrojaron una palada de tierra sobre el ataúd. A Gerard tuvieron que ayudarle a sostener

la pala. La bandera tricolor doblada, sus guantes y la boina le fueron entregadas a la madre de Bobby por la guardia de honor.

La muerte de Bobby Sands en huelga de hambre tuvo un impacto internacional mucho mayor que cualquier otro acontecimiento producido en Irlanda en mi vida, aunque para mí en aquellos momentos, fue algo que estaba más relacionado con mis sentimientos acerca de camaradas y amigos.

En Estados Unidos se organizaron marchas en Nueva York, Boston, Chicago y San Francisco. El estado de Rhode Island declaró un día de duelo. La legislatura del estado de Nueva York aprobó una resolución de condena al Gobierno británico. La legislatura de Nueva Jersey aprobó una resolución por la que se honraba el «coraje y compromiso» de Bobby Sands. El sindicato de estibadores ennegreció todos los barcos británicos el día del funeral. Ted Kennedy y otros senadores enviaron una carta a la primera ministra británica protestando por «su inflexible postura que conducirá inevitablemente a más violencia y muertes sin sentido». El *New York Daily News* dijo: «Era un hombre raro, un joven que creía tanto en el lugar donde vivía como para querer morir por él». El *New York Times* señaló que «A pesar de la proximidad y de tener un idioma común, los británicos han malinterpretado de forma permanente la profundidad del nacionalismo irlandés».

Desde Polonia, Lech Walesa envió su apoyo en nombre del sindicato Solidaridad. El Parlamento portugués guardó un minuto de silencio. En Francia las marchas de protesta congregaron a miles de personas que marcharon detrás de una enorme fotografía de Bobby Sands; en Le Mans una calle fue bautizada con su nombre. *Le Monde* escribió: «Su memoria y el reconocimiento del significado de su sacrificio están cargados con una emoción que muchas veces en este siglo ha despertado las pasiones del mundo contra Gran Bretaña». También hubo protestas en Suiza, Alemania Occidental, Bélgica, Holanda, Grecia e Italia, donde el presidente del Senado italiano expresó sus condolencias a la familia Sands y 5000 estudiantes marcharon por las calles de Milán, quemando la bandera británica.

En Australia y Noruega se organizaron manifestaciones y en Oslo, un grupo de manifestantes, lanzó un globo lleno de salsa de tomate contra la reina de Inglaterra, quien se encontraba de visita en el país. En Nueva Delhi, el Parlamento indio guardó un minuto de silencio. El *Hindustan Times* señaló que Thatcher había «permitido que un miembro de la Cámara de los Comunes, de hecho uno de sus colegas, muriese de inanición. Jamás se había producido un hecho semejante en un país civilizado».

En Irlanda, el Gobierno de Dublín no declaró un día de luto, pero muchos no acudieron a sus trabajos, algunos negocios cerraron sus puertas y se organizaron marchas en silencio. *El Irish Press* escribió: «Belfast limitó sus opciones cuando era un niño, los pistoleros le echaron de su casa y de su trabajo… En prisión, Gran Bretaña limitó sus opciones a dos: vivir como un criminal o morir por un ideal. Su elección será recordada durante mucho tiempo».

Aquel período es ahora una especie de mancha borrosa para mí y para muchos republicanos que participamos activamente en él. Para mucha gente sigue siendo un recuerdo evocador y muy emotivo. A pesar de los años transcurridos me resulta imposible pensar en la muerte de Bobby y las circunstancias que rodearon su fallecimiento sin echarme a llorar. Fue un momento de enorme tristeza pública y de identificación con Bobby Sands, los otros huelguistas y sus familias. Hay muchas canciones que hablan de las huelgas de hambre y una de ellas nombra a todos los que participaron en ellas. Allí donde se canta, todo el mundo aplaude espontáneamente cada uno de esos nombres.

Francie Hughes murió el 12 de mayo después de haber permanecido 59 días en huelga de hambre. Desde una pequeña granja en Tamlaghtduff, cerca de Bellaghy, en el condado de Derry, Frank había llegado a ser una figura legendaria dentro del IRA y su fotografía se podían encontrar en todas las comisarías de policía del norte. En 1971, cuando solo contaba 15 años, igual que mis hermanos en Divismore Park, había visto cómo uno de sus hermanos mayores, con quien compartía la habitación, era sacado de la casa a la madrugada e internado en un campo. Francie y algunos de sus amigos habían pasado algunas noches inolvidables con Colette, Gearóid y conmigo en Donegal hacía algunos años, cuando nosotros estábamos de vacaciones y él se encontraba sin recursos.

El 19 de mayo, el IRA mató a cinco soldados británicos con una mina terrestre en Armagh Sur.

Patsy O’Hara y Ray McCreesh murieron el 21 de mayo, ambos después de llevar 61 días en huelga de hambre. A Raymond McCreesh no le conocía y tampoco a Patsy O’Hara, pero sí a su hermano, Sean Scatter O'Hara. En aquellos días llegué a conocer a las familias de ambos y me sentí honrado con su amistad. A través de la niebla de los años y de la emoción del momento, aún puedo oír el sonido de la gaita en el funeral de Raymond McCreesh, durante el cual un viejo gaitero del lugar interpretó *Úr Chill an Chreagáin*.

El 23 de mayo se celebraron elecciones locales en los Seis Condados. El Sinn Féin no participó, pero se presentaron dos miembros del Partido Socialista Republicano Irlandés y dos miembros de Democracia del Pueblo, quienes hicieron campaña en favor de los presos y fueron elegidos para integrar el Consejo Municipal de Belfast, apartando de su escaño a Gerry Fitt después de que ocupase el cargo durante 23 años. Fitt había solicitado públicamente a Margaret Thatcher que no concediera las cinco demandas a los presos republicanos; ahora la vida política del irlandés favorito del Partido Conservador británico había acabado. En 1983 Margaret Thatcher recompensó sus servicios con la concesión vitalicia del rango de par del reino.

Cuando el Gobierno de Dublín convocó elecciones generales para el 11 de junio, el Comité Nacional Bloques H/Armagh designó como candidatos a nueve presos, cuatro de ellos en huelga de hambre. Los medios de comunicación despreciaron la campaña de los presos tildándola de insignificante y la ignoraron. Sin embargo, a pesar de que nuestra campaña no ofrecía nada en un momento de graves dificultades económicas para muchos votantes, pidiendo solamente el apoyo a las cinco demandas de los presos en los Seis Condados, y a pesar de que el Comité Nacional Bloques H/Armagh carecía de una base constituida por votantes obreros, dos presos —Paddy Agnew y Rieran Doherty— resultaron elegidos: un tercero, Joe McDonnell, se quedó a 300 votos de ser elegido y los otros nueve consiguieron un número de votos más que razonable. Fue una expresión victoriosa de apoyo popular a nuestros presos.

El nuevo Gobierno de Dublín ignoró el mensaje de las elecciones y se negó a tomar cualquier medida efectiva para ayudar a resolver la protesta de los presos en huelga de hambre. La postura intransigente británica fue duramente criticada, pero no se adoptó ninguna medida que pudiera hacer que Margaret Thatcher modificara su postura.

A finales de junio el Parlamento británico aprobó la «ley Sands», una nueva ley destinada a impedir que criminales condenados pudieran presentarse a las elecciones para el Parlamento de Westminster. Durante muchos años habían exigido que los republicanos se sometieran a la decisión de las urnas, pero cuando lo hicimos y obtuvimos un éxito espectacular, su respuesta consistió en negarse a reconocer al parlamentario elegido y a los votantes que representaba, y en cambiar las reglas para impedir que un candidato similar pudiera ser elegido nuevamente.

Nuestra respuesta fue presentar a Owen Carron, el agente electoral de Bobby, como candidato para la nueva elección complementaria en el distrito

de Fermanagh/Tyrone Sur y nuestros compañeros se lanzaron a trabajar con ahínco en la campaña electoral.

Ahora Joe McDonnell era el preso más grave de los que continuaban en huelga de hambre. Joe, que tenía 30 años y era el mayor de todos, era originario de la zona de Lenadoon, en Belfast, y había sido arrestado junto con Bobby Sands. Yo le había conocido en el campo de internamiento. Joe era un hombre alegre y despreocupado y un huelguista de hambre bastante improbable. Yo no recordaba haber mantenido con él ninguna discusión política, pero sí su sentido del humor y su propensión a las diversiones. El día que comenzó su huelga de hambre me envió un puro King Edward desde su celda en la prisión.

Los representantes del Gobierno británico, con quienes estábamos en contacto en calidad de miembros del comité de huelga de hambre, acostumbraban a dejar aparcado el tema y esperaban a que alguno de los presos estuviese grave para reanudar las negociaciones. También se ponían en contacto con nosotros cuando nos resultaba prácticamente imposible comunicarnos con nuestros camaradas en la prisión. No había ninguna duda acerca de sus deliberados esfuerzos para fragmentarnos, para explorar las debilidades en nuestra posición y para dividirnos. De nuestra parte, el proceso negociador era necesariamente engorroso; considerando que negociábamos en nombre de los presos, teníamos que recurrir constantemente a ellos. Los británicos explotaban esta circunstancia iniciando las negociaciones a las 10 u 11 de la noche, sabiendo que estaríamos agotados y que, si llevábamos las discusiones hasta algún punto de decisión, deberíamos esperar a la hora de visita en la prisión para transmitir la información y recibir la respuesta de los presos. Por lo tanto, yo comencé a dormir a ratos durante el día para estar fresco y despejado para negociar por la noche con los británicos.

La campaña de la huelga de hambre fue realmente devastadora, y no solo para mí y otros como yo que estaban profundamente implicados en ella. La Irlanda republicana estaba totalmente movilizada detrás de la protesta. Mi madre y otras mujeres de la zona alta de Springfield participaban en manifestaciones diarias. Colette y sus amigas hacían lo mismo. Todo el mundo estaba comprometido. Yo solo veía a mi padre en los funerales y las manifestaciones. También comenzamos a hacer turnos de noche en la oficina del Sinn Féin. No había tiempo para regresar a casa.

Una mañana, muy temprano, otro miembro de nuestro comité y yo estábamos discutiendo por teléfono con los británicos desde una sala de estar de una casa en Andersonstown cuando, de pronto, cortaron la comunicación,

lo que nos pareció muy extraño. Más tarde, cuando pusimos la radio para escuchar las primeras noticias de la mañana, nos enteramos de que Joe McDonnell había muerto. Obviamente los británicos habían cortado la comunicación tan pronto conocieron la noticia. Habían calculado mal la oportunidad de sus negociaciones y Joe había muerto mucho antes de lo que ellos habían previsto.

Joe McDonnell murió el 8 de julio después de 61 días en huelga de hambre.

El 10 de julio llegué tarde a su funeral, ya que había asistido antes al funeral de John Dempsey, que tenía 16 años y era miembro del Fianna Éireann, el movimiento republicano juvenil, y había resultado muerto por disparos de soldados británicos.

Me uní a la lenta y triste procesión que se dirigía a la iglesia en una cálida y luminosa mañana de verano. Una vez concluida la misa, la muchacha que tocaba la gaita encabezó el cortejo fúnebre en dirección, nuevamente, al cementerio de Milltown. Las tres hermanas de John —Angela, Diana y Martina— junto a su hermano Stephen, con edades comprendidas entre los 9 y los 18 años, acompañaron los restos mortales del hermano mayor mientras numerosos chicos vestidos de verde, con el uniforme del Fianna, flanqueaban el féretro cubierto con la bandera tricolor.

Turf Lodge era una zona socialmente deprimida, uno de los nuevos guetos de Belfast, un barrio de construcción barata levantado al pie de la Black Mountain, donde solíamos jugar cuando éramos niños, justo por encima de *Murph*, y donde yo había oído por primera vez al rascón hacía muchos años. En la zona había una calle principal, Monagh Road. En el extremo superior se alzaba una flamante guarnición del Ejército británico. Hasta hacía muy poco tiempo, el extremo inferior de la calle había estado flanqueado por el Fuerte Monagh, una guarnición más pequeña pero igualmente represiva. John Dempsey había vivido en una de las casas grises que se alzaban a ambos lados de Monagh Road.

Bajamos la colina de Turf Lodge, pasamos junto al lugar exacto donde las balas británicas habían cercenado la vida de John, y junto a los barracones del Ejército británico, y entramos a través de las puertas del cementerio en dirección a la parcela republicana, donde dos sepulturas —una para Joe McDonnell— aguardaban nuestra llegada.

John había dejado el colegio en Pascua. Había jugado *hurling* y fútbol gaélico para Gort na Móna y fútbol para Corpus Christi, y al igual que su

padre y sus numerosos tíos había sido un entusiasta de la preparación física, interesándose especialmente por el levantamiento de pesos.

En el velatorio parecía un crío de doce años, colocado en un ataúd abierto y flanqueado por la guardia de honor. Cuando tenía su edad yo aún estudiaba en St Mary.

A pesar de estar endurecido por tantos funerales, por tantas muertes inesperadas, yo era incapaz de comprender la lógica, la divina sabiduría, la locura que habían impulsado a aquel soldado británico a apretar el gatillo de su fusil para sembrar las calles con un nuevo cadáver.

—Es tan joven —exclamaban aquellos que habían llegado a presentar sus condolencias—. ¡Jesús, pero si es solo un niño!

John Dempsey se había unido al Na Fianna Éireann en octubre de 1980 y, al igual que muchos jóvenes de Turf Lodge, era sometido a un acoso constante por parte de los soldados británicos. Y ahora todos estos jóvenes se habían congregado, junto a veteranos republicanos y amigos de la familia, ante la sepultura abierta de John, donde un sacerdote recitaba oraciones y un preso recientemente liberado y que había participado en la protesta de las «mantas» rezaba el rosario en irlandés. Dáithí Ó Bradaigh pronunció su oración en inglés e irlandés, y se depositaron coronas y ramos de flores antes de que nos marchásemos hacia Lenadoon para acudir al funeral de Joe McDonnell.

El funeral por John Dempsey, una ceremonia más humilde y más triste en muchos sentidos que la de Joe, fue un severo recordatorio de que, por primera vez en la historia irlandesa contemporánea, la lucha había superado la brecha generacional. Cuando Joe McDonnell había sido internado por primera vez en 1972, John Dempsey solo tenía siete años. Sin embargo, ambos habrían de morir al servicio de la misma causa y contra el mismo enemigo para ser enterrados en el mismo solar republicano, separados solo por unas pocas horas.

Como Jimmy Dempsey dijo de su hijo.

John se ha unido a la élite. Murió por la libertad de este país.

Estas palabras de un padre con el corazón destrozado fueron suficiente tributo para su hijo mayor. Los miembros de la comitiva fúnebre, meros espectadores del dolor de una familia, se alejaron lentamente del solar republicano y advirtieron, casi de manera inconsciente, a los amigos y compañeros de John, serios y graves en sus pocos años, caminando decididamente junto a nosotros.

Una mujer mayor que se dirigía a su casa informaba a todos los que pasaban del asesinato, esa misma mañana, por soldados británicos de otro muchacho de 15 años, Daniel Barrett, de Ardoyne.

Los asistentes más viejos, conmocionados por la noticia, hablaban en voz baja entre ellos mientras continuábamos nuestro camino hacia Lenadoon. Los jóvenes, inmutables ante la noticia —no de una manera evidente, en cualquier caso, ya que sabían desde niños que no podían esperar otra cosa de los soldados británicos—, continuaban caminando junto a nosotros…

Ese mismo día, más tarde, el funeral de Joe McDonnell fue atacado por el RUC y el Ejército británico en Andersonstown Road. Estaban tratando de arrestar al grupo del IRA que había disparado las salvas de homenaje. En pocos segundos un silencioso, sombrío y digno tributo a un preso republicano muerto en una huelga de hambre se convirtió en una aterradora confusión. Primero alcanzamos a oír el estruendo seco y breve de las balas de verdad, y luego el ruido sordo de las balas de plástico. ¡Y luego se desató el infierno!

Martin McGuinness y yo logramos abrirnos paso desde la cabeza del cortejo fúnebre hasta el centro de la tormenta. Tuvimos que luchar a brazo partido contra la marea de hombres, mujeres y niños que corrían en sentido contrario, huyendo despavoridos del ataque británico. El aire estaba lleno de balas de plástico; en St Agnes Drive, junto a la iglesia, las balas volaban como pájaros desde las estrechas ranuras de los vehículos del RUC y del Ejército británico aparcados en la ladera de la colina. El ruido era ensordecedor. Gritos, estallidos, disparos. El horrible aleteo de los helicópteros.

Alguien me dijo que mi hermano Paddy había resultado herido de un disparo. Otra persona me dijo que Paddy estaba en un Saracen que se encontraba detrás de los Land Rover. Una multitud se dirigió en esa dirección. El Saracen comenzó a retroceder. Un hombre mayor yacía tendido en la desierta carretera impidiendo el paso. El motor del Saracen aumentó las revoluciones. Pero el hombre no se movió. Era mi tío Paddy. Ahora el Saracen saltó hacia adelante, hacia la multitud que se acercaba. Nos desplegamos delante del vehículo blindado. Algunas personas comenzaron a golpear los laterales con desesperación.

Martin y yo retrocedimos y tratamos de calmar a la multitud enfurecida. Ahora los vehículos del RUC se movían lentamente hacia nosotros, tratando de agrupar a los manifestantes como si fuesen ganado para llevarlos hacia la cima de la colina. Las balas de plástico continuaban sus aterradores vuelos hacia las compactas filas de gente. Logramos reagrupar el cortejo fúnebre,

desafiando a los Land Rover y las balas de plástico, haciendo que la gente se dirigiera colina abajo hacia el cementerio de Milltown. Minutos más tarde una ambulancia civil se acercó haciendo sonar la sirena. La procesión se abrió para dejarle paso.

Unos minutos más tarde alguien se acercó para decirme que mi hermano Paddy estaba en la ambulancia no en el Saracen. Había recibido un disparo en la espalda y estaba gravemente herido. Entonces comencé a buscar a su esposa Anne Marie entre la multitud, y también a Colette y a mis padres para explicarles lo que había pasado. Alguien trajo un coche para llevarles al Royal Hospital.

El resto de nosotros continuó hacia el cementerio de Milltown y enterramos a Joe McDonnell. John Joe Girl pronunció la oración; Eamon McCrory se encargó de los procedimientos de la ceremonia.

Una semana más tarde visité a Paddy en el hospital militar de Musgrave Park, donde se encontraba custodiado por guardias armados. Sus heridas eran graves. Recordé que la última vez que le había visitado en un hospital fue algún tiempo después de que nos hubiesen vacunado contra la tuberculosis, cuando mi padre y yo habíamos tenido que caminar desde Ballymurphy hasta Crawfordsburn. Paddy me dijo que había permanecido tendido en un jardín, perdiendo y recuperando el conocimiento, durante el tumulto con el Saracen. Los británicos le habían estado golpeando y pateando todo el tiempo. Pudo ver a nuestro tío Paddy. El soldado británico que le había disparado decía, «¡Muere, cabrón!» y mientras su cabeza se llenaba de una oscuridad rojiza recordaba haber repetido una y otra vez: «No, no voy a morir. No voy a morir…».

Martin Hurson murió el 13 de julio después de haber permanecido 46 días en huelga de hambre. Yo nunca le conocí pero sabía que pertenecía a una familia de granjeros del condado de Tyrone, donde había jugado al fútbol para el equipo local del Galbally GAA. El mes anterior, durante las elecciones generales, yo había hecho campaña en favor de su candidatura al sur de la frontera, cuando más de 4500 personas le habían concedido la primera preferencia de voto en el distrito electoral de Longford/Westmeath.

Yo sabía que los miembros del gabinete británico se reunían cada día para discutir acerca de la huelga de hambre de los presos republicanos y que la única vez que Irlanda había concitado tanta atención había sido durante las negociaciones del tratado de 1921. Al mismo tiempo, y con la aprobación de Margaret Thatcher, nosotros estábamos tratando con funcionarios del Gobierno británico a través de una línea de comunicación, principalmente

telefónica y por medio de una tercera parte. Durante ese período nunca pude hacerme una idea clara acerca del carácter de Thatcher, aunque naturalmente era una figura profundamente detestada por nacionalistas y republicanos, pero creo que comprendo lo que sucedió cuando su reunión con el cardenal Ó Fiaich se convirtió en una agria pelea. El cardenal Ó Fiaich fue a encontrarse con Margaret Thatcher con un sentido de quién era él como irlandés, con un sentido de la historia, de la independencia, que creo que no poseían otros representantes irlandeses que se reunían con representantes británicos. Cuando Thatcher comenzó a sermonearle, el cardenal Ó Fiaich le respondió con dureza.

Margaret Thatcher presentaba una imagen pública como la Dama de Hierro que «no se doblegaba», aunque sabía muy bien cómo aprovechar las oportunidades. Durante nuestro contacto a raíz de la huelga de hambre, los representantes de su gobierno se comunicaron con nosotros como paso previo a la celebración en Canadá, el 21 de julio, de una conferencia de líderes mundiales en la que Thatcher debía hablar. «A la primera ministra, dijeron, le gustaría anunciar en la conferencia que la huelga de hambre ha terminado». Ellos resumieron también el apoyo que teníamos y el apoyo que no teníamos y luego añadieron: «Esto es lo que la primera ministra está preparada para anunciar». Nos entregaron un borrador del discurso que Thatcher pensaba pronunciar en Toronto y no había ninguna duda de que estaban preparados para introducir nuestras enmiendas al texto si hubiese sido posible llegar a alguna clase de acuerdo en ese momento.

La campaña internacional de apoyo a las cinco demandas era absolutamente espontánea —aparte de la desarrollada en Estados Unidos y Gran Bretaña y la que llevaban a cabo algunos de los grupos de solidaridad—, simplemente porque el Sinn Féin era demasiado pequeño y no disponía de una perspectiva internacional desarrollada. El Gobierno de Dublín, que sí disponía de servicios consulares y diplomáticos, se negaba a utilizarlos. En lugar de acudir a los británicos con una postura irlandesa, Charlie Haughey vino a nosotros con una versión irlandesa de la postura británica. Cuando el señor Haughey trató de comprometer a la Comisión Europea de Derechos Humanos, recibió una rotunda repulsa del propio Bobby Sands: «Como el señor Haughey tiene los medios para poner fin a la crisis Bloques H/Armagh y se ha negado firmemente a hacerlo, creo que el hecho de implicar a mi familia es una manipulación cínica y cruel de personas que son claramente vulnerables a este tipo de presión. La intervención de los comisionados ha

sido una maniobra de distracción y ha contribuido a los intentos británicos de confundir la cuestión».

En julio, el padre Paul reunió a un grupo de familias en Toomerbridge, en un encuentro al que asistió Bernadette McAliskey. A solicitud del padre Paul yo me reuní con ellos aquella misma noche en lo que demostró ser una discusión muy difícil. El padre Paul casi había logrado convencer a algunas de las familias de que yo podía ordenar el final de la huelga de hambre. Él sabía, naturalmente, que eso no era verdad. Para mí hubiese sido desastroso minar la moral de los huelguistas. Cuando se lo expliqué a los familiares, ellos entendieron perfectamente mi posición. Al día siguiente reflexioné sobre nuestra conversación y luego me puse en contacto con el cardenal Ó Fiaich para concertar una visita a Long Kesh para hablar con los presos en huelga de hambre.

El miércoles 29 de julio fui a Long Kesh en compañía de Owen Carron, ahora candidato a ocupar el escaño de Bobby Sands, y Seamus Ruddy del IRSP. Nos llevó una hora superar todos los controles de seguridad desde la puerta principal de Long Kesh hasta el hospital de la prisión, mientras los guardias, irritados por nuestra presencia, se burlaban de nuestra escolta y nuestro chófer.

El hecho de regresar a una prisión donde yo había sido un huésped involuntario producía en mí una serie de sentimientos encontrados. Yo conocía personalmente a Kieran Doherty y Pat McGeown, dos de los huelguistas, y a Bik, por supuesto, y les había escrito notas a los otros o había recibido mensajes de ellos. Aparte de una ligera sensación de *déjá vu*, la prisión, con sus presos, carceleros y soldados británicos permanentes, no me perturbaba, si bien en su gris hostilidad Long Kesh era un lugar ominoso y amenazador. Mi preocupación era por el estado físico de los huelguistas, y temía que nuestra visita pudiera despertar en ellos falsas esperanzas.

Cuando llegamos, Brendan (Bik) McFarlane, Tom Me Elwee, Laurence McKeown, Matt Devlin, Pat McGeown, Paddy Quinn y Mickey Devine estaban reunidos en la cantina del hospital de la prisión Paddy Quinn estaba en una silla de ruedas sentado junto a sus compañeros alrededor de dos mesas que habían sido unidas en el centro de la habitación. Brendan, Pat McGeown y Matt habían sido trasladados desde sus celdas hasta el hospital mientras que los otros, vestidos con los pijamas de la prisión y batas habían sido trasladados desde sus celdas en el propio hospital Kevin Lynch y Kieran Doherty estaban demasiado enfermos para asistir a la reunión, pero Bik nos dijo que haría los arreglos necesarios para que pudiésemos verles más tarde.

Todos tenían la piel áspera y pálida estirada sobre los rostros jóvenes y cadavéricos, los brazos y piernas indescriptiblemente finos, los ojos con esa mirada penetrante que yo había advertido a menudo entre mis compañeros presos en el pasado, y que Bobby Sands había descrito como «esa mirada horrible, de ojos vidriosos o perforados, el signo revelador de los rigores de la tortura». Alguien escribió alguna vez que los ojos son las ventanas del alma. Los ojos de los «presos dé las mantas», los huelguistas de hambre, eran las ventanas sin persianas, cortinas ni velos a través de las cuales uno podía ver los reflejos de las terribles crueldades que habían soportado.

Mientras nos sonreían desde el otro lado de la mesa, todos mis temores y aprehensiones se desvanecieron como por encanto. Big Tom (McElwee) me ofreció una jarra de agua mineral.

—*Ar mhaitfi leat deoch uisce*? (¿Quieres beber un poco de agua?).

—*Ba mhaith* —*arsa mise*. (Sí, me gustaría, dije).

—*Lean ar aghaidh, tá a lán uisce san áit seo* —*arsa sé*. (Adelante, en este lugar hay mucha agua, dijo).

Sobre la mesa había varias jarras pequeñas y blancas llenas de agua mineral y dos o tres jarras azules con agua del grifo. Mientras yo bebía de una de las jarras blancas, ellos me miraban pensativamente, como si fuesen catadores de vino.

—*Cad a shíleann tú faoi sin?* (¿Qué te parece?).

Cogí otra jarra.

—¡Un momento! —me reconvino Big Tom—. Al Gobierno británico toda esa agua mineral le cuesta una pasta.

El guardia que se encontraba junto a la gran mirilla al final de la cantina se asomó para ver qué ocurría al oír las carcajadas que acompañaron el último comentario de Tom. Su presencia fue recibida con gritos y burlas, tanto en irlandés como en inglés. En otros casos los guardias eran ignorados y solo se les dirigía la palabra, educadamente, cuando era necesario.

El guardia se marchó y volvimos a quedarnos solos para discutir acerca de la huelga de hambre, de la campaña organizada en el exterior de la prisión, de la postura adoptada por el Gobierno británico y de las actitudes personales de los huelguistas ante los acontecimientos que se estaban produciendo.

Les hicimos un resumen de la situación. Los presos sabían muy bien lo que estaba pasando, pero nosotros insistimos en puntualizar de un modo preciso y concreto todo lo que había sucedido en las últimas semanas. Ellos permanecieron en silencio, sentados y fumando o bebiendo pequeños sorbos de agua, escuchando atentamente todo lo que decíamos.

Paddy Quinn, que estaba sentado a mi lado, usaba ocasionalmente la escupidera que llevaba en el regazo. Paddy, con el rostro cubierto por una profusa barba, era con diferencia quien se encontraba en peor estado de todos los huelguistas.

Mientras hablaba, o escuchaba a Owen Carron, Seamus Ruddy o Bik, no podía evitar que mi mirada se desviara hacia abajo de la mesa, donde se extendían las escuálidas piernas de nuestros interlocutores. Fumábamos formando relevos ya que, al carecer de cerillas para encender los cigarrillos, los encendíamos con la colilla de otro. De este modo siempre había alguien fumando y no teníamos que pedirle fuego al guardia.

Cuando acabamos de exponer nuestros puntos de vista se inició una discusión en la que todos participamos. Todos los presos se mostraban absolutamente claros en sus actitudes. No había ninguna base para un acuerdo. El Gobierno británico seguía insistiendo en su negativa a hacer concesiones en lo relativo a trabajo, asociación o segregación en la prisión. Sí, ellos sabían que podían abandonar la huelga de hambre en cualquier momento. Sí, ellos sabían que el movimiento no tendría dificultades para explicar el final de la huelga de hambre. Si existía alguna alternativa a la huelga de hambre, ellos no formarían parte de ella. Cinco años de protesta era demasiado. Una postura razonable y de sentido común por parte del Gobierno británico acabaría, de una vez y para siempre, con todas las protestas en las prisiones.

No, ellos no estaban motivados por una cuestión de lealtad personal hacia Bobby, Raymond, Francie, Patsy, Martin o Joe. Ellos conocían la situación; no querían morir, pero necesitaban resolver las causas de la huelga de hambre antes de romper el ayuno. No, tampoco les movía la lealtad entre ellos. Al margen de lo que los otros decidieran hacer, cada uno estaba personalmente comprometido con las cinco demandas y con la huelga de hambre. Nadie estaba bajo coacción.

Al principio de forma prudente y mesurada, porque yo también sabía todas esas cosas, les dije que me sentía moralmente obligado a satisfacer a los sacerdotes y a todos aquellos que estaban presionando a las familias. Luego les describí el panorama más oscuro posible: entre diez y veinte presos muertos, la Irlanda nacionalista desmoralizada y ningún movimiento positivo de parte del Gobierno británico.

—Todos vosotros podéis morir —dije—. Todos los que se queden en esta habitación cuando nos marchemos, morirán.

—*Sin é* —dijo alguien. (Así es)—. No podrán con nosotros. Si no conseguimos las cinco demandas, entonces lo harán el resto de los muchachos y las mujeres.

—Nosotros tenemos razón —dijo otro—. El Gobierno británico está equivocado y, si creen que pueden quebrarnos, están doblemente equivocados. *Lean ar aghaidh*. (Continuaremos adelante).

Para entonces yo comenzaba a sentirme absurdo, pero continué poniéndoles a prueba sin contemplaciones, cuestionando todo lo que decían, esbozando a grandes rasgos la actitud republicana ante la huelga de hambre, explicándoles que podíamos salir y anunciar que la huelga había terminado o que alguno de ellos había abandonado la huelga de hambre; pero ellos, individual y colectivamente, permanecieron inmutables.

Yo ya había bebido un par de jarras del agua mineral de Tom McElwee, para alborozo de Lorny McKeown y Matt Devlin.

—No permitiremos que vuelvas por aquí —me dijo Tom, mientras iba a llenar nuevamente la jarra.

—¿Qué hay de Danny Morrison? —preguntó alguien—. Hemos oído que está enfermo.

—Va tirando —contesté.

—¿Y tu hermano? ¿Cómo está?

Nuestra reunión comenzaba a convertirse en una sesión informal y humorística. Tom McElwee se probaba mis gafas. Alguien estaba sinceramente preocupado de que Bik se hubiese perdido el té. Nos abrumaron con preguntas sobre lo que estaba sucediendo con la lucha en el exterior, sobre sus familias, sobre presos amigos, sobre las mujeres encerradas en Armagh, por los compañeros en Crum.

Paddy Quinn nos informó que no veía nada desde que la reunión había comenzado. Yo hablé con él en privado.

—*Ná bac* —*arsa sé*—. *Lean ar aghaidh*. (No te preocupes, dijo. Continuaremos adelante).

Bik consiguió que pudiésemos visitar a Rieran Doherty. Les dije a los chicos que no le diría nada a Doc acerca de la postura que habían adoptado.

—De todos modos él ya la conoce —dijo alguien.

—Estuvimos anoche con él.

—Lo sé —dije.

Doc estaba apoyado sobre un codo; sus ojos, ciegos, se movieron alrededor de la celda cuando oyó que entrábamos.

—*Mise atá ann* (Soy yo) —dijo Brendan McFarlane.

—*Ahh Bik, cad é mara atá tú? —arsa Doc* (Ah, Bik, ¿cómo estás?, dijo Doc).

—*Nílim romh dhona, agus tú féin?* (No muy mal, ¿y tú?).

—*Tá mé go hioontach; tá daoine eile anseo? Cé…?* (Estoy en forma; ¿hay alguien más contigo? ¿Quién…?).

—*Ta Gerry Adams. Owen Carron agus Seamus Ruddy anseo. Teastaíonn uatha caint leat.* (Gerry Adams, Owen Carron y Seamus Ruddy están aquí. Quieren hablar contigo).

—*Gerry A, fáilte* (Gerry A, bienvenido).

Doc nos saludó a todos mientras sus ojos seguían el sonido de nuestras voces. Nos apiñamos junto a la cama en una celda demasiado pequeña para alojar a cinco personas. Me senté en un costado de la cama. Doc, a quien hacía años que no veía, parecía enorme en su extremada delgadez, mientras sus ojos, feroces en su silencioso desafío, escudriñaban mi rostro.

Le hablé lenta y suavemente, sobrecogido por su dignidad y determinación del hombre y por la enormidad de nuestra misión.

Doc respondió con paciencia a mi interrogatorio.

—Tú también conoces la situación —dijo—. Aún puedo aguantar otra semana. ¿Cómo lo lleva Kevin (Lynch)?

—Los dos moriréis pronto. Doc, puedo salir de la prisión y anunciar que la huelga ha terminado.

Doc permaneció un momento en silencio, reflexionando, y luego dijo:

—Aún no hemos conseguido nuestras cinco demandas y esa es la única manera de dejar la huelga. Demasiado sufrimiento durante demasiado, demasiados hombres buenos muertos. Thatcher no puede doblegarnos. *Lean ar aghaidh*. Yo no soy un criminal.

Yo continué mi interrogatorio. Doc me respondió.

—Durante mucho tiempo nuestra gente ha sido doblegada. Los partidarios del Estado libre, la Iglesia, el SDLP. A nosotros no nos doblegarán. Conseguiremos nuestras cinco demandas. Si yo muero… bien, los demás lo conseguirán. Yo no quiero morir, pero eso depende de los británicos. Ellos creen que pueden doblegarnos. Pues bien, no pueden. —Sonrió tímidamente —. *Tiocfaidh ár lá*. (Nuestro día llegará).

—¿Cómo estáis todos? Me alegra que hayáis venido. Solo puedo ver unas formas borrosas. Me gusta estar entre amigos. *Cá bhfuil Bik?* (¿Dónde está Bik?). Bik, debes mantenerte firme. ¿Cómo están los muchachos?

Continuamos conversando durante algunos minutos. A Owen le hicieron algunas bromas acerca de las elecciones. Era hora de marcharnos. Le dije a

Doc que si necesitaba alguna cosa les dijese a los guardias que nos avisaran.

Nos estrechamos las manos con un apretón fuerte y firme, el apretón de los viejos internados.

—Gracias por haber venido, me alegra haber tenido esta pequeña charla. Diles a todos, a todos los compañeros que pregunté por ellos y… —continuaba apretando mi mano.

—Descuida, conseguiremos las cinco demandas. Le haremos morder el polvo a Thatcher. *Lean ar aghaidh*.

Fuera de la celda de Doc, el guardia nos llevó a hablar con el padre de Kieran, Alfie, y con su hermano, Michael, que acababan de llegar para relevar a la madre de Kieran.

Estuvimos hablando durante cinco minutos. En aquel momento sentí una enorme solidaridad con la familia Doherty, destrozada, como todas las familias, contemplando cómo Kieran se moría. No obstante, como comprendían a su hijo, estaban preparados para aceptar sus deseos y absolutamente comprometidos con las cinco demandas por las que él estaba entregando la vida.

Mientras hablaba con Alfie, que tenía los ojos brillantes por las lágrimas que se negaban a brotar, en las silenciosas celdas de los Bloques H de Long Kesh, sentí un odio terrible por la injusticia que había originado esta crisis. Alfie, preocupado por nosotros, habló un momento con Bik McFarlane y se alejó para hacerle compañía a Kieran.

Luego fuimos a hablar con la familia de Kevin Lynch. Los capellanes de la prisión estaban con Kevin, y los guardias le habían avisado a Bik que Kevin no podía ser molestado. Nos quedamos unos minutos con el padre de Kevin y con su hermano mayor. Kevin estaba completamente decidido a continuar la huelga de hambre a menos que se concedieran las cinco demandas.

El padre de Kevin, destrozado ante la inminente muerte de su hijo, nos habló de su angustia ante la intransigencia del Gobierno británico.

—Criar a un hijo y verle morir de este modo…

Nos fuimos sin poder hablar con Kevin. Me detuve un momento ante la puerta abierta de su celda: un sacerdote estaba arrodillado junto a la cama, donde Kevin yacía inmóvil. El carcelero cerró la puerta.

Una vez de regreso en la cantina comprobamos que Paddy Quinn había sido llevado nuevamente a su celda. Los muchachos preguntaron por el estado de Kevin y Doc. Alguien había oído en la radio que fuera de la prisión se

había congregado la prensa. Uno de ellos sugirió que escribiesen un documento que llevase la firma de todos.

—Enviadlo vosotros mañana. De otro modo, ellos pensarán que fuimos nosotros quienes lo sugerimos.

Luego redacté una breve reseña de nuestra visita y se la leí a los muchachos. Ellos sugirieron que se incluyeran un par de párrafos haciendo un llamamiento a la jerarquía católica, al SDLP y al Gobierno de Dublín para que presionaran públicamente al Gobierno británico.

—Y diles también que dejen de molestar a nuestras familias.

—Envía nuestro agradecimiento a los que nos apoyan y a las familias de todos los presos.

Me dictaron dos párrafos que trataban de estas cuestiones y luego, satisfechos con el último borrador, dedicamos los últimos minutos a hablar entre nosotros. Matt Devlin y Owen Carron; Seamus, Paddy y Mickey Devine; Brendan McFarlane y yo. Luego unas breves palabras con Pat McGeown, Tom y Lorny.

—Antes de que nos marchemos, ¿tenéis alguna otra pregunta? Tal vez no volvamos a vernos.

Eché un vistazo a mi alrededor, hacia aquellos jóvenes cadavéricos y desafiantes.

—¿Habéis pensado en algo gordo para resolver la situación? —preguntó uno de ellos.

—Consigue nuestras cinco demandas —dijo otro.

—*Beidh an ba againn. Brisfimíd Maggie Thatcher*. (Ganaremos. Maggie Thatcher tendrá que doblegarse).

Nos estrechamos las manos.

—Tened cuidado y decidles a nuestras familias que estamos bien.

—*Beannacht Dé ort —arsa Bik— agus bí cúramach* (Que Dios os bendiga, dijo Bik, y tened cuidado).

—*Tiocfaidh ar lá* (Nuestro día llegará) —gritaron todos cuando nos marchábamos.

Atravesamos la última puerta y llegamos adonde estaban los periodistas. Las enormes puertas dobles de Long Kesh se cerraron detrás de nosotros. Nunca volví a ver con vida a Kevin Lynch, Kieran Doherty, Tom McElwee o Mickey Devine.

Kevin Lynch murió el 1 de agosto después de haber resistido 71 días en huelga de hambre. Era miembro del Ejército de Liberación Nacional Irlandés (INLA), el ala militar del Partido Socialista Republicano Irlandés (IRSP), y

no llegué a conocerle, si bien conocí a sus padres. El INLA, debido a su naturaleza y a su tamaño, no contaba con una buena red de apoyo. En el caso de Kevin Lynch, un representante del INLA había ido a ver a la familia y les había dicho:

—Kevin está en huelga de hambre.

La familia, naturalmente, tuvo sus reparos ya que su hijo no les había dicho nada sobre la huelga de hambre. Total que la familia de Kevin se puso en contacto con nosotros en el Sinn Féin y acabamos manteniéndoles informados del estado de su hijo. Su familia procedía de Dungiven, en el condado de Derry; su hijo se había puesto en huelga de hambre y se estaba muriendo; para ellos era terriblemente duro de asumir. Más tarde, esa desesperación se convirtió en orgullo por la conducta de Kevin.

Kieran Doherty, que había resultado elegido por el pueblo de Cavan/Monaghan al Parlamento de Dublín, murió el 2 de agosto, después de 72 días en huelga de hambre.

Tom McElwee murió el 8 de agosto después de 65 días en huelga de hambre.

Mickey Devine murió el 20 de agosto después de 66 días en huelga de hambre.

Ese mismo día, Owen Carron fue elegido parlamentario por el distrito electoral de Fermanagh/Tyrone Sur, superando en 800 el número de votos que había conseguido Bobby Sands.

El 3 de octubre, los restantes seis presos en huelga de hambre finalizaron su protesta. Mientras tanto, algunos de ellos habían tomado la decisión individual de acabar la protesta. Diez hombres habían sacrificado sus vidas y el apoyo popular masivo por su postura había quedado demostrado en manifestaciones, funerales y procesos electorales.

Las huelgas de hambre concluyeron cuando el clero católico intervino en compañía de los familiares de los huelguistas para que abandonaran su actitud solicitando ayuda médica. Pero incluso sin esa intervención, era inevitable que algunos huelguistas depusieran su actitud ante las puertas de la muerte, y que algunas familias se movilizaran decididamente para que sus hijos o esposos abandonaran la huelga de hambre. Los presos habían explorado, hasta un extremo para mí extraordinario, la posibilidad de impedir que sus familias consiguieran acabar con la huelga de hambre. Algunos de ellos incluso preguntaron si podían impedir legalmente que alguien les apartara de la huelga de hambre mediante la firma de alguna clase de testamento o última voluntad. Pero cuando algunos de ellos abandonaron el ayuno y estuvo claro

que era el principio del fin, yo no lamenté ninguna de sus decisiones. Reservaba mi dolor y mi tristeza para aquellos que habían muerto; mi ira la reservaba para el Gobierno británico, que hubiese podido llegar fácilmente a un acuerdo honroso ante los últimos presos entregados desinteresadamente a una causa.

El 6 de octubre, el día de mi trigesimosexto cumpleaños, el Gobierno británico anunció que todos los presos serían autorizados a llevar su propia ropa. En las prisiones comenzaron a introducirse los ajustes necesarios siguiendo las líneas de las cinco demandas. Los presos habían insistido en su identidad como tales en una guerra de liberación nacional y así se les había reconocido en todo el mundo. Gran Bretaña había sido expuesta como una fuerza intransigente que se aferraba a su último vestigio de control colonial. La postura política y moral del republicanismo irlandés nunca había sido más elevada.

Las muertes de los presos en huelga de hambre y la campaña Bloques H/Armagh habían iniciado un proceso de republicanización que, al principio, fue gradual e incierto, pero que fue ganando fuerza a medida que los delgados arroyuelos se unieron a las grandes corrientes de agua que desembocaron en el gran río de la resistencia. Los republicanos que habían abandonado el movimiento después de haber cumplido sus condenas en prisión respondieron al sufrimiento de los huelguistas y volvieron al movimiento, aportando su valiosa experiencia y su madurez. En las comunidades nacionalistas existía la sensación, y la realidad, de que la huelga de hambre había acabado para siempre con el papel de espectador; la atmósfera recordaba al período insurreccional entre agosto de 1969 y la caída del Gobierno de Stormont. La lucha armada, que durante algunos años de la década de los setenta había sido prácticamente la única forma de lucha librada contra los británicos, solo necesitaba el compromiso de un reducido número de personas. Pero durante la huelga de hambre, la gente desempeñó papeles muy activos que podían ser tan limitados o importantes como colocar carteles, escribir cartas, tomar parte en diversas formas de protesta o unirse a las campañas electorales tanto al norte como al sur de la frontera. Todos podían cumplir su papel.

La identificación con el IRA se incrementó de manera notable. Aunque sus miembros redujeron significativamente el número de sus operaciones durante la huelga de hambre, en los funerales de los huelguistas, decenas de miles de personas aplaudían cuando aparecían los voluntarios del IRA. Pero se produjeron algunas consecuencias extrañas: después de la huelga de hambre los voluntarios del IRA salieron a las calles de Belfast Occidental

para realizar acciones armadas pero tuvieron que retirarse porque la gente se congregaba a su alrededor, aplaudiéndoles y palmeándoles la espalda.

En 1976, el Gobierno británico había tratado de criminalizar a los presos republicanos. Estos habían resistido esa política a través de las protestas de las mantas y de la negativa a lavarse y, por último, con las huelgas de hambre. En 1981, los presos republicanos criminalizaron al Gobierno británico.

En los meses que sucedieron a la huelga de hambre, todos tratamos de recuperarnos de la emoción y la intensidad de aquel dramático período. Todos estábamos afectados. Era un momento de reflexión, mientras intensificábamos nuestros esfuerzos de publicidad y propaganda del movimiento; mientras revisábamos la postura del Sinn Féin y el ánimo de nuestra base de apoyo; mientras aprendíamos las lecciones de la movilización masiva y las acciones populares, del electoralismo y el trabajo en un frente más amplio.

Aquella Navidad, como de costumbre, Colette, Gearóid y yo fuimos a visitar a nuestros padres. El Día de San Esteban, mientras la nieve caía sobre la ciudad, fui a dar un paseo por el *Murph* y pensé en el año que había concluido. Al recorrer aquellas viejas calles familiares pensé en los niños que vivían allí, en su excitación ante la nieve y las bicicletas, carritos y otros regalos que Santa Claus les había traído y pensé también en mi infancia y en los días felices que había pasado en aquel barrio. Todos los lugares por los que pasaba indicaban una travesura infantil o una escapada adolescente. Después de todo, antes de 1969 también había vida. Pero también pasé delante de casas de amigos que habían muerto y me detuve un momento en aquellos lugares donde algunos habían sido alcanzados por los disparos.

Había pasado mucho tiempo y había sido un largo viaje desde Divis Street en 1964, desde la seguridad de Abercorn Street Norte antes de entonces y de la inocente alegría de la niñez en Divismore Park. Aquellos días se habían ido para siempre. Incluso el número 11 de Divismore Park había desaparecido. Las estructuras baratas y mal construidas de aquellas casas no ofrecían ninguna resistencia a los vehículos blindados británicos. El número 11 había sido demolido finalmente por el Departamento de la Vivienda hacía ya un par de años.

Muchos de mis amigos de la infancia había muerto. Demasiados. En cada segmento de nuestro pueblo había un enorme dolor. Queríamos igualdad y justicia. Queríamos la libertad. Reclamábamos la paz. Para todo el pueblo de nuestra isla.

Una fina capa de nieve cubría las montañas Divis y Black. Podía ver todavía las banderas negras de los huelguistas de hambre colgando de los postes telefónicos y de las farolas en White-rock Road. Pero las palabras escritas en el muro del cementerio nos daban esperanza para el futuro. Ahora las cosas nunca volverían a ser como antes. La pintada había captado a la perfección la nueva atmósfera: *Tiocfaidh ár lá* (Nuestro día llegará).

Epílogo

Lejos extraordinarios sacrificios de los presos que participaron en la huelga de hambre quedaron impresos en la conciencia nacionalista de un modo y en una medida que las clases dirigentes en Gran Bretaña e Irlanda menospreciaron. Como consecuencia de la crisis desatada en las prisiones de los Bloques H y Armagh, la guerra experimentó una escalada tanto en el norte como en Gran Bretaña. Las huelgas de hambre, indudablemente, demostraron ser un punto de inflexión en la prolongada lucha entre el Estado británico y el movimiento irlandés por la independencia nacional. Las huelgas de hambre y sus consecuencias marcaron, a mi juicio, el principio del fin de la dominación británica en Irlanda.

La Irlanda nacionalista vivió una extraordinaria experiencia colectiva a medida que los huelguistas morían a causa de la obstinación del Gobierno británico y de la falta de voluntad para actuar demostrada por el Gobierno de Dublín. Después de la muerte de estos presos políticos republicanos, los nacionalistas reaccionaron con intenso resentimiento a los intentos, por parte de los Gobiernos británico e irlandés, de mantener que el IRA era el causante de todos los males. La condena ritual del IRA sonaba falsa en el contexto de las permanentes injusticias que sufrían los nacionalistas en los condados ocupados del noreste.

Fue contra este fondo, y con la experiencia reciente de las elecciones de presos en el norte y el sur, así como también con una notable afluencia de una nueva generación de activistas, que el Sinn Féin adoptó una estrategia electoral. En nuestra primera participación electoral en el norte obtuvimos más del 10 % de los votos emitidos y resultaron elegidos cinco de nuestros candidatos, sobre una base abstencionista, para una asamblea patrocinada por el último ministro del Interior, James Prior. En Belfast Occidental, circunscripción por la que fui elegido, conseguimos una victoria aplastante. La propaganda británica de que la lucha republicana era una conspiración criminal que no representaba a nadie quedó expuesta como una falacia.

Nuestra lucha, enfrentada a la fuerza de las armas de la potencia imperial, se había limitado durante mucho tiempo a una perspectiva casi exclusivamente militar, fracasando en la construcción de una alternativa política. Ahora, como consecuencia de las huelgas de hambre, se había conseguido un peso moral y político como yo jamás había visto en mi vida.

Yo me había unido al Sinn Féin en una época en que era débil y estaba desorganizado a resultas del fracaso de la campaña del IRA en la frontera en los años cincuenta. La escisión republicana de 1970 privó a la lucha republicana de muchos de sus elementos más políticos. Ello dio origen a una perspectiva más estrecha en el nivel de la dirección. Los que se marcharon para constituir los Oficiales se apartaron rápidamente del republicanismo. La campaña de los derechos civiles continuó después de que se desatara la guerra entre el IRA y el Ejército británico, pero la movilización política declinó bajo las presiones de la guerra, mientras que la clase de agitación política en la que yo había estado comprometido durante los últimos años de la década de los sesenta fue reemplazada por la prioridad urgente de defensa ante los ataques de las fuerzas lealistas.

Después de la revitalización del movimiento de masas durante las huelgas de hambre, el Sinn Féin se comprometió más profundamente en actividades políticas en el contexto comunitario. Nuestro mandato electoral se vio refrendado cuando obtuvimos el 13 % de los votos en el norte y a mí me eligieron parlamentario por Belfast Occidental en 1983. Mediante el establecimiento de alianzas con las comunidades del distrito electoral, organizamos una serie de campañas para invertir los peores efectos de la discriminación que el pueblo de Belfast Occidental había soportado durante generaciones. Yo me sentía especialmente gratificado por el éxito de las campañas por una vivienda digna que culminaron con el derribo total de los pisos de Turf Lodge y de los barrios pobres y superpoblados de Moyard, Divis, Springhill y Unity Flats. Si se tiene en cuenta que nos habíamos opuesto desde el primer momento a la construcción de Divis Flats, el éxito de la campaña de Divis fue especialmente satisfactorio. En la era Thatcher, con la mutilación del movimiento sindical, la liquidación de las empresas de servicio público y la demolición del Estado del bienestar, para mí estas campañas representaban las únicas victorias importantes de la clase trabajadora de aquel período. Campañas similares se iniciaron o se reforzaron en cuestiones sociales, económicas y culturales. Ahora un gran número de jóvenes y decididos activistas se hacían cargo de las nuevas tareas de las campañas electorales y comunitarias.

En 1982 yo había tratado de abrir una discusión y un debate público acerca de la consecución de la paz a través del diálogo y de un acuerdo democrático. En 1983, después de haber sido elegido presidente del Sinn Féin, intenté promover esta propuesta y dejé muy claro que nuestro partido deseaba iniciar conversaciones con el Gobierno de Dublín y el SDLP. Al año siguiente, algunos de mis amigos y yo resultamos heridos como consecuencia de un ataque de las fuerzas lealistas. Más tarde se supo que el grupo que nos había tiroteado en el centro de Belfast actuaba con el conocimiento del Servicio de Inteligencia Militar británico. Aquel mis año, un atentado con bomba del IRA en Brighton estuvo a punto acabar con Margaret Thatcher, arquitecta de las muertes de los presos en la huelga de hambre, y con su gabinete.

En 1986 sostuve que el punto muerto militar entre las fuerzas británicas y republicanas solo podía resolverse mediante un acuerdo de carácter político; no existía ninguna solución militar. Para entonces el Sinn Féin había construido una sólida plataforma política, desde la cual lanzamos nuestra estrategia de paz. Pronto habría de convertirse en nuestro principal objetivo político mientras iniciábamos conversaciones con una amplia variedad de grupos e individuos, incluyendo a miembros de las iglesias protestantes, grupos pacifistas y de reconciliación y organizaciones políticas.

La evolución de la estrategia del Sinn Féin desde las huelgas de hambre ha sido el catalizador de gran parte del cambio producido en el clima político. Los republicanos siempre han buscado alternativas a la guerra. Aquellos que se comprometieron en la lucha armada nunca la consideraron como la única forma de lucha y, en numerosas ocasiones, el IRA intentó explorar caminos hacia un acuerdo de paz. Aquellos que se involucraron en la guerra armada lo hicieron como último recurso, pensando que se trataba de una opción que surgía de la imposibilidad de medios alternativos para seguir avanzando. El conflicto había sido militarizado por los británicos, pero seguía siendo esencialmente político y exigía, por tanto, una solución política.

En el curso de mis contactos con personas y grupos políticos, religiosos y otros, planteaba la visión republicana de que, si queríamos la paz, era necesario encontrar una solución democrática al conflicto. Para nosotros eso significaba el final de la dominación británica. Sin embargo, los representantes del Sinn Féin también enfatizaban, tanto en discusiones privadas como en discursos públicos, el objetivo de descubrir el terreno común en el cual unionistas y nacionalistas pudieran acceder a discrepar, pudieran vivir juntos en alguna clase de acuerdo mutuo. Yo, en particular,

buscaba reafirmar el largamente anhelado objetivo republicano de unir a «todo el pueblo de Irlanda, abolir el recuerdo de pasadas disensiones y sustituir por el nombre común de irlandés la denominación de protestante, católico y disidente…».

La línea de comunicación entre republicanos y británicos que se había utilizado durante las huelgas de hambre de 1980-1981 fue reactivada por el Gobierno británico en 1990, llevando a un período de tres años de diálogo entre nosotros. A comienzos de 1993 los británicos propusieron que las delegaciones del Sinn Féin y del Gobierno británico debían reunirse para una intensa ronda de negociaciones, después de las cuales, aseveraron, el IRA se convencería de que la lucha armada ya no era necesaria. La dirección del Sinn Féin hizo llegar al IRA la propuesta británica de que cesaran temporalmente sus acciones para facilitar las discusiones, y el IRA respondió en mayo de 1993 acordando una tregua de dos semanas. Sin embargo, al llegar a este punto el Gobierno británico se retractó, influido en parte por las dificultades que atravesaba el gobierno conservador y que obligaron a John Major a depender del apoyo unionista en la Cámara de los Comunes para no quedar en minoría.

Los contactos más importantes y fructíferos producidos en las décadas de 1980 y 1990 fueron entre el líder del SDLP, John Hume, y yo. En abril de 1993, John Hume y yo hicimos público el primero de varios informes de los resultados de nuestros más de cinco años de diálogo. Habíamos alcanzado el acuerdo en un proceso que creíamos que podía crear las condiciones para una paz duradera; su éxito dependía de las respuestas de los Gobiernos británico e irlandés y del IRA. La dirección del IRA respondió que, «Si existe la voluntad política o puede ser creada, podría proporcionar la base para la paz». El Gobierno de Dublín aseguró su apoyo. El Gobierno británico, sin embargo, rehusó responder positivamente.

Después de un contacto con el Gobierno irlandés de Albert Reynolds, se acordó una serie de principios políticos fundamentales sobre la base de una propuesta de abandonar el conflicto y abordar la construcción de un acuerdo negociado. Esta Iniciativa de Paz Irlandesa, conocida popularmente como las propuestas Hume/Adams, contenía un proceso y una dinámica destinados a negociar un nuevo acuerdo con el Gobierno británico y llegar a un pacto con los unionistas para crear las condiciones para una paz duradera en Irlanda.

Esta iniciativa recibió una fría acogida por parte del gobierno británico, pero ya había suscitado un amplio debate popular en Irlanda y Gran Bretaña, que demostró el enorme apoyo con que contaba una solución política del

conflicto. La posterior aparición de la Declaración de Downing Street entre los Gobiernos británico e irlandés en diciembre de 1993, fue básicamente una respuesta al documento que John Hume y yo les habíamos entregado a principios de aquel año. La Declaración de Downing Street fue un paso significativo dado por ambos Gobiernos. Pero no contenía el potencial democrático al que John Hume, el Gobierno irlandés y yo habíamos aspirado. Sin embargo, el Sinn Féin trató de analizar la declaración de un modo constructivo.

Pero después de la Declaración de Downing Street se produjo un período de frustración, en el cual el Gobierno británico rehuyó el proceso de paz, negándose, en particular, a aclarar algunas cuestiones relativas al Sinn Féin o a reconocer nuestro mandato democrático. Finalmente, el primer ministro británico y otros portavoces del gobierno aclararon algunos aspectos de la Declaración y, en mayo de 1994, el Gobierno británico respondió a una lista de cuestiones elaborada por el Sinn Féin.

En aquella época John Hume, el *taoiseach* irlandés Albert Reynolds y yo habíamos avanzado una vez más en nuestro proyecto. Habíamos logrado establecer un consenso sobre la forma en que podía alcanzarse una paz duradera y también nos habíamos asegurado el apoyo activo de algunos personajes influyentes de la comunidad irlandesa en Estados Unidos. La dinámica que ello representaba y los compromisos adquiridos crearon las condiciones en las que el IRA anunció su histórico «cese total de operaciones militares» a partir del 31 de agosto de 1994. Después de 25 años de resistencia ininterrumpida y persistente, la dirección del IRA expuso claramente que su intención era apuntalar la búsqueda de un acuerdo de paz negociado.

Para muchos republicanos, yo incluido, los días posteriores al anuncio del IRA estuvieron cargados de emoción. Mientras hablaba ante una gran multitud que se había congregado fuera de Connolly House en Andersonstown, mi hermano Paddy me recordó que ese día era el aniversario de Patrick Mulvenna. Pude ver a los padres de Patrick entre la multitud. Durante toda aquella semana, las familias de los voluntarios del IRA muertos se reunieron de forma espontánea en el sector republicano del cementerio de Milltown. Colette se encontró con la señora Farrell, la madre de Mairead Farrell, el voluntario del IRA que había sido ejecutado por el SAS junto a dos camaradas en Gibraltar. La señora Farrell, una mujer seria y elegante, dijo con lágrimas en los OJOS:

—Lamento que mi Mairead no pueda estar aquí.

El sentimiento de esperanza podía palparse en toda Irlanda. El cese de operaciones decretado por el IRA era una iniciativa histórica y sin precedentes tomada por un ejército que no había sido derrotado. Una iniciativa que fue bienvenida universalmente y reconocida incluso por el primer ministro británico como «la mejor oportunidad para la paz en 75 años» y existía una gran expectación popular de que el Gobierno británico aprovechara la oportunidad que se le había presentado.

Sin embargo, el Gobierno británico, y consecuentemente los unionistas, respondieron de un modo muy negativo a la acción del IRA. En absoluta contradicción con su postura previa al cese de hostilidades por parte del IRA, John Major colocó un obstáculo tras otro en el camino hacia la paz. Esta estrategia estaba encaminada a retrasar el proceso de paz, a socavarlo y a reemplazar su agenda ampliamente democrática por otra más estrecha que reflejara fundamentalmente los intereses del Gobierno británico.

La estrategia británica, al tiempo que llevaba las negociaciones a un punto muerto, se mostraba igualmente negativa en otros frentes. El verano de 1995 vio cómo recuperaba la libertad el paracaidista británico Lee Clegg, quien cumplió una condena de solo dos años por el asesinato de una chica de 17 años de Belfast Occidental. Clegg fue ascendido al reincorporarse al Ejército. El número de efectivos británicos era el mismo que en 1994, se renovó la legislación represiva y el RUC protegió y acompañó una serie de provocadoras marchas de Orange a través de zonas católicas. Las condiciones de los presos políticos irlandeses en Gran Bretaña se deterioraron seriamente.

En estas circunstancias, se requería la máxima determinación de todos los socios de la iniciativa de paz para Irlanda en la búsqueda de un avance de las negociaciones entre todas las partes implicadas. Incluso ante el enfoque minimalista expresado por Londres, aún era posible mantener cierta confianza en la estrategia de paz a fuerza de iniciativas alternativas, y tanto John Hume como yo nos aplicamos a esta tarea.

Esta nueva situación exigía por parte de Dublín la búsqueda decidida de los objetivos de este proceso. La creciente influencia de la Norteamérica irlandesa también obstaculizó en parte el enfoque británico, pero con el colapso del Gobierno de Dublín encabezado por Albert Reynolds y el surgimiento de una nueva coalición gubernamental encabezada por John Bruton, se produjo una significativa realineación de las fuerzas políticas irlandesas. El ímpetu alcanzado por el proceso de paz comenzó a tambalearse como consecuencia de los obstáculos colocados por británicos y unionistas.

Antes del cese de operaciones del IRA, el Gobierno británico había hablado de comenzar las negociaciones de paz después de un período de tres meses a partir del cese de hostilidades. Después de haber transcurrido más de un año, en noviembre de 1995, ni siquiera habían sugerido una fecha para comenzar las conversaciones. Londres había levantado una barrera a cualquier progreso en torno a una nueva condición previa: la exigencia de la entrega o el «decomiso» de las armas del IRA. Entonces, después de arduas negociaciones diplomáticas, con el proceso de paz al borde del colapso y en vísperas de una visita histórica del presidente estadounidense Bill Clinton a Gran Bretaña e Irlanda, quien había desempeñado un papel positivo y justo en apoyo del proceso de paz, John Major y John Bruton firmaron un acuerdo para establecer un enfoque de dos carriles. Esto implicaba un camino político encabezado por ambos gobiernos para acordar una agenda, y procedimientos para iniciar conversaciones entre todas las partes y una comisión internacional presidida por el senador estadounidense George Mitchell y cuya misión sería investigar las formas de resolver la cuestión del decomiso de armas.

Aunque el Sinn Féin tenía serias reservas acerca del compromiso británico con este enfoque de la situación, nos comprometimos plenamente con él. Nuestro compromiso incluía una serie de peticiones orales y una escrita a la comisión del senador Mitchell, en línea con la política de desmilitarización del Sinn Féin, así como también una serie de sugerencias para las conversaciones entre todas las partes implicadas. Los partidos unionistas rehusaron cualquier compromiso con este nuevo enfoque. Ian Paisley ignoró ambos caminos y el UUP solo aceptaría la opción que defendía el decomiso de las armas.

El 16 de enero de 1996 se hizo público el informe Mitchell. Yo lo acogí con satisfacción, diciendo: «Proporciona una base para avanzar, de modo que todas las cuestiones puedan ser establecidas de un modo satisfactorio para todas las partes intervinientes en el proceso… en otras palabras, el informe Mitchell apunta a una posible vía para las conversaciones entre todas las partes».

Pero pocas horas después de su divulgación, John Major rechazó unilateralmente el informe Mitchell. El primer ministro británico conservó la precondición relativa al decomiso de armas, a la que Mitchell se había opuesto, y añadió una nueva —elecciones— a propuesta de los unionistas. No se ofreció ninguna fecha para el inicio de las conversaciones entre las partes, que había sido prometida para finales de febrero.

Cuando junto con otros republicanos intentamos advertir que el Gobierno británico estaba llevando el proceso de paz a un punto de ruptura, fuimos castigados por nuestros adversarios políticos. Y cuando las esperanzas de establecer negociaciones de paz murieron, después de casi dieciocho meses de nula actividad por parte del IRA, la ruptura fue inevitable.

Tan pronto como escuché los primeros rumores en la prensa de una declaración del IRA anunciando el fin del cese de hostilidades, llamé por teléfono a John Hume. Llamé al despacho del *taoiseach*. Llamé a la Casa Blanca. Recordé que Tánaiste Dick Spring estaba en Washington. Ya había noticias de avisos de bomba en Londres. En un esfuerzo por advertir a Dick Spring del cariz que estaban tomando los acontecimientos, llamé al embajador irlandés en Estados Unidos. Mientras un boletín de noticias sucedía a otro boletín de noticias, mientras la televisión mostraba imágenes de Canary Wharf, y mientras informaban del número de heridos, y más tarde de dos víctimas fatales, mi sentimiento de tristeza se convirtió en pena por los que habían muerto y por sus familias. El IRA era claramente el responsable de ese atentado cometido en Londres y de sus terribles consecuencias. Pero el responsable de la ruptura de las negociaciones de paz era John Major. Una oportunidad sin precedentes para la paz se fue a pique ante la negativa del Gobierno británico y de los líderes unionistas a iniciar un diálogo honesto y negociaciones substanciales, John Major se retractó de los compromisos de honor contraídos con el Sinn Féin, con John Hume y con el Gobierno irlandés. Había transcurrido un año y medio sin guerra y ni Londres ni los líderes unionistas se sintieron obligados a moverse más allá de sus mezquinos intereses.

Antes de que se asentara el polvo de la terrible explosión, los Gobiernos de Londres y Dublín habían vuelto a su viejo programa de aislar al Sinn Féin en un esfuerzo de presionar al IRA. Yo advertí que era una verdadera locura. Las rupturas de los procesos de paz en Sudáfrica y Oriente Medio había alentado a los líderes de la zona a redoblar sus esfuerzos y a intensificar el diálogo, no a abandonarlos.

Mientras la tormenta de la reacción se desataba alrededor del Sinn Féin como consecuencia de estos ataques, John Major anunció una fecha para las conversaciones, pero incluso ahora la fecha estaba llena de condiciones previas. Las conversaciones entre todas las partes debían iniciarse el 10 de junio, pero solo después de unas elecciones confusas y desconcertantes que se celebrarían el 30 de mayo. Para aquellos partidos que recibieran un mandato negociador, declaró John Major, las elecciones proporcionarían una ruta,

«clara, directa y automática», hacia las negociaciones entre todas las partes. Excepto para el Sinn Féin.

El Sinn Féin y el SDLP se manifestaron rotundamente en contra de las elecciones y contra otra propuesta unionista para la constitución de un *fórum*, una asamblea de todos aquellos que recibieran mandatos. Nuestras objeciones fueron ignoradas.

En las elecciones, nuestro partido incrementó nuestra proporción de voto en los 18 distritos electorales de los Seis Condados. Obtuvimos el 15,5 % del voto general, o el 42 % del voto nacionalista. El índice de votos del Sinn Féin en Belfast Occidental fue el más elevado de todos los distritos electorales del norte. En Belfast, mi ciudad natal y la segunda ciudad más grande de Irlanda, el Sinn Féin se convirtió en el mayor partido y, por primera vez, los nacionalistas de Belfast derrotaron a los unionistas.

El 10 de junio los dos gobiernos iniciaron las conversaciones, llamadas ahora multipartidarias, en Stormont. Los 17 negociadores elegidos del Sinn Féin no fueron admitidos en las negociaciones.

Casi una semana más tarde, el 15 de junio, una poderosa bomba estalló en Manchester. Era como si volviésemos al principio.

¡Pero no!

No podemos ser apartados de la tarea de construir la paz en esta isla. La historia ha colocado un desafío en todas nuestras puertas. El pueblo de Irlanda, desde cada rincón de nuestro país y a través de la diáspora irlandesa en todo el mundo, ha expresado su anhelo de conseguir un acuerdo de paz duradero y una nueva democracia. La construcción de un nuevo acuerdo que pueda conseguir la adhesión y el apoyo de todos los segmentos de nuestro pueblo puede representar un desafío temerario, pero es el desafío al que debe enfrentarse todo aquel que ocupe una posición de liderazgo político en estas islas. Si este desafío debe ser trasladado a la realidad, entonces todos debemos responder con coraje e imaginación.

No será fácil. El camino que nos espera será difícil y peligroso y arriesgado para todos nosotros, pero si trabajamos juntos estoy convencido de que podemos conseguirlo. Estoy persuadido de que tendremos un acuerdo de paz en Irlanda. Un acuerdo que nacerá de un proceso inclusivo de negociación, encabezado por los dos gobiernos e incluyendo al Sinn Féin y a los otros partidos. En mi opinión, el pueblo de Gran Bretaña también apoya este objetivo. Ellos también quieren una paz duradera.

Y esto llegará cuando las estrategias y los procesos de paz se conviertan en un nuevo comienzo tanto para unionistas como para nacionalistas, y

cuando se alcance un acuerdo, basado en el respeto por nuestra mutua independencia, entre el pueblo de Gran Bretaña y el pueblo de la isla de Irlanda.

Estoy convencido de que si somos flexibles, si cavamos profundamente, seremos capaces de superar todos los obstáculos.

El Premio Nobel de Literatura, Seamus Heaney, lo expresó perfectamente: «Solo una vez en la vida puede crecer el anhelo por una marejada de justicia y hacer que rimen esperanza e historia».

Ignoremos a los derrotistas y a los que escatiman todo en la vida.

Abominemos de escépticos y cínicos.

Hagamos que rimen esperanza e historia.

Gerry Adams

Belfast, febrero de 1996



GERRY ADAMS (Belfast, 1949). Fue presidente del *Sinn Féin*, miembro de la Asociación por los derechos civiles de Irlanda (*NICRA*), formo pate de la delegación del IRA que estuvo en Londres en 1972 negociando secretamente con los británicos.

En la década de los setenta fue encarcelado varias veces, en una de la cuales coincidió en la celda con *Bobby Sands*. En 1983 fue elegido miembro del parlamento por el distrito de Belfast Oeste, cargo que mantuvo hasta 1993. Durante estos diez años no pudo ocupar su escaño al tener prohibida la entrada en el Reino Unido.

Protagonista indiscutible del proceso de paz de Irlanda, Adams ha recibido el apoyo del poderoso *lobby* irlandés estadounidense, siendo la referencia más patente de un proceso de reunificación que entonces se veía imparable.

Notas

[1] *Sinn Féin* (voces gaélicas que significan nosotros solos): movimiento nacionalista y republicano irlandés organizado a principios del presente siglo. Un pequeño grupo de esta organización desencadenó la revolución del lunes de Pascua de 1916, que fue ferozmente reprimida y se saldó con numerosos muertos. En las elecciones celebradas en 1918, el Sinn Féin obtuvo una victoria aplastante y los republicanos organizaron un gobierno paralelo cuya figura principal era Eamon de Valera. La fundación del partido Fianna Fail en 1927, significó el fin del movimiento que, a partir de entonces, se estructuró como partido político y participó en distintas contiendas electorales sin conseguir representación parlamentaria. <<

[2] *William Butler Yeats* (Sandymount 1865, Roquebrune - Cap Martin 1939). Escritor irlandés perteneciente a una familia protestante, estudió en Londres y Dublín y, en 1887, se instaló en Londres donde se incorporó al grupo de los llamados escritores «decadentes» y publicó numerosas obras impregnadas de un hondo espíritu céltico: los poemas de Las peregrinaciones de Oisin (1889), los dramas en verso La condesa Catfileen (1892) y La tierra del deseo del corazón (1894) y la antología Libro de poemas irlandeses (1895). En 1896 regresó a Irlanda y fundó el Teatro Nacional Irlandés con el que obtuvo un notable éxito y que, en 1904, se instaló en el Abbey Theatre de Dublín. Su producción poética en este período incluye El viento entre las cañas, En los siete bosques y El caso verde. En 1917, coincidiendo con su matrimonio, tomó parte activa en la lucha por la independencia de su país y fue elegido miembro del Senado (1922-1928). En 1923 se le otorgó el Premio Nobel de Literatura. <<

[3] *Eamon de Valera*: político irlandés (Nueva York 1882 - Dublín 1975). En 1915 era jefe adjunto de la brigada de Dublín de los voluntarios irlandeses y, como tal, encabezó a los insurgentes de Bolard's Hill durante el levantamiento de Pascua de Dublín, en 1916, que proclamó la república irlandesa. Fue encarcelado y condenado a muerte, aunque luego se le conmutó la pena por la de reclusión perpetua. Fue amnistiado en 1917 y elegido diputado por el Sinn Féin, aunque no llegó a ocupar su escaño en el Parlamento británico. Reconocido como líder indiscutido del movimiento republicano irlandés (independentista), de Valera se concentró en la formación de un movimiento de masas que aglutinara a las distintas facciones nacionalistas, lo que consiguió al ser elegido presidente del Sinn Féin en 1917. Su vida estuvo marcada por sucesivas entradas y salidas de la cárcel y fue primer ministro de Eire (Estado libre de Irlanda) varias veces, consiguiendo que el Gobierno británico abandonara las bases navales de Queenstown, Berehaven y Lough Swilly y que renunciara a los derechos portuarios en Eire en época de guerra. Fue presidente del Consejo de la Liga de Naciones en 1932 y de su Asamblea en 1938. Durante la Segunda Guerra Mundial mantuvo la neutralidad contra viento y marea, aunque no pudo impedir que 50 000 voluntarios irlandeses engrosaran los efectivos británicos, mientras que otros miles trabajaban en fábricas y hospitales. Acabada la guerra obtuvo el triunfo en otras dos elecciones pero, en 1948, se vio obligado a abandonar el poder. Fue presidente de la república en 1959-1966 y 1966-1973, retirándose de la política activa al concluir su segundo mandato. <<

[4] *Taoiseach*: nombre oficial del cargo del primer ministro irlandés, como lehendakari en el caso del presidente del Gobierno vasco. <<

[5] *Hurling*: juego irlandés parecido al hockey. <<

[6] IRA *(Ejército Republicano Irlandés)*, fuerza nacionalista formada por voluntarios irlandeses a raíz de la aprobación de la república en 1919. La intensificación del conflicto nacional en Irlanda del Norte en 1967-1968 supuso un nuevo impulso para el IRA, aunque sus disidencias internas dividieron a la organización en dos facciones: el IRA oficial, de ideología marxista y que acentúa la caracterización política de la lucha por la independencia del país, y el IRA provisional, que recalca la necesidad de una profundización de la lucha armada dentro de un contexto ideológico de naturaleza exclusivamente nacionalista. A pesar de que ambas facciones participaron activamente en acciones de guerrilla urbana contra el Ejército británico, en 1974 los oficiales propugnaban la formación del Partido Socialista Republicano, mientras que los provisionales consolidaban su política de atentados en Londres e Irlanda, sufriendo una dura represión por parte de las fuerzas británicas. <<

[7] RUC *(Royal Ulster Constabulary)*, la policía de Irlanda del Norte. <<

[8] *Feniano*: miembro de una sociedad revolucionaria irlandesa fundada en Nueva York a mediados del siglo XIX. <<

[9] Royal Irish Constabulary: policía rural de Dublín, ya desaparecida. <<

[10] Seis Condados: eufemismo con el que se denomina a Irlanda del Norte y que incluye los condados de Antrim, Down, Armagh, Londonderry, Tyrone y Fermagh, que se negaron a formar parte del Estado Libre de Irlanda. <<

[11] Derry es la forma en que los republicanos irlandeses denominan a Londonderry, grafía con la que aparece en los mapas británicos. <<

[12] El rascón es un ave de pequeño tamaño que habita en las marismas. Tiene patas largas, el pico rojo y los flancos listados. <<

[13] *Baile Átha Cliath* significa Dublín en irlandés. En inglés el nombre es Ford of the Hurdles, cuya traducción literal es Vado de zarzas o de cañizo. <<

[14] El 1 de julio de 1690 las tropas de Guillermo III de Orange derrotaron a las fuerzas jacobitas de Jacobo II en la batalla librada a orillas del río Boyne. La conmemoración se celebra, sin embargo, el día 12. <<

[15] *Unionismo*: término empleado para señalar la posición de los que querían mantener la unión de Irlanda y Gran Bretaña. Desde 1905, el unionismo se confundió progresivamente con el Partido conservador, aunque la mayoría gubernamental del Ulster conservó siempre el nombre de «unionista». <<

[16] El Ulster, que se había convertido en la región más gaélica de Irlanda, sufrió a partir de 1603 la colonización de ingleses y escoceses, convirtiéndose en un importante enclave protestante. Esta minoría, organizada en diferentes logias pertenecientes a la Orden de Orange, se opuso violentamente a comienzos del siglo XX a las aspiraciones autonómicas irlandesas, organizándose en milicias armadas para defender su pertenencia a Gran Bretaña. Tras el acuerdo anglo-irlandés de 1920-1922, seis de los nueve condados del Ulster rehusaron formar parte del Estado Libre de Irlanda y continuaron perteneciendo a Gran Bretaña con el nombre de Irlanda del Norte. Toda referencia a Orange lleva implícito su carácter protestante y su fidelidad a la corona británica. <<

[17] La canción se refiere a la banda que cruza el pecho de protestantes y católicos durante la celebración de sus fechas más señaladas. En el caso de los protestantes, la banda es de color naranja, y en el caso de los católicos es de color verde. <<

[18] *Craic*: término en irlandés cuya connotación coloquial es similar a la palabra inglesa crack y hace referencia a las conversaciones informales que se mantienen en lugares donde se reúnen amigos y conocidos y donde se respira un ambiente de camaradería. <<

[19] *Gaeltacht* es la zona de la república de Irlanda donde se habla fundamentalmente irlandés y abarca un semicírculo virtual de la parte occidental del sur de la isla. <<

[20] *Ian Richard Paisley* (Ballymena, 1926), eclesiástico y político irlandés. Pastor presbiteriano desde 1946, fundó la Iglesia Presbiteriana Libre del Ulster y es el líder de los protestantes más intransigentes. Fue diputado a los Comunes en 1970, siendo reelegido en numerosas ocasiones al Parlamento de Stormont (1970-1972), a la Asamblea de Irlanda del Norte (1973-1974) y a la Convención constitucional (1975-1976). En junio de 1979 fue elegido diputado al Parlamento europeo. <<

[21] *Kwane Nkrumah*: político ghanés (Nkroful, 1909-Bucarest, 1972). Cursó estudios en Estados Unidos, donde se graduó en Economía y Sociología. Se incorporó a la política activa en Gran Bretaña luchando por la independencia africana. De regreso a su país fundó el Partido de la Convención del Pueblo. Fue encarcelado y permaneció un año en prisión hasta la victoria electoral de su partido en 1951. Nombrado primer ministro en 1952, presentó una moción en favor de la independencia que recibió el apoyo unánime de las fuerzas políticas. Una vez conseguida la independencia, en marzo de 1957, se convirtió en una de las principales figuras del África negra. En 1960 fue elegido presidente de la república, siendo reelegido en 1965. Un año más tarde fue destituido por el ejército mientras realizaba un viaje por el extranjero y se estableció en el exilio en la república de Guinea. Ideólogo del panafricanismo y el socialismo y ardiente defensor de la cultura africana, Nkrumah escribió numerosas obras donde destacaba estos ideales: *Días oscuros en Ghana*, *Lucha de clases en África*, *Manual de la guerrilla revolucionaria*, *Hacia la liberación colonial y El neocolonialismo, último estadio del imperialismo.* <<

[22] Ofensiva desarrollada de julio a noviembre de 1916, durante la Primera Guerra Mundial, a ambos lados del río Somme, en Francia, por las fuerzas franco-británicas contra el Ejército alemán. <<

[23] *Theobald Wolfe Tone* (Dublín 1763-1798). Patriota irlandés que fundó la Sociedad de los Irlandeses Unidos para reconciliar a los irlandeses de las diferentes confesiones. Sus negociaciones con los franceses le obligaron a huir a Estados Unidos, país de donde regresó a Francia para formar parte de la expedición de Hoche a Irlanda. Tras el fracaso de la expedición, emprendió una serie de ataques contra la isla hasta que fue capturado y condenado a muerte. Se suicidó en la cárcel. <<

[24] *Percy French* fue un famoso compositor y músico popular irlandés. <<

[25] *Damon Runyon* fue un famoso escritor estadounidense cuyos cuentos populares hablaban de los picaros y delincuentes menores de la ciudad de Nueva York. La película *Ellos y ellas*, con Marlon Brando, Frank Sinatra y Jean Simmons en sus principales papeles, está basada en uno de sus cuentos más conocidos. <<

[26] Campaña de Desarme Nuclear. <<

[27] Sede del Gobierno unionista en Belfast. <<

[28] Bailes populares organizados con motivo de una celebración. <<

[29] Irlandés que reúne las características típicas del representante de su tierra, amante de las tradiciones folclóricas y defensor de todas las expresiones de su cultura. <<

[30] El castillo de Blarney es una famosa atracción turística visitada por miles de personas durante todo el año. En él hay una piedra que, según la tradición, traerá suerte a quien la bese. <<

[31] Expresión despectiva utilizada por los protestantes para calificar a los católicos. <<

[32] *Bernadette Devlin*, política irlandesa de familia católica nacida en 1947 en Cookstown, Tyrone. Afiliada a la Democracia Popular fue elegida diputada a los Comunes en 1969 y 1970, pero fue detenida y condenada a raíz de los sucesos de Londonderry en agosto de 1969. En 1973 perdió su escaño y fue una de las fundadoras del Partido Socialista Republicano Irlandés del que luego se separó para fundar el Partido Socialista Independiente de tendencia marxista. Sufrió un terrible atentado, del que se recuperó casi milagrosamente, cuando un comando de paramilitares protestantes entró en su casa y la acribilló a balazos. <<

[33] El famoso guerrillero argentino y héroe de la Revolución Cubana Ernesto Guevara, nacido en Rosario en 1928 y muerto en La Higuera, Bolivia, en 1967, contaba con un ascendiente irlandés representado por la rama Lynch de su abuela materna, ya que su nombre completo era Ernesto Guevara Lynch de la Serna. <<

[34] *Dead-eye Dick*: famoso personaje de un cómic británico de antes de la guerra que se destacaba por su puntería infalible. <<

[35] Famoso juicio celebrado en Dublín por tráfico de armas en el que estuvieron presuntamente implicados dos ministros del Gobierno irlandés. <<

[36] Canto tradicional irlandés que se caracteriza por el tono dolido y melancólico de sus melodías y la limitación de su escala pentatónica. <<

[37] Tanto New Barnsley como las otras áreas citadas en el texto (Ballymurphy, Springhill, Whiterock, Andersonstown, Turf Lodge, etc.), son barrios populosos construidos en terrenos del Ayuntamiento y habitados en su gran mayoría por clase media baja y trabajadores del proletariado industrial. Como ocurre también en muchas capitales europeas donde la mano de obra vive en ciudades-dormitorio que llegan a exceder física y demográficamente las previsiones municipales originales, el caso de las «urbanizaciones para pobres» que cita el autor constituye un verdadero caldo de cultivo para la formación de un acendrado sentimiento nacionalista y antiimperialista. <<

[38] *Maire Drumm* fue una de las militantes más activas del Sinn Féin durante los años más violentos del conflicto en el Ulster. Fue asesinada en la cama de un hospital por un grupo de protestantes disfrazados de médicos. <<

[39] Denominación popular de la facción del IRA provisional. <<

[40] Este nombre hace alusión a un lugar en Sudáfrica donde las fuerzas gubernamentales disolvieron con enorme violencia una manifestación que protestaba contra la política del apartheid. Desde entonces ha quedado como un símbolo trágico de la represión. <<

[41] El detenido es colocado de cara a la pared, con las piernas separadas y las manos apoyadas en la pared con las puntas de los dedos. Esta posición, habitual en los registros legales practicados por la policía, se convierte en otra modalidad de tortura cuando el detenido es obligado a permanecer durante horas sin moverse y golpeado ocasionalmente por sus torturadores. <<

[42] *RAF (Royal Air Force)*: fuerzas aéreas británicas. <<

[43] *Colonel Blimp*: personaje reaccionario y militarista creado por el dibujante británico David Low. <<

[44] Apodo que se deriva del apellido Bell, que significa campana, timbre, campanilla. <<

[45] *Maud Gonne* (Aldershot, Inglaterra 1865-Dublín 1953). Fundadora del Sinn Féin y destacada activista republicana, su notable belleza cautivó a Yeats y otros intelectuales de su época. Casada con John McBride, hizo de la militancia nacionalista la causa de su vida y participó en todos los grandes acontecimientos de la lucha republicana. Su biografía política la emparenta con Dolores Ibarruri, Pasionaria, otra notable figura femenina de la historia europea. <<

[46] El *SAS (Servicio Aéreo Especial)* es una unidad de élite del Ejército británico, entrenada para llevar a cabo operaciones difíciles y arriesgadas en todo el mundo, a menudo aislada y alejada de las fuerzas convencionales. Los GEO serían, aproximadamente, la versión española de esta fuerza operativa británica. <<

[47] La protesta de las mantas se refiere a la decisión de los presos del IRA de no vestir el uniforme de la prisión y reafirmar de este modo su condición de presos políticos. Esta negativa fue contestada por las autoridades carcelarias prohibiéndoles el uso de cualquier otra clase de vestimenta. Los presos del IRA, por lo tanto, no tenían más alternativa que cubrirse con mantas. <<

[48] Canción que se toca en los cuarteles momentos antes de que los soldados se vayan a dormir y también para despedir a los muertos. <<